



CENTURIO  
MASSIMILIANO  
COLOMBO

se

Lectulandia

Una novela histórica sobre la Guerra de Roma en Hispania. La emocionante precuela de *La legión de los inmortales*.

Año 81 a. C. Cayo Emilio Rufo tiene diecisiete años y hace cuatro meses se ha enrolado como legionario siguiendo los pasos de su padre, muerto en el frente. No quiere morir. Echa de menos a su madre y su hermana, a quienes escribe a menudo. Se encuentra en Hispania, donde luchan contra los rebeldes hispanos al mando de Sertorio.

Una historia de guerra, amor, justicia y vida que llevará al protagonista por las tierras hispánicas y hasta el norte de África, para acabar enrolado en el ejército rebelde que lucha contra los abusos de la dominación romana.

**Lectulandia**

Massimiliano Colombo

**CENTURIO**

**ePub r1.0**

**NoTanMalo 07.04.18**

Título original: *Centurio*  
Massimiliano Colombo, 2016  
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale  
Mapas: Antonio Plata

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Al Mayor Emilio Bertocchi en recuerdo de  
las patrullas nocturnas bajo los cielos de  
Toscana.  
Por siempre honrado de haber servido bajo  
su mando en la Brigada Fulgor.



# || TIRO

*Mensis Martius 81 a. C.*

Antes de entrar en la tienda, el centurión observó el sol que desaparecía a occidente entre los humos pálidos de los fuegos del campamento. Se desató el *cingulum*, que tintineó con triste alegría, lo colgó junto con el gladio en el mástil de la estructura y se dejó caer sobre el banco de campaña.

Apoyó los codos sobre las rodillas, se cogió la cabeza entre las manos y se precipitó en el abismo de sus recuerdos. Sombras, rostros y sensaciones se persiguieron dibujando un torbellino de emociones y sentimientos. El corazón latía con lentitud, pero resonaba como un tambor en su mente. La melancolía hizo más profunda la respiración. Una especie de dolor irreal le oprimió el pecho. Era la pesadumbre, que llegaba para hacerle compañía cada vez que se encontraba solo, sofocando cada pensamiento como un río que subía hasta la garganta.

Cerró los ojos con fuerza y trató de convencerse de que lo mejor, lo único que le quedaba, era aprender a aceptar la situación. Quizá no todo en la vida debía tener un sentido.

—*Centurio.*

Abrió los ojos de golpe, parpadeando varias veces hacia la luz deslumbrante que contrastaba con la imponente silueta del soldado, firme en el acceso a la tienda.

—He traído el arcón que me has pedido.

El oficial asintió.

—Déjalo allí —dijo, señalando un rincón cercano al catre de campaña.

Con un último esfuerzo el legionario dejó delicadamente el arcón en el suelo y dirigió la mirada a su superior a la espera de nuevas instrucciones.

—Gracias, Valerio, puedes irte.

El *miles* saludó y salió de la tienda, agitando a su paso la débil llama del candil que iluminaba el interior. Los ojos del centurión se concentraron en el objeto que surgió de la oscuridad en cuanto la mirada se habituó a la penumbra.

Al acercarse al baúl, que parecía temblar a la luz de la lámpara, lo cubrió con su sombra. Apoyó la rodilla en el suelo, rozó con las yemas de los dedos la tapa y estudió si había alguna manera de abrirla sin romperla. Una placa de bronce ornamental rodeaba la cerradura, que estaba cubierta por una extraña agarradera asegurada a una bisagra. Daba la impresión de que no le quedaba más remedio que forzarla.

Con el gladio y un poco de destreza el hombre trató de levantar el cerrojo sin

estropear todo el bagaje. Al final la madera cedió al hierro y, con un chasquido seco y un bufido de polvo, la cerradura saltó liberando el seguro.

El centurión posó el gladio en el suelo y tras un instante de vacilación abrió la tapa. En la penumbra los dedos acariciaron un tejido de pesada lana cocida, un *sagum* y una capa militar que, sin duda, había visto jornadas más gloriosas antes de ser míseramente destinada a custodiar el contenido del arcón.

Las manos se deslizaron, cautas, entre los objetos amontonados en el interior de aquel envoltorio suave, del que emergió primero un bellissimo vaso cilíndrico de vidrio, brillante e intacto, que tenía estampadas gotas con las puntas hacia abajo. El oficial miró el reflejo iridiscente de la luz que se filtraba a través de aquella magnífica obra antes de apoyarlo con cuidado sobre la mesa de campaña. Después encontró una bolsa de cuero y sacó el contenido, que emitió entre los dedos un tintineo sordo. Era un collar de aspecto sobrio, formado por dos pares de cadenas de punto en forma de ocho, unidas por dos tachas de fina factura. Se quedó mirándolo con la mente perdida en los recuerdos. Sostuvo entre las manos aquella joya familiar, demorándose, antes de guardarla y hurgar entre los demás objetos, entre ellos una *falcata*, espada ibérica de hoja curva. El oficial la empuñó con algo parecido al temor y la desenvainó haciendo centellear la hoja a la luz. Recorrió su filo con la mirada y la devolvió, con su siniestro brillo, a la funda, que acarició antes de ponerla sobre la mesa a su lado.

Luego fue el turno de un puñal con mango de hueso, un cinturón de desfile con colgantes de plata y la mitad de una tablilla de terracota en forma de mano con una inscripción, casi incomprensible, en celtíbero. Era una de las *tesserae hospitales* que garantizaban comida y alojamiento en una casa, una costumbre de las tribus locales que había causado más de una desgracia con los militares en Hispania. La sopesó en la palma de la mano antes de apretarla en el puño con una contracción involuntaria de la mandíbula y una respiración profunda.

A continuación encontró un equipo de aseo, con ampolla de aceite y dos estrígilos para limpiar el sudor y la suciedad, insertados en un mango para que no se perdieran.

Cogió entre las manos una escarcela de cuero, la sopesó y por el ruido dedujo que debía de contener monedas. Extrajo una y la levantó para examinarla a la luz de la llama. La hizo girar un poco entre los dedos antes de devolverla a la escarcela y reconocer con el tacto la forma de otro objeto familiar, un *glans*. Lo observó con curiosidad; era extraño encontrar un proyectil de honda junto con unas monedas. Las yemas advirtieron algo sobre la cara del proyectil y el centurión lo levantó a la luz de la lámpara. «*Q. Sertori pietas*». Una mueca melancólica se pintó en el rostro del oficial antes de que el proyectil de plomo le resbalara de la mano para dar, con un ruido sordo, en el arcón. Debía de haber golpeado una caja. En efecto, en el fondo encontró un estuche cilíndrico y lo cogió. Lo abrió: guardaba unos rollos.

Indagó con curiosidad el *sillubos*, una especie de cupón en pergamino cuya numeración indicaba cuál era el primer rollo. Lo extrajo y, apartando la cabeza para que la luz cayera mejor sobre el texto, leyó:

Fijo estas notas en un rollo de papiro con la esperanza de poder, un día, entregarlas a mi querida madre y a mi hermana, honrando la memoria de mis antepasados y de mi difunto padre, hombre valeroso y justo.

En cambio, si este escrito os fuera entregado por otros, sabed que os he llevado siempre conmigo en cada instante y que vosotras habéis sido mi sostén en la dificultad del viaje. He afrontado esta prueba con coraje, sintiéndome dueño de la vida como si fuera un don huidizo de los dioses, un don que puede ser arrebatado en cualquier momento. Las Parcas son señoras incontrastables de nuestro destino: Cloto hila su tela dando la vida. Láquesis la desenrolla sobre el huso estableciendo el destino, pero Átropos la corta ineluctablemente a su gusto.

Dejó de buscar en el baúl, se levantó y se sentó en el banco apoyando el rollo sobre la mesa, bajo la incierta luz, pero sin apartar los ojos del pergamino.

### Gallia Narbonensis

Mensis Martius del consulado de Cneo Cornelio Dolabela y Marco Tulio Decola.

Hemos montado el campamento a un día de marcha de las laderas de los Pirineos a la espera de la orden de encaminarnos hacia los pasos controlados por nuestros enemigos. Hemos llegado, atravesando la Galia Narbonense a las órdenes de Cayo Annio, el nuevo pretor de la Hispania Citerior, y de Valerio Flaco, futuro pretor de la Galia Ulterior.

Buena parte de los soldados de esta expedición son veteranos que han combatido contra Mario a las órdenes de Sila, pero para alcanzar los efectivos de cuatro legiones se ha debido enrolar a un gran número de reclutas en la Cispadana.

Los hombres han mantenido la moral alta durante la marcha y se han ocupado de levantar el campamento. Ahora, en cambio, instalados desde hace demasiado tiempo, muestran una inquietud que exaspera los ánimos. Hispania está más lejos de lo que parece y cuanto más tiempo pasa, el enemigo parece más fuerte. No queda sino animar a los hombres a la espera de que la situación se desbloquee.

—¡Golpea!

La vara azotó el aire frío antes de estrellarse en la hombrera de la coraza anillada

del recluta.

—¡Más fuerte, y cúbrete con el escudo!

Un segundo golpe de *vitis* se abatió sobre la espalda del soldado, que contuvo un grito de dolor apretando los dientes, mientras pegaba con renovado odio el poste de madera que tenía delante.

—Eres lento, lento y previsible.

El muchacho asestó un violento estoque con la pesada espada de madera de entrenamiento.

—¡Más rápido y más fuerte! —aulló el centurión, rompiendo el *vitis* sobre la espalda del joven soldado, que dejó escapar un gruñido—. Dadme otro —dijo el oficial a su asistente, tirando el trozo de madera que le había quedado en la mano.

El recluta lanzó una mirada feroz a su superior, luego apretó con fuerza la mandíbula y dio el enésimo embate a aquel maldito poste que hacía las veces de enemigo. El violento golpe repercutió con dolor en la muñeca, haciéndole bajar la guardia.

—Nadie te ha dicho que te detengas —gritó el centurión antes de asestar una patada al escudo de mimbre, grande y pesado, sostenido sin fuerza. El borde del *scutum* pegó en la boca del muchacho, que se tambaleó con el labio sangrante—. Eres una nulidad, un inepto —aulló el oficial antes de arremeter contra el joven arrojándolo contra el grueso poste—. ¿Crees que tendrás alguna posibilidad de sobrevivir cuando estés frente a uno de los hombres del *Luscus*?

Acometió contra él, rabioso, apretándole con las manos la vara de vid sobre la garganta.

Al recluta le temblaban los labios doloridos mientras la mirada cruel del oficial se le clavaba en los ojos.

—Si vuelves a mirarme así, te mato, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Me desprecias, *tiro* —le espetó, amenazante—, lo leo en tu mirada.

—No es desprecio, es respeto.

—¡No me hables, *tiro*! —gritó—. ¡No eres digno!

La vara apretó la garganta.

—No puedes mirarme ni hablarme, *tiro*, solo debes padecerme.

Ya sin aliento, el muchacho asintió con la respiración cada vez más afanosa.

—Lucilio Ursiano.

El centurión se volvió hacia Lucio Fabio Hispánico, su superior, que lo observaba con sus profundos ojos oscuros de expresión severa.

—¿Quieres matarme a los reclutas antes de que lo hagan los hombres de Sertorio?

—No, Lucio Fabio —repuso el oficial con ademán obsequioso después de dirigir una última mirada torva a su víctima—, solo quiero adiestrarlos como es debido para el enfrentamiento, tribuno.

—Espero que lo hagas bien, *centurio* —dijo el oficial—, el legado Cayo Annio os

espera, a ti y a todos los centuriones, en su tienda. Sila ha hablado. Las listas de los proscritos y de los enemigos de Roma ya están sobre la mesa. La venganza comienza y será fuente de desdichas para todos aquellos que aparezcan en la relación y para sus familias.

Ursiano hizo un gesto de satisfacción mientras se disponía a seguir a su superior con deferencia. Se volvió una última vez hacia los *tirones*, los reclutas, lanzándoles una mirada truculenta.

—Lustrad el equipo y limpiad el campamento —ordenó—, quiero que todo esté perfecto a mi regreso.

—¿Estás bien, Emilio?

El muchacho se llevó la mano a los labios. Escupió sangre y algunas imprecaciones; luego miró a su compañero de armas abriendo la boca.

—¿Aún tengo todos los dientes? —preguntó.

—Sí, creo sí, pero ese bastardo de Ursiano quería golpearte por el mero placer de hacerte daño. Bebe.

Cayo Emilio Rufo cogió la cantimplora, se llenó la boca y escupió agua roja.

—Estoy mejor, Celtíbero, gracias.

Celtíbero era el apodo de Ambato, un muchacho alto y corpulento, de cabello castaño y rizado. Por su aspecto parecía un hombre del norte, pero en realidad provenía de Numancia, la antigua capital celtíbera de la Hispania Citerior.

—A la primera ocasión le corto la garganta.

Emilio volvió a escupir y luego miró de reojo a su amigo.

—Si lo que has dicho llega a oídos de Ursiano estamos muertos —susurró.

—Tarde o temprano nos matará de todas formas.

—De momento no, nos necesitan para echar a los hombres de Sertorio del paso.

Celtíbero levantó la mirada hacia las montañas, cuyas cumbres estaban cubiertas por un manto de nubes amenazantes.

—Sertorio es un zorro. Si se ha aliado con los layetanos, tal como creo, será una hazaña superar y atravesar el desfiladero.

—¿Layetanos?

—Sí, los montañeses que viven entre estas rocas. Ágiles, fuertes y despiadados. Conocen cada sendero, cada peña. Ten por seguro que en este momento nos están espionando y sabrán esperar nuestra llegada justo donde nos dirigimos.

—¿Por qué deberían estar con Sertorio?

—Por el simple hecho de que los hombres del *Luscus* defienden los pasos y si están ahí quiere decir que tienen permiso para permanecer en aquel lugar y controlar la posición.

Emilio sonrió y sacudió la cabeza, luego apoyó el escudo alineándolo con los otros usados para los entrenamientos.

—¿Ahora lo llamas como Ursiano?

—Bah, Sertorio tiene un solo ojo y eso es un hecho.

—Sí, parece que es un honor para él.

—Que le aproveche.

—Por lo visto dice que son pocos los que tienen el privilegio y la fortuna de poder exhibir pruebas de sus empresas, mientras que su valor es visible a todos, como su desgracia.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Emilio vaciló un instante.

—Conocí a alguien que combatió con él bajo Cayo Mario.

—Entonces ten cuidado con lo que dices —comentó Celtúbero, mirando a su alrededor—. Solo con que hayas conocido a alguien que combatiera a las órdenes de Mario corremos el riesgo de acabar los dos bajo el cuchillo de Ursiano.

—Míralo, por ahí llega.

—Ordenemos el equipo, si no ese bastardo usará de nuevo la vara.

Emilio, que había recorrido a la carrera el último trecho del sendero, sentía que el corazón le salía del pecho por el esfuerzo, las sienes le palpitaban apretadas en el yelmo y el sudor caía copioso, a pesar del frío, al tiempo que los pulmones se llenaban de aire gélido con cada respiración. Se dio la vuelta y vio a su lado a Ambato con el gladio desenvainado y el gran escudo cubriendo el hombro, como le habían enseñado. A pesar de la carrera y el terreno accidentado, la centuria había mantenido la formación y finalmente se disponía al contacto con el enemigo.

Meses de duro adiestramiento estaban conduciendo al primer y anhelado choque. Más allá de las rocas grises, poco más adelante, los hombres de Sertorio, el rebelde, aparecerían y se enfrentarían a ellos con fría decisión. Emilio sabía que los enemigos que los esperaban entre aquellas rocas eran veteranos combativos y feroces, soldados adiestrados por decenas de batallas. Romanos con su mismo equipo, que usarían las mismas técnicas de combate. Miró de nuevo a Celtúbero, que avanzaba apretando los dientes.

Trató de levantar el escudo para mover mejor las piernas; no era el pesado scutum de mimbre que usaban para los entrenamientos, sino el de combate, más ligero y resistente, hecho de capas de madera pegadas entre sí. Emilio apretó los dientes por el esfuerzo, pero el hombro parecía no querer saber nada de levantar aquella arma de defensa. La respiración se hizo aún más afanosa y, mientras intentaba alzar aquel peso, vio las crestas de crin de caballo de los legionarios de Sertorio asomando tras las rocas.

Aferró la empuñadura del gladio y procuró sacarlo de la funda, pero este no salió. El tiro imprecó, volvió a intentarlo con mayor vigor, pero la funda parecía sólidamente aferrada a la hoja. No era posible, lo había engrasado, había probado aquel movimiento centenares de veces y el arma se había liberado siempre a la perfección deslizándose de su vaina.

La fila de escudos color ocre, representando a un toro que corneaba a la loba, apareció provocando una especie de temor reverencial. Emilio se dio cuenta de que estaba frente a los temibles veteranos itálicos de la Guerra Social. Se detuvo un instante para tironear convulsamente del arma, que se resistía a salir de su sitio, hasta que los alaridos de Ursiano acompañados por un violento empujón lo pusieron otra vez en formación.

—¡Saca el gladio, maldito idiota!

—No sale.

—¡Saca el gladio he dicho!

La respiración se hizo aún más afanosa.

—¡Estás a punto de morir, *tiro*!

El muchacho trató de desenvainar el arma con todas sus fuerzas, en vano.

—¡Esos no esperarán, *tiro*!

—¡Me adelantaré yo, *centurio*! —intervino Ambato—. Deja que Cayo Emilio retroceda para arreglar el arma.

—¡No! Celtíbero, tú quédate en tu puesto, prefiero ver morir a un idiota que perder a un hombre válido. Adelántate, Rufo —aulló Ursiano—, que te claven un *pilum* en el pecho para demostrar que, si no sabes combatir, al menos sabes morir.

Emilio asintió mientras el corazón parecía reventarle el pecho.

—¡Muévete! Eres solo un lastre para la centuria, muévete y avanza. ¡Venga!

En la confusión del momento la mirada de Rufo se encontró con la de su amigo ibérico. Un instante de compasiva amistad en medio de aquel mar de locura. El corazón en la boca, la respiración pesada, el sudor que se congelaba encima. Estaban muy cerca. La voz del centurión atronó a sus espaldas:

—Muestra el pecho, abre los brazos, idiota, será más rápido.

Estaba solo delante de todos. Solo.

No quería morir.

Una lanza se soltó de una mano y trazó una parábola en el cielo junto a otras. Decenas, centenares, miles de lanzas, pero él veía solo una, la que estaba dirigida a él.

No quería morir. No, todavía no.

Contempló aquel *pilum*, luego abrió mucho los ojos y se quedó sin aliento. El aire nunca parecía suficiente. Respiró convulsamente y las manos corrieron al pecho, como en busca de algo, antes de alzarse entre el corto pelo empapado. Trastornado, miró a su alrededor en la oscuridad de la tienda. Intentó calmarse mientras observaba a Ambato, que dormía a su lado con la respiración pausada de un sueño sereno.

Aún estaban en las laderas de los Pirineos y los itálicos de Sertorio se hallaban a un día de marcha, firmemente enrocados entre sus montañas.

Una mano apartó la cortina de la tienda.

—Rufo, es tu turno.

Aquel turno de guardia no podía llegar en mejor momento, Emilio ya no habría

conciliado el sueño aquella noche. Agarró rápidamente sus cosas y salió al frío apretándose en la capa. Llegó al fuego donde los últimos troncos estaban ya apagándose. Apoyó el *pilum* en el hombro y tendió las manos hacia las brasas, mirando la gran extensión de tiendas alineadas del campamento. Un ejemplo de orden y tradición que contrastaba con el enredo de sus pensamientos.

Decenas de centinelas ateridos empezaban su turno de guardia tratando de calentarse como mejor podían. Cada soldado miraba a su alrededor en silencio, sin poder sentarse, sin poder hablar. Las horas de guardia nocturna eran los únicos momentos de auténtica soledad de los soldados, cuando la mente daba desahogo a pensamientos, recuerdos y deseos. Una mujer, una casa o un vaso de vino caliente.

Emilio dirigió la mirada más allá de la empalizada del campamento. A lo lejos, algunas luces brillaban suspendidas en la negrura de la noche. Eran los hombres de Sertorio. Sertorio, el enemigo de Roma, que revelaba su posición en la cresta de los montes.

Tenía diecisiete años y medio y se había enrolado hacía cuatro meses. Siempre había deseado ser legionario. Su padre había sido uno de los *mulos de Mario*, los legionarios que habían aniquilado a los cimbros y a los teutones bajo el mando de Cayo Mario y de Lucio Cornelio Sila. El curioso apodo de *mulos* se debía a los fardos que debían transportar, colgados de un robusto bastón bifurcado sobre el hombro izquierdo, con lo necesario para su uso personal: navaja de afeitar, túnicas, bufandas y calcetines de recambio, calzones de invierno, *sagum*, vajilla, cantimplora, raciones para un mínimo de tres días, cubo de cuero, cesto de mimbre, sierra, hoz y todo lo imprescindible para mantener en perfecto estado armas y armaduras, sin contar la estaca dentada que se utilizaba para la empalizada del campamento. Esta carga asignada a cada soldado había permitido reducir notablemente los pertrechos de las legiones, incrementando a cambio la velocidad de los desplazamientos.

Era solo una pequeña parte de la gran reforma del ejército requerida por el cónsul Cayo Mario, quien había abolido el antiguo sistema de alistamientos que excluía del servicio de leva a los ciudadanos de escaso patrimonio. El nuevo ejército debía recoger un gran número de hombres para afrontar el peligro de las invasiones desde el norte y controlar fronteras cada vez más extensas. Por tanto, Cayo Mario dio vida a un cuerpo permanente de voluntarios al permitir que cualquiera entrase en las legiones.

Cualquiera, tomando las armas, tendría la posibilidad de obtener beneficios y superar el propio estatus social. Miles de hombres que habían acudido a alistarse dieron origen a una nueva raza sin parangón, los llamados «legionarios».

Las nuevas formaciones, adecuadamente adiestradas, desbarataron a los enemigos y comenzaron a recoger los frutos de su esfuerzo. Fue precisamente en esta fase cuando ocurrió algo que ni siquiera su creador habría imaginado. La vida de estos legionarios y su futuro quedaron estrechamente ligados a los sucesivos logros de su propio general, que les correspondía asignándoles parte del botín, esclavos y tierras.

De esta forma los comandantes de las legiones, con su magnificencia, se garantizaban el apoyo incondicional de sus propios hombres.

Fue precisamente esta particularidad la que desencadenó una sangrienta Guerra Civil que, después de haber arreciado en Italia durante ocho años, se había desplazado a la Península Ibérica. La República estaba viviendo desde hacía tiempo un conflicto político entre dos facciones: los populares, que representaban los intereses de las capas menos favorecidas, sostenidos por el cónsul Cayo Mario, y los *ottimati*, «los mejores», que salvaguardaban las tradiciones y los privilegios de la clase dominante, encabezados por Lucio Cornelio Sila.

La chispa que encendió la guerra llegó después de la elección para el consulado de Sila, a quien el Senado concedió por derecho la conducción de la guerra contra Mitrídates, rey del Ponto, que había extendido sus dominios sobre las ciudades griegas y sobre Anatolia, masacrando a miles de ciudadanos romanos.

Sila asumió el cargo y se encaminó hacia Nola para unirse al ejército que habría de tomar parte en la expedición. Cayo Mario tenía una edad avanzada, pero su ambición le impidió aceptar que su rival fuera a conducir aquella guerra, por tanto, en ausencia de este hizo aprobar una ley que le atribuía el mando de la misión, quitándoselo a Sila.

En cuanto Lucio Cornelio Sila se enteró de lo ocurrido, reunió a las legiones que le eran más fieles y les comunicó el reprochable hecho, basándose en la ofensa sufrida y en la inmoralidad del hombre que estaba tratando de usurpar el poder del Senado con sus intrigas. Los soldados lo apoyaron y se declararon dispuestos a seguirlo incluso dentro de la Urbe, una decisión deplorable, puesto que existía la taxativa prohibición, que por supuesto incluía al general y a su ejército, de superar el *pomerium*, lugar sagrado de la fundación de la ciudad, aunque fuera para recuperar lo que le había sido ilícitamente quitado. Pero Sila lo había decidido y así ocurrió.

Seis legiones avanzaron a las órdenes de su comandante y violaron los sagrados confines de la ciudad, que quedó sumida en el caos. Mario y sus seguidores huyeron mientras la guerrilla ocupaba las calles, donde hubo decenas de ejecuciones sumarias. Sila no retiró sus legiones hasta que se sofocaron los desórdenes y se restableció una supuesta calma, entregando de nuevo la autoridad al Senado de Roma. No obstante, la quietud fue solo aparente. Cuando Sila atravesó el mar y Roma quedó desguarnecida, los *populares* tuvieron otra vez las de ganar y Mario recuperó el control de la situación alistando a soldados y esclavos.

Y fue la guerra. Una guerra odiosa y despiadada que se prolongó con una espiral de sangre y con variable fortuna entre las facciones en lucha. El conflicto se extendió mucho más allá de la Urbe, porque las ciudades itálicas aliadas reivindicaban sus derechos, representados en Roma por los populares. Cuando Sila recuperó por la fuerza la posesión de la ciudad, aconsejado por uno de sus centuriones creó un instrumento perverso de depuración para terminar definitivamente con los desórdenes: las listas de proscritos.

Bastaba con muy poco para acabar en las listas y convertirse en un «enemigo de la República», ser inmediatamente privado de la ciudadanía, de los bienes y, por último, de la vida.

Lo que hacía aún más execrable el sistema era la recompensa para quien señalaba o mataba a un «enemigo de la República». La caza del hombre que se produjo a continuación causó miles de muertos en pocos meses.

En la última de estas listas figuraba el nombre de un exoficial, hijo de Ría de los Marios, prima de Cayo Mario, un tribuno en los tiempos de las guerras contra los teutones, cuestor de la Galia Cisalpina que habría tenido más éxito de no haber sido por una decidida oposición de Sila. Ese hombre era Quinto Sertorio, defensor del partido de los *populares*, que ahora residía en Hispania sin ningún cargo formal por parte del Estado, al mando de lo que quedaba de las fuerzas de los *populares* heredadas de Cayo Mario antes de la muerte de este.

Sertorio y sus partidarios debían ser eliminados y los miles de reclutas que, como Emilio, habían acudido a las filas de las legiones, tenían la misión de liberar Hispania de tan incómodo ocupante.

Aquel día el centurión llamó a diana antes del alba. Las legiones de Sila, al mando de Cayo Annio y Valerio Flaco, levantaron las tiendas y marcharon hacia los itálicos que controlaban los pasos de los Pirineos.

—¡Venga, malditos afeminados! —gruñó Ursiano, siempre deseoso de quedar bien a ojos de Lucio Fabio Hispánico—, hacedme creer que sois soldados, por lo menos mientras estemos a distancia.

Los hombres siguieron caminando, encorvados bajo el peso de sus *impedimenta*. Sudor, silencio, ruido de miles de pasos, tintineo de metal, polvo e imprecaciones. Era el temible sonido de una legión en marcha, solo interrumpido ocasionalmente por el golpe sordo de la vara de vid al abatirse sobre un soldado que, de vez en cuando, perdía el paso.

—Eh, tú, *tiro*, entóname la canción para mantener despiertas a estas niñas.

Emilio hinchó el pecho y comenzó a cantar con la mirada decidida clavada en los montes. Era un *tiro*, un recluta, como al menos la mitad de su centuria. Los *tirones* eran una molesta incomodidad para los oficiales y para los camaradas más antiguos, que no tenían ningún deseo de enfrentarse en la batalla de los veteranos con unos efectivos compuestos por chiquillos en sus primeras armas. Había que sacudirlos cuanto antes, quemar las etapas y transformarlos de inmediato en combatientes, un proceso en el que Ursiano era un auténtico maestro. Sabía instilar odio y agresividad, sabía adiestrarlos y hacer más tolerable una batalla que unas maniobras. En Emilio, además, el instructor percibía el prurito de quien no se somete y había empezado a exigir a aquel chico de espíritu fuerte mucho mucho más, porque sabía que obtendría el máximo.

Ya había partido algunas varas en su espalda y lo mantenía en constante estado de castigo, pero el joven no se doblegaba. Lívido por los golpes, se levantaba siempre con mayor orgullo, como si su valor, una vez desafiado, se multiplicara. Para Ursiano aquello se estaba convirtiendo en una cuestión personal, un desafío entre dos caracteres fuertes. Ya no adiestraba al recluta para que progresara, estaba casi fastidiado porque aquel *tiro* daba pruebas de un temple fuera de lo común, de un temperamento enérgico y voluntarioso superior a otros, y quizá también superior a su naturaleza.

—Bravo, *tiro*, te has ganado un buen turno de guardia esta noche. Un turno tan cerca de los hombres del Tuerto que podrás sentir su olor.

Emilio no dejó de cantar ni lo miró. Ursiano lo observó con odio antes de aumentar el paso.

### Nonis Martiis

Estamos acuartelados a poca distancia del paso, en el último puesto que permite una buena visual de seguridad en torno al campamento. Poco más adelante el sendero se estrecha y se adentra en la nieve, entre desfiladeros escarpados y tortuosos. Es demasiado peligroso que los hombres avancen en fila, a cada paso se corre el serio riesgo de una emboscada.

El tribuno Lucio Fabio Hispánico ha ordenado enviar constantemente exploradores para verificar la situación del enemigo y evaluar un ataque a su posición, donde sus defensas sean menos eficaces. De momento no hay buenas noticias, el enemigo parece invisible y golpea continuamente a grupos aislados de los nuestros.

Ayer por la noche un grupo de unos diez hombres avanzó hacia lo alto y consiguió oír las conversaciones de algunos centinelas enemigos. Por lo que entendieron, el comandante en jefe es Livio Salinator, uno de los mejores generales de Sertorio, al cual, en cambio, no mencionaron.

La moral de los hombres es baja.

—Esta tarde te haré sentir el olor del enemigo —dijo Ursiano con una mueca siniestra. Luego continuó—: Iréis allá arriba y me traeréis un prisionero. No quiero a un montañés ibérico, quiero a un itálico, luego ya pensaré yo en la forma de soltarle la lengua.

—Necesito más hombres para esa misión, *centurio* —refunfuñó con cara de pocos amigos Decano, el veterano de la centuria, que había sido llamado por Ursiano junto a Rufo y a Ambato.

—Con estos dos novatos tienes más que suficientes, Decano. Usa al Celtíbero

como cebo, haz lo que quieras, pero tráeme a un prisionero. ¿Has entendido bien? Debemos ser los primeros en entregar a Cayo Annio un itálico —dijo apretando los dientes.

—Es más probable que nos cojan sin un número adecuado de hombres.

—Si sois pocos pasaréis inadvertidos; vete y da una lección a estos dos.

Decano lanzó una mirada contrariada al centurión antes de envolverse en la capa con un gesto de rabia y de encaminarse hacia el sendero, seguido por Emilio y Ambato.

Avanzaron en silencio, en el aire gélido y enrarecido de la noche estrellada, bordeando la ladera del monte, después salieron de la pista y treparon entre las rocas resbaladizas cubiertas por una sutil capa de hielo. Durante el día la temperatura era aceptable, pero por la noche el frío se hacía punzante y la nieve, fundida en las horas más benignas, se transformaba en un velo cristalizado que entorpecía los movimientos.

Mientras marchaban lentamente, de vez en cuando Decano mascullaba una imprecación al notar que las sandalias le resbalaban. Emilio pisó en falso y patinó, derribando algunas rocas que se precipitaron hacia abajo con un gran estruendo antes de acabar en la nieve fresca con un rumor sordo.

Decano se aplastó tanto cuanto pudo al amparo de un saliente de roca.

—¿Quieres que todos se enteren de dónde estamos? —gruñó fulminando a Rufo con la mirada. La nariz achatada esculpida en aquel rostro irregular y los ojos hundidos exigían una respuesta tácita.

—No lo he hecho aposta —susurró el otro levantándose, fastidiado.

—Eso espero, pero ahora adelántate tú, no tengo ganas de recibir un golpe de honda en la frente después del ruido que has hecho.

El muchacho asintió y, aunque reacio, se puso a la cabeza del grupo. Empezó a caminar, manteniéndose lo más agachado posible, y salió del refugio de la peña. Mientras subía, sin volverse, oía que Celtíbero lo seguía en aquel aire de hielo acolchado. El frío se había hecho insoportable y cada vez más a menudo los tres se veían obligados a detenerse para recuperar el aliento e intentar calentar las manos, ahora casi del todo entumecidas, frotándolas enérgicamente.

—¿Por dónde?

El veterano alzó la cabeza, mirando a su alrededor.

—¿Ves el sendero a la izquierda?

—Sí.

—Bien, recorredlo durante un trecho y luego volved atrás, yo os cubriré. Después nos encontraremos en aquella depresión que está allí abajo.

Los dos reclutas se quedaron atónitos durante un momento.

—¿Qué quiere decir con que nos cubrirás? —preguntó Celtíbero.

—Lo que he dicho. Os esperaré y vosotros continuaréis adelante.

—Esas no fueron las órdenes del *centurio*...

—El *centurio* no está —zanjó Decano—. Aquí yo soy el más antiguo y tengo el mando, pero si se te ocurre algo que objetar —continuó, posando la mano en la empuñadura del gladio—, podemos discutirlo.

—Hijo de perra...

—Óyeme, tiro, llevo quince años en la legión, he visto lugares cuya existencia ni siquiera sospecháis y he matado a más hombres de los que podéis imaginar. Si para sobrevivir a esta jodida noche he de acabar con uno de vosotros, o con los dos, me importa un pimiento, como no me importa que ese bastardo de Ursiano conquiste la estima de Hispánico con la captura de un prisionero. Que venga a atraparlo él si tanto le interesa; yo no he llegado hasta aquí para hacerme matar por unos montañeses ibéricos. No debo demostrar lo que valgo, eso lo saben todos; ahora os toca a vosotros dar pruebas de coraje —dijo con una irónica mueca, tendiendo la mano hacia el sendero—. Valor; vuestro prisionero está ansioso por dejarse coger.

—Eres un bastardo, Decano.

—Si tengo que volver por ese sendero, Celtíbero —gruñó el veterano, cogiendo al muchacho por el fofale con su mano poderosa—, te haré hacer tantos turnos de guardia que aprenderás a refrenar la lengua. Ya puedes prepararte para limpiar mierda durante cada día de esta jodida campaña —concluyó antes de asestar un violento puñetazo en pleno rostro a Ambato, que cayó salpicando de rojo la nieve.

—Cálmate, Decano —dijo Emilio—, haremos lo que dices.

El legionario lanzó una mirada despreciativa a los dos.

—Quitaos de en medio, mocosos.

Rufo ayudó a su amigo a levantarse.

—Tranquilo, déjalo correr.

—De ahora en adelante cuídate siempre las espaldas, Decano.

—Te mataré por lo que has dicho, Ambato.

—Tranquilo, Celtíbero. Déjalo ya.

Al ver que el veterano sacaba el gladio, Emilio empujó lejos a su amigo y se encaró con el viejo legionario con las manos abiertas.

—No pasa nada, Decano, ya nos marchamos. En el campamento beberemos por ello y será como si no hubiera ocurrido nada.

El viejo escupió al suelo, lanzó una última mirada y luego se encaminó hacia la depresión que había señalado, hendiendo el aire con un par de golpes de gladio.

—Lo mataré.

Emilio dio otro empujón a Celtíbero antes de encaminarse hacia el sendero.

—¿Te has vuelto loco, o es que el frío te ha congelado el cerebro? ¿Enfrentarse a un veterano? ¿No tenemos ya a Ursiano para hacernos la vida bastante difícil?

—Yo soy un celtíbero —respondió el otro, siguiéndolo—, las ofensas se devuelven y yo tendré mi venganza. ¡Tendré mi venganza! —insistió con resolución.

—Óyeme bien, Celtíbero —susurró Rufo, apretando los dientes—, hemos caído en un mar de locos y si me quedo sin ti... no sé si podría continuar.

Ambato, conmovido, se pasó el brazo sobre la nariz, que seguía sangrando, y apoyó la mano sobre el hombro de su amigo para que se detuviera.

—Nunca te dejaré solo, Cayo Emilio Rufo.

Intercambiaron una mirada que valía más que mil palabras y continuaron subiendo por el sendero cubierto por el manto blanco. El paisaje iluminado por la luna parecía irreal. La nieve, cristalizada, brillaba traslúcida y gemía bajo el peso de los pasos. Ese fue el único rumor que los acompañó hasta una planicie, donde pudieron avanzar con menos fatiga durante un breve trecho. En aquel punto Celtíbero aferró el brazo de Emilio para señalarle algo.

Huellas. Había huellas por doquier.

—Unos diez hombres —susurró—, tal vez más.

Emilio asintió, comprendiendo lo imprudentes que habían sido al avanzar a cielo abierto y a plena luz.

—Retrocedamos —murmuró, como si de repente decenas de ojos los estuvieran observando.

Después de retroceder unos pasos, dieron media vuelta para desandar el sendero que los había llevado hasta allí, pero se quedaron atónitos frente a la silueta de un hombre, materializado a unos cincuenta pasos de distancia. Era imponente. Llevaba un yelmo con una alta cola de crin de caballo y una ráfaga de viento le abrió la capa, que se extendió como si fueran las alas de un águila, mostrando una armadura anillada cubierta de condecoraciones.

Los dos echaron mano a las armas cuando, a espaldas del soldado, de la oscuridad aparecieron tres hombres con las lanzas en la mano. Enseguida la luz lunar iluminó yelmos y siluetas de otros dos hombres a su derecha. Estaban rodeados.

—¿Os habéis perdido? —preguntó el que había aparecido primero, y empezó a avanzar con la nieve hasta las rodillas. Debía de ser un oficial, un centurión—. He hecho una pregunta —insistió, deteniéndose a pocos pasos de distancia. Tenía la barba descuidada y la mirada decidida—. Soy Vibio Calpurnio —anunció con marcado acento etrusco—, y tengo la orden de matar a todos los que superan ese punto —aseveró, señalando con el pulgar el desfiladero a sus espaldas—, cosa que habéis hecho.

Los dos se quedaron inmóviles. La mirada del hombre ya los había vencido. Calpurnio sacudió la cabeza.

—Me pregunto si Sila ha alistado hombres o si confía en pasar a Hispania con un ejército de *tirones*.

Emilio intentó hablar, pero el soldado lo interrumpió señalando el terreno a sus pies.

—Tirad al suelo las dagas y los *pugiones*.

No había alternativa. Resistir habría significado sucumbir. Lanzaron una última mirada a los hombres que los apuntaban y luego los dos arrojaron las armas en la nieve. En poquísimos instantes fueron rodeados y obligados a hundirse, de rodillas,

en aquella alfombra de hielo. Una vara de madera apretó el cuello de Emilio, que levantó el mentón hacia el oficial.

—¿Quién es vuestro comandante?

—Somos de la centuria de Lucilio Ursiano.

—No el centurión, el tribuno o el comandante de legión.

—El tribuno es Lucio Fabio Hispánico, el legado es Cayo Annio.

—¿Hispánico has dicho?

—Sí.

—No sé si estáis locos vosotros o lo está vuestro comandante al mandaros aquí arriba al encuentro de una muerte segura —dijo en un tono más cordial—, pero se da el caso de que la Fortuna os ha sonreído esta noche. Volveréis sanos y salvos por donde habéis venido.

Los dos escucharon incrédulos y, al mismo tiempo, atemorizados por las puntas de hierro que les presionaban la espalda y el pecho.

—Necesito hablar en secreto con vuestro comandante. El nombre de Hispánico me dice algo, ya debo de haberlo conocido en alguna ocasión. Por tanto, a cambio de vuestra vida me conseguiréis una entrevista con él.

—Señor —dijo Emilio—, para nosotros es verdaderamente imposible llegar a un tribuno. Nuestro centurión casi no nos permite pensar, mucho menos hablar.

Calpurnio hizo un gesto de negativa.

—Tenía que pescar precisamente a dos reclutas. Quizá me convenga eliminaros ahora y esperar a los próximos imbéciles —afirmó, echando un vistazo al desfiladero—. Pero dudo que unos veteranos sean tan idiotas como para avanzar tanto. —Los señaló a los dos—. Escuchadme bien —añadió—, propongo un encuentro mañana por la noche a mitad de la cuesta, en el sendero que habéis seguido hoy para subir hasta aquí. Cinco hombres por parte, y entre esos cinco debéis traerme a alguien que pueda ponerme en contacto con Hispánico. Cinco hombres, si veo uno más os haré masacrar por los layetanos.

Corriendo hasta quedarse sin aliento, los dos llegaron al sitio indicado por Decano, quien apareció desde detrás de una roca con el arma en la mano, pillándolos por sorpresa.

—¡Idiotas! Mereceríais que os liquidaran aquí por todo el ruido que estáis haciendo. ¿Queréis que nos descubran?

—Ya nos han descubierto, *Decanus*; más allá del desfiladero unos hombres nos han salido al paso.

El veterano inclinó la cabeza con aire sardónico, examinándolos de arriba abajo.

—¿Y cómo es que estáis vivos?

—Su comandante, un tal Calpurnio, quiere entrevistarse en secreto con Lucio Fabio Hispánico. No sé qué quiere decirle, pero nos ha soltado para que traigamos la

noticia y se fije una cita para mañana por la noche.

Decano hizo una mueca de desdén.

—¡Bravo! ¿Y qué más quiere? ¿Vino con miel caliente? Idiotas, ¿no habéis entendido que será una emboscada?

—No, no creo... hablaba de...

—Cállate, necio. Tu Calpurnio quiere presentarse ante el *Luscus* con un prisionero de lujo y vosotros, en vez de defenderos hasta la muerte, os habéis dejado embaucar como dos críos.

—Quizá tengas razón —intervino Celtíbero—, pero quizá seamos nosotros quienes llevemos al prisionero de lujo al campamento.

—Es verdad —insistió Emilio—. Avisemos a Ursiano del contacto...

—No avisaremos a nadie —lo interrumpió el veterano—, vosotros no diréis una palabra.

—¿Cómo...?

—Os quedaréis mudos como piedras.

—Ah, temes que se descubra que no estabas con nosotros y que no has respetado las órdenes.

—Tranquilo, Ambato.

—Sí, tranquilo, Ambato —soltó Decano, imitando a Emilio y apretando los dientes—. Esta noche ya me has irritado bastante y tengo muchas ganas de hacerte daño, mucho daño.

—Nos estás pidiendo que mintamos al *centurio*, Decano.

—No, yo no os pido nada, os lo aconsejo, porque si me entero de que habéis hablado, seréis dos muertos que caminan, habréis dejado de vivir. Os haré escupir sangre y maldecir el día de vuestro nacimiento. Media legión está formada por veteranos y entre nosotros hay una profunda fraternidad. Basta que os señale a los otros y os convertiré en muertos vivientes.

—¡Os había pedido un prisionero! —estalló Ursiano con expresión adusta.

—Hemos llegado hasta el final del desfiladero —dijo Emilio—. El terreno era llano, pero la nieve era alta y había que avanzar a cielo abierto a la luz de la luna.

—Estaba lleno de huellas —afirmó Ambato.

—¿Y pues? —gruñó el oficial, reparando en la nariz tumefacta de Celtíbero.

—Que era inútil arriesgarse, *centurio*.

Ursiano se volvió hacia Decano y lo miró con severidad.

—Me asombra que un veterano como tú pueda encontrar inútil el riesgo. Creía que era tu elemento natural.

—Yo no tengo miedo de arriesgarme, *centurio*, pero esta noche habría sido de idiotas avanzar a cielo descubierto en aquel terreno. Un hondero nos habría podido golpear a doscientos pasos.

—El tiempo está empeorando, Decano; mañana por la noche podréis volver allí sin la luz de la luna y traerme lo que quiero.

—Necesito más hombres.

—La próxima vez que intentes sugerirme lo que debo hacer, irás solo.

Los dos se enfrentaron durante un momento; luego Decano desistió y, como de costumbre, volvió sobre sus pasos encaminándose hacia la salida de la tienda seguido por Emilio y Ambato.

—*Tirones.*

Los dos muchachos se detuvieron en el umbral mirando a su centurión con los ojos fatigados por una noche insomne.

—¿Estáis seguros de haber llegado hasta el final del desfiladero?

—Sí, *centurio.*

—Porque si yo me entero de que alguien se detiene detrás de la primera roca para pasar el tiempo, contraviniendo mis órdenes, lo hago apalear hasta la muerte. ¿Está claro?

—Sí, *centurio.*

—Nada de descanso para vosotros, iniciáis vuestro turno. Estáis de guardia. Así la próxima vez que os asigne una misión la llevaréis a cabo —sentenció, tajante.

Los dos acusaron el golpe en silencio.

—Ahora, marchaos.

Los muchachos saludaron y salieron de la tienda a grandes pasos.

—Esta noche llevaremos a Calpurnio donde Ursiano —dijo Emilio.

—¿Estás loco?

—No, escucha: Calpurnio quiere hablar con Hispánico, nosotros le explicaremos la situación. Decano esta noche nos seguirá y entrará en nuestro juego si se huele que la cosa puede serle útil para congraciarse con el *centurio.*

—¿Y cómo piensas hacer razonar a ese bastardo? ¿No es más sencillo liquidarlo? Somos dos contra uno.

Cayo Emilio Rufo se frotó los ojos fatigados y luego miró a su amigo.

—La verdad, creo que es demasiado fuerte para nosotros, Celtíbero. Mejor ponerlo de nuestra parte. Además, no me parece que el asesinato de *conturbernalis* esté permitido.

—¿Y si ese bastardo de Decano tuviera razón? ¿Si fuera un truco de los itálicos para eliminar a unos oficiales?

—En ese caso sería mejor morir a manos de Calpurnio que apaleados por orden de Ursiano.

—¿No has dicho que no podemos matarnos entre nosotros?

—Creo que los centuriones están dispensados de esta norma.

A la noche siguiente los tres salieron del campamento adentrándose en la negrura de la noche. De vez en cuando un resplandor violáceo asomaba entre el espeso manto de nubes amenazantes, pero la luz no conseguía aclarar el paisaje como la noche

anterior.

—Id despacio y manteneos junto al sendero. Eh —exclamó el veterano desde el interior de la capucha del pesado manto—, he dicho que os quedéis a la derecha.

—No, avancemos juntos hasta la mitad de la cuesta, Decano —sentenció Emilio, decidido.

—¡Oye a este maldito mocoso! Tienes la actitud de un centurión, pero no lo eres, eres un jodido recluta.

—Sí, tienes razón —afirmó Emilio, volviéndose—, soy un jodido *tiro*, pero he escuchado tu consejo y no hemos dicho una palabra de lo que ha sucedido al centurión —añadió, deteniéndose—. Nosotros te hemos respetado, hemos reconocido tu antigüedad y hemos accedido a lo que nos dijiste. Pero ahora que estamos aquí solos reconoce que le hemos echado cojones. Sabes perfectamente cómo han ido las cosas: tú estabas tan tranquilo mientras nosotros arriesgábamos la piel, por tanto, aprecia nuestro valor.

Emilio tendió la mano a Decano, que lo miró con semblante desconfiado, sin corresponder el gesto.

—Podemos hacer un buen papel con el centurión y con los otros superiores si conseguimos organizar el encuentro requerido. No te obligamos a seguirnos, vete a dormir en tu agujero. Nosotros volveremos con nuestro hombre o no regresaremos.

Decano apartó a los muchachos y pasó por delante.

—Aquí mando yo y yo guío al grupo —refunfuñó antes de enfilar el sendero.

Celtíbero sonrió a su amigo y se acercó a su oído.

—No sé si Roma ha ganado un buen legionario contigo, pero, sin duda, ha perdido un gran actor.

Emilio sacudió la cabeza, complacido.

—¿Habéis terminado de farfullar? ¿Dónde debemos encontrar a ese Calpurnio?

—Creo que serán ellos los que nos encuentren —replicó Emilio señalando el sendero—, más o menos a mitad de la subida.

Los tres continuaron avanzando orientándose con la poca luz que ofrecía la cándida palidez del paisaje. Aquella noche el cielo no ayudaba demasiado sobre la vía que seguir. El veterano caminaba sin volverse, como si la presencia de los dos muchachos, que avanzaban detrás de él, le fuera del todo indiferente. Llegados al punto designado, Emilio se detuvo mirando a su alrededor e hizo una seña a los otros. A lo lejos, hacia el valle, se entreveían los débiles fuegos de los puestos de guardia avanzados de donde habían partido, mientras que en la otra vertiente las cimas mostraban su imponentia.

—¿Este es el lugar? —preguntó el hosco soldado, una vez que estuvo cerca de ellos.

La respuesta se materializó pocos metros más arriba. Dos hombres envueltos en pesados mantos fueron a su encuentro descendiendo por el sendero. Decano los miró de arriba abajo y llevó la mano al pomo del gladio. Los dos se detuvieron a pocos

pasos.

—Había pedido cinco hombres, ¿dónde están los otros?

—Solo hemos podido venir nosotros, Calpurnio —respondió Emilio al reconocer a su interlocutor—, pero estamos aquí para establecer un contacto.

El itálico examinó a Decano.

—Había solicitado a Hispánico.

—He convencido a un veterano que sabe cómo moverse y te puede poner en contacto con un oficial.

—Si hubiera querido a un veterano te habría pedido a un veterano.

—Podemos llevarte al campamento y conseguir que hables con el oficial.

—Claro, ¿y tú me ofreces la garantía de que podremos volver libres por donde hemos venido?

—Sí.

Los dos estallaron a reír y desde las rocas nevadas aparecieron tres hombres con los arcos montados.

—Tú seguirás al veterano —dijo Emilio—, yo me quedaré con los tuyos. Si no vuelves... harán lo que tú les ordenes que hagan.

—Yo valgo mucho más que un muchacho. Mucho más.

—Eres tú quien necesita hablar con Lucio Fabio Hispánico, no yo. —Hubo un instante de vacilación—. Y por lo que respecta a mi vida, vale mucho más que la tuya. No creas que me apetece quedarme aquí con tus hombres.

Una bofetada de gélido viento agitó los mantos. Calpurnio y Decano se enfrentaban, estudiándose mutuamente, ambos sorprendidos por la astucia del más joven del grupo.

—Así sea: si no vuelvo al alba, degolladlo.

—Me quedaré aquí con él —intervino Ambato.

—No —dijo Decano—, se quedará Celtíbero. Tú —añadió, volviéndose a Emilio— abrirás paso hacia el campamento. Vosotros dos lo seguiréis y dejaréis aquí las armas. Yo cerraré la fila.

—No, no quiero que Ambato...

—Cállate —susurró Calpurnio con decisión.

Los muchachos se miraron. Ambato apretó la mano de Emilio.

—Si todo va bien, sé que harás lo posible para volver a buscarme. Estoy tranquilo y, además, estos son ibéricos, no me ocurrirá nada.

—También él debe ser desarmado —dijo Calpurnio señalando a Ambato.

El muchacho asintió y dejó caer la espada y el puñal en la nieve.

—Volveré —aseguró Emilio.

La tienda del tribuno estaba vigilada por una decena de guardias. Emilio caminaba arriba y abajo mirando nerviosamente hacia el acceso. Desde que habían entrado en

el campamento con los dos itálicos, debidamente encapuchados para que nadie los reconociera, el tiempo se había convertido en una insoportable roca. Habían despertado a Ursiano que, incrédulo, se había prodigado en interrogar a Calpurnio antes de decidirse a avisar a Lucio Fabio Hispánico, que luego había enviado al inesperado huésped donde el pretor Cayo Annio.

—Si ese bastardo tenía tanto que hablar, podía haber dado otras disposiciones a los suyos —dijo entre dientes Emilio a Decano que, somnoliento e indiferente a la suerte de Ambato, se calentaba en el fuego.

La voz del centinela anunciando el último cambio de guardia de la noche inquietó aún más al muchacho. Emilio se encaminó hacia el acceso de la tienda, pero fue detenido por un centurión de la guardia.

—Debo hablar con el *centurio* Ursiano, es muy urgente.

El oficial fue inflexible:

—No puede entrar nadie, orden del pretor.

—Es cuestión de vida o muerte.

—No puede entrar nadie —insistió el guardia, silabeando las palabras.

Emilio, impaciente, volvió hacia el veterano.

—Decano, tú conoces a ese oficial, dile que tenemos poco tiempo, dentro de poco amanecerá. Debemos volver donde Celtíbero.

—Cálmate, *tiro* —respondió con las manos tendidas hacia el fuego—, si es su destino que muera hoy, así será, hagas lo que hagas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y si fuera tu vida la que dependiese de la rapidez de mi decisión?

—Ya estaría muerto.

El muchacho miró al veterano e inspiró por la nariz.

—El que está allá arriba es uno de los nuestros, Decano, un legionario.

El veterano sonrió.

—El que está allí es un celtíbero. Vosotros aún no sois legionarios, quizá lo seréis si sobrevivís.

—Tampoco tú eres un legionario, Decano, no lo eres ni siquiera después de todos estos años, si razones así, solo eres un fanfarrón.

En un instante el hombre estuvo de pie. Se acercó a Emilio con aire amenazador y alargó la mano para aferrar el cuello del muchacho, sin conseguirlo. Emilio se apartó a toda velocidad y le dio un puñetazo en pleno rostro, luego un segundo e inmediatamente después un tercero. El coloso se tambaleó.

El revuelo llamó la atención de un guardia, que intervino:

—¿Qué sucede?

Todos se detuvieron mirando hacia la tienda. El pretor y los demás oficiales habían salido para comprobar el motivo de aquella confusión.

Sin esperar ningún permiso, Emilio señaló a la montaña.

—Comandante —dijo—, uno de los nuestros está de rehén, pido permiso para ir a

buscarlo.

Cayo Annio lanzó una mirada severa al joven.

—El muchacho es uno de los míos, comandante —intervino Ursiano—. Me excuso por su insolencia, lo castigaré adecuadamente.

—Ahora no —rebató Calpurnio, cubriéndose la cabeza con la capa—, es precisamente ese muchacho el que debe devolverme al punto de encuentro, antes de que mis hombres den la alarma.

El itálico saludó al pretor y se abrió paso golpeando con una mano sobre el hombro de Emilio.

—Venga, no tenemos mucho tiempo.



## HISPANIA CITERIOR

### Hispania Citerior

Finalmente hemos atravesado los Pirineos, forzando los pasos e inundando, como un río en crecida, la Hispania Citerior. El pretor Cayo Annio me ha concedido una armella, una condecoración por haber procurado el contacto con un colaboracionista itálico. El tribuno Lucio Fabio Hispánico ha insistido para que el pretor no escuchara al enemigo que se ha presentado para ofrecer la cabeza del comandante Salinator a cambio de una adecuada recompensa. La discusión se ha prolongado largamente, pero al final Calpurnio, este es el nombre del colaboracionista, se ha puesto de nuestra parte y ha asesinado a Livio Salinator, legado de Sertorio y comandante de la legión que controlaba los pasos.

La muerte del comandante enemigo ha repercutido inmediatamente en la moral de gran parte de los suyos. Algunas unidades se han retirado enseguida, mientras nuestras cohortes se infiltraban, por la vía que había indicado Calpurnio, para tomar posesión del paso. Los enemigos, desorientados, han empezado a dispersarse hasta que todos sus efectivos se han disuelto ante nuestras vanguardias. La única legión que Sertorio podría haber empleado para oponerse a nosotros ya no existía. Los hombres que no se han rendido han huido desperdigándose entre las montañas, o han muerto miserablemente.

Por desgracia, el *Luscus* no estaba con Salinator y de los informes de algunos prisioneros se deduce que está al mando de una fuerza de poco menos de tres mil infantes que él mismo está conduciendo hacia el sur.

La Hispania Citerior ya es nuestra. El enemigo dispone de un décimo de nuestras fuerzas. Avanzamos por el camino de la costa hacia Tarraco; la caza del enemigo de Roma ha comenzado.

La moral es alta.

—¡Moveos, moveos! ¡Aumentad el paso, aumentad el paso! —aulló Ursiano pasando junto a la columna en marcha—. ¡Debemos pisarles los talones, quiero que el *Luscus* sienta vuestro olor!

Decenas de miles de sandalias golpeaban el suelo levantando un polvo denso que,

por momentos, oscurecía el cielo. Los hombres avanzaban en silencio con la boca y la nariz cubiertos por el *focale*, que generalmente llevaban envuelto en torno al cuello.

Por una extraña broma del destino, las legiones que avanzaban a marchas forzadas contra Sertorio habían sido adiestradas por Cayo Mario, exponente del partido de los *populares*, que ahora se batía en retirada. Apenas asumió por séptima vez el cargo de cónsul, Mario había contraído una pleuritis fulminante y había muerto pocos días después. El nuevo poderoso de Roma, Lucio Cornelio Sila, que había sido su más acérrimo enemigo cuando aún estaba vivo y seguía siéndolo después de su muerte, deseaba destruir el último baluarte mariano: Hispania.

Los hombres en marcha encontraron una unidad de exploradores a caballo que llevaban algunos prisioneros. Debían de formar parte de lo que quedaba de una centuria en desbandada. El pretor aprovechó la ocasión para detener la columna y hacer montar el campamento para la noche. Él mismo interrogaría a los hombres recién capturados.

Las órdenes se cumplieron con la eficacia de siempre y en poco tiempo todas las tiendas estuvieron dispuestas y los fuegos encendidos. Lucilio Ursiano, oficial al cargo, anunció el inicio del primer turno de guardia. Aquella noche su centuria habría vigilado uno de los accesos del campamento.

—Rufo y Celtíbero, el primer turno es vuestro. Nada de cena hasta el final de la guardia, de lo contrario corréis el riesgo de dormiros. Y sin escudo, os quiero vigilantes. Seré yo quien haga la ronda, así que estad alertas o mañana seréis castigados de nuevo, para no perder la costumbre.

Los veteranos rieron mientras el centurión se desataba el yelmo mirando a los dos que, en silencio, posaban el escudo y la lanza y se disponían a alcanzar su posición junto al *vallum* que rodeaba el campamento. La clepsidra fue llenada y resonó la trompeta: la prima vigilia había comenzado.

Emilio estaba exhausto. Tenía hambre, sentía el cansancio de la jornada de marcha y la fatiga de los días anteriores. Después de la riña con el veterano, su vida se había vuelto más difícil e incómoda. Ursiano se había atribuido, compartiéndolos en una mínima parte con Decano, todos los méritos del éxito con Calpurnio. La contribución de Rufo fue debidamente ocultada, pero a él poco le importaba. Había salvado a Ambato llegando al punto convenido poco antes del alba y los dos habían regresado al campamento, después de una noche insomne, solo para recibir un nuevo servicio, y ni siquiera de los ligeros: la recogida de leña.

Eso no fue más que el principio: Decano y sus veteranos presionaron a Ursiano para emplear a los dos *tirones* en los más diversos encargos. Estaba claro que querían impartir a los jóvenes una lección sobre los códigos no escritos de la legión, que eran parte integrante del cuerpo. A un veterano no se le llevaba la contraria, por no mencionar el hecho de agredirlo como había hecho Rufo.

La cosa estaba funcionando. Emilio comenzaba a preguntarse cuánto más podría

soportar aquella presión física y psicológica, cuando su mirada cansada se posó sobre un grupo de prisioneros a los que habían situado lejos de sus tiendas. Dormirían en el suelo, envueltos en sus sucias capas, a la espera de saber cuál había de ser su suerte.

Trató de permanecer vigilante, de vez en cuando estiraba las piernas y miraba a lo lejos la evolución de los soldados para calcular el paso del tiempo. Observaba el cielo, pero las nubes le impedían ver el movimiento de la luna y las estrellas. Aquel turno parecía infinito y cada vez más a menudo se encontraba mirando al grupo de itálicos encadenados.

—¿Primera vigilia?

El muchacho regresó del torpor de sus pensamientos. Uno de los itálicos encadenados le había dirigido la palabra. Estaba sentado en el suelo con los antebrazos apoyados en las rodillas y lo miraba, con la barba descuidada, el rostro demacrado y los ojos hundidos que solo los prisioneros pueden tener.

Emilio asintió.

—Es el mejor turno —continuó el otro—, aunque hayas de ver que todos los demás se van a descansar después de comer, al menos no te despiertan en plena noche.

—Sí —respondió Rufo, incómodo, mirando a su alrededor—, la segunda y la tercera vigilia son peores.

—La segunda es la peor, acabas de dormirte.

Rufo dio dos pasos y se acercó al recinto.

—¿De dónde eres?

—Falerii, Etruria.

El muchacho se sintió escrutado por los ojos de todas aquellas sombras inquietantes sentadas en el suelo. El ruido metálico de una olla lo hizo volverse de inmediato.

—Tranquilo, nosotros te avisaremos si llega el centurión.

Confuso, Rufo volvió a mirar aquella mancha oscura de hombres que lo observaban.

—¡Cuántos turnos de guardia no habré hecho, muchacho, en dieciocho años de servicio!

—Dieciocho —murmuró el muchacho con una especie de admiración.

—Dieciocho, esos son los que llevo a mis espaldas. Dieciocho años de marchas, batallas, tierras vistas, gentes conquistadas —dijo, levantando el antebrazo para mostrar una enorme cicatriz—. Dieciocho años de amigos perdidos, de noches en vela a la espera de un licenciamiento que nunca ha llegado. Dieciocho años cultivando el campo de mi vida, sembrando para recoger los frutos del sudor. Luego llega el Hado para frustrarlo todo, para barrer mi obra como un río en crecida que inunda la existencia. Y heme aquí, en este *saeptum venationis*, en este corral.

Emilio no supo qué responder.

—No me hagas caso, son las palabras de un viejo que ya se ha rendido. En

realidad, cada uno es artífice de su destino y tú, tú eres joven. Eres un hombre fuerte y tienes mucha vida por delante: amigos que defender, enemigos que matar, amantes que vivir, días nuevos que afrontar. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Emilio, Cayo Emilio Rufo.

—Ah, *Gens Emilia*. Yo, en cambio, soy Quinto, hijo de Mecenas, un liberto. Corrí a enrolarme cuando el gran Cayo Mario elaboró la reforma y con él he estado en los *Campi Raudii*. Piensa que estaba bajo el mando del joven Sila.

—¿Has combatido en los *Campi Raudii*? También mi padre, Cayo Emilio Esceva, ¿lo conociste? Él estaba con Cayo Mario.

—Cayo Mario —repitió nostálgico—. Barrimos a los cimbros con una fuerza inaudita. Los aplastamos, los aniquilamos. A cuántos de aquellos hombres he visto transformados en ovejas en recintos como este. Qué extraña es la vida; yo que combatía por Sila, ahora soy su prisionero y el hijo de un soldado de Mario vigila para que no escape.

Emilio no pudo más que asentir a los caprichos del destino.

—Emilio Esceva —continuó el prisionero, sacudiendo la cabeza—, no recuerdo a nadie con ese nombre, éramos muchos.

—Mi padre... fue un valiente —declaró Rufo, lleno de orgullo.

Quinto Mecenas asintió antes de bajar la mirada sobre las cadenas.

—También yo lo he sido —subrayó con tristeza—, y hasta hace algunos días era temido. Pero ahora, ahora ya no soy nada. Es el destino de los vencidos, muchacho. En la guerra se gana o se muere; nosotros no hemos vencido, pero hemos elegido no morir, por tanto, es justo vivir la derrota y pagar las consecuencias. Míranos bien. Observa estas miradas, porque tú ahora crees que eres inmune a esta eventualidad, crees que te encuentras por encima de la condición humana, como si nunca pudiera ocurrirte semejante desgracia. También yo lo pensaba, con soberbia, muchas veces. Ahora veo reflejada en tus ojos una pena que quisiera rehuir y entiendo el terrible error de haberme rendido, de haber permitido que los acontecimientos me superaran sin ser yo quien determinara su acaecimiento. Habría sido mejor morir.

—No... no me das pena. Además, los errores no cuentan, cuenta la respuesta a los errores.

El prisionero inclinó la cabeza.

—En efecto.

La frase se apagó en el silencio y los dos se demoraron algunos instantes. Aquella no había sido una victoria, no había sido una batalla, no se había medido el valor de los hombres, sino que había ganado el engaño. Había vencido la mediocridad y sus caudillos, como Calpurnio, Ursiano y Decano. Y allí, en aquella efímera jaula, en aquel recinto, un valiente que había servido a la República con abnegación durante dieciocho años vivía su derrota con dignidad.

—No siempre es un honor vencer —adujo Emilio.

—Lo es. La vida es guerra y mientras ganes y aumentes la fortuna de tu

comandante, sigues vivo y gozas del favor de los dioses. El resto no cuenta, somos hijos de nadie. Ahora vete, muchacho, llega tu centurión.

—Que los dioses te guarden.

—¡Vete!

Emilio se alejó algunos pasos, luego miró hacia las tiendas y vio acercarse la silueta de Ursiano con cuatro hombres de la ronda. Reconoció por la indumentaria que eran soldados de caballería. Saludó a su superior y entregó el bastoncillo con la muesca de reconocimiento. La ronda tenía la tarea de completar la vuelta de todos los centinelas y recoger los bastoncillos de cada puesto de guardia. Estos testigos luego se entregaban al decurión de servicio que, tras controlar su número y las muescas, podía localizar, en el caso de que faltara alguna pieza, al centinela que no había cumplido con su servicio de guardia.

—Te veo en forma, *tiro*. Ya que tienes tantas ganas de hablar con esos bastardos, harás un doble turno.

Emilio se despertó sobresaltado por el penetrante sonido de la trompeta. Los ojos le ardían y la sensación de agotamiento rozaba la postración. Se frotó los ojos y bostezó mientras oía las voces de los centuriones que, aullando, pasaban de tienda en tienda para apremiar a los soldados. Trató de recuperar las fuerzas necesarias para levantarse, pero fue sacudido por un violento golpe en el hombro.

—Gracias, *tiro*; ha dicho Ursiano que esta noche querías hacer también mi turno de guardia. No sé cómo pagártelo.

—Eres un bastardo, Decano —rebatió Celtíbero, levantándose de su rincón.

—Vaya, se ha despertado también el otro león.

—Hay un modo de pagármelo, Decano —replicó Emilio, poniéndose de pie sin dejar traslucir el dolor del golpe—. Hazte matar en el próximo enfrentamiento.

—Puedes esperar sentado, *tiro*; soy un hueso demasiado duro para los itálicos. Bien, ahora voy a comer mientras vosotros desmontáis la tienda y cargáis el mulo.

—Hoy no es nuestro turno.

—Siempre es vuestro turno, *tirones*, y mientras no haya una batalla, cosa que estimo muy poco probable dada la veloz fuga del Tuerto, seréis dos reclutas atareados en todo lo que sea necesario. Por tanto, callad y obedeced.

Mascando imprecaciones, los dos pusieron rápidamente en orden sus efectos y esperaron a que los otros ocupantes dejaran la tienda. Estos urdieron toda clase de estrategias para retrasar a los dos jóvenes todo lo posible: de este modo, no les quedaría más remedio que saltarse el desayuno.

—Malditos bastardos, antes o después nos las pagarán.

—¡Cuidado con lo que dices! Cabezota hispánico, ya tenemos bastantes problemas, ¿no crees?

—Pásame las estacas, que las cargaré en el mulo.

Emilio cogió los palos de la tienda y los tendió a su amigo. Al hacerlo se fijó de nuevo en los prisioneros encadenados que, en fila, se encaminaban hacia la puerta entre el habitual revuelo de un campamento militar que se disponía a ser levantado.

—¿Adónde los conducirán?

Ambato se volvió a mirarlos y se encogió de hombros.

—No me concierne.

—Adiós, Quinto Mecenias —susurró Rufo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Entonces sigue pasándome las estacas.

### Hispania Citerior, Saguntum

Esta noche hemos hecho un alto en la antigua Sagunto, ciudad aliada de Roma, que resistió heroicamente al asedio de Aníbal durante ocho largos meses antes de capitular. No hemos montado el campamento, los hombres se han instalado en viviendas requisadas para la noche. Los exploradores han traído la noticia de que Sertorio ha reunido sus exiguas fuerzas en la ciudad de Carthago Nova, donde se ha enrocado con unos tres mil hombres.

Es la cifra que mencionó Calpurnio cuando aún estábamos en los Pirineos.

Mañana por la mañana dejaremos Sagunto y continuaremos hacia el sur. Contamos con poco menos de veinticuatro mil efectivos.

La moral está alta.

### Hispania Citerior, Valentia

Hemos llegado a Valentia y, como ya ocurrió en Sagunto, no hemos montado el campamento, sino que hemos requisado viviendas. Durante la noche ha habido desórdenes con algunos habitantes del lugar.

Al alba hemos reanudado la marcha bordeando el mar y hemos visto dos naves de guerra a lo lejos. Cayo Annio ha requerido la intervención de la flota al mando de Lucio Aurunculeio Cota para controlar las rutas marítimas.

Sertorio sigue atrincherado en Carthago Nova. Se va afianzando la idea de tener que asediar la ciudad.

La marcha de hoy ha sido extenuante.

### Hispania Citerior, Carthago Nova

Al llegar a las inmediaciones de la ciudad algunos informadores nos han avisado de que Sertorio se embarcó hace dos días tras haber reunido una flota improvisada con naves, de guerra y de carga, secuestradas en puertos vecinos. La flota zarpó hacia África favorecida por un fuerte viento del norte.

Ningún rastro de las naves de Lucio Aurunculeio Cota.

—Colocad el equipo en el centro de la plaza y descansad —aulló Ursiano—. Aprovechad de agua en la fuente y haced beber a los mulos. Os quiero vigilantes y listos para el combate. Yelmos calzados y *pila* al alcance de la mano. *Optio* —ordenó en tono perentorio, dirigiéndose a su segundo—, coge a un par de *contuberni* y sitúate en el acceso de esta calle; comenzaremos por aquellas casas. Decano, tú acompáñame con tu escuadra. Comuniquemos a los habitantes de esta vía que, por esta noche, deberán alojar a algunas personas de bien.

Una carcajada fragorosa se alzó de los hombres acalorados y exhaustos. La atmósfera era festiva porque finalmente había llegado a una ciudad con un gran puerto y tabernas que visitar. Un reclamo demasiado atractivo para aquel impresionante número de soldados que la población acogería esa noche y tal vez algunas más.

Las legiones no se habían lucido demasiado en Sagunto y aún menos en Valentia, de manera que los habitantes de Carthago Nova se habían parapetado en sus casas, dejando las calles casi desiertas. En Sagunto los almacenes y las carnicerías habían sido saqueados en el transcurso de una tarde. En Valentia no había ido mejor y la oposición de un comerciante había causado una riña con legionarios borrachos. Por no hablar, luego, de las molestias a las jóvenes, altercados que a veces acababan violentamente. En las ciudades era casi imposible mantener la disciplina de un ejército numeroso. Los oficiales eran conscientes de ello, pero parecían no dar importancia a la cosa, a pesar de que los hechos perjudicaban las relaciones entre residentes y legionarios. Las prioridades, de momento, eran la velocidad y el abastecimiento constante de víveres para el contingente. Los problemas de los lugareños carecían totalmente de importancia.

Ursiano bebió un largo sorbo de la cantimplora y después de haber arrojado al suelo lo que quedaba del contenido, fue el primero en sumergirla en la fuente. Se enjuagó el rostro sudado y volvió a ponerse el yelmo, mirando a su alrededor.

—¡Venga, daos prisa! ¿Dónde están Rufo y el hispánico?

—Mimando a los mulos, *centurio*.

De nuevo una carcajada.

—Lo había olvidado. Llamadlos, veremos qué saben hacer.

Los dos llegaron a la carrera.

—Ánimo, *tirones*, hagamos algunos registros y presentémonos a los lugareños.

Tratemos de encontrar algo bueno en este mierdoso arrabal que apesta a pescado podrido. Ambato, recurre a todos tus conocimientos lingüísticos.

—Yo no hablo su lengua, *centurio*; soy celtíbero, no bastetano.

—Usa el gladio, entonces, verás qué rápido entienden —replicó, antes de encaminarse por el *vicus* de pavimentación irregular y detenerse en la primera puerta—. Comencemos por esta.

Ambato llamó enérgicamente mientras los hombres se disponían en semicírculo. El soldado volvió a golpear la puerta con el puño sin obtener respuesta.

—¡Échala abajo! —ordenó el centurión.

Celtíbero le dio una patada, que no tuvo ningún resultado. Herido en su orgullo, el joven apoyó el *pilum* y dio un vigoroso empujón para desquiciar la puerta, que cayó con gran estruendo en el interior de la vivienda junto con el soldado.

Emilio se volvió de pronto hacia Ursiano y escrutó su rostro impasible.

—¡Adentro!

—*Centurio*, Ambato ha caído en el umbral.

—¡Adentro!

—*Centurio*, no es una buena señal. Hemos forzado una puerta armados y Jano, que custodia cualquier forma de paso, nos ha lanzado un mensaje. Podría ser un presagio nefasto.

—Tú solo debes escucharme a mí y te ordeno que entres.

Celtíbero se levantó en el polvo que brillaba a contraluz, extrajo el gladio y desapareció en la oscuridad de la entrada. Emilio miró la jamba y el umbral antes de susurrar una plegaria a *Ianus Pater*, pidiendo permiso para atravesar aquel espacio imaginario entre finito e infinito.

Ursiano llamó al *optio* y sus hombres, que habían permanecido al inicio de la calle, a una decena de pasos de distancia, y cuando estos lo alcanzaron entró a su vez. Ambato y Emilio, en tanto, ya habían traspasado un angosto vestíbulo y abierto una segunda puerta.

El centurión entró en la estancia y vio a un hombre con el rostro pálido que los contemplaba con las manos bien a la vista. Miró a su alrededor, un llanto de mujer provenía de la habitación contigua.

—¿Entiendes mi lengua?

El hombre siguió observándolo con ojos espantados.

—Ambato, dile que se calme, que no le ocurrirá nada, solo estamos aquí para alojar a algunos soldados. Pregúntale cuántas habitaciones tiene la casa.

—*Centurio*, aquí hay otras dos estancias —dijo Decano, abriendo una puerta.

Mientras Celtíbero trataba de hablar con el dueño de casa, Ursiano entró en el cuarto contiguo, donde vio a dos mujeres y un niño acurrucados en un rincón. Una mujer tenía el pelo gris y el rostro marchito, la otra era una muchacha poco más que adolescente.

—Este hombre dice que tiene tres camas, que a duras penas alcanzan para ellos.

El niño duerme con sus padres. Dice que no tienen sitio para otros.

—Bien, dile que esta noche tendrán el honor de alojar a los hombres del cónsul Lucio Cornelio Sila. Colocad las tres camas en la estancia adyacente al vestíbulo. Decano, Rufo y Celtíbero, os instalaréis aquí.

Decano dejó escapar un borboteo complacido mientras Ursiano tomaba nota de la ubicación en una tablilla encerada.

—*Centurio*, este hombre continúa repitiendo que no es posible alojar a tres hombres, no hay espacio.

—No me interesa, que lleve a su familia a dormir a otra parte —rebatíó apartando la tablilla—. Venga, todos fuera.

El hombre se acercó al oficial.

—Por favor, señor, mi hija es joven, yo...

—Entonces entiendes, desgraciado bastardo... —rugió Ursiano, aferrándolo por el borde de la mísera túnica—. Solo fingías que no comprendías.

Las mujeres aullaron y el niño se puso a llorar. La frente del hombre se cubrió de un sudor gélido.

—Muy bien, pues entiende también que esta ciudad está ocupada por las legiones de Sila y que, por algún motivo que no conozco, han decidido no arrasarla después de la hospitalidad que concedisteis a los hombres de Sertorio. Por tanto, da gracias a la Fortuna porque dentro de unos días nos marcharemos y os dejaremos esta asquerosa casa, además de vuestra miserable vida. ¿Está claro?

El hombre asintió, mudo.

—¿Está claro? —vociferó Ursiano, empujando contra la pared al desdichado, antes de encaminarse hacia la puerta seguido por los otros. Los últimos en dejar la estancia fueron Emilio y Ambato.

—No salgáis —dijo Celtíbero a los habitantes de la casa en una lengua local—, fuera será mucho peor. Las calles estarán llenas de soldados borrachos, mi amigo y yo velaremos por vosotros. Desplazad una sola cama, nosotros nos apañaremos de alguna manera. Durante la noche encerraos dentro de vuestro cuarto.

Los dos salieron seguidos por las miradas espantadas de aquel pequeño núcleo familiar y continuaron con el requisamiento de las viviendas. Se necesitó gran parte de la tarde para acomodar a todos los hombres de la centuria, reunirlos, asignarles alojamiento y organizar las rondas nocturnas. A Ambato le tocó la primera vigilia, a Emilio la segunda.

Los dos, después de haber atendido al mulo y a la carga que transportaba, cogieron sus *impedimenta* y se encaminaron, cansados, a su alojamiento. Aún faltaba un rato para el primer turno de guardia y los muchachos querían aprovechar aquel momento para relajarse y disfrutar de un buen sueño lejos de la mirada de Ursiano.

—Es inútil buscar las termas —dijo Emilio—, la mitad de los soldados alojados en Carthago Nova se dirigirá a los baños públicos. Es mejor pagar a nuestro anfitrión y hacernos traer agua para lavarnos.

—Tienes razón.

Los dos entraron en casa y dejaron sus efectos personales. Se quitaron el peso de las armas y luego se ayudaron mutuamente a despojarse de la armadura anillada y de las almillas de cuero.

—Creo que nuestro hombre lo ha entendido todo, ya ha desplazado aquí una sola cama, afortunadamente habla celtíbero.

—Bien, entonces ve a buscarlo y dile que si nos procura agua caliente le ajustaremos la puerta que le has desgoznado y quizá consiga algún as.

—Está bien —asintió Ambato, mirando la cama que habían llevado a la estancia—. Decano aún no se ha dejado ver y no ha traído sus cosas.

—Es asunto suyo. Ojalá beba tanto que no recuerde dónde está alojado.

Ambato sonrió y se encaminó a buscar al dueño de la casa. Mientras, Emilio se dirigió a la puerta con algunos hierros de los que llevaba consigo para las pequeñas reparaciones. En poco tiempo y con algunos golpes decididos el gozne volvió a estar en su sitio.

—Tenemos con qué lavarnos y también menestra de garbanzos y pan blanco.

—No tenemos vino.

—Dime, *tiro* —exclamó Ambato, imitando la voz de Ursiano—, ¿me has tomado por imbécil? Ya he pedido una jarra.

Emilio estalló a reír y luego hizo señas a su amigo de que bajara la voz.

—Al final acabaremos teniendo problemas.

—Cuando seas centurión de los primeros órdenes recordarás con simpatía estos momentos y quizá con nostalgia.

—¿Yo en los primeros órdenes?

—Claro, te leo en la cara que te convertirás en *primipilo* —dijo Ambato en broma.

—Oye, mejor que nos turnemos para lavarnos. No quisiera dejar las armas y nuestras cosas abandonadas. Comienza tú, que tienes el primer servicio de guardia.

Celtíbero asintió, cogió su túnica de recambio, la navaja y todo lo necesario para el baño y salió hacia la parte trasera de la vivienda, donde una parte del jardín interior estaba dedicada a ese uso.

Emilio se quedó solo en la estancia y miró a su alrededor, casi incrédulo. Finalmente solo. Era una sensación extraña, hacía mucho tiempo que no estaba solo. Desde que se había enrolado su vida estaba marcada por el ritmo de la legión, los ruidos de la legión, los hombres de la legión. El tiempo era cadencioso: trabajo, sudor, fatiga, humillaciones y aquella comunión que unía las intenciones de centenares de personas bajo el mando de un solo hombre. Los únicos momentos arrancados a aquel ordenado caos y dedicados a las propias consideraciones eran los solitarios turnos de guardia. Momentos en los que, con la atención puesta en cualquier pequeño rumor o movimiento, la mente buscaba refugio en los pensamientos más íntimos; acaso en busca de un detalle, de un recuerdo, de un

perfume.

Como por instinto aferró la *sarcina*, su bagaje, y rebuscó entre las indumentarias de recambio, bajo la túnica de reserva, los calcetines y las fajas. Cogió un envoltorio de tela que estaba en el fondo de la bolsa de cuero. Lo extrajo mirando a su alrededor con circunspección, lo desenvolvió con cuidado y finalmente sostuvo en la palma de la mano las diminutas efigies en terracota de los Lares, los Manes y los Penates: eran los espíritus protectores de los antepasados y de la casa, los Benevolentes, los espíritus que velaban sobre cada hombre. Las puso en el alfeizar de la ventana, donde fueron golpeadas por un rayo de sol de aquellas últimas horas de la tarde, y las miró con gravedad antes de arrodillarse e inclinar la cabeza.

—Sabía que sería duro, pero pensaba que encontraría a hermanos unidos por un fuerte vínculo, por el *Genius* que agrupa a los hombres de la *Legio*. En cambio, he combatido a diario contra mis camaradas, mi superior y los veteranos que me humillan, aunque yo asuma en silencio lo que me ordenan. —El muchacho alzó el rostro hacia las estatuillas—: Ayúdame, padre, ayúdame a ser fuerte, ayúdame a tener las dotes que han hecho de ti un hombre justo y honrado. Concédeme el valor necesario para afrontar la batalla y sostener con ánimo firme esa prueba delante de mis compañeros, hazme ganar el respeto que tú tuviste entre los hombres de estas filas. Permíteme observar la palabra dada y afrontar con fe las fatalidades de la vida. —Los pasos de su amigo resonaron en el vestíbulo. Emilio se levantó y dirigió a las divinidades protectoras una última y rápida plegaria—: Velad también por él, que está solo... como yo.

Rufo cogió el *pilum* apoyado en el muro, mientras Ambato, de regreso de su turno, se desvestía a la débil luz del candil.

—Las calles están llenas de soldados borrachos, pero de momento no ha habido desórdenes. Hay rondas por doquier. No te metas en líos.

Emilio asintió y miró la cama donde habría debido estar Decano.

—¿No lo has visto? —preguntó Ambato.

—No, desde esta tarde.

—Ojalá haya tenido problemas.

—Ojalá... —repitió el otro con énfasis antes de saludar a Rufo, que salió del alojamiento y alcanzó la calle.

El joven observó, a su derecha, la plaza con el puesto de guardia iluminado por algunas antorchas. Luego miró hacia el lado opuesto, donde la calle, oscureciéndose, se alargaba como un monstruo marino hacia el puerto y el mar. Allí, un grupo de hombres llegaba desde la oscuridad entre risas vulgares y movimientos indecorosos.

—Mirad —dijo uno de ellos con voz pastosa—, alguien custodia nuestro permiso.

Emilio echó un vistazo en torno, era el único que estaba allí. Los hombres que llegaban parecían tener ganas de armar bronca...

—¡La consigna, guardia! —aulló otro.

Emilio permaneció impasible. Era un grupo numeroso y, por lo que podía ver,

llevaban las armas bajo las túnicas.

—Te lo he dicho a ti, consigna —gritó el más descarado, adelantándose algunos pasos hacia él—. ¿Me has oído? ¿De qué centuria eres?

—Soy yo quien te lo pregunta —replicó con voz resuelta Emilio—, porque tengo la impresión de que te has equivocado de camino. Aquí está alojada la sexta centuria de la tercera cohorte. ¿Vosotros de qué cohorte sois?

El legionario miró a Emilio con los ojos enrojecidos por el vino, antes de volverse a los otros, que lo seguían.

—¿Habéis oído? —aulló mascullando las palabras—. Nos hemos equivocado de camino, el *milite* de la sexta centuria ha sido tan amable que nos ha avisado.

Todos rieron y del grupo se desmarcó una silueta que superaba a las otras.

—Primera cohorte, chiquillo. Nosotros somos legionarios, los de verdad.

El grupo se adelantó, amenazante. Emilio apretó las mandíbulas.

—Os estáis metiendo en líos, muchachos, de un momento a otro pasará la ronda.

—A tomar por culo también ella —atronó el energúmeno.

La puerta a espaldas de Emilio se abrió de par en par. Celtíbero salió con el gladio en la mano.

—Oooh, los refuerzos...

Emilio bajó la punta del *pilum* hasta la altura del rostro y esperó.

—Quizá sea mejor que corras a llamar a la ronda, Celtíbero.

—No te dejaré solo.

Un rumor de pasos sobre el empedrado hizo que todos se volvieran. Cinco hombres se estaban acercando con andar resuelto. Era la ronda capitaneada por el centurión de servicio: Ursiano.

Siguió un ruido de cascos. Cuatro jinetes armados llegaron decididos en apoyo de la guardia y el turbulento grupo cambió inmediatamente de actitud.

—Nombre y centuria de pertenencia —empezó, autoritario, el oficial.

—Está todo en orden, *centurio*, no ha sucedido nada, pedían información sobre el camino.

Ursiano apuntó al pecho del militar con su vara de mimbre.

—No te hagas el listo conmigo, porque te hago tragar todos los dientes. *Stercus*, quiero tu nombre y el de tu centurión. Os haré pasar las ganas de ir por ahí borrachos provocando altercados.

El coloso se abrió paso entre los otros:

—Somos de la primera cohorte, *centurio*, y solo nuestro comandante, Fufidio, puede castigarnos.

La resolución de Ursiano se extinguió ante aquel nombre. Lucio Fufidio era un antiguo centurión intocable, un inepto que había ido ascendiendo gracias a unas dotes que la mayoría ignoraba. Fufidio era amigo de Sila, quizá compañero de cama, como sostenían muchos, y estaba próximo a la promoción. Había sido él quien había dado al cónsul la idea de crear las tristemente famosas listas de proscriptos.

Pero Ursiano no podía quedar mal ante la soldadesca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a Emilio.

—Nada, *centurio* —respondió el joven, poco convencido—, una dormida y volverán a ser buenos soldados.

El oficial asintió, resentido y exasperado por el comportamiento del muchacho, que le impedía desahogar su natural cólera.

—Así sea —dijo—, mañana vendrás a informarme, tiro —concluyó antes de dirigirse a los otros—: Ahora desapareced inmediatamente de mi vista y volved a vuestros alojamientos. La próxima vez que os encuentre en mi camino no seréis tan afortunados, scorta, putas —susurró.

En un instante la calle volvió a quedar silenciosa. Los soldados miraron a Emilio con reconocimiento antes de alejarse.

—Eh, *tiro* —aulló el coloso cuando estuvieron lejos—, te espero en la primera cohorte, la de los valientes. Tu puesto está con nosotros.

Ursiano dejó que el grupo se apartara antes de hablar.

—¿Crees que has hecho lo correcto?

—Creo que han aprendido mucho más de un gesto de magnanimidad que de un castigo. El castigo los habría vuelto peligrosos.

—El castigo es la vía que lleva a la disciplina. Ser soldado significa pertenecer a un tipo concreto de hombres y actuar conforme al propio rol: *una acies*, una única formación. Recuerda que tus superiores tienen poder de vida o muerte sobre ti. ¡Recuérdalo, *tiro*!

—Lo recordaré, *centurio*.

—Te conviene. Ahora entrega el testigo.

Emilio cogió el bastoncillo con la muesca correspondiente y lo dio a un soldado de la escolta, antes de quedarse solo con sus pensamientos. Miró alejarse a su superior mientras los sentimientos se perseguían, confusos. Era consciente de que Ursiano intentaba destruirlo, pero si no se rendía a la adversidad, eso lo fortalecería. Se convertiría en un hombre fuerte, duro, frío y dispuesto a aceptar la suerte, a soportar con lucidez la batalla que siempre había soñado, desde niño.

Una silueta que caminaba apoyándose en el muro apareció en la oscuridad de la calle y puso al centinela en alerta. No se necesitó mucho para reconocer la figura de Decano, que avanzaba tambaleándose. Instintivamente el muchacho se acercó a él y descubrió que estaba borracho, hedía a vino y sudor y se sostenía a duras penas sobre sus pies.

—*Tiro*, maldito seas —dijo arrastrando la lengua pastosa entre palabras sinsentido y gorgoteos que debían de ser carcajadas—. ¿Dónde estamos alojados?

—Aquella puerta de allí abajo, si es que consigues alcanzarla.

—Ayúdame.

Emilio se quedó quieto, mirándolo.

—¡Ayúdame, te he dicho!

El muchacho se acercó y lo cogió por un brazo.

—Das asco, Decano.

El veterano rio y se apoyó en Rufo con toda su mole, haciendo que ambos fueran inestables.

—He bebido, *tiro*, y me lo he jugado todo a los dados, ya no tengo ases en el bolsillo, ni un sueldo.

—Muy bien.

—Pero me he divertido, le he roto la cabeza a un hombre allí en el puerto, quería que le pagara el vino.

—Esta es la puerta, estate atento al umbral.

El veterano se apoyó en la puerta, abriéndola de par en par con un fuerte golpe.

—He llegado —aulló—, ¿dónde está mi cama?

—No grites, ven.

—No, no, no.

—¿A qué, no?

—Yo —rio y tosió—, quiero ir con la chiquilla.

—Por esta noche ya has hecho bastante, Decano.

—He dicho que quiero ir allí, *tiro*.

—Vamos, no tengo tiempo de estar pendiente de ti —dijo Rufo dándole un tirón—, debo terminar mi turno de guardia. Estás borracho, vete a dormir.

—¡He dicho que no! —aulló empujando al muchacho y dirigiéndose hacia la estancia donde descansaban los habitantes de la casa.

Emilio lo alcanzó e intentó alejarlo, pero el hombre abrió la puerta de una patada, luego se volvió y con una velocidad inesperada golpeó en el rostro a Rufo, que acabó chocando contra el muro. El cabeza de familia saltó en pie, mientras su mujer y sus hijos empezaban a aullar. Celtíbero llegó a la carrera a las espaldas del veterano poniéndole el brazo en torno al cuello, pero, a pesar de su estado de ebriedad, el tipo resistió, gruñendo. Trató de soltarse hasta que Emilio se volvió hacia él y le dio en la cabeza con el pomo del gladio. Decano se cogió la cabeza entre las manos y cayó de rodillas como un animal abatido, arrastrando consigo a Celtíbero.

## Hispania Citerior, Carthago Nova

Dos legiones han partido hacia la Hispania Ulterior para llegar a Hispalis bajo el mando de Valerio Flaco, que asumirá el cargo de gobernador de la segunda Provincia Hispánica.

Después de la partida, Cayo Annio ha promulgado la primera medida como gobernador de la Hispania Citerior. Ha decretado la ejecución de un legionario de mi centuria que abandonó el puesto de guardia e intentó violar a una mujer. La ejecución está programada para mañana al amanecer y servirá de advertencia para los soldados

acuartelados en la ciudad.

Hemos perdido el rastro de Sertorio. Con toda probabilidad se ha dirigido a África. Por eso algunas unidades de caballería han dejado la ciudad, encaminándose al sur, a lo largo de la costa, con la misión de controlar cualquier posible amarre del litoral.

Os recuerdo siempre.

Cayo Annio estaba sentado en la silla curul, una silla plegable adornada en marfil, símbolo del poder judicial. A sus espaldas, los lictores lo escoltaban para proteger su función de magistrado dotado de *imperium*, que le confería plenos poderes, también para decretar condenas a muerte. Los hombres sostenían los haces lictores, compuestos por treinta varas de abedul blanco, atadas con cintas de cuero rojo. A los haces estaba fijada un hacha de bronce, que representaba el poder de vida o muerte sobre los reos.

La función de las varas no era puramente simbólica: podían ser desatadas y usadas para golpear a los ciudadanos. Este era el único modo en que la espalda de un romano, que se consideraba sagrada, podía ser violada. Pero esta vez las varas habrían permanecido en su sitio, el ciudadano que debía ser castigado era un legionario, y sería condenado según los códigos militares.

Los guardias llevaron al hombre con las manos atadas a la espalda ante las cohortes alineadas.

—Has quebrantado el sacramentum, el juramento de fidelidad a la República que pronunciaste ante el águila de tu legión —dijo en voz alta Lucio Fabio Hispánico, leyendo un papiro—. Juraste obedecer las órdenes y honrar a tu comandante, no ser presa de ninguna pasión, compasión o vanidad. En cambio, has abandonado tu puesto poniendo en riesgo la vida de tus camaradas, deshonorando así al águila, a tu tribuno, a tu centurión, a tu familia y a tus antepasados. Has traicionado aquello que habías prometido honrar; ahora Roma te rechaza y te condena a ser azotado. La pena será ejecutada por todos aquellos a quienes has puesto en peligro.

Emilio observó al soldado que escuchaba mirando a su centuria con el rostro ceniciento. A su lado, Decano, con la cabeza vistosamente vendada, refunfuñó entre dientes una blasfemia.

—Estás desterrado para siempre de tu país, por este motivo ninguno de nosotros desea que sobrevivas a esta condena. Te daremos muerte como romano; súbrela como romano.

El tribuno enrolló el pergamino y se volvió hacia Cayo Annio, que asintió. Los guardias ataron al hombre a un poste bajo obligándolo a doblar la espalda. El hombre lanzó un último vistazo a los soldados, luego bajó en silencio la cabeza y Fabio Hispánico hizo señas de que prosiguieran.

Decano miró a los dos muchachos.

—Pegad con fuerza —susurró—, cuanto antes acabe mejor para él y para todos

nosotros.

Emilio tragó observando al veterano.

—¿Has entendido, *tiro*? Para él todo ha terminado, hagámoslo rápido.

Los hombres se pusieron en fila. Dos lictores entregaban una vara por cabeza a los primeros dos de la columna. Cada uno daría un golpe al condenado y luego pasaría la madera al que lo seguía. De este modo, toda la centuria tomaría parte en el castigo.

Decano fue el primero. Su golpe hizo vibrar el aire y se abatió sobre la cabeza del legionario con un violentísimo chasquido. Se volvió y pasó el azote a Emilio.

—¡Golpea, *tiro*!

Rufo se acercó al condenado, que sufría espasmos, y permaneció un instante con los ojos desencajados antes de levantar la vara apretando los dientes. También su golpe hendió el aire y dio en la nuca del hombre. Una sensación de náusea le revolvió el estómago. Sin mirar las consecuencias de lo que había hecho, Rufo se volvió bajo la mirada severa de Lucio Fabio Hispánico, confió la vara a Ambato y se alejó para volver a la formación.

Se tambaleó y vomitó.

—Vamos.

La mano de Celtíbero lo sujetó por debajo de la axila y lo levantó. Ambos estaban pálidos, ambos tenían los ojos brillantes. El aire vibró. Otro golpe, y otro más. Los dos alcanzaron a los camaradas alineados.

—¿Has vomitado también después de haberme pegado a mí esta noche, *tiro*?

Emilio se volvió hacia Decano, que no lo miraba, sino que observaba la marcha de la ejecución apretando los músculos de las mandíbulas.

—No, contigo ha sido una sensación de liberación.

El veterano se volvió lentamente y lo miró torvamente.

—Tarde o temprano me vengaré, *tiro*.

Uno a uno los hombres volvieron a su puesto. Tras haber recuperado las varas, los lictores comprobaron que el hombre estuviera muerto. Ante un gesto de asentimiento de Fabio Hispánico, el pretor Annio se levantó, señalando de este modo el final de la ejecución. El honor de la sexta centuria estaba a salvo y así también Ursiano pudo volver a las filas. Se fijó en que Decano llevaba la cabeza vendada.

—¿Qué te has hecho en la cabeza? —preguntó con interés.

El veterano reflexionó un momento antes de responder. No convenía decir la verdad.

—Una discusión en el puerto con tres tipos de la sexta legión.

Ursiano lo observó buscando la verdad en la mirada impasible del soldado.

Hispania Citerior, Carthago Nova

Madre, hoy he recibido tu carta y con gran alegría me he

encaminado hacia un promontorio a poca distancia del *vicus* donde estamos alojados para leer tus líneas en soledad. He respondido a tu escrito mirando el inmenso Mare Nostrum y pensando que en alguna parte más allá del reino de Neptuno estáis vosotras.

Ahora he vuelto a mi alojamiento y he compilado la lista de los efectivos que presentar mañana al tribuno, pero antes de acostarme he releído tus palabras y he sentido que debía añadir algunas líneas a este diario que no quiero confiar a una carta. Sabemos perfectamente que las misivas podrían perderse o acabar en manos equivocadas.

Me alegro de que Lucila se case con Cayo Escribonio, después de su decimocuarto cumpleaños. Escribonio es emprendedor, ha roto la tradición de su familia, de hace muchos años, para ir a vivir solo en la ciudad y hacer carrera política. Lucila responde a todas las expectativas para hacer propicia esta unión. Es guapa, es virtuosa, no queda más que confiar en que sea también fértil.

Soy feliz de saber que estás bien y gozas de una excelente salud. Cuídate siempre, de todos modos, y no salgas de casa sin una escolta adecuada. Aquí donde está el ejército han vuelto los desórdenes, pero no sé cómo puede ser la situación en casa. Aunque sigas tranquilizándome, supongo que las peligrosas facciones de los *populares* esconden sus verdaderos objetivos y albergan un profundo resentimiento. Sé prudente y espero que cuando leas estas líneas los enemigos del Estado hayan sido aniquilados.

Os echo en falta y no siempre es fácil mantener el comportamiento exigido por mi grado. Espero que esta abnegación absoluta haga honor a mis antepasados, a los que rezo todas las noches.

La situación en esta zona es tranquila. La semana pasada dos de nuestras liburnas interceptaron a las naves de Sertorio frente a las costas africanas. Cayo Annio acaba de establecerse al frente de la región y dudo que se embarque en una expedición hacia tierras de África, empresa que presenta muchas dificultades.

Por el momento confiamos en que las poblaciones locales aniquilen al *Luscus* y a los suyos.

Entre nosotros hay quienes piensan que seremos destinados durante un largo período al norte, a las tierras de los lusitanos, para mantener controlada a la población que había colaborado con Sertorio durante su permanencia en Hispania. No obstante, creo que Annio quiere mantener muy cerca a sus legiones.

*Enos Marmor iuvato.*

Marte, ayúdanos.



## MARE NOSTRUM

Hispania Citerior, Carthago Nova

Después de toda una estación de servicios para la reconstrucción de caminos y la restauración de dos acueductos estamos a punto de partir.

Hace diez días el *Luscus* reapareció como un espectro frente a las costas de Gades y cruzó el estrecho, pero la caballería persiguió a las naves a distancia alertando a las guarniciones. Las embarcaciones más cercanas interceptaron a la flota enemiga obligándola a renunciar a un enfrentamiento directo y Sertorio se hizo otra vez a la mar, hacia África. El pretor Cayo Annio requirió inmediatamente la intervención de Aurunculeio Cota y de sus *classis*, fuerza naval, que se reunió precisamente aquí en Carthago Nova a la espera de abastecerse y disponerse a vigilar toda la costa orientada a África.

Precisamente hoy, un mercante llegado de las islas Pityussae ha traído la mala noticia de que Sertorio atracó sus naves en Ebeso, la isla más grande del archipiélago, y desembarcó poniendo en fuga a la pequeña guarnición que la vigilaba.

La gravedad de lo ocurrido no reside en la verosímil circunstancia de verlo aparecer desde el sur, desde donde era previsible que llegase, sino del hecho de que él haya sorteado el bloqueo y atacado las islas al noroeste de Carthago Nova. El comandante del mercante ha jurado, además, que junto a las naves de Sertorio había varias galeras de piratas de Cilicia.

Cayo Annio no se ha dejado coger desprevenido y, una vez dispuesta la flota, ha decidido restablecer el mando de Ebeso y destruir definitivamente al *Luscus* y a cualquiera que ose aliarse con él contra la República.

Estamos a punto de embarcar. Los hombres se sienten nerviosos, muchos de ellos no han estado nunca en el mar, como tampoco yo. Dejo este diario con mis efectos en el campamento. No quiero arriesgarme a que este escrito se pierda, pero al mismo tiempo me entristece no poder anotar mis vivencias, porque, haciéndolo, me encuentro más cerca de vosotras.

*Valete*, estad bien, adiós.

Emilio observó el enorme ojo apotropaico pintado en la proa del trirreme anclado en el muelle. Su amenazadora y enigmática mirada servía para mantener alejados los influjos malignos y para conjurar hechos nefastos.

Finalmente la flota había llegado a Carthago Nova y sin perder tiempo las embarcaciones habían sido abastecidas de agua, víveres y hombres para hacer la ruta hacia Ebeso lo antes posible. Había que acorralar a Sertorio y a su pequeño ejército. El enemigo de Roma no podía seguir impune.

La operación requería naves ágiles y manejables y los trirremes eran los mejores para la «caza» en los mares. Eran galeras de un solo mástil, provistas de vela rectangular. Su envergadura, de cuarenta metros de largo y seis de ancho, relativamente moderada, permitía a los ciento setenta remeros imprimir el impulso necesario para perseguir, alcanzar, espolear y, si fuera necesario, abordar a las naves enemigas. Estas galeras constituían desde hacía tiempo la espina dorsal de la flota de Roma y garantizaban con su silenciosa operatividad la *Pax Romana* en toda la cuenca del Mare Nostrum, dando apoyo a las legiones y destacamentos establecidos en tierra firme.

Esencial y dinámica, la embarcación no dejaba mucho espacio a las comodidades ni permitía viajes largos. Alojaba generalmente a un pequeño destacamento de infantes de marina y era gobernado por una tripulación de una quincena de hombres.

Para la ocasión, se había decidido añadir algunas centurias establecidas en Carthago Nova para dar apoyo a los marinos en caso de una batalla naval.

—¿Qué pone allí?

—*Morena*.

—¿*Morena*?

—Sí, es el nombre de la nave —dijo Emilio, alineado con el resto de la centuria a la espera de embarcar.

—Esperemos no acabar siendo pasto de las morenas, maldición —exclamó Ambato mientras observaba el rostro de bronce que destacaba, amenazante, a ras del agua sobre la proa.

Un cabrestante levantó una carga de cajas dentro de una red que al pasar sobre el muelle los embistió a los dos con su sombra antes de ser apoyada lentamente sobre el puente de la nave, mientras un ajeteo de esclavos se ocupaba de la carga y descarga de toda clase de material.

Rufo siguió con mirada inquieta a dos cuervos que volaban en torno a los mástiles de la nave. Habría sido un pésimo presagio si hubieran decidido posarse precisamente sobre la galera en la que iban a embarcar. Por fortuna no fue el único que los avistó. Algunos marineros se pusieron a hacer jaleo y los dos pájaros se alejaron, graznando. Uno tras otro, sosteniéndose con firmeza en el parapeto, los *milites* empezaron a desfilar por la pasarela que los había de llevar a bordo. Las tablas oscilaron y crujieron bajo el peso de los soldados. Emilio siguió a Celtíbero mirando a su alrededor entre el gentío. Aún no había llegado al puente de la nave y ya sentía el

mar: el olor, el rumor, el movimiento y la inquietud del mar.

La figura de Ursiano apareció en la pasarela exhortando a los hombres, con la voz y mediante gestos, para que alcanzaran rápidamente el puente y lo atravesaran siguiendo las instrucciones de los marineros, que los dirigían de uno en uno para equilibrar el peso de la carga humana. Los dos fueron hacia la popa pasando al lado de una curiosa estructura de madera.

—¿Qué es eso? —preguntó Ambato.

—Se llama *corvus*, es un puente. ¿Ves esas cuerdas? Lo mantienen levantado, pero en cuanto las sueltan, la pasarela cae hacia delante y mediante esos garfios se engancha en la nave enemiga, que así puede ser abordada.

—Imagino que lo siguiente ya es nuestra misión.

—Creo que sí.

Los oficiales dieron la orden de sentarse y apoyar los bagajes mientras algunos hombres con calzones y túnicas bordadas de diversos colores alcanzaban a uno de los superiores en el puente de la *Morena*.

—¿Los remeros? —preguntó Ambato, admirado por la musculatura de los brazos.

—Sí, Celtíbero, y parece que provienen de la Narbonense. A juzgar por sus brazos, deben de hacer bien su trabajo y conseguir que este madero vuele.

El muchacho ibérico se sentó en el puente, dejando el equipo en el suelo.

—¿Se gana bien la vida haciendo de remero?

—¿Por qué, tienes intención de pasarte a la marina?

Ambato miró a su alrededor.

—Al menos esos no han de saltar sobre una nave enemiga.

—No, ellos no saltan, pero están encerrados y son obligados a maniobrar, a seguir las órdenes, y si el comandante no es bastante experto podrían encontrarse con un espolón enemigo que parte el flanco. Mejor nos quedamos donde estamos.

—Ahora todos quietos —aulló Ursiano—, esta es una de las poquísimas ocasiones en que os diré que no hagáis nada. Estaos quietos sin estorbar a la tripulación —continuó, con los brazos en jarras—, desde este momento todo queda racionado. Los remeros necesitan mucha comida, vosotros, en cambio, tendréis que ganárosla. Como habréis notado, los espacios están reducidos al mínimo y debéis seguir las indicaciones de los marineros para desplazaros. Esta nave es ágil y veloz, pero no demasiado estable. Por tanto, hay que moverse con cautela. Si varios hombres vais bruscamente a un lado o a otro podría tener efectos desastrosos. Cualquier cosa que ocurra, haced lo que se os diga si no queréis que acabemos siendo pasto de los peces. Vuestra salvación depende de la maestría del comandante de la nave, tanto con el mar adverso como en batalla.

Celtíbero miró las poderosas máquinas de lanzamiento dispuestas sobre el puente. Al lado de estas había amontonados, en grandes cestas de mimbre, varios tipos de proyectiles, y en vasijas de terracota algo que, a primera vista, parecía material incendiario que arrojar contra las embarcaciones enemigas.

Al notar una sacudida los dos se volvieron hacia el puerto. Se habían soltado las amarras y los marineros alejaban del muelle la galera ayudándose con largas pértigas. La vela tembló, azotó el aire y luego se hinchó con el viento, tensando los cabos. El mástil pareció crujir para oponerse a la fuerza del viento y la embarcación se puso lentamente en movimiento. El timonel aulló órdenes a los marineros, que se apresuraron a ir al puente para manipular los cabos. Los dos muchachos observaron a un hombre calvo que descendía a la cubierta inferior con una vara en la mano.

—Ese es el *portisculus* —dijo Emilio—, el que marca el ritmo a los remeros.

Cuando la nave estuvo lejos del muelle se advirtió un movimiento desde el casco y solo entonces vieron los remos asomando de los costados en toda su longitud. Un hombre empezó a marcar el ritmo que, tras las primeras y lentas bogadas, fue repetido por los remeros, dando la irreal impresión de que era la respiración del trirreme, su aliento vital.

Por instinto, los legionarios se pusieron de pie para ir hacia el parapeto y ver el efecto de los remos en el agua, pero Ursiano aulló que no se movieran. Emilio sintió que la nave se deslizaba y advirtió el desplazamiento del casco sobre las olas. Buscó el equilibrio, de pie como estaba, para continuar mirando Carthago Nova, que se alejaba entre un hormigueo de embarcaciones, cada una con su pendón de reconocimiento. Además de los trirremes estaban las pequeñas y velocísimas liburnas, luego tres cuatrirremes y, por último, visible con sus numerosos estandartes, la almiranta, desde donde Lucio Aurunculeio Cota dirigía las maniobras de toda la flota y donde se encontraba su preciosísima carga: el gobernador Annio en persona. La embarcación era la más imponente y la más refinada que hubiera visto nunca, un compendio de potencia y elegancia. Las batayolas bruñidas que rodeaban la nave estaban finamente embellecidas con hermas, tanto que costaba pensar en ellas como en barandillas para un uso práctico; los baos de bronce, sobre los flancos, eran cabezas de lobo gigantescas que infundían un reverencial temor, y sus velas color púrpura se recortaban en el cielo. Su nombre era *Ops*, fuerza.

Los vientos que soplaban de tierra llenaron la vela, el ritmo de la boga aumentó y con él la velocidad. Emilio y Ambato se miraron mientras el aire salobre los embriagaba. Sonrieron felices mientras volaban sobre las olas.

—Algo me dice que echarás de menos Carthago Nova.

Ambato exhibió una sonrisa melancólica.

—Sí, la echaré de menos —admitió.

—Fue una suerte que Decano se calmara después del golpe en la cabeza de aquella noche —dijo Emilio, mirando al veterano que, sentado junto al mástil, charlaba con otros soldados.

—No sé si fue el golpe o la ejecución del día siguiente, la cuestión es que no volvió a intentarlo con la muchacha.

—Te dejó el campo libre.

Los dos rieron.

—Debo decir que hicimos bien con ese bravucón —continuó Ambato—, desde entonces nos dejó en paz, al menos él.

—Sí, y luego el padre de la muchacha nos dio bien de comer y nos obsequió por los servicios prestados. Total, que a pesar del olor nauseabundo del *vicus* no nos ha ido tan mal.

—Ah, el padre —exclamó Celtíbero alargando un objeto de terracota de poco más de un dedo de largo hacia su amigo—, mira qué nos dio.

Emilio observó con curiosidad. Era una pequeña mano estilizada con los dedos tendidos que mostraba unos extraños símbolos.

—¿Qué es?

—Una tesela de hospitalidad. Una para mí y otra para ti.

—¿O sea...?

—Una tesela que garantiza hospitalidad, comida y alojamiento en una casa, una aldea o una tribu. Es una costumbre nuestra, de los celtíberos. ¿Ves las inscripciones grabadas en el dorso? Indican que el poseedor de la tesela es amigo y puede ser acogido con benevolencia en territorio celtíbero. De este modo, cuando llegues a una aldea podrás tener asilo.

—No conozco esos símbolos.

—Es nuestro alfabeto, muy distinto del latino.

—En todo caso, dudo que vaya a serte útil; Ursiano es nuestra tesela de hospitalidad. Llama a la puerta, la abate y entra.

—No tiene nada que ver; con esta tesela te conviertes en un huésped: sagrado e intocable.

—Entiendo. ¿Entonces ese hombre era un celtíbero?

—No, pero se había ganado su estima con el comercio y ellos le correspondieron dándole una tesela. Y ahora él me la ha entregado a mí.

Emilio se puso cómodo.

—¿... Y hay muchachas guapas por estas tierras?

—Las más guapas de toda Iberia.

—Tenemos que usar lo antes posible la tesela.

Ursiano estaba pálido. Aunque sufría de mareo, continuaba impartiendo órdenes, siguiendo las directivas del comandante de la nave. Durante la navegación había que adiestrar a los hombres, aunque fuera someramente, para afrontar el choque naval. En los primeros dos días el tiempo había sido clemente y el mar, bueno. El viento se había mantenido suave, pero luego se desencadenó con furia soplando en dirección opuesta. Fue duro mantener la formación y reanudar la ruta hacia Ebese, pero al final las islas aparecieron en el horizonte en un día de borrascosa tempestad.

—¡Mira! —dijo Rufo señalando el horizonte, donde nubes negras se acumulaban sobre el mar—. Allí se ven velas.

Ambato se arrebuja en la capa al tiempo que trata de aguzar la vista.

—¿Sertorio?

La respuesta no tardó en llegar:

—Naves enemigas —aulló Ursiano—. ¡Preparaos! ¡Poneos los yelmos y quitad la protección de los escudos!

Con nerviosa impaciencia los dos comenzaron a afanarse con la cobertura de cuero del escudo.

—¡Permaneced en el centro del puente! —gritó el centurión intentando superar el rugido del mar.

Los dos muchachos aseguraron los barboquejos sin apartar la vista de la línea del horizonte, que aparecía y desaparecía entre olas cada vez más grandes y grises. Apuntalaron los escudos sobre la cubierta para sostenerse mejor y controlaron el armamento. Emilio alzó los ojos y vio a los marineros que, en pocos instantes, habían replegado la vela y la habían guardado en la zona de almacenamiento a popa, antes de regresar rápidamente hacia el mástil, del cual colgaban varios cabos como brazos inanimados. Se afanaron en la base del palo mayor, mientras otros alcanzaban a la carrera los cabos aún tensos que habían sido fijados a popa del trirreme, cuando una ola más decidida que las otras hizo que los legionarios, ya preparados, perdieran el equilibrio.

—¡Sentaos! —aulló Ursiano—, ¡todos al suelo!

Los soldados obedecieron, entorpecidos por los escudos. De nuevo Emilio miró hacia arriba y se quedó con la boca abierta al ver que el mástil era replegado.

—¿Qué sucede? —preguntó Ambato.

Rufo sacudió la cabeza y al contemplar las otras naves observó que todos estaban efectuando la misma operación. Quizás el mástil era retirado de su sitio antes de la batalla, para evitar desequilibrar la nave o convertirse en blanco de las máquinas de lanzamiento incendiarias.

—¡Los primeros diez desplazaos a la izquierda y los últimos a la derecha! —ordenó Ursiano para hacer espacio al mástil que estaba a punto de ser bajado sobre el puente.

Emilio llegó al parapeto, donde sintió el fragor de las olas y de los remos que se zambullían con violenta energía. Se apretó a la amurada y echó un vistazo inquieto al mar que, furibundo, como un gigantesco monstruo marino, encorvaba y enderezaba su lomo tratando de desarzonar a la nave que lo cabalgaba.

La popa se elevó de las olas y luego, con un estruendo que hizo vibrar todo el puente, la quilla se hundió pesadamente en el agua.

—¡Maldición, moriremos todos!

Rufo se volvió hacia Celtíbero y los dos vieron reflejada en sus rostros la angustia de aquel momento. De nuevo la proa apuntó hacia el cielo, encabritándose, antes de caer de nuevo ofreciendo la vista de las embarcaciones enemigas sin velas ni palos y del mar, que parecía abrirse bajo el casco como en una demoníaca vorágine que se

tragaba la galera.

Un latigazo de agua embistió el rostro de los muchachos. Era lluvia, un aguacero que había empezado a caer de repente. Los marineros tomaron puesto en las máquinas de lanzamiento. Emilio buscó al centurión con la mirada y lo vio inclinado sobre la borda, presa de fuertes arcadas. Buscó entonces al comandante de la nave y lo halló cerca del timonel que, asegurado a la balaustrada del puesto de mando, observaba impasible a sus presas y verificaba las señales de la nave almiranta de Cota.

—Mira a aquel hombre, Ambato —aulló—, mira qué tranquilo está. No vamos a morir.

—Quizás él no.

Rufo no apartó la mirada de aquella figura, admirado por la entereza que mostraba ante la violencia de los elementos y lo imponderable de aquello que había de ocurrir poco después. Se armó de valor y miró la ola que llegaba y la proa que se encabritaba. Era como todas las demás: siempre que la nave la enfilara de punta no se desequilibraba, sino que se deslizaba entre las corrientes remontando la pendiente de agua para luego volver a bajarla. Observó el movimiento de los remos más allá de la postiza del costado, la estructura voladiza que alojaba el último orden de remeros, y comprendió que maniobraban en perfecta sincronía. La situación estaba firmemente controlada por los hombres que gobernaban la *Morena*.

Desde la nave almiranta hubo un flamear de banderitas, el comandante aulló unas órdenes al sollado y al cabo de unos instantes la galera cambió de dirección junto con los demás navíos. Era como si la flota se hubiera dividido en dos. Una parte de las embarcaciones se dirigía contra las enemigas, mientras que las otras, junto con la *Morena*, realizaban una maniobra de cerco para alcanzar el flanco del adversario.

El cambio de ruta expuso la nave a la fuerza del mar. Por un momento, durante la operación, la galera se encontró a merced de las olas, que la golpeaban de costado escorándola espantosamente.

—No lo conseguiremos.

—Cálmate, *Celtiber*, lo conseguiremos.

Cielo y mar se convirtieron en uno, juntándose en una barrera de agua. Un trueno se impuso sobre el rumor de las olas con su estruendo. Emilio miró a los marineros que desde las piezas de artillería daban inicio a las maniobras bajo la lluvia.

—Listos, Ambato, están cargando la balista.

Los dos alzaron la vista más allá de la proa y vieron las costas cubiertas de vegetación que se ondulaba al viento, pero no localizaron las naves.

—Mira —gritó Ambato, justo en el instante en que los sirvientes lanzaban sus proyectiles.

Las naves enemigas habían sido rodeadas y la *Morena* les estaba ofreciendo el flanco para poder atacarlas con toda la fuerza de la artillería de a bordo. Las tormenta empezaron a lanzar piedras y material incendiario contra una pequeña liburna. Los

fortísimos muelles de bronce y tendones de buey entrelazados eran estirados hasta el espasmo accionando los cortos brazos de hierro que, al soltarlos, arrojaban con letal potencia el golpe, desgarrando el cielo con el zumbido de decenas de proyectiles. Su trayectoria dibujaba estelas de humo denso que se dispersaba entre las ráfagas del mistral antes de desaparecer en el mar. Apuntaban a una torreta que se erguía a proa, sobre la cual estaban situados los arqueros que, a su vez, comenzaron a lanzar dardos.

Una ola se abatió sobre el costado levantando el casco y cuando la nave recuperó la estabilidad, los sirvientes tiraron un proyectil que se estrelló en la sección derecha de la liburna, embistiéndola con un globo de llamas.

Legionarios y sirvientes gritaron excitados ante aquella visión. La presa estaba herida.

Desde la postiza resonó el grito de los remeros seguido por una maniobra fulminante. Rufo se volvió hacia el comandante, que se asomaba por el parapeto señalando a la nave golpeada, como si quisiera dar más impulso a los brazos de los hombres del sollado. Los remeros empezaron a marcar el ritmo de boga en voz alta, cada vez más fuerte, cada vez más rabiosa.

—¡Preparaos! —aulló Ursiano con el rostro demacrado por el mareo.

Tras haber recuperado la estabilidad, la nave hendía las olas, cabalgándolas. Los remeros no podrían soportar demasiado aquellos embates, pero no importaba: el objetivo de aquella maniobra era espolear la liburna y desfondar su costado con el tajamar.

La única máquina de lanzamiento que persistía en su sitio era la de proa, pero las olas impedían dar en el blanco. Emilio aferró la balaustrada, la silueta de la nave enemiga ya estaba cerca e inevitablemente se produciría un violentísimo choque contra el casco. Si el movimiento favorecía a la *Morena*, el espolón desfondaría la tablazón por debajo de la línea de flotación y en poco tiempo la embarcación enemiga se hundiría con su tripulación. Nadie acudiría en su ayuda. Las dos tripulaciones sabían que su suerte estaba ligada indisolublemente a la habilidad y la sagacidad de su comandante. En efecto, el *navarchus* de la liburna intentó un movimiento desesperado y audaz ordenando una contraboga, esperando dar suficiente impulso para detener la nave y hacer que retrocediera, con la intención de evitar en lo posible la colisión.

Pocos momentos antes del choque las dos naves se encontraron peligrosamente proa contra proa, corriendo el riesgo de hundirse mutuamente.

—¡Retirad los remos de la izquierda! —aulló el comandante de la *Morena*—. ¡Virad a la derecha! ¡Bloquead los remos de la derecha!

Con grandísimo esfuerzo los remeros, exhaustos, trataron de maniobrar en el poquísimo espacio que se abría entre los dos cascos.

Las galeras se rozaron lentamente, costado con costado, como si estuvieran en un tiempo suspendido, excitante e irreal, mientras un estremecedor sonido de remos que se rompían invadía el aire y grandes gritos provenientes del sollado resonaban entre

los cascos. Emilio tuvo pocos instantes para oír las voces de alarma de la tripulación enemiga antes de que ambas embarcaciones descargasen, desde muy cerca, todos los proyectiles de que disponían.

Apretó las mandíbulas mientras oía el estruendo seco de la madera al partirse, entre alaridos y silbidos de flechas que llovían desde la torreta de la nave enemiga. Una llamarada de calor lo rozó y vio que un proyectil incendiario lo superaba y se precipitaba entre las olas más allá de la nave, dejando atrás un acre olor a quemado.

Extrajo el gladio, se puso de pie bajo la lluvia y vislumbró la silueta de la liburna, que desfilaba lenta entre los humos oscuros de la pez que ardía sin prender en las tablas mojadas. En el puente de cubierta, entre fragmentos de madera, jarcias y flechas, un sirviente yacía encogido con los miembros sacudiéndose en convulsas contracciones, mientras otro intentaba rearmar la balista. La silueta de un hondero enemigo apareció entre los grises vapores y un proyectil se estrelló contra el escudo de Celtíbero, rebotando en el suelo.

—¡Al *corvus*! —aulló Ursiano—, ¡al *corvus*!

Una flecha surgida de la nada golpeó en la sien al segundo sirviente, que cayó inmóvil con los ojos desencajados. Una más rozó a otros hombres y acabó clavándose en el mástil plegado.

—Nos toca a nosotros, *Celtiber*, ¡que Marte nos proteja!

Los dos atravesaron el puente encorvados, mientras la tripulación de la nave adversaria arrojaba todo tipo de proyectiles. Un violentísimo golpe de balista tirado desde muy cerca rompió el escudo de uno de los legionarios, haciéndolo caer aturdido en el suelo, al tiempo que una ola sacudía la embarcación abismando la popa. Los hombres se deslizaron, sin asideros, sobre el puente mojado.

El comandante enemigo era hábil y estaba liberando de la mejor manera posible la pequeña y veloz galera, así que cuando el *corvus* fue soltado, cayendo a popa de la nave que se alejaba, no resistió a la fuerza ejercida por los dos cascos y con un gemido estridente se desarticuló de su emplazamiento, deshaciéndose con un estrépito seco.

La liburna se apartó bajo la mirada atónita y, al mismo tiempo, aliviada de los legionarios. El comandante del trirreme miró a su presa que se alejaba, hizo un gesto de rabia y luego valoró con atención los desperfectos sufridos. La *Morena* estaba herida. Había perdido buena parte de los remos del costado izquierdo y a varios marineros. El comandante no había tenido su victoria, como tampoco Emilio y Celtíbero habían tenido su batalla.

Poquísimas naves se enfrentaron en aquellas circunstancias y una de estas fue precisamente la *Morena* que, inmediatamente después de la colisión viró para alejarse de los peligros de la flota adversaria. Al final el choque se resolvió en una confrontación a distancia, dictada por la necesidad de ambos contendientes de sobrevivir a la furia del mar.

Las galeras de Cayo Annio se mantuvieron a distancia de las peligrosas escolleras

de la costa, sobre las cuales fueron empujadas por el mistral, para su desgracia, las ligeras naves enemigas. Muchas embarcaciones de la flota de Sertorio se hundieron y solo unas pocas consiguieron llegar a alta mar con la esperanza de encontrar una incierta salvación.

Cota, en cambio, tuvo la ventaja de poder elegir el destino de los suyos: decidió renunciar a la persecución, para mantener unida e incólume su *classis*. Se necesitó mucho tiempo, pero al final la *Morena* y el resto de las embarcaciones consiguieron alcanzar distintas ensenadas a resguardo de los vientos, donde las tripulaciones las vararon.

Lucio Fabio Hispánico fue de los primeros en pisar tierra seguido por mil legionarios, que alcanzaron la guarnición de Ebeso para recuperar formalmente la posesión de la isla.

El chapoteo de una ola al romper sobre la playa atrajo la atención de Emilio y Ambato, que estaban trabajando en la *Morena*, varada en la orilla. Era tranquilizador mirar el mar en calma después de diez días de borrasca.

—Los dioses han sido clementes —dijo Celtíbero mientras arreglaba el manguito de piel que hacía de vaina a la chumacera y la jareta que fijaba el remo—. Ya hemos ganado la guerra sin combatir una sola batalla.

—Eso parece —admitió Rufo mientras pasaba a su amigo los clavos de cobre—. Esperemos que la Fortuna nos preceda, como ha hecho hasta ahora.

—El *Luscus* ya no tiene naves ni hombres, su momento ha terminado. Ahora Cota está dando caza a sus últimas liburnas.

El comandante de la nave, con un achicador en la mano, se asomó por la postiza para controlar los trabajos de reparación del casco. Observó el trabajo de los dos muchachos, luego posó el cucharón y silenciosamente su rostro desapareció.

—Ese controla cada clavo.

—Está impaciente por volver al mar —dijo Emilio.

—Conmigo que no cuente, yo lo único que quiero es estar con los pies bien plantados, en tierras de Hispania. El mar no es para mí y tampoco este islote, donde basta la llegada de cuatro naves piratas para hacer huir esta guarnición. Mejor estar con la legión al completo. Imagínate que hasta me conformo con ese cabrón de Ursiano y el inepto que duerme aquí abajo. Despiértalo antes de que el centurión nos castigue a nosotros, como de costumbre.

—Despiértate, Decano, viene el *centurio*.

El veterano parpadeó, gruñó algo incomprensible y luego se puso de pie rápidamente un momento antes de que lo viera el oficial, cuya voz precedió a su llegada:

—Moveos, vosotros tres. Cuanto antes acabemos de arreglar esta bañera, antes volveremos a tierra firme.

—¿Regresamos a Carthago Nova?

—Te gustaría ver de nuevo a aquella furcia, ¿verdad, Ambato? No, Valerio Flaco necesita hombres en la Hispania Ulterior. ¿Qué has hecho, Decano? Tienes media cara llena de arena.

—Estaba comprobando el odómetro.

—¿El odómetro?

—Sí, el instrumento para medir las distancias marinas.

—Sé perfectamente qué es un odómetro —replicó Ursiano, deslizando nerviosamente la palma de la mano sobre la vara de vid, mientras Emilio y Ambato continuaban su trabajo sin levantar la cabeza—. ¿Dormías, Decano?

—No.

—¡Eh, vosotros dos, *tirones*! ¿Estaba durmiendo?

Entre los tres hubo un sutil intercambio de silenciosas miradas.

—No lo he visto, *centurio*.

—¿Y tú, Rufo?

—Yo tampoco, *centurio*.

Ursiano asintió, golpeando con fuerza la palma de la mano con el *vitis*, antes de alejarse algunos pasos hacia el mar.

—¡Castigados! —dijo—. ¡Los tres!

—Pero...

—Nada de peros. Palaréis mierda durante un rato, él porque se ha dormido, y vosotros porque lo habéis encubierto. El odómetro está en la popa. ¡Ahora a trabajar!

## IV

### CASTRA CAECILIA

Hispania Ulterior, Castra Caecilia

Por primera vez, después de semanas, finalmente puedo recogerme en un alojamiento aceptable. La navegación desde Ebeso ha sido bastante tranquila hasta el estrecho de Gades, donde las impetuosas aguas del Oceanus nos han obligado a resguardarnos en el puerto de Balsa. Dadas las condiciones del mar y teniendo en cuenta lo avanzado de la estación, los *navarches*, los comandantes de las embarcaciones, nos han sugerido que continuáramos a pie hacia el norte. Así, con la fuerza de poco más de dos manípulos, nos hemos dirigido por la izquierda del río Betis hacia las tierras de los lusitanos, donde hemos alcanzado Castra Caecilia, un campamento fortificado sobre la orilla del Tagus, vigilado por una cohorte de la quinta legión bajo el mando de Lucio Fufidio.

El campamento dista algunas millas de una pequeña ciudad, Metellinum, centro comercial de la región con una numerosa presencia de mercaderes romanos. Más allá del río Tagus se extiende el territorio de estas gentes, similares a los celtíberos en las costumbres, en la religión y, según me dicen, en el modo de combatir. Tienen estrechos vínculos con los astures y los calecios del noroeste. Según los oficiales, los lusitanos y sus aliados son valerosos guerreros, pero no, desde luego, soldados honorables. En efecto, combaten con emboscadas, ataques por sorpresa y posteriores y veloces retiradas. Parece, además, que muchos de ellos viven como bandoleros en grupos aislados y que su religión requiere sacrificios humanos.

Bárbaros. Bárbaros que han conocido la dureza de nuestro hierro. Están sometidos a Roma desde hace más de cuarenta años, se han rebelado en más de una ocasión, pero han sido devueltos por la fuerza a la *Lex Romana*.

Castra Caecilia los observa como un mudo centinela. Desde aquí los hombres escoltan los convoyes de los mercaderes, protegiendo las vías de comunicación entre Metellinum y Olissippo o Cale, al norte.

No obstante, mejor estar aquí que en el mar.

Soy feliz de haber escrito este diario y aún más feliz ante la idea de que, algún día, vosotras podréis leer todos los pensamientos que

he anotado. Por eso me complazco en redactar estas líneas terminando las anotaciones como si fuera una carta. Os echo de menos. Hasta pronto.

*Curate ut valeatis*, procurad estar bien.

Emilio hizo una señal a Ambato.

—Ese debe de ser un hombre importante —dijo mientras acababa de podar un tronco con un hacha.

Celtíbero se secó el sudor con el brazo y luego miró al pequeño convoy de carros que se estaban acercando a la Puerta Principal de Castra Caecilia, la guarnición donde estaban alojados desde hacía un par de semanas. El ibérico hizo una mueca de asombro.

—Hasta tiene una escolta de caballería.

—Quizá sea la familia de un gobernador.

—No creo, lleva demasiada carga. Quizá se trate de un mercader.

—¡Venga, un mercader! ¿Qué mercader puede permitirse una escolta de jinetes?

—Por ejemplo, los que administran las minas de plata o de hierro. Hay varias a occidente.

—Quienquiera que sea, bienvenido —dijo Emilio, observando atentamente uno de los remolques, donde una muchacha de largos cabellos oscuros estaba sentada al lado de un anciano, quizás un esclavo, que conducía el carro.

—Mira, mira. ¿Quién será esa preciosidad?

Emilio tragó y se quedó absorto durante un momento.

—Nunca había visto algo parecido.

Desde el carro la muchacha los examinó y luego dirigió la mirada a otra parte, absolutamente desinteresada. El convoy se detuvo delante de los guardias que vigilaban la puerta para tramitar el control de la carga y de los documentos de viaje.

—Nos ha mirado.

—¿Estás seguro?

Ambato acabó de podar rápidamente la última rama.

—Venga, carguemos el tronco y llevémoslo al interior, así podremos echar un vistazo de cerca.

—Yo no lo haría, Decano está de servicio en la puerta.

—¿Y qué más da eso? Decano es feo y estúpido, no es rival para nosotros dos.

—Si esa tiene que ver con el propietario de los carros, no tenemos muchas esperanzas.

—Te digo que ha sonreído. Está impresionada por nuestros músculos.

Emilio se miró los brazos y luego echó un vistazo a los de Ambato. Estaba en clara ventaja. Decidido, se puso el tronco sobre el hombro tratando de soportar enérgicamente el peso. La muchacha observó con frialdad a los dos que, con paso vacilante y los rostros enrojecidos por el esfuerzo, se acercaban a ella. Uno alto y

delgado, el otro achaparrado y torpe. La sonrisa fue el preludio de una carcajada, cuando el primero tropezó arrastrando también al otro en la caída.

Emilio y Ambato llegaron a la carrera, en la luz caliginosa y cobriza del alba, llevando su fardo a las espaldas. Se pusieron en fila junto a los otros frente a Ursiano, quien observó a los hombres alineados y carraspeó antes de hablar.

—Nuestra misión es escoltar a Cneo Quintilio Frauca a Metellinum.

El centurión hizo una pausa y miró los caballos, que eran sacados de los recintos para situarlos junto a los carros.

—Cneo Quintilio Frauca es un mercader con empleados esparcidos por doquier, de aquí a la Narbonense, hasta llegar a la Mársica, su tierra de origen. Negocia con mercancías para ricos: perlas, marfil, seda y pieles más o menos preciosas. Con las de menor calidad abastece al ejército establecido en Hispania. Por ejército no quiero decir la guarnición de este asqueroso campamento, sino todas las legiones de la Península.

La silueta de Frauca, un hombre no muy alto, gordo y con una incipiente calvicie, apareció a lo lejos, más allá del umbral del *praetorium*. Se dirigió hacia el *essedum*, su carro personal de dos ruedas, acompañado por sus porteadores con el equipaje. A su lado, Fufidio, el comandante de Castra Caecilia, lo acompañaba llevando bajo el brazo algunos documentos que tendió al mercader en cuanto este ocupó su puesto en el vehículo.

Ursiano moderó el tono de voz y volvió a hablar introduciéndose entre las filas.

—Es un marso y es poderoso, ricachón y también muy influyente, no hay individuo de alto rango en Iberia que no haya tenido negocios con él. Por tanto, prestad atención a cómo habláis y cómo os movéis. Podría liquidarnos con una sola palabra y si con vuestro comportamiento me metéis en problemas, juro que os arrepentiréis de haber nacido. ¿Está claro?

Los hombres asintieron.

—Ese mocosito que acaba de subir al carro es su hijo menor: Cneo Segundo Frauca. Evitad tratarlo a patadas y sed amables con él, si os dirige la palabra.

Un anciano salió de la puerta del pretorio precediendo a la mujer de Frauca, una matrona aún de buen ver con el cabello negro sujeto en un rodete. Por encima del largo vestido llevaba un chal ocre que descollaba bajo la luz pálida del amanecer. A sus espaldas apareció, desde la oscuridad de la puerta, su espléndida hija, envuelta en una túnica de lino finísimo, ceñida en el talle mediante una faja de tela decorada en oro que, cruzada sobre los senos, exaltaba sus aún virginales formas. Sobre los hombros llevaba la clásica capa que, al no cubrirle la cabeza, permitía ver el rostro adornado por dos resonantes *crotalia* que le daban la nitidez de aquellas raras perlas.

—Ese es el elemento, con mucho, más peligroso del grupo. Todos bajaréis la mirada cuando paséis a su lado, ¿está claro?

Los hombres no respondieron y siguieron observando a la muchacha mientras esta se acercaba al gran carro de transporte sobre el que se sentó, seguida por dos esclavos armados.

—¿Está claro? —insistió con voz más decidida, esperando una respuesta que tardaba en llegar.

—¡Sí, centurión! —respondieron los soldados al unísono, despertando del estupor.

—Ahora poned vuestro fardo sobre el *carruca* y disponeos en fila. Decano, abre la columna.

—¿Quiénes son los marsos? —preguntó Ambato con curiosidad mientras se encaminaba, con Emilio y los otros, hacia el carro que llevaría sus efectos personales.

—Gente dura, *Celtiber*, pueblo de guerreros despiadados, que nunca se ha doblegado a la voluntad de los extraños, ni siquiera de Roma. Su nombre deriva del dios de la guerra, Marte, y fueron los primeros en levantarse cuando el Senado no quiso conceder la ciudadanía romana a los itálicos después de años de alianza militar. Los enfrentamientos fueron tan feroces que se acuñó el dicho: no se puede vencer una batalla sin los marsos, ni contra ellos.

—¡Ah, qué grandes celtíberos habrían podido ser!

Emilio sonrió y dejó su *sarcina* y la *furca* sobre el carro.

—Eh, vosotros dos.

Rufo y Ambato se pusieron tensos al instante cuando oyeron la voz chillona de Lucio Fufidio.

—Sí, vosotros, venid a cargar este equipaje.

Los dos reclutas ejecutaron de inmediato la orden aferrando los baúles para ponerlos en la caja del carro. Los dos esclavos a bordo les echaron una mano y durante la última carga Emilio cruzó la mirada de aquella espléndida muchacha.

—¿Pesa menos que el tronco? —preguntó ella, clavándole los ojos.

Avergonzado, balbuceó un no, un sí, sonrió y luego se puso inmediatamente serio mientras Ursiano llegaba fulminándolo con una mirada asesina.

—¡Id a vuestro puesto! —ordenó, tajante.

—¿Has visto qué ojos? Nunca había visto un color semejante.

Emilio asintió aún aturdido.

—Tiene los ojos de los marsos, de un verde profundo salpicado de briznas doradas.

—Parecen atraparte, como... no sé.

—Como las serpientes. Los marsos veneran a la serpiente. En su mirada hay un fluido inexplicable, un fluido que halaga, que arrebatada.

Ambato se quedó impresionado por aquellas palabras. Miró a su amigo, que ya ocupaba su puesto en la fila después de haber acomodado escudo y *pilum*.

—Quizá tenga razón Ursiano, es mejor dejarlo correr.

Pero la mirada de los marsos había dado en el blanco.

La parada para comer tuvo lugar en las proximidades de un bosquecillo a orillas del Tagus. Los legionarios se sentaron y consumieron pan negro, un poco de queso y *posca*, agua mezclada con vino avinagrado. Charlaban y de vez en cuando alzaban con curiosidad la mirada hacia el mercader y su familia, que habían improvisado una comida, sin duda, mucho más sabrosa que la suya, a la cual había sido invitado Ursiano. Los sirvientes transportaban al interior de una tienda con los bordes vistosamente realzados por cintas lo que para otros habría sido una comida fría lujosa y abundante. Se sucedieron platos tentadores y también una gran cantidad de gambas conservadas en hielo que, por voluntad de Frauca, habían sido expresamente transportadas en los carruajes. Para terminar, después de quesos y frutas de temporada, también hubo un delicioso postre: dátiles rellenos de nueces y piñones, condimentados con pimienta y fritos en miel. Para los hombres de la escolta, la curiosidad se transformó en saliva.

El viaje continuó de inmediato. Metellinum estaba aún lejos y la pequeña caravana tenía que recorrer mucho camino. Emilio se pasó la mano sobre el rostro secándose el sudor. El sol estaba alto en el cielo y las horas de marcha comenzaban a hacerse sentir. Se volvió para mirar a los hombres que, detrás de él, seguían el paso. Era una suerte caminar delante de los carros. Los hombres que cerraban la columna en aquel momento, sin duda, estaban imprecando por el polvo.

Ursiano alzó la mano indicando al contingente que se acercara a la derecha del sendero para dejar espacio a un convoy que, también escoltado, circulaba en sentido contrario. Los legionarios aprovecharon para beber un sorbo de agua y quitarse, durante un momento, los yelmos. Los carros procedían del oeste e iban hacia los puertos de la costa con su carga. Emilio observó los vehículos que, chirriando, desfilaban cargados de hombres: esclavos provenientes de quién sabía dónde.

Ursiano conversó con uno de los hombres de la escolta y luego se carcajeó complacido.

—Itálicos —dijo a los suyos, señalando los carros. Los soldados se exaltaron y comenzaron a insultar a la carga humana que avanzaba hacia su destino. Decano escupió a un hombre semidesnudo que le daba la espalda y todos rieron.

—¡Adelante! ¡Paso rápido!

Se cerraron las cantimploras y los hombres se pusieron en marcha siguiendo el curso del río. A lo largo del trayecto encontraron a algunos lusitanos que llevaban rebaños y a un mercader con una numerosa escolta que intercambió algunas palabras con Frauca.

Cuando la caravana se detuvo, se organizaron los turnos de guardia. Emilio tuvo la tercera vigilia y aquella noche, a la luz de la luna, que se reflejaba en el Tagus con mil resplandores plateados, pensó en los itálicos de la tarde y se acordó de la mirada de Mecenas, el prisionero que encontró en los Pirineos. Nunca olvidaría aquella mirada que le recordaba que el destino de los hombres era efímero. En un instante

todo podía ser perdido, borrado, aniquilado. Podía condenarse a la oscuridad toda una existencia.

El muchacho buscó en su escarcela las estatuillas de los Lares y de los Penates, miró a su alrededor con circunspección y las extrajo. Las apretó en la mano, que llevó al pecho.

—Nunca seré esclavo —susurró—, dadme la fuerza de vuestro espíritu para enfrentarme a lo que venga. Ayudadme a afrontar mi destino con corazón firme.

A sus espaldas, desde el carro de Frauca, a través de la lona, se oyeron algunas voces en la noche, apenas un murmullo apagado. Era ella, la muchacha más bella que nunca había visto. Estaba hablando, pero le gustó pensar que quizá también ella rezaba.

Al día siguiente, temprano, la comitiva se puso otra vez en marcha. Decano y los suyos se trasladaron al final de la fila y esta vez fueron ellos los que sufrieron el polvo de los carros que los precedían. Los soldados se protegieron el rostro con el *focale*, dejando libres los ojos. Pasaron al lado de una mina donde se extraía hierro. Había un incesante trajín de hombres y carros, trabajadores que entraban y salían de aberturas, similares a heridas en el costado de la montaña, afanándose e imprecando. Emilio pensó en su juramento y reanudó la marcha mirando al suelo, paso a paso.

A ese ritmo, alcanzarían Metellinum por la tarde, así que se les concedieron algunos instantes más en la parada que se hizo a mitad del recorrido. Soltaron los caballos para que abrevaran en el río y todos, hombres y animales, intentaron refrescarse y recuperar el aliento.

—*Tirones* —dijo Decano—, uncid los animales a los remolques.

Ambato lanzó una mirada molesta al veterano.

—Voy yo, *Celtiber* —dijo Emilio, mientras tragaba el último bocado de pan—, tú espérame en el carro.

Bebió un último sorbo y se encaminó a la orilla, donde habían atado a las bestias. Aprovechó la ocasión para adentrarse en el agua y enjuagarse el rostro, mojar el *focale*, estrujarlo y envolverlo de nuevo en el cuello. Aferró por el freno a los dos caballos del carro de Frauca y cuando se dio la vuelta se estremeció al verla a contraluz entre el polvo plateado iluminado por los rayos del sol. El muchacho, que se sintió observado, permaneció inmóvil con la boca entreabierta como delante de un peligro inesperado.

—¿Quieres vino? —preguntó ella, ofreciéndole una copa que tenía entre las manos.

Rufo sacudió la cabeza y ella sonrió.

—¿Te he espantado?

—Yo...

—No creía ser tan fea —dijo, sonriendo.

—No, no lo eres.

—Entonces ¿a qué viene esa cara? Parece que te hubieras tropezado con una criatura de los Infiernos.

—No, es que no puedo hablarte.

—¿No puedes hablarme?

Emilio asintió.

—¿Por qué? —preguntó ella.

El muchacho trató de recuperar un poco de dignidad mostrándose más marcial, tiró de las riendas de uno de los caballos que quería buscar hierba más allá y la miró.

—Soy un soldado, no debo distraerme.

—Ah, entiendo.

—Lavinia.

La muchacha se dio la vuelta y vio al viejo esclavo que estaba siempre a su lado alcanzándola a la carrera.

—Lavinia, no debes alejarte.

—No me he alejado, Temistio, solo he dado dos pasos hacia el río. Esto es hermoso, está la sombra de estos grandes álamos y luego —continuó, mirando a Emilio—, el legionario velaba por mí.

—¿Qué haces con esa copa en la mano?

—Vamos, Temistio.

—Nada de vino, mi dulce muchacha. ¿Desde cuándo las mujeres toman vino?

—Mi padre...

—Tu padre me ha elegido como preceptor y te prohibiré beber vino mientras me quede vida. No es una buena costumbre para una muchacha de familia honorable.

Ursiano apareció interrumpiendo la discusión. También él estaba a contraluz, pero hacía un efecto muy distinto.

—¿Todo en orden?

—Sí, *centurio*.

Ursiano asintió y luego lanzó una mirada torva a Rufo. Con un gesto de la cabeza le ordenó que desapareciera a toda prisa.

—*Centurio*.

—¿Sí? —dijo inclinando levemente la cabeza.

—Tu soldado ha rechazado el vino que le he ofrecido y me ha dicho que no puede hablarme porque no puede distraerse de su tarea.

—Si... ha sido ofensivo, puedo castigarlo.

—Diría que no, su presencia me tranquiliza y yo preferiría tenerlo al lado del carro durante la marcha. A diferencia de todos los demás, incluido tú, ha sido el único que me ha mirado solo a los ojos desde que hemos partido.

Temistio se estremeció.

—¡Lavinia!

—Yo —adujo Ursiano, turbado—, debo garantizar tu seguridad y...

—¿Sabes que soy la preferida de mi padre, *centurio*?

—Sí.

—¿Y sabes que mi padre tiene como clientes a ambos gobernadores de las Hispanias?

—¡Lavinia!

—Una palabra mía, *centurio*, y tu carrera será terriblemente difícil.

Ursiano sacudió la cabeza con una sonrisa de mal disimulado azoramiento, mientras ella volvía a dirigirse al joven *tiro*.

—¿Cómo te llamas?

Emilio permaneció en silencio hasta que Ursiano increpó con un gruñido a media voz:

—*Asinus*, te está hablando.

—Cayo Emilio Rufo.

La muchacha asintió, sonrió y fue como una ráfaga de primavera.

—Yo soy Lavinia, como ya habrás entendido, y este es Temistio, mi preceptor. Es griego, viene de Siracusa y pasa sus días enseñándome letras y filosofía.

Temistio inclinó la cabeza en señal de saludo.

—A decir verdad, también ha sido el preceptor de mis hermanos y ahora mi padre me ha confiado a su cuidado, por eso él... no me deja un instante.

—Es porque aún eres joven e inquieta, Lavinia —intervino el griego—. Es más, sin duda, tu padre nos estará buscando, sabes que siempre está muy preocupado por ti.

—Nunca se es demasiado viejo ni demasiado joven para ser feliz, me lo has enseñado tú.

—Te garantizo que tu comportamiento no conllevará ni la más mínima felicidad si te obstinas en demorarte en este lugar —le dijo, observándola con mirada inflexible.

Lavinia jugueteó con la copa entre las manos, frunció los labios con una mirada contrariada hacia Temistio, y finalmente bebió de un tirón mientras el rostro del griego se enrojecía de rabia.

—Tu padre estará muy contrariado.

—Sí, te preguntará en qué se ha equivocado conmigo... quizá con el preceptor. *Ut sementem feceris ita metes*: como siembres, así recogerás —concluyó, volviéndose y encaminándose con gracia hacia los carros. Temistio saludó, consternado, a los militares con un gesto de la cabeza antes de lanzarse en persecución de la muchacha.

—No siempre seremos la escolta de Cneo Quintilio Frauca —dijo Ursiano—. Ya te llegará tu turno, *tiro*.

## Hispania Ulterior, Castra Caecilia

Desde hace más de un mes estamos aislados en esta zona

inhóspita, tierra de minas y pastores. Nuestro único contacto con el mundo exterior son los mercaderes y algún esporádico despacho procedente de Carthago Nova.

El último de estos, llegado hace veinte días, señalaba la presencia de algunas naves de Sertorio junto al estrecho de Gades, un poco por encima de la desembocadura del río Betis. Sus velas han regresado luego hacia África y desde entonces ya no hemos tenido noticias; es como si nos hubieran olvidado.

La monotonía de los turnos de vigilancia se ve interrumpida por escoltas a los mercaderes y algunas expediciones al territorio de los lusitanos. A veces la protección de un cargo hasta Metellinum, una insignificante ciudadela que vive gracias a los comerciantes romanos, anima lo habitual y lo ordinario. Durante este tiempo y estas ocupaciones he notado que los lugareños son totalmente indiferentes a nuestra presencia y que en realidad no hay ningún contacto.

Os he escrito dos cartas y se las he entregado a un mercader que se dirigía a Ostia. No he vuelto a recibir noticias vuestras. Espero que tengáis buena salud y que mi amada Lucila dé pronto un hijo varón a Cayo Escribonio.

Como siempre os pido que seáis prudentes.

*Valete.*

Ursiano simuló un golpe con la *rudis*, el gladio de madera usado para el adiestramiento, luego lo retrajo y embistió al contendiente con un violento golpe de escudo, pero encontró a Emilio preparado. El muchacho atajó el ataque y arremetió con ímpetu contra el flanco descubierto del centurión.

En aquel momento habrían debido detenerse. El enfrentamiento había terminado y Ursiano, en la realidad, habría caído gravemente herido. En cambio, fue presa de una rabia ciega e incontenible al ver que el recluta había dado en el blanco con el golpe. De un salto pegó en el *scutum* del muchacho y luego embistió con el gladio, repitiendo con agresividad el asalto varias veces.

Emilio paraba y respondía con firmeza a la ira y la maestría con la espada del otro, hasta que Ursiano arrojó su escudo y con un brinco fulminante arrancó también el del muchacho para luego darle puñetazos en el rostro, una y otra vez. Rufo se tambaleó hasta acabar en el suelo, donde el *centurio*, arrebatado por un feroz encarnizamiento, la emprendió a patadas ante la mirada incrédula de la centuria.

—¡Basta! —aulló Ambato, alcanzando a su amigo en el suelo y protegiéndolo con su cuerpo—. ¡Basta!

Ursiano se detuvo, como despertándose de un delirio homicida, y con la respiración agitada miró al ibérico, con la mandíbula apretada y la mano ensangrentada. Emilio estaba encogido en el suelo, defendido por Celtíbero, que se

enfrentaba al centurión ante toda la unidad.

—El entrenamiento ha terminado —anunció el oficial, fingiendo naturalidad—.  
Volvemos al campamento.

Los hombres se demoraron unos instantes, lo cual desencadenó la ira del centurión:

—¡Moveos! ¡Volvemos al campamento!

Celtíbero dejó el escudo y se agachó.

—¿Puedes?

Emilio asintió con el rostro reducido a una máscara de sangre.

—Ese cabrón te ha roto la nariz. Espera, te desataré el yelmo.

—El  *tiro*  debe alzarse solo, Ambato.

*Celtiber* levantó la mirada con los ojos brillantes de odio.

—En combate te habría liquidado, *centurio*. Todos han visto el golpe que te ha infligido en el costado.

—No me provoques —advirtió Ursiano, sombrío.

Rufo se puso a cuatro patas, luego se levantó a un paso de Ursiano con los ojos amoratados y el rostro cubierto de sangre. Tras recoger el escudo de mimbre y la *rudis*, se puso en fila sin pronunciar palabra.

—¡Ponte en la fila con los otros, Ambato!

El muchacho obedeció sin dejar de desafiar con la mirada a su superior. La tensión fue momentáneamente interrumpida por el paso de una turma de jinetes que escoltaba a un hombre. Ursiano reconoció a Lucio Fabio Hispánico y saludó inmediatamente al tribuno, que continuó, indiferente, en dirección a Castra Caecilia.

—Volvemos al campamento, rápido. Si tu amigo no lo consigue, trae el escudo y la *rudis*, y si no puede caminar vendremos a buscarlo mañana.

—Puedo —replicó Emilio—, yo siempre puedo, *centurio*.

Ursiano acusó el golpe y no pudo hacer nada, más que recuperar una brizna de la estima perdida con aquel execrable arranque de ira dando una palmada sobre el hombro del muchacho, pero la atmósfera continuó estando viciada.

Emilio se encogió dolorido a orillas del río. Llenó las manos de agua y trató de lavarse el rostro. Se contempló en aquellos inciertos círculos de líquido que reflejaban su imagen y vio los labios hinchados. Trató de rozarse la nariz, pero el dolor le obligó a arrodillarse. Tenía la cabeza abotargada y sentía una palpitación en la cara.

—Gracias por lo que has hecho, pero uno de estos días acabarás mal. Has sido un loco enfrentándote a él de ese modo.

Ambato estaba sentado a poca distancia de su amigo. Sacudió la cabeza, desconsolado, mirando el río.

—Lo mataré.

—Déjalo, la situación está mejorando. Los veteranos ahora nos respetan, solo él se obstina en humillarnos.

La voz de Decano que llamaba a Ambato desde la puerta del campamento llegó hasta la orilla del río. Celtíbero se puso de pie maldiciendo a media voz.

—Ese cabrón me ha puesto en la primera vigilia.

—Compórtate y haz tu turno, yo me quedaré un rato.

—¿Estás seguro? ¿No quieres que te lleve al galeno?

—¡Vete! Hoy ya has desafiado demasiado al destino.

El ibérico hizo un gesto con la cabeza y se encaminó hacia el campamento canturreando un improvisado estribillo sobre la muerte del *centurio*. Rufo se mojó de nuevo el rostro y luego se echó, cerró los ojos y trató de olvidarlo todo y a todos; en el fondo, a pesar del dolor que le mordía el rostro, aquel momento de paz era un don inesperado de los dioses.

Se abandonó al fluir lento del río con sus borbotos relajantes mientras a lo lejos, las órdenes de maniobra de un timonel se perdían entre el rumor de las frondas de los abedules. El legionario se rindió al cansancio y, amodorrado, perdió la noción del tiempo. Volvió a ver, como en un sueño, el rostro más hermoso que había visto en su vida.

—¿Cayo Emilio Rufo?

El muchacho parpadeó, levantó la cabeza y sintió de nuevo el fuerte dolor en el rostro. Deslumbrado por la luz del ocaso se protegió los ojos con la mano y la vio a pocos pasos de distancia, observándolo.

—Lavinia.

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada... —balbuceó después de reparar en la presencia del joven hermano de la muchacha, a su lado.

Los dos se acercaron escrutando el rostro tumefacto.

—¿Cómo que nada?

Emilio se perdió en la mirada preocupada de la muchacha, recordó el reflejo en el agua de su propio rostro ensangrentado y sintió vergüenza de dejarse ver en aquellas condiciones. Se levantó, sacudiéndose la hierba de la túnica, mientras ella acercaba la mano hacia el rostro rozándole el pómulo sin tocarlo.

—Cneo Segundo, ve a buscar a Temistio y dile que prepare la infusión de sauce para aliviar el dolor.

Emilio sacudió la cabeza, esbozando una sonrisa.

—No me parece oportuno.

—¡Sí que lo es! ¡Corre, Cneo!

El chiquillo partió a la velocidad del rayo.

—Ven —dijo ella, tirándolo del brazo—, Temistio es un buen médico, limpiará la herida.

—De verdad, no me parece oportuno.

—¿Tan denigrante te resulta aceptar una amabilidad?

Rufo respondió después de una larga e intensa mirada.

—Perdóname, no quiero crearte problemas. Yo solo soy un soldado y tú...

—¿Yo? Continúa...

—Bien, tú, eres... Lavinia, la hija de Cneo Quintilio Frauca, una persona... respetable.

—¿Crees que las personas respetables no tenemos sentimientos?

—No, no quería decir eso. No quiero causarte problemas.

—No los causas, Cayo Emilio Rufo, eres la única persona amable que he encontrado desde que salimos de Falerii.

—¿Falerii? Creía que eras de la Mársica.

—*Tata*, quiero decir, mi padre, es marso; mi madre es etrusca, precisamente de Falerii, y es allí donde aún viven mis abuelos.

Emilio asintió escuchando atentamente.

—Mi abuelo provenía de una de las familias más antiguas y nobles de Etruria. Una familia que dio grandes hombres ilustres a la ciudad antes de caer en desgracia.

—Lo siento.

—Así, para hacer frente a los problemas económicos, mi abuelo decidió entregar en matrimonio a la pequeña Arria a un hombre de una familia no aristocrática pero, con mucho mucho dinero.

—Entiendo.

—Mi madre ha renunciado de momento a una residencia adecuada a su alcurnia, pero ha sido inflexible sobre nuestra educación. Eso explica la presencia de Temistio.

Emilio sonrió.

—¿Y cómo habéis acabado aquí?

—Mi padre tiene muchas propiedades en Hispania, y la ocasión para trasladar a toda la familia fue precisamente la guerra. Antes de partir hacia aquí tuvo que arreglar varios asuntos en Roma. Y Roma no era, de momento, una ciudad tranquila, teniendo en cuenta el enfrentamiento entre Mario y Sila. *Tata* nos llevó a Falerii, mientras él despachaba su trabajo y luego partimos siguiendo la vía Cassia.

—¿Habéis viajado por tierra?

—Sí, debíamos recoger la mercancía y contactar con los agentes que trabajan para nosotros en la Narbonense, y luego atravesamos los Pirineos y llegamos a Hispania.

—Un camino largo.

—Terriblemente largo.

—¿Echas de menos tu casa?

Lavinia cogió delicadamente una flor de cardo y la olió cerrando los ojos.

—Echo de menos a mis amigas y a Cneo Quintilio. Temistio no es lo que se dice un compañero de diversiones ideal.

—¿Cneo Quintilio?

—Sí, mi hermano mayor, se llama igual que mi padre. El año pasado... el año

pasado desapareció. Creemos que lo raptaron.

—¿Un rapto?

—Mi padre ha hecho de todo para localizarlo, pero no ha conseguido nada. Un día salió a caballo y nunca jamás regresó.

—Lo siento.

Lavinia asintió.

—Cneo Segundo es todavía un niño.

—Sí, lo he visto, pero tiene una mirada inteligente y aguda, y además te adora.

La pareja llegó a un embarcadero y Lavinia se encaminó hacia una barcaza mientras Emilio aflojaba el paso, incómodo en medio del ajetreo agitado de esclavos que se afanaban con sacos, ánforas, cajas y mercancías de todo tipo.

—Muévete, vamos.

El viejo griego, apoyado en la balaustrada de la embarcación, llamó al joven soldado, que lo saludó con un gesto de la mano. Una vez a bordo el preceptor se puso a escrutar el rostro magullado de Emilio, mientras Lavinia seguía hablando, contando lo ocurrido, aunque en realidad no sabía nada de ello.

—Es mejor sufrir una injusticia que cometerla —dijo el griego, poniendo un emplasto a base de miel sobre la ceja herida—, por tanto, espero que hayas aprendido la lección, muchacho, tanto si has hecho daño como si lo has sufrido.

—Lo ha sufrido, Temistio.

—Lavinia, ve a buscar la infusión en mi alojamiento y tú, Cneo, tráeme una venda que encontrarás en mi alforja de viaje.

Los dos obedecieron, dejándolos solos.

—Ahora escúchame, *miles*, hablemos de hombre a hombre —dijo el griego con tono profundo mientras continuaba con el ungüento—. Por un motivo para mí desconocido Lavinia te ha cogido simpatía. Es joven y llena de vitalidad, por lo que no me resulta fácil mantener a raya el ímpetu de su edad y la fuerza de su inteligencia. A veces consigue eludir mi control y causarme problemas, pero te puedo garantizar que sucede raras veces y que desde hoy estaré particularmente vigilante.

Temistio se acercó al oído de Rufo.

—Tú solo recuerda que Lavinia no es para ti. Ni lo intentes, o lo que te ha sucedido hoy no será nada en comparación con lo que podría ocurrirte. ¿Has entendido?

Los pasos sobre el entablado indicaban que pronto el monólogo terminaría.

—Sé aliviar el dolor, pero también puedo infligirlo; no me des ocasión para ello.

—Aquí tienes la infusión, Temistio.

—Gracias, Lavinia —dijo el griego, tomando el medicamento—. Ahora bebe, soldado, y verás que después de una buena dormida estarás un poco mejor.

Unas pisadas anunciaron la llegada de otras personas.

—Mamá, papá.

Cneo Quintilio Frauca lanzó una mirada indagadora a Emilio.

—Es Emilio Cayo Rufo, papá, el legionario del que te había hablado.

—Emilio... como Mamerco, hijo de Numa Pompilio, rey que sucedió al fundador de la Urbe: Rómulo —dijo con voz profunda el corpulento Frauca, acariciando la cabeza de su hija sin apartar los ojos del soldado—, llamado Aemilius, *el Afable*, por su comportamiento gentil.

El muchacho esbozó una sonrisa incómoda mientras Frauca se volvía hacia la mujer que estaba a su lado.

—Mi Arria, Emilio.

—*Domina*, es un honor conocerla, pero no quisiera molestar. Agradezco los medicamentos, quedo en deuda por vuestra cortesía, pero...

—Déjame ver —dijo la matrona con la misma mirada preocupada que la hija—, ¿cómo ha sido?

—Un...

—Dice que ha sido un accidente en el adiestramiento, mamá —interrumpió Lavinia—, pero yo no lo creo.

—No es nada, ¡una riña entre soldados! —subrayó el griego.

La mujer volvió a mirar el rostro de Emilio.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciocho, *domina*.

—La edad de nuestro hijo —dijo, dirigiéndose a su marido, pero sin mirarlo—. Cneo Segundo —dijo a su hijo menor—, coge unas hogazas, un poco de miel y de vino, ponlo todo en una alforja y dásela a Emilio.

—Sí, madre.

—No es necesario... —afirmó Emilio visiblemente incómodo.

—Es un placer para mí. Soy madre, la tuya haría lo mismo.

Por la mirada del muchacho, Arria se dio cuenta de que había tocado un tema delicado y, nerviosa, comprendió que se había equivocado.

—Lo siento, perdóname. Conozco el dolor, he perdido a un hijo.

Frauca intervino para zanjar la conversación relativa a su primogénito.

—Es mejor que nuestro Emilio se encamine al campamento ahora mismo, pronto tocarán la primera vigilia y cerrarán los batientes. Si se retrasa no habrá quien aguante a Ursiano.

Al oír aquel nombre Rufo recordó de nuevo su dura existencia, que aquel paréntesis familiar, aunque breve, había borrado en pocos instantes.

—Sabias palabras.

—Te hago acompañar al campamento —dijo el mercader llamando a uno de sus sirvientes.

—No, no, gracias —sostuvo Emilio—, es mejor que el centurión no me vea volver con un esclavo.

El mercader borboteó una carcajada con su doble mentón.

—Llévale vino también a él, entonces, y dile que es un obsequio de Frauca.

—No... no creo que sea oportuno —respondió Emilio.

—A veces con un pequeño regalo se obtiene algún favor.

—Yo no quiero favores, estoy aquí para hacer de soldado.

—Entonces te auguro que serás el mejor de los soldados.

El muchacho asintió esbozando una sonrisa en el rostro hinchado, luego miró a la *domina* e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Ha sido un honor y un placer conocerlos.

—Cuídate, Cayo Emilio Rufo.

—Ten, muchacho —dijo el griego, poniendo un pequeño recipiente en la alforja—. Continúa con este unguento durante algunos días, sirve para cicatrizar las heridas y mantenerlas limpias.

—Gracias, Temistio, y gracias a ti, Cneo Segundo, por las vendas —dijo Emilio, deteniendo la mirada en el amuleto de oro que colgaba del cuello del niño. Con una sonrisa se acercó y lo miró—. Yo también tenía uno, pero no era tan hermoso.

—¿Has visto? —dijo el pequeño—, tiene la efigie de Perseo matando a la Gorgona.

—Es bellissimo, cuídalo, muy pronto llegará el día en que deberás quitártelo —afirmó Emilio antes de notar que Lavinia se había puesto a su lado, mirándolo a los ojos.

—Yo creo que el Hado exige más de aquellos de los que se espera más —observó, ladeando ligeramente la cabeza—. Sí, no puede ser de otro modo; el Hado llama a los fuertes y ahora te está llamando a ti.

Rufo permaneció inmóvil, mirándola, golpeado por aquel pensamiento que había brotado con cristalina claridad de sus labios.

—Ateoraré estas palabras y las llevaré siempre conmigo, junto con el recuerdo de esta maravillosa familia.

Recorrió la pasarela con el corazón palpitante, sintiendo la energía vital que irrigaba todo su cuerpo, eufórico por haber disfrutado unos instantes de tan feliz compañía, triste por tener que dejarla tan pronto, pero vivo, gozosamente vivo en su interior.

Debía contárselo todo a Ambato. Alargó el paso hacia Castra Caecilia y traspuso la puerta en el momento en que se anunciaba la primera vigilia.

—Pero ¿la has besado?

—¿Cómo iba a hacer eso? Estaban el padre, la madre, el hermano y también Temistio.

—¿Quién es Temistio?

—Su preceptor, uno que conoce su oficio, me ha curado.

—Uh, se ve, ahora tienes toda la cara azul, ¿te duele?

—¡Ay, no me toques la nariz!

—Pero ¿cómo ha logrado él ponerte este ungüento si ni siquiera puedo tocarte? Seguro que delante de ella no te quejabas tanto —dijo Ambato entre risas.

—Claro que no.

—Lo sabía.

—Ambato.

Un impalpable y elocuente silencio cayó entre los dos jocosos muchachos.

—Dime.

—Era bella, bellísima.

—Ya lo has dicho. ¿Le has pedido una amiga para mí? —preguntó *Celtiber*, sonriente.

—¿Cómo se te ocurre?

—Bah, yo lo habría hecho.

—Lavinia es prácticamente inabordable, hasta Temistio me ha dicho que me mantuviera a distancia. Me ha amenazado.

—Teniendo que enfrentarnos con Ursiano todos los días, no es que un Temistio pueda darnos demasiado miedo.

En ese instante la voz del centurión resonó fuera de las tiendas convocando a los suyos. Los dos cogieron su equipo y salieron a la carrera ocupando su posición en el grupo.

—Un mensajero proveniente de Metellinum ha señalado la presencia de algunos hombres cerca de la aldea, más allá del río —comenzó Ursiano en voz alta—. Tenían aspecto de legionarios, pero al ver a nuestro correo se escondieron inmediatamente creyendo que no habían sido advertidos. Con toda probabilidad se trata de desertores, de lo que queda del ejército de Sertorio, desertores que aún vagan por la zona. Es el momento de emprender una batida de caza y echar un vistazo en la orilla opuesta. ¡En columna!

La centuria cruzó la puerta del fuerte. Los hombres se encaminaron hacia los muelles a lo largo del río y abordaron una barcaza que los transportó en dirección norte, donde luego reanudaron la marcha conducidos por un explorador.

Después de más de dos horas de camino entre las accidentadas tierras de Lusitania, alcanzaron la aldea señalada que había señalado el mensajero. Más allá del río los hombres subieron un cerro pasando por los alrededores de una espectral cantera abandonada, indicio claro de que los romanos ya se habían llevado todo lo posible.

Los habitantes de la aldea habían avistado la columna proveniente de Castra Caecilia y una delegación de nobles, encabezada por un intérprete que hablaba un correcto latín, salió al encuentro de los hombres de Ursiano.

—Ave, el rey Avaros os da la bienvenida —dijo el guerrero de largos cabellos corvinos y mirada orgullosa.

—Salve a vosotros —respondió Ursiano amigablemente, identificando en medio del grupo al soberano. Era un hombre adusto, en la cincuentena, de barba gris y

mirada decidida y profunda—. Presento mis saludos al rey Avaros. Excusa esta visita inesperada, pero las circunstancias nos han obligado a actuar inmediatamente.

El centurión permitió que el intérprete tradujera sus palabras antes de continuar.

—Han sido avistados algunos soldados en esta zona y al no estar presentes nuestros estandartes más allá del río, tenemos motivos para pensar que se trata de fugitivos del ejército de Sertorio, por tanto, enemigos de Roma. Tengo la orden de buscarlos y conducirlos al campamento.

Los lusitanos hablaron entre ellos y el intérprete tomó la palabra.

—No hemos advertido ningún movimiento de hombres; en cuanto ocurra algo nos apresuraremos a avisarte.

—Te lo agradezco, rey Avaros, pero tengo órdenes precisas por parte del gobernador y debo asegurarme de que no haya enemigos de Roma en la zona; por tanto, pido tu permiso para acceder a la aldea.

Las miradas de los lusitanos se hicieron aún más tensas.

—¿No te fías de la palabra del rey Avaros? —dijo el intérprete después de una rápida consulta con los suyos.

—Pido permiso para acceder a la aldea.

—¿Por qué? —dijo el rey en un vacilante latín, con voz alta y profunda—. ¿No te fías de...?

—Pido permiso por las buenas relaciones de alianza que existen entre Roma y el pueblo de los lusitanos.

—Tú pides, pero ya sé qué harás si niego el permiso.

Ursiano respondió después de un breve silencio marcado por la brisa que doblaba la hierba.

—Entraré de todas formas, rey Avaros; mi gobernador me lo pide y el gobernador es Roma.

El rey asintió.

—¿Él es Roma? Pero él busca romanos para capturarlos o, peor, para matarlos. ¿Ellos no son Roma? ¿Quién es amigo de los lusitanos? ¿Vosotros o los hombres que estaban aquí antes que vosotros?

—Esos de antes son enemigos de Roma. Ahora, rey Avaros, por última vez, te pido permiso para acceder a la aldea.

Tras hablar al intérprete, visiblemente enfadado, el rey se cruzó de brazos y miró a Ursiano.

—El rey Avaros no responde a tu solicitud. Si quieres ir a la aldea lo harás sin su consentimiento.

El centurión asintió e hizo señas a los suyos de que avanzaran.

—El rey Avaros no se moverá del camino que lleva a la aldea.

Ursiano echó un vistazo al soberano y salió del sendero seguido por toda la centuria, que evitó el obstáculo, dirigiéndose hacia el poblado.

—Cabrón, reyezuelo de un grupo de harapientos cabreros, *futue te ipsum*, jódete

—masculló Ursiano entre dientes antes de volverse hacia la centuria—. Están nerviosos, así que debemos actuar con la máxima cautela, ¡ojo avizor! Nadie debe quedar aislado o entrar solo en las viviendas, ¿está claro? *Optio*, tú vigila el acceso a la aldea con dos *contuberni*. Decano, alcanza esa área con tus hombres y dime si podemos continuar.

—¿Siempre yo a la vanguardia?

—Mueve el culo.

El veterano se volvió hacia los suyos.

—¡Rufo, Celtíbero, avanzad!

El ibérico se acomodó el escudo, sacó el gladio y atravesó la puerta de acceso de la aldea. Emilio lo siguió sin desenvainar la espada, temeroso de alguna desconocida divinidad hostil. Cruzar aquella entrada sin su benevolencia sería muy peligroso.

Los dos se encaminaron por el sendero en medio de una irreal quietud: la aldea se había detenido de repente para observar a aquellos visitantes armados. Avanzaron lentamente, observando a su alrededor, cruzando las miradas curiosas y, al mismo tiempo, hostiles de los lusitanos. Ante su llegada los habitantes habían interrumpido toda actividad. Hasta las gallinas saltaban, veloces, al final del camino, donde un viejo árbol marcaba, con sus altas frondas, el centro del poblado.

El peligro era palpable. Emilio escrutó cada puerta, cada ventana, cada rincón. Rodeó un carro y se detuvo a mirarlo porque se parecía a los que usaba Frauca para el transporte de las pieles y le pareció extraño verlo en aquel sitio. Examinó la caja antes de cruzar la vista de un hombre que, a la sombra de un pórtico, curtía pieles, sorprendido quizá por su rostro tumefacto. El rumor de un sombrío chisporroteo metálico, en el silencio irreal del momento, atrajo la atención del legionario. Escudriñó, rápido y circunspecto, en la penumbra del pórtico para descubrir la fuente y al final distinguió a un hombre que, con una sílice, afilaba lentamente una falcata. Con el torso desnudo, los cabellos hirsutos y largos bigotes, estaba sentado sobre un banco con la hoja apoyada en un tronco y desafiaba descaradamente la mirada de Emilio.

—Decano.

El veterano, en el centro de la vía, se volvió hacia Rufo.

—Hay un hombre armado bajo aquel pórtico.

—Ambato, cubre las espaldas de Rufo mientras va a desarmarlo.

Los muchachos maldijeron a Decano con una feroz mirada. Celtíbero se dirigió hacia Emilio, quien comenzó a acercarse con pasos medidos. Superó al curtidor, que se apartó sin apartar los ojos de los movimientos de los romanos.

Rufo se adentró en la sombra del pórtico con el corazón en un puño. Se puso frente al lusitano y con la mano le indicó que apoyara la espada en el suelo. Sintió una llamarada de calor cuando vio que el hombre continuaba con su trabajo sin alterarse.

—*Celtiber*, di a esa cabeza de chorlito que tire esa condenada arma.

Ambato dijo algunas palabras que el lusitano fingió no entender y siguió mirando a Emilio mientras afilaba el arma. Una fuerte sensación de inquietud se difundió, transfiriéndose de hombre en hombre hasta Ursiano.

—Con calma, *tiro* —dijo Decano desde la vía soleada—. Quítale esa espada antes de que la situación degenere.

Rufo apretó la empuñadura del escudo, dio otros dos pasos y se encontró peligrosamente cerca del lusitano. Abrió la palma de la mano libre y la tendió hacia el hombre.

Decano extrajo lentamente el gladio y Ursiano empezó a avanzar con los suyos mientras las respiraciones se confundían con el rumor del viento. Ante el menor gesto, aquella tarde se transformaría en una carnicería.

Una voz se elevó con fuerza, aullando algo incomprensible desde el camino. Todos se dieron la vuelta y vieron al rey Avaros inmóvil en medio de la vía. Solo entonces el lusitano tendió la espada a Emilio, del lado del mango.

Una leve ráfaga sopló levantando un remolino de polvo. Rufo apretó la empuñadura de aquella *falcata* mientras su corazón volvía a latir.

—¿Crees que nos han mandado al frente porque... somos sacrificables?

Rufo acabó de ponerse la coraza anillada, trató de distribuir su peso saltando y moviendo los hombros.

—Sin duda, Decano lo haría.

—¿Y Ursiano?

—Él no sé —respondió Emilio, asegurando las hombreras en la tacha sobre el pecho antes de ponerse el talabarte—. Lo noto cambiado; tal vez haya terminado de desahogar su rabia contra nosotros.

—Entonces, ¿por qué se ha quedado en la puerta de la aldea ordenándonos que avanzáramos?

—Por miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Has visto cómo ha tratado al jefe de la aldea?

—No temía a Avaros, sino a lo desconocido, lo mismo que he sentido yo al atravesar ese umbral. Pásame el yelmo.

—No entiendo.

—En cada espacio hay unos límites, Ambato, unos confines. Los muros son un confín, el recinto de la aldea es un confín, pero también las puertas abiertas son confines, confines que no pueden ser vistos; impalpables, pero están. ¿Te has preguntado por qué el hombre construye estos confines?

—Para protegerse, supongo.

—Al trazar un límite se pide protección a los dioses. Todo ese recinto está destinado a la paz, a la vida, a la familia, a la cultura, a la amistad y a los afectos. Al otro lado del recinto se deja muerte, carestía y guerra.

»En Roma este recinto es sagrado y fue trazado hace muchos años con un arado. En algunos puntos está delimitado por muros, en otros está libre, pero es insuperable,

solo se puede atravesar por las puertas, allí donde se ha levantado la reja, y debe hacerse pidiendo permiso a los dioses. En el interior de ese confín reina Júpiter, que preserva la familia, los esclavos y los rebaños, todo lo que está incluido en él.

El muchacho se interrumpió apretando el barboquejo del yelmo, luego miró la hoja de su *pugio*.

—Fuera de esa línea se extiende el reino de Marte. La guerra. Trasponer un confín cuando no se pertenece a la ciudad en que se está entrando solo puede hacerse de dos modos, *Celtiber*. Si atraviesas el umbral, cualquiera que sea, con intenciones amigables, tu paso será regulado por Júpiter y serás huésped, pero si tienes intenciones hostiles deberás responder a Marte o a cualquier otro dios de la guerra. Deberás combatir.

Ambato cogió su *pilum*, se detuvo en el umbral y se dirigió a su amigo.

—No sé si aquí los confines están regulados por los dioses, pero estoy convencido de que las relaciones con el rey Avaros ya no serán las mismas —dijo antes de salir del edificio donde se alojaba el cuerpo de guardia.

Los dos alcanzaron al centurión de servicio, se encuadraron con los otros hombres que habrían empezado el turno, ocuparon el puesto asignado delante de la Puerta Principal y fueron dejados vigilándolo. La mañana transcurrió, veloz, con el control de los documentos de los carros en entrada, entre los cuales llegó, con gran sorpresa, una carga de pieles.

Emilio reconoció a uno de los mozos de Frauca y después de haber controlado sumariamente las hojas de ruta y la carga le pidió que presentara sus respetos a la familia del mercader.

—Soy Cayo Emilio Rufo, diles que mando saludos a la noble Arria y a la joven Lavinia.

—Así se hará.

—¿Has entendido bien mi nombre, lo recuerdas?

El esclavo miró a Emilio y asintió.

—Cayo Emilio Rufo, y si lo olvidara diría que eres el soldado de la cara azul.

Ambato estalló a reír.

—Cuidado con lo que dices, este color del rostro puede ser contagioso. ¡Ahora, vete!

—Gracias —respondió el joven, deferente.

El carro prosiguió dentro del fuerte y Emilio lo observó mientras recorría la Principalis. No podría haberlo jurado, pero parecía el mismo carro que había visto en la aldea de Avaros. Las carcajadas de Ambato lo apartaron de sus pensamientos sobre ese detalle.

—¿Has acabado de reír?

—En efecto, los variados colores de tu rostro recuerdan los del ocaso.

—Muy gracioso.

—Vete a saber, a lo mejor Lavinia te encontraría atractivo.

—Para empezar, precisamente por esta cara ella me invitó el otro día.

—Vaya, entonces deberías llegar a un acuerdo con Ursiano para que te la rompa con más frecuencia.

Un mensajero llegó al galope y los devolvió a su ocupación. Lo dirigieron hacia el centurión de servicio. Luego fue la ocasión de una carga de cereales y de un mercader que había sufrido un robo. El de la puerta era un turno de guardia siempre apreciado, al menos durante el día. El tiempo volaba y se trataba con las personas más diversas.

—Cayo Emilio Rufo.

El muchacho se volvió hacia el interior del campo, donde de nuevo vio al esclavo de Frauca.

—Mi ama ha apreciado tu saludo y quiere ofrecerte esto —dijo, mostrando un pequeño cesto de higos.

—¿Tu ama... la noble Arria?

—No, Lavinia.

La paleta de colores en el rostro de Emilio tendió al rojo.

—Gracias —dijo, vacilante.

—Ha dicho que están muy maduros, que no esperes para comértelos.

Rufo asintió.

—Coméntale que los comeré en cuanto termine el turno de guardia.

—Sí, señor, pero no esperes más —dijo el esclavo antes de saludar y marcharse, después de haber dejado el cesto sobre un tronco al lado del portón. Desde aquel momento los instantes parecieron días y cuando, finalmente, llegó el cambio de guardia, Emilio aferró el cesto de higos seguido por Celtíbero.

—Lo sabía.

—¿Qué, qué?

—Había un mensaje debajo de los higos.

—¡Léelo!

Emilio se volvió hacia Ambato.

—¿No se puede tener un mínimo de intimidad?

—¡No, lee! ¿Qué dice?

«En el cambio de la guardia estaré en el río buscando soldados con la cara azul».

Emilio apretó los puños.

—¡Maldición! ¿Cómo hago para verla?

—¿Qué quieres decir? ¡Ve!

—¿Y Ursiano?

—Has terminado el turno. Corre al río, yo te cubriré.

—Me estoy metiendo en problemas y también a ti.

El íbero sonrió.

—Sí, ¿no es maravilloso?

Emilio se quedó un instante con la mirada perdida en el vacío y finalmente

asintió.

—¡Pues sí!

—Entonces, ve con ella.

El joven soldado recorrió a toda velocidad la muralla que bordeaba el río, salió por la puerta norte de Castra Caecilia y dio algunos pasos por el camino que llevaba a los muelles. La vio, a lo lejos, más allá de los amarres, andando entre la hierba alta y observando el río y el campamento. El corazón empezó a latirle desbocado, el pecho se le llenó de aire, pero las piernas se volvieron rígidas. Era bella, bellísima, una pequeña figura perdida entre las espigas ondulantes y la reverberación del Tagus. Dio un paso, dos, tres y luego comenzó a aumentar la marcha. Corrió hasta quedarse sin aliento y en un instante estuvo junto a ella. La vio sonreír y luego tenderle la mano.

—¡Vamos!

—¿Dónde?

—¡Lejos! —Ella sonrió otra vez.

—¿Estás loca? ¿Y si te busca Temistio?

—Entonces será mejor que nos escondamos bien, soldado.

Emilio miró a alrededor.

—Pero ¿adónde quieres ir?

—Allá, donde están esos árboles —dijo, empezando a correr.

La alcanzó, se puso a su lado riendo, y corrió, corrió como nunca había hecho en su vida.

—Espérame —pidió ella, que no podía seguirle el paso.

—Corre, Lavinia.

Llegó primero al lugar que había indicado la muchacha, jadeante, y se volvió a mirarla mientras ella lo alcanzaba, riendo. Le señaló el campamento a lo lejos.

—Aquellos nos ven desde las torres.

Lavinia cogió aliento sin dejar de reír.

—Entonces echémonos entre la hierba alta —propuso, dejándose caer.

—Estás loca.

—Soy tu *centurio*, te ordeno que te echas al suelo, soldado.

—A sus órdenes, *centurio*.

Los dos se quedaron allí, entre la hierba, para recuperar la respiración.

—Por un momento pensé que era tu madre quien me mandaba los higos, pero luego he visto el mensaje.

—¿Los habrías preferido de ella?

—Claro que no —replicó él—, pero tu madre es toda una dama.

—Le recuerdas a Quintilio, aún sufre por su pérdida. Desde el día de su partida no ha sido la misma.

Emilio permaneció en silencio contemplando un cúmulo de nubes blancas.

—¿Partida?

—Sí, quería decir raptó. Mi madre sostiene que se lo llevaron. Yo no, yo prefiero pensar que ha partido y que un día volverá. Lo sé.

—Lo deseo, por ti y por tu madre. Debe de sufrir mucho.

—Sí, no saber nada del destino de un ser querido es terrible.

—Pero quizás ahora, con la llegada del ejército, se reciban noticias. ¿Sabes?, estamos haciendo muchos registros, si tu padre hablara con el comandante se podrían organizar búsquedas.

Lavinia miró a Emilio y sacudió la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Se ha hecho todo lo posible —dijo apoyando la cabeza entre la hierba y las pequeñas flores de campo, que enmarcaron su rostro radiante. Una bandada de pájaros atravesó aquel trozo de cielo.

—¿Te gustaría volar?

El muchacho la miró. Era bella, era bellísima, tanto que quitaba la respiración, y en ese momento deseó decirle: «Ya estoy volando», pero se limitó a asentir.

—Desde allá arriba todo debe de parecer pequeño —continuó ella entornando los ojos.

—Creo que es la misma visión que tienen de nosotros los dioses.

—Nos ven pequeños y limitados —confió Lavinia con un susurro.

—Quizá sí, pero lo que se ve no siempre refleja la realidad de las cosas —adujo él —. El ser humano es capaz de grandes cosas.

—También de pésimas.

—Eso es porque no somos dioses, tenemos nuestros límites.

Lavinia sonrió.

—¿Sabes que es el mismo pensamiento de la antigua filosofía griega? ¿Conoces a Sócrates?

—No —respondió él, mirándola con admiración.

—«Conócete a ti mismo» es un lema que se remonta a la antigua tradición religiosa de Delfos. Significa que debemos conocer nuestros límites y no presumir de ser más de lo que somos. No debemos desear lo imposible. La verdadera sabiduría consiste en ser moderados.

Emilio sacudió la cabeza.

—¿No te gusta esta máxima?

—No encaja mucho con mi personalidad.

La muchacha rio.

—Tampoco con la mía.

—¿De verdad?

—El pobre Temistio insiste en inculcarme toda esta moderación, pero creo que hay una edad para aprender estos pensamientos, y esa edad aún está muy lejos.

—Entonces ¿deseas lo imposible?

—Se desea solo aquello que no se tiene, ¿no es así?

—Sí.

—Y tú, soldado, ¿tú deseas lo imposible?

Emilio asintió.

—En este momento...

La sonrisa desapareció de los labios de Lavinia, pero permaneció en sus ojos. La intensidad de sus miradas aumentó, como el latido de sus corazones.

—Tú eres... mi imposible.

—¿Por qué?

—Porque eres inalcanzable.

—Acabas de decirme que el ser humano es capaz de grandes cosas. ¿Acaso la vida no es una ocasión para realizar lo que algunos creen imposible?

El muchacho no respondió, arrebatado por sus ojos, por su piel blanca, lisa y sutil, por sus pensamientos. Aquella criatura había removido en poquísimo tiempo las convicciones de su joven corazón. Su deseo de aventura, sus anhelos de ser hombre, de transformarse en soldado. En aquel momento lo habría dejado todo para seguir a Lavinia hasta el fin del mundo.

—Lucha por lo que crees, soldado.

Emilio asintió.

—Lo haré.

Una ráfaga de viento dobló la hierba alta y desordenó los cabellos de la pareja trayendo consigo un rumor. Un rumor metálico. El muchacho levantó la cabeza y vio a Ursiano, que se acercaba a grandes pasos seguido por dos soldados. Rufo la miró y, sin decir palabra, se puso de pie.

—Estás en un buen lío, soldado —dijo el oficial.

Lavinia vio que el centurión se acercaba, torvo, apretando la vara de vid.

—Él no tiene la culpa, Ursiano, lo he llamado yo.

El oficial no la miró ni la escuchó.

—Has transgredido mis órdenes y has puesto en problemas a tu amigo, que ha tratado inútilmente de esconder tu ausencia.

—He dicho que no es culpa suya, Ursiano.

—Muévete, Rufo, evitemos escenas embarazosas delante de la joven dama.

La humillación impidió a Emilio mirarla, se encaminó hacia el campamento pasando al lado del centurión.

—No estábamos haciendo nada malo.

—Noble Lavinia —dijo el centurión, dirigiéndole por primera vez la mirada—, cuanto antes entiendas que Rufo es un soldado será mejor para todos. Él sabe que se ha equivocado y que deberá pagar por esto, la única que no es consciente de ello eres tú. Es un soldado y debe obedecer las órdenes de sus superiores —remarcó con tono severo—. La disciplina significa la diferencia entre la vida y la muerte en una batalla.

El miedo se pintó en el rostro de la muchacha, aún demasiado joven para aguantar semejante firmeza.

—Por tanto, déjalo en paz, por esta vez se libraré del asunto con una semana a cebada, pero la próxima pediré su expulsión del ejército con deshonra.

—¿Todo eso por haber cambiado dos palabras conmigo?

—Sí, le había ordenado que no lo hiciera. Con tu permiso —concluyó, amagando un saludo.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede hablar conmigo?

Ursiano se alejó.

—Quizá porque querrás hablar conmigo tú, ¿verdad, *centurio*?

El oficial se estremeció y masculló algunas imprecaciones.

—Pues para tu información, preferiría morir antes que hablar contigo. Eres un bastardo.

Ursiano se detuvo y se volvió.

—Si eres un hombre, demuestra tu fuerza. Has golpeado a un muchacho que no podía defenderse; ahora puedes golpearme a mí.

—Maldita niña consentida.

—No te tengo miedo —continuó Lavinia, mirándolo con aire desafiante.

La mano apretó con fuerza la vara hasta que se alzó la voz de Emilio.

—*Centurio*.

El oficial se volvió para observar al muchacho, a una cincuentena de pasos.

—Puedes castigarme a mí, pero no puedes tocar a una ciudadana romana. ¡Es sacrilegio!

Con un gesto de rabia Ursiano se encaminó hacia el campamento, mientras la muchacha estallaba en un llanto desesperado.

—Te arrepentirás, Rufo, te haré sudar sangre —rugió el oficial asestándole un par de golpes en la espalda. Emilio cayó y se levantó, tambaleante, mientras Lavinia aullaba apretando los puños sobre su vestido.



## FELICITAS JULIA

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Mensis Martius del consulado de Lucio Cornelio Sila y Quinto Cecilio Metelo Pío.

Desde que el tribuno Lucio Fabio Hispánico llegó al campamento no he tenido manera de escribir mi diario. Las actividades se han multiplicado frenéticamente y cada día se han enviado destacamentos para patrullar escrupulosamente el territorio y las aldeas lusitanas circundantes.

He hecho lo posible por hacerme útil y distinguirme de la masa con la confianza de no ser olvidado en este lugar durante mucho más tiempo. Parece que Hispánico, mañana o pasado mañana, proseguirá su viaje hacia Metellinum y nosotros caeremos otra vez en la somnolienta monotonía de Castra Caecilia.

Ni rastro de Sertorio.

Lucio Fabio Hispánico y el centurión Fufidio estaban controlando unos papeles a la luz de un candil cuando Ursiano entró en la estancia.

—Siéntate, Lucilio —dijo Fufidio, dándose importancia, mientras plegaba un despacho.

Después de un instante de silencio, roto solo por el rumor de los pergaminos, Hispánico tomó la palabra sin apartar los ojos de los escritos.

—He controlado todos los registros de mercancías que han transitado por esta guarnición. Todo parece cuadrar.

Ajeno a la situación, Ursiano asintió después de haber lanzado un vistazo a Fufidio, que estaba visiblemente complacido.

—Pero el balance no coincide con los registros del año pasado.

Ursiano comenzó a sentirse incómodo, porque había sido él quien había redactado los registros y, por cuanto recordaba, con particular diligencia.

—Me parece que no entiendo.

—Quiero decir que cuando este campamento estaba en manos de Sertorio había un gran tráfico de mercancías que circulaban de la costa hacia el interior y viceversa.

Lucilio no supo qué replicar.

—Para entendernos: los lusitanos parecen haber interrumpido casi por completo cualquier actividad comercial.

—Entiendo —afirmó Ursiano, aliviado al comprender que no se trataba de un

error suyo.

—Algo no cuadra en su comportamiento —señaló Fufidio.

—Sí —respondió Hispánico—, algo no cuadra y, por tanto, deben ser vigilados.

—Así se hará, tribuno. Yo...

—Este es solo uno de los motivos por los que te he hecho llamar —lo interrumpió.

Ursiano esperó, por un instante, que finalmente hubiera llegado su anhelado traslado.

—El otro motivo —continuó Lucio Fabio, sin levantar la cabeza de los papeles—, el que más me inquieta, concierne a Cneo Quintilio Frauca, ¿lo conoces?

De nuevo Ursiano buscó la mirada de Fufidio antes de responder.

—Sí, es quien suministra las pieles al fuerte y lo hemos escoltado varias veces.

—¿Qué me puedes decir de él?

—Según parece, es una persona influyente. No lo conozco muy a fondo, pero puedo decir que es un hombre estimado.

El tribuno asintió.

—Sé que está aquí con su familia.

—Sí, su esposa y sus hijos.

—La esposa es muy bella —intervino Fufidio—, una tal Arria. Noble de antigua familia etrusca, pero caída en la pobreza. Parece que el padre la concedió como esposa sin dote, es más, que exigió una considerable cifra de nuestro Frauca, un marso de recursos ilimitados.

—Sí, sabía de su procedencia.

—También tengo fundadas sospechas de que nuestro Cneo Quintilio Frauca refleja el carácter de su gente: habituados a hablar de paz mientras afilan las armas. Mis informadores de Roma —continuó, como queriendo subrayar su amistad personal con Sila— me hablan de un tal Frauca que, junto a los suyos, ha causado muchos problemas durante los desórdenes de la Guerra Social.

—¿Se trata de nuestro Cneo Quintilio Frauca?

—Eso es lo que debes descubrir.

Fufidio dejó escapar una carcajada.

—De momento son solo conjeturas mías, pero es preciso indagar. Frauca puede ser de los que hicieron el equipaje a toda prisa para trasladarse a Hispania, donde ha seguido acrecentando su ya desmesurado patrimonio desde que Sila asumió el máximo poder.

Ursiano escuchaba cada vez más atento.

—Y el ejército que se estableció aquí el año pasado era distinto del que ahora está instalado en la zona. Es decir, que nuestro hombre se lucró con los enemigos de la República y ahora sigue mercadeando con nosotros.

—No es el único, todos los mercaderes lo hacen...

—Pero quizá nuestro Frauca haga algo más —intervino Hispánico, echando mano

de un pergamino, que desenrolló a la luz de la lámpara—: Lee esta lista.

—¿Qué es? ¿Los efectivos de una centuria?

—Los efectivos de la guarnición que estaba aquí antes de que llegáramos nosotros, una unidad de caballería. Lo hemos encontrado en los almacenes; algún empleado distraído y poco cumplidor debe de haberlo olvidado.

Ursiano recorrió con el dedo las listas de los efectivos, de los hombres que desarrollaban una misión y de las incorporaciones, y a continuación levantó la mirada con la boca entreabierta.

—Discreción, Ursiano —dijo con un hilo de voz el tribuno—, si estamos cometiendo un error nos arriesgamos mucho; en cambio, si nuestras hipótesis son fundadas, podríamos dejar este lugar asqueroso, volver a Roma y quizás aspirar a un cargo importante.

—Me conformaría con un buen nombramiento en cualquier parte.

Fufidio levantó una ceja.

—Cualquier destino fuera de Roma es un destino de segunda. Un cargo mediocre de zafio provinciano.

Ursiano asintió poco convencido y reflexionó.

—El otro día castigué a un *tiro*. Lo encontré con la hija de Frauca y le había prohibido taxativamente que tuviera cualquier relación con los componentes de la familia.

Un resplandor malvado iluminó las pupilas de Fufidio.

—Por lo visto la jovencita siente una gran admiración por él.

—Interesante.

—Pero dudo de que él acceda a colaborar con nosotros, creo que ha perdido la cabeza por la mocosa.

—Me asombras, Ursiano. Hay muchas maneras de doblegarlo.

—Es un mulo, se deja apalear en silencio, sin un lamento. Más bien creo que se dejaría matar.

—Pero un enamorado no soportaría ver golpeada a su dulce amada, ¿me equivoco?

—Levántate, Rufo.

Emilio parpadeó. Intentó abrir los ojos, a pesar de la luz. Le dolía todo el cuerpo.

—El médico te pondrá en orden enseguida. Necesito todos los efectivos para una misión y tú tienes que montar guardia junto con los recién llegados.

Dos guardias ayudaron al muchacho a levantarse. Estaba magullado y tenía dolores por todo el cuerpo: en las costillas, en la espalda y en las piernas. Lo habían apaleado tanto que no conseguía mantenerse en pie por sí mismo. Durante tres días solo había comido cebada y agua, encerrado en una celda.

—Llévalo a su alojamiento, el médico lo está esperando.

El centurión desapareció y los dos soldados acompañaron a Rufo, casi arrastrándolo, hasta su alojamiento. Allí lo visitó un galeno, que le administró un brebaje fétido y aplicó sobre los moratones un ungüento similar al de Temistio.

Cuando el médico ya se estaba despidiendo llegó Ambato con una hogaza y queso gálico. Los ofreció a Emilio, mirando a su alrededor, desconfiado.

—¿Cómo estás?

Emilio tragó un gran bocado antes de responder.

—Me duele todo el cuerpo y estoy... desorientado.

—Yo también.

—Pensaba que me dejarían olvidado en esa celda más tiempo.

—También yo estaba seguro de que sería así, pero debe de haber ocurrido algo.

—¿Qué?

—Yo diría que ha habido una firme intervención de la cúpula. Alguien habrá dado orden de que te sacaran.

—Ursiano ha dicho que necesita a todos los hombres para una misión importante.

—Miente; hoy me ordenó que cogiera comida para ti y buscara al médico. No es por él. En mi opinión, el padre de Lavinia ha presionado al tribuno.

—¿El tribuno?

—Sí, Lucio Fabio Hispánico. Ha partido esta mañana a toda prisa hacia Metellinum junto a Fufidio y una numerosa escolta, pero ayer por la tarde Ursiano pasó mucho tiempo con ellos. Yo estaba de guardia y lo vi salir del pretorio.

—Sí así fuera, Ursiano me lo hará pagar hasta el fin de mis días.

—Nos lo hará pagar en cualquier caso.

Emilio saboreó otro bocado que le causó una lacerante punzada de dolor.

Tres días más tarde, un nutrido contingente dejó el campamento para realizar otra visita de cortesía al rey Avaros y a otras dos aldeas más al norte. El destacamento permanecería fuera durante cinco días dejando el fuerte parcialmente desguarnecido, pero continuos correos de caballería mantendrían el contacto con el campamento y con Fufidio, quien estaba a un día de marcha.

Desde una de las torres sobre la Porta Principalis, Emilio miró la columna mientras esta se alejaba entre una nube de polvo. Las curas médicas, el reposo y la comida le habían permitido recuperar el vigor. También el hematoma del rostro comenzaba a desaparecer y la perspectiva de cinco días de momentánea tranquilidad, sin la desagradable presencia de Ursiano, era un don de los dioses.

No obstante, el muchacho estaba inquieto. El extraño comportamiento del centurión, que en las últimas jornadas no lo había sometido a su habitual acoso, le infundía sospechas y, además, la nube de polvo que se estaba alejando se llevaba a Ambato. Era la primera vez que los dos se separaban. No había pasado ni un día de aquella vida bajo las armas sin su amigo *Celtiber*, al que había conocido en una posada la noche antes de llegar al campamento para enrolarse. Dos muchachos solos: muchos sueños en la cabeza, un hatillo sobre las espaldas y una vida de aventuras por

delante. Este era el espíritu con que habían emprendido aquella existencia.

Emilio se apoyó en la empalizada mirando a su alrededor y, cuando la columna estuvo bastante lejos como para sentirse seguro, observó hacia el interior del campamento, más allá de la puerta norte, el camino que llevaba a los muelles. Con la partida de las barcazas, la vista podía extenderse por el río, hasta aquellos árboles rodeados por las espigas que en ese momento estaban inmóviles bajo el sol y donde había vivido el momento más intenso de su breve existencia.

El rumor de unos pasos lentos que subían la escalera de la torre lo devolvió a la realidad de la vida militar. Un esclavo llegó con el cubo del agua. Rufo se quitó el yelmo, bebió y luego vertió lo que quedaba del cucharón sobre la cabeza.

—Me han dicho que te dejara esto —dijo el esclavo, dándole unos higos.

—¿Quién te los ha dado?

—Un sirviente, un tal Crixo. No ha explicado nada más, solo que te los entregara.

Emilio miró hacia el interior del campamento, pero no vislumbró a nadie. Cogió uno de los higos y se lo llevó a la boca, sintiendo su dulzor, e imaginó que era el agradable sabor de la piel de Lavinia.

Cuando terminó su turno se encaminó a los baños, sobre el lado oeste del campamento, se lavó y observó las señales de los golpes de Ursiano. Estaba confuso, pensaba en ella y en las posibles consecuencias que habría de soportar si él intentaba verla otra vez. Salió del local dejando a sus espaldas el griterío de los soldados y, llegado a la Vía Principal, se cruzó con el esclavo de Frauca. Estaba quieto en los establos semidesiertos y tenía todo el aire de estar haciéndose el encontradizo. Fue un alivio para el muchacho, porque era lo que más deseaba su corazón: una señal.

Bastó una mirada de entendimiento entre los dos: el sirviente se encaminó por la vía hacia los *principia* y Emilio lo siguió. Poco antes de la entrada a los almacenes el esclavo se volvió para comprobar que Rufo lo seguía y luego desapareció tras un portón. Emilio llegó al acceso, miró a su alrededor y entró, a su vez, acompañado por el chirrido de los gastados batientes.

Tras un momento para que la vista se habituara a la oscuridad, observó en torno. Estaba claro que aquel era el punto de llegada de las mercancías de Frauca a juzgar por el punzante olor de las pieles curtidas, que eran apiladas, registradas, preparadas y luego enviadas a las unidades.

—Creía que no volvería a verte.

Emilio se volvió de golpe hacia la voz que provenía del rincón más alejado de la entrada.

—Lavinia.

Ella se adelantó con timidez.

Un haz de luz penetró en la estancia como una navaja y Rufo vio en el portón la silueta del esclavo que salía. Luego la puerta se cerró y el resplandor se adelgazó hasta desaparecer.

El ligero paso de la joven anuló la ausencia de sonidos, mientras la mirada de

Emilio vagaba extraviada hasta que la sintió cerca, inmóvil.

Su respiración lo rozaba.

El abrazo.

El beso.

Un eco de locas pasiones explotó en sus corazones.

—Estréchame, estréchame fuerte, soldado.

—Creí que no te vería nunca más.

—Estoy aquí —dijo ella, deslizando los dedos temblorosos sobre el rostro de Emilio, como si quisiera conocer y al mismo tiempo memorizar aquella cara. El muchacho la abrazó y la besó, con los sentidos encendidos por aquel cálido contacto.

—Eres bellísima —dijo, tomándola por la cintura con sus fuertes brazos, lo cual le provocó una sensación de maravilloso vértigo. Era perfumada y suave, y sus labios encendían en él un fuego intenso y sublime. Algo que no había sentido hasta entonces.

Los dedos de Lavinia llegaron a una herida.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada, no es nada.

—Es todo culpa mía, te he metido en líos.

—Merecía la pena.

La muchacha acercó la cabeza al pecho de él y casi desapareció en aquel cálido abrazo. Por un lado le resultaba natural y tranquilizador permanecer en aquella dulce presión, pero al mismo tiempo era inhabitual el desorden que el instinto estaba provocando en sus sentidos. Volvió a mirarlo.

—Los días me han parecido años sin ti, creía enloquecer, Emilio. Aún no me creo que estés aquí conmigo.

—¿Fue tu padre quien intercedió por mí?

Los ojos de Lavinia se clavaron en los de Emilio.

—No entiendo.

—Ursiano me encerró en una celda. Todo hacía presagiar que me dejaría allí una buena temporada para hacerme pagar mi culpa, pero luego, inexplicablemente, me liberó, hizo que me atendiera un médico y me ha dejado en el campamento, aun sabiendo que tú estabas aquí.

—Mi padre está fuera desde hace varios días junto a Temistio. Ha ido a Felicitas Julia para buscar una carga de mercancías. Yo me he quedado con mi madre, mi hermano y Crixo, el esclavo galo que te ha conducido hasta mí. Pensaba confiarlo todo a mi padre a su regreso.

El muchacho se quedó pensativo.

—Hay algo que no me convence, Lavinia —dijo, mirando hacia la puerta.

—Crixo está de guardia, no te preocupes —le dijo, deslizándole la mano por la espalda—, no pienses en ello. Ahora estás conmigo.

Nuevamente se buscaron y hubo caricias y besos y tiernas sensaciones.

Durante su solitario turno de guardia en aquella noche tibia siguió envolviéndolo su perfume. La sentía entre las manos, en los labios; percibía aún sus besos y abrazos, la mirada que le penetraba el pecho y le oprimía el corazón. Los pocos instantes transcurridos con ella habían prendido una llama en su interior, una llama incontenible. Un aturdimiento que lo había dejado atónito, cegado por su sonrisa y por sus colores, locamente perdido en aquel aroma que lo embriagaba.

Se encontró riendo sin motivo, luego canturreando. Continuó besándola, sintiéndola, amándola durante todo el tiempo que estuvo en aquella torre, contemplando la nada delante de sí. Lavinia estaba por doquier, fuera y dentro de él: una idea fija, un deseo incesante.

La escalera vibró y en pocos instantes la linterna sostenida por un guardia centelleó sobre el rostro del oficial de servicio. Se trataba de Tito Clodio Optato, un centurión anciano y maltrecho con un pronunciado costurón en el rostro y un trozo de oreja de menos, lo cual ponía de manifiesto la dureza de una vida transcurrida al servicio de las armas. Ahora realizaba funciones administrativas a la espera del licenciamiento.

—¿Todo tranquilo, Rufo?

—Todo en calma.

El oficial miró a su alrededor y aguzó el oído hacia el río.

—Mejor así, si se presentaran ahora algunos lusitanos cabreados no nos quedaría más que vender cara la piel. Somos demasiado pocos para mantener este fuerte —dijo secamente, tal como había transcurrido su existencia.

—¿Tendrían motivo?

Optato respondió manteniendo la mirada hacia el norte.

—En teoría, no; somos aliados. Pero no tengo idea de qué estará armando ese hijo de perra de Ursiano más allá del río —respondió riendo antes de escupir más allá del parapeto.

También Emilio sonrió.

—Debería ir a la caza de fugitivos itálicos, no de lusitanos.

—Es la misma mierda —concluyó, tajante, el anciano oficial antes de volverse y bajar la escalera. Emilio cogió la linterna y saludó al soldado que había acompañado al centurión. Su turno había terminado, podía irse a dormir, o al menos intentarlo.

Alcanzó el alojamiento donde se reunían los guardias que eran relevados. Encontró una cama libre, acomodó sus cosas al lado, se quitó el yelmo y el talabarte, y los colgó en un gancho.

—Mañana me harás el turno de mañana en la torre occidental, el de la tarde en la Puerta Decumana y la primera vigilia en la torre oriental —dijo Optato a Rufo, mientras miraba la tabla encerada con los turnos de guardia—. Al atardecer irás a dormir en tu alojamiento, luego comenzarás en el segundo turno de la mañana siguiente en la oriental.

—Sí, *centurio* —respondió el muchacho antes de que Optato fuera a comunicar las consignas a los otros. Emilio se echó en la cama quitándose solo las *caligae*. Cuando dormían en el cuerpo de guardia debían estar siempre listos para intervenir, por tanto, se acostaban vestidos. Se tendió en la cama aún caliente del que lo había precedido en aquel incierto reposo y mientras los pasos del centurión desaparecían fuera de los alojamientos se preguntó dónde estaría ella en ese momento.

Puso las manos en la nuca, mirando al techo, y los pensamientos vagaron imaginando su encuentro de la tarde y pensando en cuando la viera de nuevo. Solo entonces reflexionó en las palabras del centurión y en los turnos que le habían asignado. Por algún inexplicable motivo debía hacer tres turnos diarios y ninguno nocturno. Lo habían dejado libre de volver al alojamiento de su *contubernium*, donde estaría completamente solo.

Si no volviera a su cuarto, nadie se percataría.

Este pensamiento empezó a agujonear su mente y a inquietarlo. Ni siquiera el centurión habría tenido la noche libre, pero no era Ursiano y en realidad el viejo oficial nunca había mostrado interés en controlar los alojamientos. A Clodio Optato solo le interesaba garantizar la guardia en el fuerte. No quería fastidios y no los daba a sus subordinados.

Quizás era azaroso, quizás era arriesgado, pero cuanto más pensaba el muchacho en el momento en que podría ver de nuevo a Lavinia sin ningún obstáculo, más comprendía que semejante ocasión no se presentaría tan fácilmente una segunda vez.

Debía verla. Era una idea fija, una obsesión, una tortura de la mente: debía hacerle saber que podrían encontrarse. Podrían estar juntos.

Sí, merecía la pena.

Crixo llegó desde el río a la Puerta Decumana sosteniendo una red colmada de peces.

—Has hecho una buena pesca —dijo Emilio, de guardia en el acceso.

El gallo se acercó a él para mostrarle el fruto de aquella jornada.

—Mi ama quiere organizar una cena para un huésped de honor —dijo a media voz—, y añadió que te comentara que ese huésped podrías ser tú.

—Transmite a la noble Lavinia que, por desgracia, estaré de servicio en la primera vigilia —respondió Emilio sin saber cómo continuar.

—Así será —dijo Crixo bajando lentamente la red.

—Pero... —vaciló el muchacho—, después estaré libre... hasta la mañana siguiente.

El esclavo asintió.

—Se lo transmitiré —dijo, lapidario, antes de marcharse.

El afanoso galope de un caballo devolvió a Emilio a su labor. Era un correo postal que llegaba desde algún lugar, con un mensaje para alguna persona. Poco interesaba en aquel momento. Lo único que contaba era que el tiempo pasara velozmente hasta

la respuesta de Lavinia.

Emilio oyó los pasos del relevo y vio la linterna que se acercaba a él. «En el almacén», rezaba el billete que Crixo le había entregado a última hora de la tarde. Rufo procuró mantenerse tranquilo y no llamar la atención mientras seguía a la columna de los hombres que acababan su servicio.

—Eh, tú.

El soldado se volvió hacia el legionario que le golpeaba el hombro.

—Nos encontraremos todos en las tiendas de la segunda centuria para jugar a los dados. Hemos recuperado un *mulsum* memorable. Por algunos ases por cabeza nos tomamos toda el ánfora.

—Hoy he hecho tres turnos, estoy destrozado —se disculpó Emilio—, pero otra vez iré encantado.

—Venga, no te irás a dormir.

—Exacto.

—Solo un par de jugadas —lo exhortó aún el camarada.

—Encuentra otro pollo al que desplumar —dijo Emilio mientras entraba en el cuerpo de guardia y depositaba su *pilum*. Se atareó con el equipo mientras los demás legionarios se quitaban los yelmos charlando, antes de desaparecer en la oscuridad más allá de la puerta para dirigirse furtivamente a la Vía Principal con el corazón estallándole en el pecho.

Se desató el yelmo y se lo quitó mientras caminaba, paseando la mirada por las silenciosas tiendas alineadas en la oscuridad. Se adentró en el pórtico hasta llegar a la puerta que tan bien conocía, sin dejar de observar en torno, con prudencia. Estaba solo. Se deslizó seguido por su sombra en el interior del recinto, acompañado por el chirrido de los batientes, y se quedó inmóvil en el más absoluto silencio.

—Echa el cerrojo —susurró la voz de ella en el altillo, desde donde se difundía una tenue luz.

Rufo cerró lentamente el portón, antes de subir la escalera de mano que llevaba al piso elevado del almacén.

Lavinia lo esperaba con el rostro iluminado a medias por el candil, sentada sobre los talones, deslizándose las manos sobre la túnica con aire cohibido. Cuando el muchacho la alcanzó dejó caer el yelmo sobre el entablado. Estaban los dos frente a frente y en aquel interminable instante parecieron decirse todo lo que se habían callado. La acercó a sí con un delicado abrazo.

De nuevo su perfume lo confundió, de nuevo aquellos cabellos brillantes y suaves lo hechizaron. Apartó algunos mechones y comenzó a besarle delicadamente la frente, luego las mejillas, rozándola con los labios. La sintió respirar profundamente sobre su rostro, abandonándose a aquel toque gentil.

Lavinia levantó el rostro entre el cuello y el hombro del soldado, entreabriendo la

boca. Emilio se sintió invadido por intensos estremecimientos cuando ella se perdió en pequeños y sensuales besos dentro de su oído.

La estrechó con más fuerza, buscando su calor, cediendo al impulso irrefrenable de quererla para sí. Notó la respiración de la muchacha cada vez más agitada hasta que ella lo besó, permitiéndole saborear el embriagador gusto de su boca. Los labios delicados y húmedos del muchacho correspondieron tiernamente a aquel movimiento del corazón y de los sentidos.

Ella le acarició la nuca e inclinó la cabeza hacia atrás para disfrutar de su boca. Emilio le apartó el vestido, que deslizó primero descubriéndole un hombro y luego el pecho. El hombre la besó, sintiendo que su espalda se enarcaba cada vez que se demoraba en los pezones, mientras el deseo crecía hasta hacerlos naufragar en la pasión. Se deslizaron hacia las suaves pieles apiladas. Se miraron a los ojos con las frentes apoyadas el uno en la otra, sin aliento. Lavinia sintió que las manos del soldado le recorrían los muslos, le levantaban el vestido y le acariciaban con sensualidad los glúteos. Un beso y otro más, ella le mordió el labio y Emilio se estremeció por un pequeño y doloroso placer. El sabor dulzón de la sangre encendió el ímpetu del muchacho, que con renovado ardor casi le quitó la respiración. Las uñas de ella se hundieron en la espalda del soldado con voluptuosidad. Estaban ebrios, excitados por su instinto, impregnados de vida.

Emilio la sentía moverse rítmicamente debajo de él mientras sus efusiones se disolvían en cada vez más cálidos suspiros. Se buscaban. Sus labios se perseguían en una acariciadora danza sobre sus cuerpos.

—Te amo, Emilio —le susurró al oído.

—Te amo, Lavinia —respondió él en voz baja, besándole el rostro.

La muchacha se iluminó con una sonrisa antes de cerrar los ojos abandonándose a él, a sus labios y a su febril deseo.

Tito Clodio Optato estaba terminando de redactar la lista de las mercancías que debían ser enviadas a Metellinum cuando Lucilio Ursiano entró en su alojamiento.

—Qué, ¿cómo ha ido la excursión más allá del río?

—Un asco, Optato. Los jinetes han hecho una incursión al norte, en una pequeña aldea de cabreros, y han encontrado a algunos itálicos.

La mirada del anciano centurión se ensombreció.

—Hemos tenido que dar un castigo ejemplar.

—Sí —asintió Optato como para convencerse—. Es mejor no ver, pero si se ve es necesario castigar.

—Eso es. A partir de ahora ya no alojarán a nadie. Podemos estar seguros.

—¿Cuántos eran los itálicos?

—Ocho, contando un centurión.

—¿Cómo han reaccionado?

—Han tratado de defenderse, hemos perdido a un par de hombres, pero al final los hemos matado. Con los jinetes y los arqueros no ha sido un gran problema.

—Esos cabrones —imprecó el otro.

—Ahora se ha corrido la voz de que solo les espera la esclavitud y que el tiempo de la clemencia ha terminado.

Optato se encogió de hombros. A él poco le interesaba ya, su carrera estaba a punto de concluir y Fortuna había dispuesto que terminara del lado de los vencedores.

—¿Y aquí, qué tal?

El viejo centurión esbozó una sonrisita de viejo zorro.

—Todo como estaba previsto.

—Cuenta.

—El segundo día le asigné turnos diurnos y le dejé libre la noche. Se escabulló donde ella como una garduña.

Ursiano sonrió para disimular la irritante incomodidad de aquella noticia. Todo había ido como debía, pero aquella preciosidad de ojos felinos lo atraía mucho también a él, y habérsela concedido a Rufo lo encolerizaba.

—¿Hiciste que lo siguieran?

—Hice algo mejor. Por un puñado de ases al esclavo de Frauca, he sabido todos sus movimientos aun antes de que se produjeran. Ha sido más sencillo de lo previsto.

—Excelente trabajo, Optato.

—Aún no me has dicho por qué había que empujar a ese muchacho entre los muslos de la hija de Frauca —preguntó con aire lascivo.

—Todavía no puedo decírtelo —respondió Ursiano, arrojando sobre la mesa una escarcela que, a juzgar por el ruido, contenía mucho dinero—. Esta conversación nunca ha tenido lugar.

Optato asintió.

—El silencio es oro —dijo aferrando el dinero.

—Estate quieto —indicó Emilio aplicando el ungüento sobre el rostro de Ambato—. Tienes un buen corte en la frente.

—Ese maldito itálico me ha arrollado con todo su peso y me ha asestado un golpe en la cara con el escudo.

—Podía haber sido peor. ¿Cómo los habéis encontrado?

—Los exploradores a caballo los han descubierto mientras se daban a la fuga de algunas granjas. Eran ocho y muy unidos, según parece. Los han perseguido y matado a todos, excepto a un par. Uno estaba herido y ha aparecido de pronto desde detrás de una mata. Me ha atacado, pero he parado el golpe con el gladio. Decano estaba detrás de mí y lo ha liquidado con un mandoble en el rostro.

Emilio asintió imaginando la escena.

—No se rinden nunca.

—¿A ti cómo te ha ido? Veo que te has recuperado del todo.

—No podía ir mejor, Ambato. Solo he tenido que soportar unos largos turnos de guardia antes de tener un merecido reposo... entre los brazos de Lavinia —dijo en voz baja, con los ojos brillantes.

—No lo dirás en serio.

—Sí —respondió Rufo y una sonrisa iluminó su hermoso rostro.

—Yo corro el riesgo de quedar desfigurado o algo peor, y tú aquí con Lavinia. Es una injusticia.

—Es el Hado.

—A saber qué habrá visto en ti... —añadió, pensativo, no sin cierta envidia.

—No te enfades, se te abrirá la herida.

—Ahora podría ir a buscarla. Quizá podría enternecerla con una herida de verdad, dolorosa, causada por un enemigo.

—Si lo intentas te verá llegar con un *pilum* clavado en la espalda.

Los dos se miraron, serios, y enseguida estallaron en carcajadas.

### Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Ha pasado otro mes en la nada de Castra Caecilia, la primavera está terminando y empezamos a olvidar para qué hemos venido a Hispania. Estamos en un destacamento aislado. No he tenido más contactos con la legión desde que, bloqueados en Ebeso para reparar la nave en la que viajábamos, nos dejaron aquí olvidados.

Afortunadamente sigo colaborando con Lucio Fabio Hispánico, que me ha confiado un delicado encargo del que no puedo hablar. El tribuno me explicó que Sertorio se había establecido en África y se había puesto a sueldo de los mauritanos por motivos meramente económicos. Debe encontrar la forma de pagar a sus hombres; mantenerlos unidos y cohesionados. Sin esos dos mil legionarios que le hacen de guardia personal, Sertorio no sería más que un mísero fugitivo y, habiendo sido públicamente declarado «enemigo de Roma», no tardaría en ser vendido a Sila.

El círculo se estrecha en torno al miserable *Luscus*.

Las relaciones con los lusitanos son tensas; no ha habido incidentes, pero la población nos evita y el intercambio de mercancías es reducido. Debemos estar listos para la cosecha de las mieses y los abastecimientos de trigo destinados a las legiones. Si no entregan las medidas de grano acordadas, deberemos intervenir y confiscar lo debido.

Entre otros cometidos, he vuelto a adiestrar a los soldados para mantenerlos ocupados. Es sabido que la clase alta llama *otium*, ocio, al

tiempo dedicado al estudio, y mis legionarios deben estudiar para conservar la vida. Por tanto, para ellos, estos ejercicios deben considerarse un esparcimiento.

Ahora debo reanudar mis actividades, os recuerdo siempre.

*Valete.*

Emilio se encaminó por la Vía Principal mirando a su alrededor, luego giró a la derecha para entrar en la calleja posterior de los establos y desenrolló el billete, que mantenía apretado en la mano.

Resplandece tu recuerdo dentro de una suave luz y el calor de tu sonrisa es el fulgor del sol. Estoy enferma, enferma de amor, de silenciosos gritos y de invisible llanto. Enfermedad de la mirada, que anhela tu rostro; enfermedad de los labios, que solo rezan tu nombre; enfermedad de las manos, que suspiran por tenerte; enfermedad del oído, que invoca tu voz. Estoy enferma, enferma de ti, y para sobrevivir no debo curarme. Que los dioses nos concedan mantener durante toda la vida este eterno pacto que ahora nos une.

El muchacho se quedó atónito mirando el billete. Lo apretó en el puño y se lo llevó a los labios. Desde el regreso de Ursiano había tenido menos oportunidades de ver a Lavinia, pero los dos habían utilizado a Crixo como correo para intercambiarse mensajes y en un par de ocasiones habían conseguido encontrarse en el almacén para un abrazo clandestino. Un abrazo robado a los ritmos de Castra Caecilia y a las reglas impuestas por Ursiano y Temistio, que en tanto había vuelto al campamento. Emilio sabía que se arriesgaba mucho cada vez que se acercaba a Lavinia, pero no podía evitarlo. Se había convertido en un pensamiento continuo, en una enloquecida e indomable pasión.

Levantó la mirada mientras la guardia entrante pasaba por la Vía Principal. Dobló el billete y reanudó el camino hasta alcanzar al resto de sus compañeros, que habían sido enviados a una misión por el río en dirección a Felicitas Julia. Se sentía triste por tener que dejar aquel lugar y se preguntó qué ocurriría cuando su destacamento recibiera la orden de reunirse con la legión o el padre de Lavinia se trasladara a su residencia en el sur de Hispania, y sobre todo cuando los Frauca regresaran a Falerii o a Mársica.

—Rufo, Ursiano te espera —dijo Decano, mientras preparaba su equipo—. Querrá darte un beso de despedida —concluyó, riendo.

Aquello no auguraba nada bueno, pero el muchacho se dio ánimos y alcanzó el

alojamiento del centurión, que estaba escribiendo un documento, quizás un diario. Ursiano acabó de anotar las últimas palabras antes de poner el rollo en una custodia de cuero.

—Veo que te has recuperado de la paliza que te di.

Emilio esbozó una sonrisa azorada. No lograba comprender cómo la autoridad brutal de aquel hombre suscitaba en él una especie de apego emocional.

—Te he convocado para hablarte de la misión que deseo confiarte.

—Sí, *centurio*.

—Tú serás mi infiltrado y debo poder contar contigo.

Por primera vez el muchacho se sintió apreciado, o al menos así lo creyó. Inmediatamente pensó que debía agradecer aquel gesto de confianza.

—Estoy listo para hacer lo que me pidas, *centurio*.

—Eso espero. Subirás a la barcaza de Frauca e irás a Felicitas Julia a buscarlo, junto con una nueva carga de mercancías.

El muchacho asintió.

—Quiero que vigiles todos sus movimientos —añadió Ursiano.

Inmediatamente el rostro de Emilio traslució la preocupación que sentía.

—¿Vigilarlo?

—Sí. Parece que nuestro Frauca se ha enriquecido considerablemente con Sertorio y que aun ahora sigue en contacto con él. Si fuera así, nuestro mercader sería un personaje bastante peligroso para la República, un enemigo de Roma. Con el dinero que dispone, ese hombre está en condiciones de contratar a todo un ejército; por tanto, si su fidelidad no es más que segura, convendría que sus bienes fueran confiscados por la República. A nosotros nos corresponde descubrirlo y, en su caso, entregarlo al pretor. Para eso te he elegido, Rufo. Indaga y tráeme aquí a ese cabrón.

El pensamiento del muchacho corrió inmediatamente a ella y a la carta que se había guardado en la túnica y que ahora, en contacto con la piel, le quemaba más que el fuego.

—No es una orden mía, Rufo, es el comandante Lucio Fufidio quien lo manda por cuenta de Lucio Cornelio Sila. ¿Has entendido bien este nombre, muchacho? —preguntó Ursiano, mirando a Emilio directamente a los ojos—: Lucio Cornelio Sila, el hombre más poderoso del mundo.

Emilio asintió.

—Los dos son muy amigos, por tanto, así que te conviene cumplir las órdenes escrupulosamente. Piensa —hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras—, piensa que en Roma las listas han segado más de dos mil vidas entre los hombres de alto rango. Sus bienes han sido confiscados y vendidos en subasta por cifras irrisorias a los silanos.

—Pero ¿cómo puedo indagar y descubrir algo?

—Tarde o temprano Frauca tendrá que reunirse de nuevo con su familia. Tú harás el viaje de regreso con él en una barcaza repleta de mercancías. Estarás en estrecho

contacto y deberás ganarte su confianza hasta el punto de poder hablar con libertad. Quéjate de mí... quéjate del ejército y de Sila. Lánzale un anzuelo y veremos si pica.

—¿No... no podéis detenerlo y abrir una investigación?

—Frauca es poderoso. Lo más seguro para todos es cogerlo con las manos en la masa.

—¿Por qué yo, *centurio*? —preguntó Rufo, tímidamente.

—¿Y lo preguntas? Te has acercado a los Frauca y ellos te tienen confianza. No te he elegido yo, el Hado te ha favorecido y la muchacha te ha preferido a los otros —dijo levantándose e irguiéndose por encima del muchacho—. No pongas esa cara, Rufo, te has divertido con ella, ¿no? ¿Te has divertido en el almacén?

El muchacho se quedó boquiabierto de estupor.

—¿No creerías que todo eso era fruto de la casualidad? —Ursiano sacudió la cabeza y se rio a carcajadas—. Ella te habrá elegido, pero yo he dispuesto las cosas y he hecho de modo que todo ocurriera. Yo te he regalado, en bandeja de plata, el tiempo para frecuentar a esa chiquilla; yo he hecho posibles vuestros encuentros. Ahora no te pido, te impongo que me des las informaciones que necesito.

—¿Qué será de ella? —preguntó Emilio, cerrando los labios.

Ursiano levantó el mentón y tragó.

—Tenemos dos posibilidades. En el caso de que Frauca esté implicado en los tráficoos o colabore con los *populares* de Sertorio, entregaremos a toda la familia y nosotros nos quedaremos la gloria y acaso algunas propiedades. Como alternativa, la gloria y las propiedades serán solo mías. Faltaría establecer el futuro de Lavinia.

Hizo una pausa y una sonrisa feroz se estampó en su rostro.

—¿Te gustaría vivir con Lavinia? ¿Tal vez en un lugar distinto? ¿Lejos de todo esto? —lo apremió el centurión.

El muchacho no respondió. Mantuvo la mirada sombría, preocupado por aquella conversación.

—Sé lo que estás pensando, Rufo, pero la implicación de los Frauca en asuntos sucios con Sertorio no depende de ti. Si el mercader es un enemigo de la República, lo será colabores o no. En cualquier caso, llegaremos a una conclusión; hemos sido llamados a hacerlo.

Emilio asintió, invadido por una fuerte angustia.

—¿Es todo, *centurio*?

—No, Rufo, no es todo. Recuerda tu *sacramentum*: has jurado fidelidad hasta la muerte. Lo has jurado a mí, a la legión, a tus antepasados. Lo has jurado a Roma, no a Lavinia.

Emilio saltó a la barcaza junto con Ambato, Decano y otros cinco legionarios. Observó el campamento mientras soltaban las amarras y reflexionó en las palabras de Ursiano.

No veía ninguna vía de escape, salvo la esperanza de que Frauca no estuviera implicado en asuntos turbios. De lo contrario, no presagiaba nada bueno para toda la

familia Frauca, hasta los abuelos de Lavinia en Etruria pagarían muy cara esta culpa.

Miró el río de aguas verdes que fluían como una serpiente entre la vegetación tratando de hallar una posible solución que acomodase las cosas, pero no la encontró. Culpable o inocente, vida o muerte. Y una vez más las personas que le parecían dignas de ser salvadas estaban del lado equivocado.

—¿Algún problema?

Emilio se volvió hacia su amigo.

—Todo en orden, *Celtiber*.

—No lo creo. Tienes esa cara desde que has vuelto de la conversación con Ursiano.

—Atentos, vosotros dos —les dijo Decano, antes de ocupar su sitio en el centro de la barcaza y acomodarse con su equipo de modo que le hiciera de cojín—. Avisad si... —Miró a su alrededor acunado por la corriente—, si se acaba el agua.

Todos los hombres se pusieron a reír e imitaron al veterano para disfrutar de aquel inesperado viaje y recuperar el sueño atrasado.

Emilio aprovechó la ocasión para contar todos los amargos hechos a Ambato y cuando hubo terminado su amigo se quedó en silencio, contemplando la lenta corriente del río.

—¿Dónde estará la verdad de todo esto, Emilio?

—¿Crees que Ursiano esconde algo?

—Estoy más que seguro, pero no sé qué.

—Es posible que Frauca haya tenido contactos con Sertorio. Hasta el año pasado había otro ejército establecido en estos lugares, es normal que fueran sus clientes. ¿Cuántos amigos habrá hecho entre ellos? ¿Cuántos pretores, legados, tribunos y centuriones habrán tenido relación con él?

Ambato asintió.

—Pero no entiendo por qué has de ser tú quien pille a Frauca.

—Porque, por así decirlo, estoy cerca de esa familia. No me queda más remedio que acatar las órdenes.

—Puede haber una solución.

Emilio miró con curiosidad a su amigo.

—Avisar a Frauca.

—¿Te has vuelto loco?

—Piénsalo. ¿Qué perderías? Aunque Ursiano te haya dicho toda la verdad, una vez alcanzado su objetivo se deshará de ti. Se quedará a Lavinia como ornamento de su cama y te eliminará. Tendrás suerte si acabas de guardia en una torre fronteriza en los territorios de los helvecios o, peor aún, si te quedas en su centuria, admirando su gloria.

Emilio se quedó perplejo.

—No veo otra salida. Advierte a Frauca, él sabrá qué hacer. Si es culpable al menos habrás salvado a Lavinia y a su familia, y si es inocente podrá defenderse.

—Eso implicaría quebrantar el juramento...

Celtíbero ladeó la cabeza y levantó la ceja.

—¿Morirías por Ursiano?

Su amigo lo miró sin responder.

—¿Y por Lavinia?

Emilio bajó la vista y, mudo, dejó correr el peso de aquellas preguntas en la estela borbotante del agua.

Felicitas Julia era el nombre romano de Olissipo, cuyo significado, en una antiquísima lengua local, era «el amarre seguro». No podía ser de otro modo, porque la desembocadura del Tagus, a la que estaban llegando los hombres de Decano después de dos días de navegación, creaba una ensenada natural para la entrada de naves que provenían de mar abierto.

La leyenda narraba que la ciudad había sido fundada por Ulises en su viaje de regreso de Troya a Ítaca y desde tiempos remotos Felicitas Julia era la puerta de los comercios con África, las Galias y la Britania, una isla casi desconocida más allá del Oceanus. Por esta ciudad transitaba buena parte de las mercancías de Hispania, de metales preciosos a ámbar, pasando por la sal y los famosos caballos lusitanos. Desde los tiempos de Escipión, para combatir la hegemonía de los cartagineses la ciudad había suministrado hombres a Roma y desde entonces siempre había sido un centro rico y floreciente ligado a los destinos de la Urbe.

Emilio y los demás legionarios estaban todos de pie mirando maravillados la selva de mástiles de las embarcaciones atracadas a lo largo de los inmensos muelles. La barcaza avanzaba guiada por los pilotos y lentamente superó una zona anterior al puerto, en cuyas orillas las gaviotas daban cuenta de todo tipo de desechos. El cuerpo hinchado de un asno flotaba entre las aguas limosas justo al lado de un pequeño y ruinoso embarcadero y, un poco más adelante, desde las riberas un grupo de esclavos tiraba con fuerza de las cuerdas para hacer subir los barcos.

Había sido precisamente Frauca quien había tenido la idea de suministrar un servicio para el transporte de las barcazas por el río, análogo al que se llevaba a cabo en el Tíber desde hacía tiempo. Inicialmente se había necesitado la ayuda del ejército; luego, a medida que los territorios habían devenido más seguros, había creado una red de puntos de amarre y arrastre muy eficaces y había llegado a tener el monopolio de los transportes fluviales de Felicitas Julia a Metellinum.

La barcaza llegó al muelle. Decano fue el primero en poner el pie en tierra firme, seguido por los otros, curiosos por aquel lugar tan animado. Una vaharada de olor a comida llegó de un puesto que preparaba hogazas. El veterano y los suyos se dirigieron inmediatamente hacia allí, dejando atrás a Ambato y Emilio, que se dedicaron a observar las naves ancladas, algunas de ellas imponentes. Fue precisamente en la pasarela de uno de estos barcos mercantes donde Emilio entrevió

la panzuda silueta de Frauca, que se aproximaba al muelle. Estaba hablando con un hombre que llevaba una capa y un sombrero de paja de ala ancha, quien lo saludó antes de cambiar de dirección y desaparecer entre la multitud.

—He aquí mi escolta —dijo el mercader en cuanto alcanzó la barcaza—, es un placer encontrarte de nuevo, Emilio.

—El placer es mío, Cneo Quintilio Frauca.

—Veo que las curas de Temistio han surtido efecto.

—Sí, prodigioso, diría.

—Me alegro. Ese hombre es incomparable.

Crixo llegó jadeante con una documentación que entregó a su amo y Ambato aprovechó el momento para susurrar al oído de su amigo:

—Más que nada han sido las curas de su hija.

—Cállate.

—Me callaré, pero si debes hablar con él es mejor que lo hagas ahora, mientras no esté Decano.

—Tenemos todo el viaje de vuelta —dijo Rufo, como para apartar de sí esa gravosa obligación.

Frauca se volvió hacia los muchachos después de haber dado disposiciones para la carga.

—Os dejo libres para que empleéis el tiempo en lo que queráis, yo debo controlar la carga de algunas mercancías y coordinar la llegada de género de Italia, que se espera para mañana.

Ambato carraspeó mirando a su amigo.

—Tú... ¿no harás el viaje con nosotros? —preguntó Rufo.

Frauca posó su regordeta mano sobre el hombro de Emilio.

—Me encantaría embarcarme con vosotros y descansar, pero es mejor que me quede a atender mis negocios. Os dejo a Crixo y el cometido de saludar a mi querida esposa y a mis hijos.

Hubo un instante de silencio, luego una caja cayó de un carro y Frauca despotricó contra los que se ocupaban de la descarga.

—Quintilio Frauca.

El mercader se volvió, molesto, hacia Emilio.

—¿Qué pasa?

—Quisiera hablarte, se trata de algo importante y debería hacerlo a solas.

La mirada del comerciante dejó traslucir su disgusto.

—Está bien, pero sé breve. Sígueme.

Frauca era un hombre inteligente y astuto y no se le había escapado el juvenil arrebató de Emilio por Lavinia, pero nunca habría entregado su hija a un pobre desgraciado como él. Por tanto, quiso adelantarse al muchacho.

—¿Se trata de mi hija, muchacho? Porque si es...

—Se trata de toda tu familia, de la vida de toda tu familia.

El hombre frunció el ceño.

—Es una situación peligrosa y es preciso actuar de inmediato. Si quien manda mi *contubernium* nos ve hablar aquí las cosas podrían empeorar. Debemos encontrar un sitio donde no nos vea nadie.

Sin rebatir, los dos prosiguieron en silencio por el muelle esquivando a las numerosas personas atareadas, llegaron a la pasarela de la nave de transporte de la cual había bajado el mismo Frauca poco antes y subieron a bordo alcanzando, a popa, la habitación del comandante.

—¿De qué diantres quieres hablarme? —gruñó Frauca, mirando fijamente al muchacho con sus ojos verdes.

—Antes de empezar quiero decirte que todo hombre romano es juzgado por sus acciones y yo, ahora, estoy quebrantando mi juramento de fidelidad: la palabra dada a Roma y a mi comandante. Por eso podría ser condenado a muerte, con deshonor.

—¿Por qué lo haces, pues?

—Creo que tú eres una persona capaz y honrada, y además... —dijo sosteniendo la mirada del mercader—, lo hago por Lavinia.

—Sea lo que fuere —lo atajó Frauca, dejando caer una bolsa de monedas sobre la mesa—, al término de esta conversación te olvidarás de ella.

El muchacho empujó el dinero lentamente hacia las manos enjovadas del rico mercader.

—Eso no es algo que pueda comprarse. Si no me interesara el futuro de Lavinia, interrumpiría la conversación y saldría por esa puerta. Te abandonaría a ti y a todo lo que forma parte de tu mundo a tu destino que, créeme, no se presagia largo ni mucho menos agradable.

—¿Sabes que nadie puede permitirse usar ese tono conmigo?

—Quiero ayudarte a conservar la vida y para hacerlo arriesgo la mía, por tanto, uso el tono que considero oportuno.

—Está bien —accedió el hombre con ademán más razonable—, habla, te escucho.

—Ursiano sospecha que haces negocios con Sertorio, es más, está convencido de ello. Parece que todo partió del centurión Lucio Fufidio. Están indagando sobre ti.

El rostro del mercader se puso lívido, como el blanco mármol que importaba de Grecia.

—El peor problema es Ursiano que, esperando su tajada de gloria, inventará lo que sea con tal de alcanzar su objetivo.

—¿Qué saben?

—No estoy seguro. A mí me han contado que un hombre con tu mismo nombre ha causado muchos problemas a los *optimates* durante el estallido de la guerra. Sospechan que tú eres el hombre en cuestión: desapareciste de Roma en el momento en que Sila accedió al poder y reapareciste en Iberia, último baluarte de los *populares*. Sostienen que estás en contacto con los viejos e influyentes personajes de

la Península del partido de Sertorio. Hoy en día basta mucho menos para acabar en las listas de proscritos de Sila.

—Sí —dijo Frauca, asumiendo por primera vez una expresión pensativa—. ¿Qué papel tienes en toda esta historia?

—El de chivo expiatorio. Para ellos sería arriesgado exponerse en el caso de que tú fueras inocente. Me han enviado con el objetivo de tenerte controlado y obtener información. Quieren inculparte y saben que volverás a Castra Caecilia para buscar a tus seres queridos.

—¿Por qué no ha venido Ursiano?

—¿Por qué habría de hacerlo? Está en el campamento vigilando, sin esfuerzo, la llave de su ascenso: tu familia.

—¿Y tú, no pretendes tu tajada de gloria?

—Ursiano me ha prometido a Lavinia y la posibilidad de rehacer mi vida junto a ella.

Frauca lo observó con desprecio.

—¿Pero cómo podría mirarla a los ojos todos los días de mi vida, después de haber hecho algo semejante?

La mirada perdió intensidad.

—Es mejor intentar salvarlos, seguramente no verla nunca más, pero a cambio saber que cada mañana, al despertar, ella pensará en ese día que empieza como un regalo mío.

El mercader inclinó la cabeza y luego levantó la mirada sobre aquel joven.

—Lo que dices te honra, muchacho. ¿Y tú qué sabes de mí? ¿También crees que estoy involucrado en una conjura?

—No me interesa, lo hago por Lavinia.

Frauca asintió.

—Además de Fufidio, lo sabe Ursiano, el centurión Optato y naturalmente el tribuno Hispánico. Decano, el veterano del grupo, no creo que esté al corriente, pero seguro que tiene la orden de no perderme de vista.

—¿Es... comprable?

Emilio se quedó sorprendido por aquella pregunta, y sacudió la cabeza.

—Con un buen pellizco la gente cambia de idea fácilmente —insistió el hombre de negocios.

—No es de fiar. Además, si tú pagaras y él aceptase el dinero, sería tanto como confesar tu culpabilidad.

—Compraría todo el fuerte de Castra Caecilia si sirviera para sacar de allí a los míos. Compraría desde el último esclavo hasta ese malnacido de Fufidio, quizás incluso al pretor.

—Si queremos desbaratar el plan de Ursiano debemos hacerle creer que corre el riesgo de perder dinero y gloria. Lo he pensado durante el viaje: hemos de distraerlo, hacer algo que lo pille por sorpresa y alejar rápidamente a tu familia.

—¿Qué distraería a Ursiano?

—El hecho de que tú debas permanecer aquí puede ser útil; es más, te sugeriría que desaparecieras. Quizás eso suscitaría su interés hasta el punto de venir a buscarte. Yo, entre tanto, organizaría la fuga de tu familia con una barcaza.

—No, por el río no, sería demasiado lento. Harás salir la barcaza, pero mi mujer y mis hijos descenderán inmediatamente después de la partida y se dirigirán hacia el norte. Nos encontraremos a medio camino entre el río y la aldea de Avaros. Hay un punto donde la vía sube hacia una colina pasando junto a una cantera abandonada.

—Sí, me acuerdo.

—Daré a mis hombres los mejores caballos lusitanos de toda Hispania, os esperarán en unas cuevas. Desde allí, a caballo, proseguirán hacia el norte, más allá del Mons Herminius, hasta llegar a Coninbriga. Yo estaré aguardando la llegada, embarcaremos y pondremos rumbo a África.

Emilio asintió con una expresión preocupada.

—Haré encontrar un caballo también para ti.

El rostro del muchacho se volvió plomizo.

—Si me ayudas como estás haciendo, no podrás quedarte.

—Lo sé.

—Encontraremos un acomodo más que agradable, no te preocupes.

Emilio trató de ver una luz en los ojos que tenía enfrente, pero no la encontró. Frauca no había ni tan solo sugerido la posibilidad de afrontar un proceso, de hacer valer su posición. Era un indicio seguro de su implicación en aquel turbio asunto.

—Veremos cuando llegue el momento, gracias de todos modos —respondió el muchacho, sumido en sus pensamientos.

—No será sencillo. Estoy dejando aquí el trabajo de toda una vida. Debo organizarme. Tengo que llevarme la mayor cantidad de mercancías posible y recuperar los créditos. En ocho días mandaré hombres y caballos al punto preestablecido.

—No hagas notar todos estos movimientos.

—Tengo hombres de confianza.

—¿Son comprables? —preguntó Emilio, irritando a Frauca.

—Generalmente soy yo el que compra.

—No eres el único que tiene dinero; creo que Hispánico puede obtener del pretor Flaco ingentes sumas para conseguir un officium, un cargo de prestigio en Roma. Para él, el gobierno de Hispania no es más que un pequeño puesto para provincianos. Por tanto, estate atento, no digas nada a nadie, ni siquiera a tus hombres de confianza. Esta inestabilidad del poder hace que cualquiera sea capaz de cambiar de bando muy fácilmente.

—¿Y de ti? ¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque no te queda más remedio que hacerlo.

La barcaza zarpó a la mañana siguiente. Los hombres se relevarían en la conducción de los bueyes que habían de arrastrarla hasta Castra Caecilia. Decano asignó a los dos *tirones* un doble turno antes de acomodarse entre mercancías y sacos de trigo destinados al campamento. Crixo acompañaba a los dos muchachos, tirando de los bueyes por el camino que bordeaba el río.

A lo lejos, bajo la sombra de un olmo secular, dos hombres a caballo seguían de lejos los movimientos del grupo.

—Sabes qué hacer, vigila al pequeñito de cabello leonado y actúa como creas mejor —dijo Frauca al jinete que iba a su lado, con el rostro marcado por años de luchas y la mirada decidida—. Debemos averiguar si Rufo tomará partido por nosotros o contra nosotros.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Cayo Emilio Rufo.

—Me suena de algo.

—Tú céntrate en devolverme a mi familia, no te preocupes por los demás. Si para conseguir el objetivo debes matar, hazlo, aunque sea al procurador en persona.

El hombre asintió, tensando los músculos de la mandíbula.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ursiano levantándose de golpe de la silla.

—Lo que has oído: Frauca se ha quedado en el puerto —respondió Emilio.

—¿Pudiste hablarle?

—No, estaba ocupado en sus negocios. Saludó apresuradamente, cargando las mercancías, y luego se dirigió a una gran nave de transporte.

—Ese bastardo no sabe que estoy a punto de joderlo. ¿Ni siquiera preguntó por su hija o su mujer?

—No, nada.

—¡Joder! Necesitamos alguna prueba para pillarlo.

—Bah, mientras su familia esté aquí no tenemos nada que temer.

Ursiano fue como iluminado por esas palabras.

—Es verdad, vete a ver a tu amiguita y haz que hable. Algo sabrá, estoy seguro.

Emilio asintió con un gesto de la cabeza.

—Si no me traes algo, seré yo quien la haga hablar —recalcó el oficial con una carcajada.

El muchacho miró, serio, al centurión.

—Debes garantizarme que al final tendré mi parte. Quiero a la muchacha y la oportunidad de iniciar una vida lejos de aquí.

—Mientras no tenga a Frauca en un puño no puedo garantizarte nada, *tiro*. Por el momento tienes mi palabra y ninguna otra alternativa. No pidas demasiado del Hado.

Optato golpeó a la puerta en aquel momento y entró en la estancia:

—Debo hablarte en privado, Ursiano.

—Está bien —respondió esbozando un saludo al muchacho, que lanzó una mirada a su centurión antes de alcanzar la salida, dejando a los dos oficiales solos.

Ursiano se sentó.

—¿Qué es tan importante?

—Tengo aquí fuera a alguien que puede decirte algo muy interesante. Se llama Crixo...

Emilio sintió que la mirada de Temistio lo escrutaba hasta el alma:

—¿Quién más sabe esto?

—Ambato y Crixo.

—¿Quién es Ambato?

—Un camarada, es de confianza. No me traicionaría por nada del mundo.

—Bajo tortura todos hablan.

—Me fío de él —zanjó Rufo.

—Has cometido un error al confiarte.

—Estoy hablando de ello también contigo —adujo Emilio, molesto.

—Yo formo parte de esto y el amo deposita toda su confianza en mí. ¿Crixo está al corriente?

—No, pero ha hecho el viaje con nosotros y se ha percatado de que está sucediendo algo.

Temistio apretó los labios.

—¿Y Lavinia?

—No sabe nada. Frauca me dijo expresamente que viniera a hablar contigo y te pusiera de inmediato al corriente de la situación, porque tú sabes qué debes hacer. Dijo que tú darías la noticia a la noble Arria y a Lavinia y que no informaras de nada a Cneo Segundo.

Temistio asintió.

—Que los dioses nos sean propicios.

—¿Crixo sabe leer?

—No, ¿por qué?

—Porque lo usaremos para intercambiarnos los mensajes; en ellos detallaré constantemente los movimientos de Ursiano.

—¿Crixo? No, está fuera de discusión, debo mandarlo a Metellinum para recuperar algunos créditos y reunir los efectos que tenemos allí.

—Al diablo la carga, Temistio —soltó Rufo con ira—. Dentro de cinco días llegarán los hombres de Frauca al punto convenido en el camino que corta al norte, hacia la aldea de Avaros. Ese día deberéis estar allí. Nada de equipaje, debéis viajar ligeros.

—Haré todo lo que haya que hacer y en los tiempos oportunos.

—Temistio, escúchame, la situación ha cambiado de repente, cambia también tú.

Déjalo todo y devuelve a Frauca aquello que verdaderamente le importa: la vida de sus seres queridos. Yo trataré de ganar tiempo para que hagáis tanto camino como sea posible.

—¿Tú no vendrás?

Emilio reflexionó un momento antes de responder.

—Lo he pensado —dijo pasándose la mano por la frente—. Tendréis más posibilidades si yo trato de despistar a Ursiano.

Hubo una mirada intensa entre los dos. Temistio asintió.

—Debo cambiar de opinión sobre ti.

—Siempre he afrontado el destino, sin evitar los golpes que me ha reservado. Lo haré también esta vez, solo te pido...

—¿Qué?

—Permite que la vea por última vez, por favor.

## VI

### MONS HERMINIVS

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Madre, he recibido tu carta y soy feliz de saber que disfrutas de excelente salud.

Lo que me refieres respecto de la situación de Roma es preocupante, pero estoy seguro de que no se prolongará demasiado. Era previsible que los propietarios de los terrenos expropiados, a favor de los veteranos del dictador Lucio Cornelio Sila, guardaran rencor y que los tribunos de la plebe estuvieran resentidos porque fueron excluidos del poder judicial. Solo puedo decir que será mejor que se acostumbren a la idea de no acceder a las magistraturas y que se conformen con seguir disponiendo de un techo sobre la cabeza, sin pretender más, dado que se les ha concedido conservar la vida.

Los *populares* han demostrado ser más tenaces de lo previsto, aunque su fin ya está marcado. Los refugiados en esta zona hispánica están desapareciendo como nieve al sol y Sertorio, que habría debido garantizarles la supervivencia, parece haberlos abandonado definitivamente al establecerse en África, como un mercenario corriente, a sueldo de los mauritanos.

Creo que es lógico pensar que la rebelión se ha extinguido sola y que, por tanto, las legiones establecidas en Hispania serán destinadas pronto al cercano Oriente. Las noticias que llegan de Capadocia no son tranquilizadoras. Tigrán, rey de Armenia, yerno de Mitrídates, está ocupando los territorios de nuestros aliados y Sila no tolerará durante mucho tiempo esta situación.

El comandante Lucio Fufidio ha recibido la orden de Hispánico de dirigirse hacia el sur, al corazón de la Hispania Ulterior, para reunir los destacamentos dispersos en las guarniciones. Esto significa que pronto partiremos hacia un nuevo destino con todos los efectivos. Entre tanto, yo tengo el cometido de continuar la caza de los reducidos grupos de *populares* que aún resisten. Me estoy ocupando personalmente de una interesante indagación y, si tengo suerte, mejoraré mi *cursus honorum*.

Cuídate y saluda de mi parte a Lucila.

*Valete.*

Ursiano subió a la torre que vigilaba la puerta norte, saludó con un gesto de la cabeza a los guardias y se dirigió hacia el lado que miraba al Tagus. Apoyó las manos en la balaustrada y recorrió con la vista el horizonte, atento a cada movimiento. Siguió el curso del río más allá del pequeño puerto hasta detenerse en un bosquecillo de abedules. Un resplandor perverso encendió su rostro y los labios se abrieron en una sonrisa que escondía una satisfacción malvada.

—Muy bien, Crixo —dijo, sin volverse, al hombre que lo había seguido hasta allí arriba—, ¿de dónde has dicho que eres?

—Atuatuca.

—¿Atuatuca?

—Sí, es una ciudadela en el territorio de los eburones, en el norte de la Galia.

—Continúa manteniéndome informado y pronto volverás a casa como hombre libre.

El esclavo de Frauca sonrió complacido.

—¿Has podido averiguar algo de lo que tienen en mente?

—Por desgracia, no.

—Infórmame de todo lo que ocurre.

—Sí, centurión.

Las aguas del Tagus acariciaban la ribera arenosa antes de proseguir su largo camino hacia el mar y el rumor parecía un susurro. Emilio observó el centelleo luminoso de aquel líquido encrespado y movido por una fuerza inagotable. Oía a lo lejos el griterío, traído por la brisa de un tenue viento, de los hombres que se demoraban en el muelle después de haber terminado de descargar un bloque de madera.

Esbozó una amarga mueca apretando un puño de arena en la mano mientras entre el constante murmullo del río se oyó el rumor de pasos ligeros. El soldado dejó correr la arena entre los dedos, se dio la vuelta y vio la silueta de Lavinia recortándose en el cobrizo resplandor del ocaso.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó ella, y una ligera ráfaga le desordenó suavemente el pelo—. Temistio parece histérico y Crixo me ha dicho que viniera a verte de inmediato.

La inquietud que traslucía la mirada de Rufo mutilaba el espacio y ella percibió la angustia.

—Ven —le dijo con una sonrisa que intentaba transmitir una forzada seguridad.

Lavinia se acercó a pequeños pasos, se arrodilló junto a él y permaneció en silencio.

—¿Sabes que Roma está inmersa en el caos? ¿Que los poderosos de ayer son asesinados por las calles y que las antiguas familias han perdido todo lo que sus antepasados habían producido y realizado para las siguientes generaciones de sus linajes?

—Sí.

—La locura ha llegado hasta aquí. Basta una sospecha, un pensamiento, y de pronto la vida de toda una estirpe puede ser puesta en peligro —continuó, acercándola a él en un delicado abrazo—. Una de estas sospechas ha recaído sobre tu padre.

La muchacha cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Un tribuno ha abierto una indagación a través de Ursiano para descubrir si vuestra familia tiene relaciones con Sertorio.

Rufo esperaba un movimiento de estupor, pero la muchacha permaneció con la cabeza gacha, presa de un total abandono. Por aquel silencio y por aquel abandono el joven obtuvo la confirmación, a su pesar, de la implicación de los Frauca.

—No es todo. Ursiano es consciente de la importancia de esta indagación para su carrera y está haciendo todo lo posible por crucificar a tu padre, sea culpable o inocente.

Ella lo miró, turbada.

—Tenéis que escapar, Lavinia.

La muchacha apoyó lentamente el rostro en su pecho y se escondió entre sus brazos. Él le apartó con dulzura los cabellos.

—Ya he hablado con tu padre, está todo listo. Unos hombres a caballo os esperarán en un punto preciso, hay que actuar con la máxima rapidez. Mañana por la noche, o mejor aún hoy mismo, cogeremos por sorpresa a Ursiano y lo retrasaremos. Todo depende de Temistio. Convéncelo para que parta de inmediato.

—¿Esta noche?

—Cuanto antes partáis, mejor.

—¿Y tú?

—Tengo que quedarme para facilitar vuestra fuga.

—Pero...

—Trataré de despistar a Ursiano y a los suyos. Soy el único que ha hablado con tu padre en Felicitas Julia; les haré creer que os espera allí.

De los ojos de la joven se deslizaron dos lágrimas. Emilio la estrechó y notó que temblaba.

—Tranquila, todo irá bien.

—No quiero perderte.

—No me perderás, algún día te alcanzaré.

—Algún día podría ser tarde.

El muchacho la miró, sacudiendo la cabeza.

—Nunca se es demasiado viejo o demasiado joven para ser feliz, ¿recuerdas? Fue una de las primeras frases que te oí decir a Temistio, una de las frases que me enamoraron.

—Sí, pero ahora no se trata de filosofía, sino de vida, y hace mucho daño.

—También el dolor es vida.

—¿Y si no nos encontráramos nunca más? —se lamentó ella, mientras empezaba

a sollozar—. ¿Y si todo acabara aquí?

—No, no digas eso. No acabará aquí, este es el comienzo.

—Pero sin ti nada tiene sentido.

—Tu vida tiene sentido, vale más que cualquier otra cosa. Saberte viva y a salvo gracias a mí es el más hermoso don de amor que pueda ofrecerte. Eso será para mí motivo de alegría durante el resto de mis días.

Los dos se abrazaron desesperadamente. Emilio trató de disimular su dolor.

—Aquel día en el río, cuando me ofreciste vino y yo lo rechacé, le dijiste a Temistio que yo te estaba protegiendo. Aún es así, Lavinia, velaré por ti incluso desde lejos. Trataré de mantener alejado a quien quiere hacerte daño.

—¿Y si descubrieran tu traición?

—¿Cómo podrían...? Estate tranquila, nadie lo sabrá.

Tendió las manos hacia Emilio.

—Estréchame fuerte. Sé prudente. Tu vida está en grave peligro. Recuérдалo — imploró ella.

—No te preocupes por mí, me las apañaré. Trata de convencer a Temistio para que alcance a tu padre lo antes posible.

Desde el fuerte resonó la trompeta de la primera vigilia. Emilio se volvió hacia las torres, ignorante de que era observado por Ursiano.

—Ha llegado el momento, Lavinia.

—No, te lo ruego.

—Debo marcharme, amor mío.

Estaban de pie, frente a frente. Ella lo estrechó deshaciéndose en un llanto convulso y Rufo le acarició el rostro para secarle las lágrimas. Se besaron. Se besaron con el mismo amor, el mismo sufrimiento y el mismo deseo de querer detener para siempre aquel instante.

—No me olvides, Emilio.

—Te llevaré siempre conmigo.

—Soy tuya y lo seré siempre.

El muchacho se armó de valor y le besó la frente, luego las mejillas, rozándola con los labios, saboreando la impalpable sal de sus lágrimas, como si quisiera llevarse dentro de sí unos rasgos reales y físicos. Se miraron intensamente para memorizar sus rostros y luego se entregaron al último cálido abrazo, mientras el segundo toque de trompeta reclamaba la guardia. Emilio se quitó del cuello la tesela de la hospitalidad que le había procurado Ambato y se la entregó a la muchacha.

—Los celtíberos dan estas teselas a sus huéspedes, que de esta forma son sagrados e intocables. Tómala.

Lavinia apretó en el puño el colgante de terracota. Tras un último abrazo los dos se alejaron, las manos se tendieron y los dedos se rozaron con un fugitivo toque.

Emilio se marchó, dejándola sola.

Lavinia se dejó caer de rodillas.

—No me dejes —dijo con un hilo de voz antes de abrazarse, como cuando era niña. Era un modo de retener aquel último y fugitivo instante con él, de tratar de conservar su olor, de no dejar escapar su calor.

Las lágrimas siguieron cayendo y lloró como nunca antes había llorado, implorándole en voz baja que no la dejara, repitiendo su nombre como una nana, acaso con la esperanza de que la cantinela lo trajera de nuevo con ella.

Permaneció así hasta que la pequeña silueta del muchacho se detuvo a lo lejos para mirarla, antes de desaparecer en la sombra de las torres que custodiaban el acceso. Se demoró aún en ese lugar, atontada por su voz, balanceándose compulsivamente. Se levantó, tambaleante, con los brazos inertes a lo largo de los costados, y observó por última vez las torres antes de volverse y encaminarse a los muelles, acompañada por el atormentado latido de su corazón.

—Ve con ella, Crixo —dijo Ursiano—, tu amita necesita consuelo esta tarde. Es posible que quiera enviar algún mensaje.

—Sí.

—Sal por la puerta norte, así no te encontrarás con nuestro Rufo.

—Está bien.

—Aunque de todas formas el pobrecillo está tan desconsolado que no sería capaz de reconocer a nadie —añadió el centurión con su habitual y feroz carcajada.

Emilio aún no había traspuesto el umbral; se había detenido un momento para verla alejarse hacia los muelles ante la mirada curiosa de los guardias que se aprestaban a cerrar el portón. Se volvió hacia el acceso sumido en la tristeza. Nunca le había faltado el valor, no carecía de fuerza de ánimo en los momentos más difíciles, había dado prueba de soportar con resignación el dolor, pero en aquel instante de vida, el sufrimiento era tan intenso que no podía contenerse. Bajó la mirada nublada y entró mientras los batientes se cerraban chirriando a sus espaldas. El ruido le aplastaba el corazón.

Trastornado por ese pensamiento había olvidado que debía montar guardia en la segunda vigilia. Por tanto, decidió que se reuniría con Ambato y los demás en el cuerpo de guardia, al menos así tendría con quién intercambiar dos palabras. Volvió sobre sus pasos hasta alcanzar el *intervallum*, el corredor de seguridad que rodeaba todo el perímetro del campamento; era el camino más directo para llegar a la Porta Principalis, donde estaban alojados los hombres de servicio.

—La primera vigilia ha comenzado, amigo, habrías debido venir antes, ahora la puerta está cerrada.

—Déjame hablar con tu centurión, debo salir.

Emilio se volvió. Estaba a la altura de la puerta norte y había reconocido el inconfundible acento de Crixo.

—Si debes salir sabrás la consigna —dijo un guardia.

—No, pero estaba con Ursiano.

La mirada de Rufo se volvió de piedra. En efecto, era Crixo.

—Entonces vuelve donde Ursiano y pídele la consigna o el salvoconducto.

El sirviente masculló algo para sus adentros y luego se encaminó a la puerta a paso veloz, mirando continuamente a su alrededor. A pesar de su actitud desconfiada, Crixo no se percató de que lo seguía una sombra que se deslizaba, rápida, junto a las tiendas.

Las sospechas de Emilio sobre la actitud del galo fueron aumentando paso a paso, hasta que llegó a la torre que vigilaba el acceso al campamento que daba hacia el río y los muelles. La misma puerta que, poco antes, había atravesado.

Crixo preguntó por el centurión, pero los guardias de la puerta le respondieron que se había marchado. Molesto, el esclavo volvió sobre sus pasos y se adentró, cauteloso, entre las tiendas para alcanzar el cuartel de los oficiales, donde llegó al alojamiento de Ursiano.

Emilio se escondió tras la esquina de un edificio y esperó la salida del galo.

—¿Te has perdido?

El esclavo se estremeció al verlo frente a sí.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó Rufo, con ademán decidido.

—Me... me he retrasado en el almacén.

—Ahora necesitarás un salvoconducto.

—Sí, se lo he pedido a Ursiano.

—¿Ursiano?

—Sí... conoce a los Frauca, sabe quién soy.

Emilio asintió sin indagar.

—Para ti habrá sido un fastidio dirigirte a Ursiano, pero para mí ha sido un auténtico golpe de suerte haberte encontrado —dijo cogiendo uno de los trozos de pergamino que llevaba consigo para intercambiar los mensajes con su amada. Escribió rápidamente unas pocas líneas.

—Te ruego que se lo entregues a Lavinia.

Crixo cogió el mensaje y lo introdujo en la túnica.

—¿Puedo hacerte una confidencia, de hombre a hombre? —preguntó Emilio, cogiendo del bracete al sirviente y encaminándose hacia la puerta de salida—. Hemos discutido... —le dijo con aire afligido—, por eso es tan importante que se lo des de inmediato; no quiero que se duerma enfadada y piense mal de mí.

El galo se sintió aliviado, esbozó una mueca de complicidad y saludó a Rufo, antes de susurrar la consigna en el oído del guardia y desaparecer por la puerta oeste.

*Celtiber* miró a su alrededor mientras se ataba el yelmo.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo he visto con mis propios ojos —susurró Emilio—. Ese cabrón hace el

doble juego y se lo cuenta todo a Ursiano.

—Ese cabrón —subrayó Ambato— debe ser eliminado.

—No, Ursiano estrecharía el control sobre los Frauca. He hecho algo mejor: le he dado un mensaje para que lo entregara a Lavinia.

—¿Un mensaje? Pero si él hace el doble juego ese mensaje lo leerá Ursiano antes que ella.

—En efecto, es un mensaje que va bien para cualquiera que lo lea.

Ambato sacudió la cabeza sin entender.

—¿Y qué has escrito?

—«¡El momento ha llegado! Recuperad enseguida el dinero en Metellinum».

—¿Metellinum?

—Temistio quería enviar a Crixo allí para cobrar el dinero en nombre de Frauca, pero yo insistí en que partieran de inmediato. Ayer, cuando comprendí que ese malnacido nos había traicionado, se me ocurrió que este mensaje podía servir para alejarlo y privar a Ursiano de las informaciones.

—Ursiano no le permitirá partir.

—Él no sabe que Temistio quiere mandar a Crixo.

—El esclavo no irá. Recorrerá solo una parte del camino y luego volverá donde Ursiano, estoy seguro.

—No debe regresar al fuerte —murmuró Emilio a su amigo en un tono que nunca antes había usado—. Crixo debe desaparecer de la faz de la tierra.

Celtíbero, que estaba acomodándose el talabarte sobre el hombro, se detuvo y permaneció un instante inmóvil, sintiendo un escalofrío. Luego asintió.

—En ese momento, Ursiano quedará ciego y sordo, y solo podrá pedirme explicaciones a mí. De otro modo descubriría sus movimientos.

—¿Y si ocurriera lo contrario? ¿Si te echase en cara el mensaje?

—Le haría creer que todo lo ocurrido es una iniciativa personal mía para apoderarme del dinero de Frauca y ganar tiempo. Me pidió que consiguiera toda la información posibles de Lavinia y yo le contaré que estas indicaciones deben llegar de Metellinum. Debe creer que yo estoy aprovechando la situación en que se encuentra la familia Frauca.

—¿Y si no se lo traga? —Lo miró fijo Ambato.

—Trataré de sobrevivir lo suficiente para despistarlo y darles la oportunidad de huir.

Ambato hizo deslizar su espada engrasada en la funda.

—Los dos estamos juntos en esto.

—No, es una cosa que debo resolver por mí mismo.

—No te dejaré solo. ¡Dime qué debo hacer!

Temistio tomó nota de las mercancías descargadas, como hacía todos los días, cuando

lo alcanzó uno de los *lignatores*, los soldados encargados de procurar la leña al fuerte.

—Me manda Rufo —dijo este, dándole una *tabula cerata* sellada.

Temistio le dio las gracias y esperó a que el soldado se alejara para romper el sello y leer el contenido: «Crixo es un traidor. Subid a la primera embarcación de paso y huid. ¡De inmediato!».

Miró a su alrededor, vacilante, antes de encaminarse a la barcaza.

Crixo se había levantado al alba, había corrido al fuerte y había llegado al alojamiento de Ursiano en cuanto había podido. Había entregado el mensaje al oficial, quien lo había leído con impaciencia antes de confiarlo nuevamente al esclavo. Este había vuelto a la carrera donde Temistio. El griego, a su vez, había leído el mensaje con impaciencia, ante la mirada del galo, y luego había preparado a toda prisa algunos documentos entregándoselos junto con un mensaje, un queso y una hogaza.

—Pasa a la orilla norte del río y ve más allá de la colina. Cuando estés seguro de que te encuentras fuera de la vista de las torres, dirígete a occidente y corre a Metellinum, donde nuestro almacenero, para entregarle los documentos y esta carta. Él te dará algunas cajas, un carro y unos caballos, con los que deberás regresar a toda prisa. ¿Has entendido?

El galo partió inmediatamente, cruzó el río utilizando una de las barcazas que iban y venían entre las orillas y siguió el sendero más allá de la colina. Cuando estuvo lejos aflojó la marcha y cambió de dirección; su meta no era Metellinum, sino un lugar a tres horas de Castra Caecilia, una granja desde donde se transportaban las mercancías a la orilla meridional con una vieja barcaza. De esta forma pasaría el río y regresaría al fuerte al amparo de la oscuridad para entregar lo antes posible los documentos y la carta a Ursiano.

Ursiano observó a Emilio.

—¿Me escondes algo, *tiro*? Si descubro que te estás pasando de listo, te mato.

—No me estoy pasando de listo, *centurio*.

—¿Qué me dices del esclavo que ha partido hacia el norte?

Emilio debió admitir que era muy astuto: trataba de inducirlo a error.

—¿Hacia el norte?

—Sí, has entendido bien, ha partido hacia el norte.

—Es extraño. Lavinia no sabe nada, pero me ha contado que Temistio está esperando una orden de Metellinum; es allí donde tienen un contacto.

El centurión aferró con fuerza al muchacho por el cuello y lo atrajo a sí, haciéndolo callar. Rufo sintió el aliento cálido de Ursiano sobre el rostro, pero una vez más el oficial renunció a descubrir su doble juego.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Te lo estoy diciendo ahora. Hoy no he tenido ocasión de hacerlo, estaba de servicio.

—La próxima vez que me escondas algo te arrepentirás de haber nacido. ¿Has entendido?

—Sí, *centurio*.

Las dos miradas se cruzaron. Ambos eran conscientes de que mentían. El oficial entrecerró los ojos y finalmente desistió.

—Estás de servicio hasta nueva orden, *tiro*.

Crixo se detuvo a mirar a lo lejos las torres del fuerte. Se pasó el brazo por la frente para secar el sudor y dio algunos pasos fuera del sendero hasta alcanzar un gran plátano. Echó al suelo el saco con los documentos y se sentó, exhausto. Lo había conseguido, había logrado atravesar el río y volver atrás. Ahora tenía tiempo para descansar antes de regresar ocultándose en la oscuridad.

Cortó un trozo de queso y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en el tronco y saboreó el momento en que volvería a casa, a su Atuatuca. Se quedó así algunos instantes, acompañado por sus sueños, abandonado al toque ligero de la brisa y al rumor de las hojas que ondulaban en el cielo azul.

Un leve traqueteo entre la hierba hizo que dejara de masticar. Miró a su alrededor con curiosidad. Todo estaba en calma, y pensó que debía de tratarse de una liebre. Levantó los ojos porque algo saltó con un toque seco entre las ramas de la copa antes de caer en la hierba y desaparecer.

Se levantó mirando hacia lo alto, mientras caminaba en torno al tronco centenario del árbol. De pronto todo se volvió ennegrecido y luego oscuro. Un dolor agudo se difundió por su cuerpo, quitándole la respiración y la fuerza para sostenerse. Cayó al suelo aturdido, llevándose las manos a la nuca, donde la punzada era lacerante. Se miró las manos empapadas de sangre, mientras oía una voz distorsionada que parecía provenir de muy lejos.

—Ha sido fácil encontrarte.

Las palabras afloraron entre el vértigo y el estupor, acompañadas por un jadeo que se hacía insoportable.

—Eres previsible.

Una segunda punzada le hirió la espalda, arrancándole un alarido.

—Demasiado estúpido.

Crixo se volvió hacia la voz con el rostro desfigurado por el dolor y el miedo. Reconoció a Ambato en la silueta desenfocada que fue tomando forma a medida que se acercaba. Sostenía una honda que aseguró al *cingulum*, antes de extraer el gladio. El galo se levantó tambaleándose en un intento de escapar, pero con dos decididas zancadas *Celtiber* estuvo encima de él. El esclavo sintió que el brazo del otro le

apretaba el cuello e inmediatamente después un punzante dolor le penetró la cadera. Aulló y se sostuvo con ambas manos en el antebrazo del Celtíbero, que seguía apretándole la garganta para mantenerlo inmóvil mientras le hundía la hoja, retorciéndola como le habían enseñado.

Ambato notó que un chorro cálido le ensuciaba la mano y la ropa. El cuerpo del galo se hizo pesadísimo y se deslizó inanimado hacia el suelo. El íbero soltó el cuello de Crixo para no caer con Crixo y la hoja escarlata salió espontáneamente de la espalda de su presa.

Celtíbero contempló los últimos estertores del hombre, que se retorció en el suelo agonizando antes de quedarse inmóvil, y a continuación observó la sangre que le cubría la espada, la mano y la ropa.

Al final había ocurrido, Ambato había tenido su primera víctima, pero el momento no había llegado como siempre había imaginado. No se había enfrentado a su adversario en una batalla, no había vencido a un valiente. Había asesinado a un esclavo desarmado, por más que este fuera un traidor.

Corrió al río, donde entró hasta las rodillas. Hundió la espada y el brazo en la corriente hasta sumergirlos por completo en el agua, que quedó teñida para luego perder y disolver el rojo en su cristalino flujo. Enjuagó la túnica y luego el rostro, observando desde lejos el cuerpo inerte. Volvió junto al árbol y enfundó el arma después de haberla secado cuidadosamente sobre la túnica del galo. Arrastró el cadáver hasta unas matas y lo cubrió de la mejor manera posible. Cogió la bolsa de los documentos, la llenó de piedras y la arrojó al río. Ninguna indicación llegaría a Metellinum. No debía quedar ningún rastro que los perseguidores de los Frauca pudieran encontrar.

Ajustó el talabarte, el gladio y la honda. Echó un vistazo a la mata que escondía a Crixo y luego emprendió su camino. Sí, era justo que ocurriera así. Aturdido, se dirigió hacia Castra Caecilia.

Ursiano llegó a la puerta que daba al río cuando el sol ya estaba alto. Observó a Emilio y Ambato, que lo saludaron, y luego miró hacia el muelle.

—¿Novedades?

—Ninguna, todo en calma.

—A eso me refiero. A esta hora el griego ya debería estar trajinando con las mercancías.

—No hemos visto a nadie, *centurio*.

El centurión, impaciente, dio algunos pasos delante de la puerta, golpeando repetidamente la palma de la mano con la vara de vid. Observó las barcazas y los movimientos en las inmediaciones del muelle sin entrever nada de lo que esperaba.

—¡Seguidme! —ordenó, encaminándose hacia los embarcaderos.

Los dos dejaron los escudos y lo siguieron a lo largo del sendero hasta llegar

frente a la embarcación donde, en los últimos días, se habían alojado los Frauca. Con ademán atento Ursiano observó la barcaza, donde todo parecía haberse detenido de repente. Algunos sacos yacían en el suelo, uno de ellos abierto. Con un salto felino el centurión subió a bordo y empujó, decidido, la puerta de una de las cabinas. La luz inundó la estancia. Por un instante, Ursiano se quedó anonadado al contemplar el lujo que adornaba aquella embarcación que, desde fuera, parecía una de tantas de las que navegaban por el Tagus. Sus ojos se perdieron entre las sedas de una cama con baldaquín cubierta por unos cojines de un color índigo opalescente que nunca había visto antes. Un pequeño diván con dos brazos decorados con la figura de un sátiro y la cabeza de un mulo con taraceas de bronce y de plata estaba apoyado en la pared del costado. Un soporte móvil de bronce para lámparas, con sus patas leoninas, estaba asegurado en un rincón mediante dos cadenas que permitían su uso incluso durante la navegación.

Pasó más allá para abrir una segunda puerta, y luego una tercera. La nave estaba vacía. En un instante estuvo fuera y se asomó desde la borda, señaló a un marinero de otra barcaza y le aulló con modales expeditivos si había visto a alguien. Bajó rápidamente a tierra y mandó a Ambato a llamar al *contubernium* de Decano con víveres para tres días. También alertó a los exploradores a caballo y al centurión Optato.

—¿Adónde han ido? —preguntó, amenazante, a Emilio, cuando estuvieron solos.

—Hacia Felicitas Julia, sería lo lógico.

—¿Por qué sería lógico? —vociferó, empujando con violencia al muchacho al suelo.

—Porque han dejado aquí la barcaza, quieren hacernos creer que han ido en otra dirección.

Ursiano se volvió hacia el río y miró la corriente.

—Podrían haber ido hacia Metellinum.

Emilio no había pensado en ello, pero si Ursiano los seguía por el camino hacia Metellinum sería aún mejor. Eso les permitiría alejarse cada vez más de Coninbriga.

—¿Qué estás pensando? Tú sabes dónde están, Rufo. ¡Habla! —aulló.

—No lo sé, créeme —le respondió el soldado, tratando de levantarse.

—Te haré hablar —gritó el oficial, asestándole un golpe en el rostro con la cáliga claveteada. Su actitud llamó la atención de los marineros que se agolpaban en los muelles para observar la escena.

Emilio perdió el yelmo en el impacto y permaneció en el suelo con un sutil hilo de baba roja bajándole por los labios entreabiertos. En aquel momento llegaron los exploradores a caballo que Ursiano había hecho llamar y el centurión mandó a dos al norte y a dos al sur. El quinto fue destinado más allá del río, hacia las tierras del rey Avaros, en dirección a Coninbriga, precisamente adonde se habían dirigido los Frauca. El sexto, el último, recibió la orden de ir en busca de Lucio Fufidio con un despacho redactado a toda prisa, informándole de la situación y de la necesidad de

recibir, con la máxima urgencia, un contingente de hombres a caballo.

Emilio se levantó con esfuerzo mientras, aturdido, oía que uno de los caballos de los exploradores subía a la barcaza.

—Si me dices dónde está no te mataré ni tocaré a esa puta mocosa. De lo contrario, ruega para que no la coja nunca, porque la haré morir ante tus ojos después de haberme divertido.

—Ya te he dicho que no sé dónde está —aulló Emilio—. ¡No lo sé!

—Lo sabes. Tú mandaste al esclavo hacia el norte. Tú escribiste el mensaje.

Rufo miró al centurión, que finalmente había descubierto sus cartas.

—Leías los mensajes de Crixo.

—Claro, idiota, Crixo trabajaba para mí. ¿O acaso creías que me fiaba de ti? Los he leído todos, incluso los que eran tan amorosos. La chiquilla estaba enferma de amor por ti y para sobrevivir no debía curarse. Yo la curaré, ya verás.

—Eres un cabrón.

—¿Cabrón? Aún no me conoces, no sabes de lo que soy capaz, *tiro*.

—Tienes razón —dijo Emilio con sequedad, limpiándose el labio de sangre—. Envié a Crixo a Metellinum porque allí hay arcones llenos de oro tan pesados que no pueden ser transportados sin un carro —gritó—. Tú te habrías quedado con los arcones y yo con la muchacha.

—Otra de tus invenciones.

—¿No lo entiendes? Pesan tanto que no habrían podido marchar deprisa, habríamos podido seguirlos a distancia y nos habrían conducido a Frauca.

—Bravo, has dado en el blanco; ahora Crixo ha desaparecido al norte y ellos han escapado durante la noche.

—Eso me exculpa.

Ursiano examinó a Rufo.

—Eso me exculpa, todo lo que quería era la muchacha, y como ves he obtenido justo lo contrario de lo que me proponía. ¿Qué objetivo tendría, entonces?

El centurión escrutó con aire inquisitorio, en el que se mezclaban el odio y la desconfianza, los ojos de su recluta.

—Podrías estar tan estúpidamente enamorado como para haber decidido sacrificarte y así protegerles la fuga.

—¿Tan enamorado como para quedarme aguantándote?

La voz de Decano, que llegó junto con los del *contubernium* y Tito Clodio Optato, interrumpió la conversación. Ursiano dio de inmediato las disposiciones. Optato tomaría el mando de Castra Caecilia fingiendo que no habían vuelto.

—Emprenderemos camino hacia el sur, en dirección a Felicitas Julia —dijo vuelto hacia el anciano centurión—. En cuanto lleguen los jinetes de Fufidio envíalos en esa dirección.

—Así se hará, Lucilio.

—He ordenado a los exploradores que vuelvan al fuerte al atardecer para ponerte

al corriente de la situación; envíalos también a ellos por ese camino para tener inmediatas novedades y a dos de ellos para avisar a Avaros de que tenga los ojos abiertos. Estamos buscando a unos enemigos de Roma, que no pueden ser alojados. Debería ser lo bastante prudente como para entenderlo.

Tito Clodio asintió.

—Si han huido por el río o a pie deberías alcanzarlos durante el día.

—También yo lo creo —respondió Ursiano antes de señalar a Rufo a Clodio—. Coge sus armas, él seguirá desarmado. Llevará su bagaje y el mío.

Todos volvieron los ojos hacia Emilio, que tenía el rostro sucio de sangre. Hubo algunos instantes de vacilación en los que Ambato intercambió una mirada con su amigo tratando de entender. El anciano centurión se acercó e hizo señas al muchacho de que le diera lo que Ursiano había ordenado.

Humillado, Rufo obedeció y entregó el gladio y el *pugio*.

—*Celtiber*, abre la columna —ordenó Lucilio Ursiano—, yo estaré en el centro después de Rufo, y Decano cerrará la marcha.

Hizo una señal de saludo a Optato y echó a andar.

Ambato se puso a la cabeza del grupo por el camino que bordeaba el río y avanzaron hacia Felicitas Julia. Ursiano ordenó que aumentaran la velocidad y muy pronto el grupo se encontró marchando a paso sostenido sin sentir la fatiga. Los adiestramientos del centurión habían producido buenos frutos. Nadie habría podido mantener ese ritmo durante tanto tiempo, salvo los *mulos de Mario*.

Bastó distribuir para cada uno la ración de *panis militaris castrensis*, un pan negro muy nutritivo, y un sorbo de *posca* para reconfortar a los soldados después de casi tres horas de camino. Luego reanudaron la marcha hacia el sur y poco después detuvieron una barcaza que viajaba en dirección opuesta. Sin muchas ceremonias Ursiano requisó la carga e hizo preguntas al timonel sobre los encuentros que había tenido a lo largo del camino. Confiscó la harina, que cargó sobre las espaldas de Rufo, y ordenó que continuara la marcha.

—No me eres de ninguna ayuda, *tiro*, lo sabes, ¿verdad?

El muchacho, con el rostro sudado, se volvió hacia el centurión.

—¿Qué quieres decir?

—Tenías que traerme a Frauca y no lo hiciste; tenías que hacer hablar a la hija y no lo hiciste; tenías que haber evitado su fuga y no lo hiciste.

—Lo intenté —replicó el muchacho mirando hacia delante mientras marchaba con su pesada carga—; no es culpa mía que Frauca quisiera permanecer en Felicitas Julia.

—En efecto, si un plan no funciona como estaba previsto hay que cambiarlo al instante y buscar otro modo de conseguir el mismo objetivo. Mi plan ha cambiado.

De nuevo Emilio se volvió hacia el oficial.

—¿O sea...?

—Desde luego, no mereces un premio por cómo has llevado el asunto. Olvídate

de tu amiguita.

Rufo acusó el golpe, pero sabía muy bien que no podía esperar nada mejor de Ursiano. Por lo demás, su tarea era alejarlo de Lavinia, hacerlo de modo que no la alcanzase.

—Me divertiré con ella antes de venderla como esclava en un burdel de Massilia.

La imagen sonriente de la joven volvió a la mente de Emilio. Recordó su encuentro en el almacén, los besos y las caricias; su llanto cuando se habían despedido en el río. La idea lo torturaba y un vértigo enloquecido le agarrotó los músculos de los brazos y apretó los dientes. Por un instante imaginó que se volvía y, con una de sus dos *furche*, golpeaba con violencia el rostro de Ursiano. La simple idea de matar al centurión le provocaba una especie de éxtasis eufórico. En ese momento lo que sentía era cólera, un odio sombrío e insaciable; la idea de que aquel hombre podía hacer daño a Lavinia lo cegaba, pero estaba desarmado, exhausto y cargado con el bagaje.

De todos modos, el *centurio* tenía razón: si un plan no funcionaba había que cambiarlo, y en aquel momento la mejor solución para retrasar la caza de los Frauca era eliminar a Ursiano, aunque esta decisión comportara que él corriera su misma suerte. Decano no vacilaría en matarlo y quizá tampoco los otros del *contubernium*.

—Quiero tirármela en su lecho de seda perfumado.

Rufo se volvió para mirar de nuevo al oficial, que se mantenía a distancia. Estaba demasiado lejos, habría de aflojar el paso para tenerlo más cerca. Decano marchaba tres legionarios más atrás, pero en un instante lo tendría encima. Se volvió de nuevo y miró hacia delante. ¿Qué haría Ambato?

Rufo observó a su amigo, que abría la columna, y consideró que Ambato intervendría para salvarlo y moriría por ello.

—¡Allá abajo! —aulló Ursiano, deteniendo las especulaciones mentales del muchacho—. Bajo aquellas plantas hay algo. Celtíbero, ve a ver qué es.

Ambato miró a Ursiano inclinando la cabeza de lado.

—Pero... es al otro lado del río, *centurio*.

—Deja las armas, el yelmo y el *subarmalis*, deprisa.

—Necesitas un buen baño, hispánico —espetó Decano desde el fondo de la columna—. ¡Apesta como una cabra! —concluyó, provocando una carcajada general.

*Celtiber* se desvistió y entró en el agua de mala gana, bajo la mirada severa de Ursiano.

—¡Muévete! Si lo que veo debajo de esas matas es una barca también nosotros pasaremos el río.

Todos apoyaron en el suelo los *impedimenta* y se quedaron mirando a Ambato. Emilio aprovechó el momento de distracción del grupo para examinar la situación. El centurión se había acercado al borde del sendero para seguir la travesía de Celtíbero y le daba la espalda; los demás se habían puesto a charlar y Decano vaciaba la vejiga

poco más atrás.

Ursiano aferró la cantimplora y la abrió mientras Ambato estaba en la mitad del curso de agua. Emilio tendría que dejar caer la carga que le estorbaba, alcanzar al oficial, extraer su gladio y asestarle el golpe antes de ser alcanzado por los otros. No era sencillo y si fracasaba todo estaría perdido, él moriría y Ursiano quedaría libre de acosar a Lavinia.

Una gota de sudor bajó, lenta, por la espalda del muchacho. Su mano apretó con fuerza la horquilla de la carga, luego deslizó lentamente al suelo el bagaje mientras la adrenalina corría por la sangre hasta el cerebro.

—¡Lo sabía! —exclamó Ursiano apretando el puño—. ¡Es una barca, joder! —dijo volviéndose hacia Emilio, que se sobresaltó—. Nadie te ha dicho que dejes el bagaje,  *tiro*.

Visiblemente desconcertado, Rufo bajó la mirada y se inclinó para recoger los  *impedimenta*.

—Esos desgraciados han hecho un tramo de río y luego se han dirigido al norte. A las tierras de los lusitanos. Decano, que traigan esa tinaja, atravesaremos el Tagus.

El veterano echó un vistazo al río.

—Es peligroso ir a sus tierras,  *centurio* —señaló—, solo somos nueve.

—Ocho —puntualizó Ursiano—, el  *tiro* está desarmado.

—Ocho o veintiocho, tanto da. Conviene atravesar el río con la fuerza de una centuria, al menos.

—Te haces viejo, Decano. Ochenta o uno, tanto da. Nosotros somos Roma. Algo increíblemente inmenso para estos cabreros.

—Podría no ser su barca.

—Claro, aquí todos se divierten bajando del río y abandonando barcas en la orilla —sentenció el oficial, sarcástico.

—Sí, pero...

—Ya he oído bastante. Coge las armas de Ambato y carga su bagaje sobre nuestro mulo —dijo, refiriéndose a Rufo—. Bajemos al río, una palabra más y alcanzas al ibérico a nado.

La pequeña embarcación tuvo que hacer dos viajes para llevar su carga de legionarios hasta la orilla opuesta del río. Cuando Emilio puso el pie en ella maldijo para sus adentros la ingenuidad de Temistio, que la había abandonado sin esconderla cuidadosamente, como habría debido. En el fango de la otra ribera el centurión encontró sin esfuerzo las inconfundibles huellas del paso de un pequeño grupo de personas. El preceptor de Lavinia se había equivocado de amarre, superando con mucho el desvío hacia Mons Herminius, y estaba demostrando ser una presa muy predecible.

Ursiano era un hombre experimentado, excelente cazador, pero también era el

único del grupo que tenía un interés personal en la empresa. Emilio sabía que liquidado él, los otros volverían atrás sin vacilar. Intercambió una mirada con Ambato, que se estaba vistiendo, y se le ocurrió una idea. Quizás era más fácil coger el arma de su amigo que tratar de apoderarse de la del centurión. Celtíbero no opondría resistencia, pero los dos tenían que encontrarse cerca el uno del otro.

—¡En marcha, rápido! —ordenó Ursiano, poniendo en movimiento a los suyos después del desembarco.

Los hombres remontaron la orilla empinada bajo la guía del centurión, que había pasado al mando por delante de Ambato. Eso dejaba mayor libertad de movimientos a Rufo, que se encontró solo en medio de la columna. Decano cerraba la fila y miraba con recelo en torno, receloso de aquella marcha por territorio lusitano.

Continuaron a paso sostenido a pesar de que estaban fuera de los senderos trillados. Se abrían camino entre la hierba alta y los arbustos y a menudo Ursiano volvía sobre sus pasos en busca de huellas.

—¡*Centurio!*

El oficial levantó la cabeza y se volvió hacia Decano, que lo había llamado.

—Alguien nos observa, más allá de esa cresta.

Todos se detuvieron escrutando la colina que el veterano había señalado.

—No distingo nada.

—Lo he visto, *centurio*.

—Está bien, sigue vigilando esa ladera. También vosotros, todos alerta, indicad cualquier movimiento. ¡Ánimo, adelante!

Rufo se puso de nuevo su carga a la espalda con una mueca. El equipaje empezaba a producirle dolor en los hombros y las piernas le pesaban cada vez más. Otra vez hubo un intercambio de miradas con Ambato, pero no encontraron la ocasión de acercarse; continuaron la marcha sobre el terreno que se hacía cada vez más duro y accidentado. Lejos del río la vegetación era mucho más seca y resultaba más difícil seguir las huellas.

El perfil lejano del Mons Herminius, con las colinas de minas abandonadas, donde los hombres de Frauca debían encontrar a Lavinia y su familia, se recortó en el cielo. A pesar de la aparente cercanía, Rufo calculó que se necesitaría otro día entero para alcanzarlas y, de seguro, Temistio no impondría a su comitiva los ritmos de marcha de Ursiano. A aquel paso el centurión atraparía a los fugitivos aun antes de la llegada de los jinetes de Fufidio.

Confió en que el preceptor griego encontrara un buen refugio para la noche sin dejar más señales y que no tuviera la desastrosa idea de encender un fuego, luego apartó la mirada de los montes y la dirigió, con todo su odio, al centurión. No veía alternativa: debía acabar con él.

Aquel pensamiento lo acompañó paso a paso hasta que, exhausto, al atardecer, entrevió a lo lejos entre los últimos rayos de sol la estela de polvo de un jinete que avanzaba por la línea del horizonte.

—Es nuestro explorador que vuelve al campamento. Está siguiendo el camino que conduce al río —exclamó Ursiano, llamando a Decano—. Enciende el fuego, debemos hacernos notar.

—Estamos lejos y...

—¡Muévete!

El veterano cogió el pedernal y la yesca, y se inclinó para encender el fuego.

—Ayúdame, Ambato, pon hierba seca. ¡Rápido! Y tú, Rufo, tráeme mi equipo.

Emilio asintió y se acercó, intentando mantenerse junto a Ambato para tener la oportunidad de echar mano de su arma.

—Deja los bagajes, *tiro*, y ve con los demás a buscar ramitas —ordenó, señalando una mata a unos cincuenta pasos.

En pocos instantes, Decano encendió el fuego, sobre el cual fueron colocando ramas secas, y muy pronto la pequeña llama se convirtió en una hoguera visible a gran distancia. Tras alejarse del intenso calor, los hombres se sentaron en el suelo y bebieron los últimos sorbos de las cantimploras.

—¡En marcha! —ordenó Ursiano.

—Si nos movemos, el explorador podría no hallarnos —dijo el muchacho.

—No, si vamos a su encuentro.

—Los hombres están cansados, *centurio* —añadió Decano.

—¡Yo decido cuándo están cansados! —atónó el centurión.

El veterano sostuvo por un instante la mirada del oficial, luego se levantó del suelo y recuperó su equipo. Echó un vistazo a los otros, que ocuparon su posición detrás de él. Emilio cargó sus fardos con la garganta ardiendo de sed, mientras Ambato pasaba lentamente a su lado antes de recuperar su posición al frente de la columna.

Rufo miró de nuevo las colinas y las cumbres que las rodeaban. Si Ursiano había decidido ir al encuentro del explorador significaba que sería difícil, o incluso imposible, seguir las huellas; quizás incluso ya las habían perdido. Confió en la buena suerte.

El explorador había visto la señal y había cambiado de dirección saliendo del sendero que lo habría conducido al río. Había seguido la luz del fuego mientras alrededor todo se hacía oscuro y gris, y había entrevisto a los hombres de Ursiano que, a lo lejos, iban a su encuentro.

—Deja de gimotear —dijo al chiquillo que caminaba delante de él con las manos atadas con un lazo—. Debería haberte liquidado también a ti, a esta hora el caballo aún tendría fuerzas.

Cneo Segundo Frauca, con el rostro contraído por la desesperación, aspiró por la nariz. Ya había llorado todas las lágrimas que tenía y en aquel momento se habría desplomado en el suelo para no volver a levantarse, pero el hombre a sus espaldas ya

había dado muestras de su crueldad y no se lo pensaría dos veces antes de matarlo.

—¡Cállate, te he dicho! ¡Cállate!

El niño se tragó el llanto e intentó no hacer ruido, mientras el jinete aguzaba los sentidos para identificar a los hombres que estaba buscando.

—Has tardado mucho en llegar —exclamó Ursiano, apareciendo a pocos pasos, encima de una peña.

—Creo que he exigido demasiado al caballo, *centurio*.

De un salto el oficial estuvo en el suelo y alcanzó al explorador, mientras en torno las sombras de los hombres de su comitiva se materializaban en la oscuridad.

—¿Ha valido la pena?

—Diría que sí, te entrego al hijo de Frauca.

El oficial echó un rápido vistazo al niño y luego se volvió con mirada indagadora al jinete, que le tendió una alforja.

—Aquí dentro están los documentos que llevaba consigo su sirviente, el griego. Ha intentado escapar y luego ha opuesto resistencia, farfullando amenazas.

—¿Dónde está ahora?

—En el Tártaro. No me quedó más remedio que eliminarlo, habría podido causar problemas.

Rufo sintió que el corazón le daba un vuelco. Temistio muerto, Cneo Segundo conducido como un esclavo. Contuvo la respiración, pendiente de los labios del jinete.

—¿Y las mujeres?

El explorador sopesó un collar antes de entregarlo al centurión.

—Las he dejado a la entrada de una gruta a tres horas de camino de aquí.

—¿Qué quiere decir que las has dejado?

—Tenemos al niño, no escapan; la madre se haría matar antes que abandonarlo —dijo pasándose la mano sobre los profundos rasguños que le marcaban el rostro—. Además, están atadas.

—Espero que sepas lo que has hecho, porque si mañana no las encuentro donde las has dejado, te romperé la espalda con esta vara.

—Son dos aristócratas, *centurio*, esas no han puesto el pie en el suelo más que para bajar de unas parihuelas. Se perderían después de diez pasos y después de veinte se pondrían a gritar.

—¿Cómo te llamas?

—Druso, señor.

—Bien, Druso, vuelve a montar y ve donde ellas. Enciende una buena hoguera e indícanos el camino; dentro de tres horas te habremos alcanzado.

Un rumor serpenteó entre los hombres.

—*Centurio*, el caballo está agotado, ha corrido todo el día, no ha bebido y...

—¡Monta, he dicho!

Rufo dio algunos pasos acercándose al pequeño Frauca, que parecía aún más

menudo.

—Soy yo, Cneo Segundo, soy Emilio, no temas.

El niño empezó a sollozar.

—¿Te ha hecho daño? ¿Estás herido? —le preguntó, arrodillándose a su lado.

El pequeño sacudió la cabeza con la mirada aterrorizada.

—Tranquilo, estás conmigo, verás que todo va bien. ¿Mamá y Lavinia se encuentran bien?

La pregunta quedó suspendida en el aire porque Ursiano se puso a aullar blandiendo su vara.

—¡No me interesa ese jodido caballo, mávalo si quieres, que reviente, pero encuéntrame a esas dos mujeres o serás tú el que acabará mal! Idiota, no deberías haberlas dejado. *Irrumator*.

El jinete volvió a montar con un movimiento fulminante, disimuló un gesto de ira tirando de las riendas y partió al galope.

—¡En marcha!

Los hombres vacilaron antes de ponerse en fila. Ursiano se volvió lentamente y observó sus sombras.

—Habrá un premio para todos cuando este asunto haya terminado, os doy mi palabra. ¡Ahora, moveos! —ordenó, seco.

—*Centurio*, el niño no puede más.

Ursiano miró la sombra de Emilio inclinado junto al pequeño.

—Siempre puedes llevarlo a la espalda, *tiro* —replicó con aire provocador.

—Lo llevaré yo —intervino Ambato.

—Dime, *Celtiber*, ¿qué te pasa por la cabeza? —preguntó el centurión.

—Venga, es un chiquillo y todos sabemos las cosas que debe de haber visto hoy.

—¿Te has vuelto tierno, ibérico? Es un Frauca.

—Estamos actuando como si Frauca ya hubiera sido procesado y condenado —intervino Emilio—. Pero si al final resulta inocente nos hará matar a todos, uno a uno —dijo con tono grave, para sembrar la discordia entre los hombres.

—¿Qué estás diciendo?

—Por lo que sabemos, nuestro hombre está en condiciones de reclutar un ejército con su patrimonio, imaginémonos una decena de sicarios.

—¡Frauca ya no es nada! —aulló Ursiano—. Así que este mocoso ya no es nada. ¿Me has oído, Cneo Segundo? Tu padre es un enemigo de Roma, un muerto que camina, ya no puede hacer nada por ti. Desde hoy eres un esclavo, serás vendido en un mercado y acabarás *ad metalla*, cavando en busca de plata por las angostas galerías de una mina mientras tengas fuerza. Y luego, cuando ya no seas útil, te echarán en un rincón y te dejarán morir de hambre.

—¡Basta! —rugió Emilio mientras el niño rompía a llorar desconsoladamente.

—¿Basta? —El oficial se abalanzó sobre Rufo levantando el *vitis* para golpearlo cuando recibió un puñado de arena en el rostro. El *tiro* se levantó, fulminante, y

aprovechó el momento de dificultad para darle en la cara con el palo de la *furca*.

—¡Maldito hijo de perra! —aulló Decano dejando caer su bagaje para extraer la espada. El veterano saltó contra el muchacho, pero en su ímpetu tropezó con una sombra que lo golpeó en la cara haciéndolo tambalearse. Cayó de rodillas como una bestia sacrificial, sintiendo que la sangre le llenaba la boca y una punzada de dolor que le impedía abrir los ojos.

—¡Quietos! —aulló Ambato a los demás después de haber pegado a Decano con el escudo.

Marciano, el segundo más antiguo del *contubernius* extrajo la espada y la apuntó hacia el celtíbero con una mueca.

—Tira el arma y quizá te salves.

Otros dos hombres dejaron los equipos para extraer las armas, mientras el pequeño Frauca aprovechaba el momento para alejarse en la oscuridad. Marciano aulló a los hombres que se ocuparan de Ambato y se lanzó sobre Emilio, quien se había arrojado con las manos desnudas sobre Ursiano para apoderarse de su arma. Le atizó una patada para alejarlo del centurión, pero una vez más Celtíbero intervino con un violento golpe de escudo que hizo desplomarse al atacante. Uno de los legionarios, que estaba llegando en su ayuda, emitió un alarido gutural antes de derrumbarse en el suelo como si hubiera tropezado con algo que se había materializado en la oscuridad. Los otros lo miraron, tratando de entender qué había sucedido, mientras Ursiano aprovechaba el momento para soltarse y extraer el gladio, que le fue arrebatado de inmediato por otro embate del escudo de *Celtiber*. El recluta no quería matar a su oficial y aún menos a sus compañeros, y con mente lúcida intentaba evitar el uso del gladio. Así pues, no asestó el golpe de gracia como habría querido y el centurión rodó, desarmado, con un gruñido de dolor.

Un sonido metálico estalló sobre el yelmo del segundo legionario que estaba llegando y el hombre cayó hacia delante con las manos en la frente. Alguien estaba acribillando a los legionarios con precisos tiros de honda.

—¡Vámonos, levántate! ¡Levántate, maldición! —aulló Ambato a Rufo, que se puso a gatas, mientras el mundo a su alrededor parecía girar como en un torbellino. Mascó tierra y sangre mientras intentaba encontrar un punto de apoyo y oyó un grito proveniente de la oscuridad, un rumor confuso de lucha y el llanto de Cneo Segundo.

Un brillo desenfocado tomó forma a poca distancia entre la grava oscura. Era el pomo de plata de Ursiano. Emilio lo aferró con una mueca, mientras a su lado Ambato golpeaba nuevamente a Marciano, que quedó sin sentido en el suelo.

—¡Levántate! —aulló de nuevo Celtíbero a su amigo, antes de volverse y tropezar con el rostro de Decano, cubierto de sangre.

El veterano sonrió dejando al ibérico petrificado mientras la hoja del gladio rasgaba las mallas metálicas de la lorica y se hundía en el estómago. Ambato abrió la boca, dejando volar su soplo vital sin emitir un lamento. Soltó espada y escudo para coger la mano de Decano, que había empujado hasta el fondo el hierro.

—¡Te he jodido, bastardo!

El muchacho se dobló sobre el poderoso antebrazo del legionario.

—¿Sientes que te estoy matando? —le susurró al oído mientras retorció el gladio en el vientre—. ¿Lo sientes?

La pregunta se desvaneció como un eco lejano, llevándose cansancio, dolor, frío, miedo y vida.

Emilio limpió la sangre con el dorso de la mano y apuntaló la espada para levantarse. Su mirada trataba de enfocar las cosas a su alrededor. Encontró la silueta de su amigo, que se tambaleaba. Aguzó la vista y sintió un vacío en el pecho cuando vio la hoja que salía de la espalda de Ambato.

—¡Celtiber! —gritó, antes de que este cayera al suelo revelando la figura de Decano, que blandía el arma con una carcajada complacida.

Con un alarido de desesperación, Rufo se abalanzó sobre el veterano, asestando un mandoble y esquivando otro. Los dos se encontraron frente a frente, separados por el cuerpo yerto de Ambato. Emilio no pudo por menos de mirar angustiado la figura exánime de su amigo que, acurrucado, tenía las manos sobre la herida.

Decano aprovechó el momento para recoger con la velocidad de un predador el escudo del ibérico.

—Pronto lo alcanzarás —exclamó, poniéndose en posición de defensa.

De nuevo Emilio se lanzó como una furia, pero el viejo soldado conocía su oficio; esquivó el mandoble desplazando el peso del cuerpo y golpeó de vuelta con el escudo la cabeza del muchacho, que se tambaleó.

Los rumores se atenuaron durante un momento. Rufo oyó un silbido ensordecedor, se puso en guardia con las piernas flojas y vio el rostro de Decano que, burlándose, le hacía señas de que avanzara. Solo en aquel momento sintió un dolor en el hombro que le subía al cuello y se extendía, cada vez más, en punzadas hacia el cerebro. Se dio cuenta de que había sido rozado por la espada del adversario. Tragó, tomó aliento e hizo una finta, pero no sorprendió a su contendiente, que le dio nuevamente con el relieve del escudo en pleno rostro y lo derribó.

Oyó las palabras distorsionadas de Decano, que lo incitaban a levantarse, mientras durante un momento interminable buscaba, braceando, el gladio.

—En el próximo ataque te cortaré los tendones de las piernas. Quiero tenerte de rodillas antes de degollarte y ver cómo te ahogas en tu sangre.

Rufo se levantó, ofuscado, apretando el gladio, y sostenido solamente por la fuerza del odio buscó en la oscuridad la figura de su enemigo. Se volvió hacia un hombre envuelto en una capa que había aparecido de la nada y vio que atacaba a uno del *contubernium*.

—¡Estoy aquí! —aulló Emilio, arremetiéndolo—, ¡estoy aquí, cabrón malnacido!

Decano retrocedió un paso para ponerse en guardia, pero tropezó con el cuerpo de Ambato y perdió el equilibrio. Rufo agarró el borde del escudo, arrancándoselo, y con feroz encarnizamiento hundió la hoja delante de él. Recibió un cálido chorro y

tropezó a su vez mientras seguía dando golpes en el aire, invadido por un inhumano instinto homicida, hasta que, sin aliento ni fuerzas, se quedó jadeando, percatándose de que Decano estaba inerte y ya sin rostro.

Había aprendido a odiar.

Un estremecimiento lo sobresaltó, un conato de vómito lo sacudió y escupió saliva y sangre, porque no tenía otra cosa en el estómago. Sintió la punzada en el hombro y en el rostro mientras se le nublaba la vista. Por momentos el dolor se desvanecía y se perdía en un estado de confusión. Su cuerpo de repente le pareció pesadísimo y a punto de perder las fuerzas. En el mismo momento la sombra envuelta en la capa se inclinó sobre el cuerpo desvanecido de Marciano y lo degolló.

Emilio ya no aguantó y sus ojos se cerraron.

Un frío penetrante agitó su cuerpo quemado por la sed. Hojas de luz cegadora lo deslumbraron y lo arrastraron a pesadillas y alaridos bestiales. La mano de Decano emergió de los Infiernos para aferrarlo y tratar de llevarlo al mundo de los muertos, más allá de las turbias aguas del Estigio. El muchacho aulló intentando liberarse del dolor que le estaba lacerando el hombro.

—Cálmate, cálmate.

Un temblor atravesó el cuerpo de Emilio, produciéndole espasmos.

—Estate quieto y bebe, te sentirás mejor.

El agua le procuró cierto alivio en los labios aún entumecidos y los ojos se volvieron a habituar a la luz.

—Bienvenido de vuelta entre los vivos.

El muchacho parpadeó mientras el rostro de un hombre, de rasgos acusados y cabellos cortos y grises, adquiría lentamente forma:

—Yo... yo te conozco.

—Sí, nos vimos hace tiempo.

Entre las imágenes que abarrotaban la mente de Emilio, afloró el rostro de un hombre consumido, con los ojos hundidos y el rostro marcado por el sufrimiento. La mirada había cambiado, pero el hombre era el mismo; estaba sentado exactamente como entonces, con los brazos sobre las rodillas, pero esta vez no llevaba cadenas en las muñecas.

—Mecenas.

—Sí, Quinto Mecenas.

—¿Qué, qué haces aquí? —preguntó con una mueca de dolor, reparando en el aparatoso vendaje que le cubría el hombro—. Eras un prisionero.

—No soportaba la infamia de vivir como esclavo, así que con un grupo de temerarios busqué una muerte honorable intentando la fuga. —Hizo una pausa—. Aún no estoy muerto.

Emilio miró a su alrededor, confuso, y vio a Cneo Segundo, que dormía a su lado

envuelto en una capa.

—Ha estado despierto casi toda la noche —contó Mecenás—, ha tenido una jornada que no olvidará.

Ante aquellas palabras también Emilio lo recordó todo. Lavinia, Ursiano, Decano y Ambato. Con un esfuerzo se levantó, apretando los dientes, y el mundo giró vertiginosamente.

—Quieto, tienes mucha fiebre. Te he cauterizado el hombro, pero has perdido mucha sangre, necesitarás tiempo para recuperarte.

—¡Ambato!

—¿Tu amigo? Lo siento, pero está en los Campos Elíseos.

Rufo se quedó inmóvil, con la mirada vítrea fija en la nada. Recordó el enfrentamiento, la hoja ensangrentada, el cuerpo de su amigo en el suelo.

—¿Dónde estamos?

—Nos hemos alejado del lugar del enfrentamiento —dijo el soldado, señalando un estupendo semental que pastaba, maneado—. Pronto habría llegado alguien a buscar al grupo.

—No recuerdo nada —susurró Rufo, mirando la sangre coagulada que cubría parte del cuello del animal—. No puedo dejar a mi amigo así, no puedo —dijo tratando de ponerse de pie.

—Quédate ahí, descansa, ya no hay nada que puedas hacer por él.

—¡Sí que puedo! —gruñó apretando los dientes antes de desplomarse de nuevo, dolorido—. Puedo hacer, debo hacer una *laudatio funebris*, un elogio fúnebre —sollozó. Aun sabiendo que estaba reservada solo a las personas pudientes, él quería hacerlo, mientras una lágrima le surcaba el rostro sucio de polvo—. Puedo ofrecerle el óbolo para Caronte, ayudarlo a atravesar el Aqueronte.

—No estás en condiciones, quédate quieto.

—No puedo dejarlo vagar en las sombras.

Mecenás le indicó la ladera de una colina.

—Está por allí, a unas tres horas a paso normal. Pero en tus condiciones podrías tardar al menos el doble.

Emilio asintió y apretando los dientes se levantó, tambaleante, como si el terreno se moviera bajo sus pies. Sabía que no lo conseguiría, pero en aquel momento de escasa lucidez, cuando lo veía todo perdido, morir por Ambato parecía el único modo de saldar su deuda con él.

—¡Estúpido! —soltó Mecenás, después de algunos instantes—. ¿De verdad estás decidido a reventar? Eh, tú, ¿no me oyes? ¡Vuelve donde estabas y tumbate!

—No soy digno de continuar viviendo después de haber traicionado y quitado la vida a alguien de mi propio *contubernium*. No me queda más que lavar esta vergüenza y el deshonor con la muerte.

El veterano arqueó una ceja.

—Arrebataste la vida de quien mató a tu amigo. Lo hiciste para defenderte.

—He quebrantado el sagrado juramento.

—¿Y ellos? —preguntó Mecenas, levantando el tono—. ¿Acaso eran fieles a los principios de la legión o seguían los suyos propios? ¿En esto se ha convertido la legión? ¿En un grupo de asesinos dispuestos a matar a un chiquillo? ¿A encadenar a su familia? ¿A disfrutar con el hecho de convertir en esclava a su hija y de matar impunemente a sus sirvientes? Porque si es eso, entonces no me interesa el sagrado juramento. No es así como lo concibieron los Padres, estoy seguro. Y entonces que se jodan; han tenido la suerte que merecían, los cuervos picotearán sus ojos.

Emilio lo miró con tristeza.

—Vuelve a descansar, iré yo a recuperar el cuerpo de tu amigo —dijo el soldado, bajando otra vez el tono.

—¿Por qué? ¿Por qué habrías de hacerlo?

—Porque... porque es lo correcto —respondió—. No ha habido un año de servicio en que no haya desvestido, lavado y preparado a un amigo para el último viaje —dijo, invitando al muchacho a volver al catre—. No he dejado a nadie atrás y sin moneda, ya fuera en el campo de batalla o en el camastro. A nadie. Porque nosotros nos ocupamos de nuestros hermanos en la vida y en la muerte. Así lo hacemos nosotros.

El muchacho tragó, con los ojos brillantes, y volvió sobre sus pasos. Alcanzó la manta y se dejó caer sin fuerzas, presa de escalofríos.

—¿Por qué estabas allí aquella noche? ¿Por qué estás aquí ahora? —preguntó con amarga curiosidad.

—Trabajo para Frauca —respondió Quinto—. Voy siguiéndote desde que saliste de Felicitas Julia.

—¿Fruca? ¿Por qué?

—Porque quería asegurarse de que no estabas aliado con Ursiano, quería asegurarse de que eras sincero y fiable. Si descubría que no era así, primero debía matarte a ti y luego intervenir para tratar de salvar a los suyos. Por desgracia, solamente lo he conseguido con Cneo Segundo.

Con las últimas fuerzas Rufo buscó con la mirada los perfiles de los montes.

—Lavinia, ella y su madre... —dijo.

—Ya no podemos hacer nada. He identificado a un grupo de jinetes a lo lejos que se dirigían hacia Mons Herminius.

—¡No, yo iré allí! —exclamó el muchacho.

—Es imposible que llegaras, incluso sin heridas. La única esperanza es que los hombres de Frauca las hayan encontrado antes que ellos.

—¿Estás seguro?

Mecenas observó la cima del monte.

—No, es un deseo.

—¡Debías ir donde ellas!

—No habría podido solo y, además, mi cometido era seguirte e intentar retrasar a

Ursiano en su búsqueda.

—No lo has retrasado demasiado.

Quinto lanzó una mirada penetrante al muchacho.

—En mi opinión, los perseguidores ya no existen. Solo se ha salvado uno.

—¿Quién?

—El centurión.

Rufo esbozó una mueca de despecho y de dolor al mismo tiempo.

—Ha logrado escabullirse durante el enfrentamiento.

—¡Era el primero que debería haberse reunido con sus antepasados! —soltó el muchacho.

De nuevo el viejo soldado lo miró con aire torvo.

—¿Por qué no has pensado tú en abatirlo?

—¿Pero no lo has visto? Tenía encima a Decano. ¿No lo has visto?

—¡Lo he visto, lo he visto! Golpes inútiles y embates insensatos. Luchabas con odio y sin juicio, parecías un bárbaro. Si hubieras usado el cerebro habrías podido eliminarlo en el primer embate y luego habrías podido perseguir al centurión. Yo, solo, he liquidado a cuatro, cinco con el que he tirado al suelo.

Aquellas palabras turbaron al muchacho, que se quedó en silencio. Ese hombre le había salvado la vida, pero también había aniquilado sin ayuda a todo el *contubernium*: el taciturno Sabino, Fusco, el achaparrado y forzado Apidio Bajo, Marco Crispo y el viejo Marciano.

Ya no estaban, y con ellos se había marchado también Celtíbero, el muchacho de corazón de oro. Bajó la mirada y guardó silencio, sintiéndose compungido, vacío, desolado.

—En cuanto pueda caminar volveré al campamento y buscaré a Ursiano.

—No llegarás a verlo.

—No importa, mi vida terminó ayer por la noche.

—También yo lo pensaba cuando me cogieron, pero no ha sido así. Mientras vives, puedes luchar. No existe el fracaso mientras sigas intentándolo.

—Solo quiero la muerte de Ursiano.

—¿Quieres morir o quieres la muerte de Ursiano? —preguntó Mecenás, desenfundando el gladio y ofreciéndolo al muchacho—. Si quieres morir apúntalo hacia el vientre y déjate caer encima de él.

Rufo contempló la espada que tenía entre las manos.

—Estoy dispuesto a dar la vida con tal de verlo muerto —dijo con tristeza, razonando.

—Eso es distinto. En ese caso ante todo debes vivir. Debes superar el dolor que sientes. Ayer por la noche viste el abismo, desde hoy debes remontar la cuesta y perseguir tu objetivo.

La mirada del muchacho se hizo líquida mientras el rostro de Mecenás se acercaba hasta llegar a un palmo del suyo.

—Te estoy pidiendo mucho más que la muerte. Te estoy pidiendo la vida, te estoy pidiendo que escupas sangre, que aprietes los dientes, que creas en cada instante de tu existencia.

Una lágrima recorrió el sucio rostro de Rufo.

—Sé que lo harás, no tienes más que seguirme.

—¿Seguirte?

—Sí, te llevaré donde un hombre que está viviendo lo mismo que tú. Un hombre que ha decidido no aflojar, combatir hasta el fin. Él podrá ayudarte.

Por un instante los escalofríos de la fiebre cesaron.

—¿Quién es ese?

—Quinto Sertorio.

Los ojos del muchacho se abrieron en una mirada de reverencial temor.

—Sertorio —balbuceó—. Él es un renegado, un traidor.

—¿Ves?, sois idénticos.

—Sertorio está acabado. Su flota se ha perdido en el mar después de que sus hombres fueran barridos por las legiones de Flaco y Annio.

—¡Yo, no! —atronó el soldado—. Por Júpiter. Yo estoy aquí. Sus hombres han sido vencidos con el engaño y con el asesinato de Salinator. Recuerda, a veces ocurre que la victoria no la consigue el más rápido... quien sigue corriendo.

Rufo se quedó impresionado por semejante información y recordó aquellos gélidos días en las montañas con Celtíbero. Recordó el contacto que había proporcionado a Ursiano y el asesinato del legado de Sertorio.

—Iberia está en manos de Sila. Aunque Sertorio consiguiera regresar se enfrentaría a fuerzas diez veces superiores.

—También los cimbros y los teutones eran diez veces superiores.

—Pero estos no son bárbaros, son romanos. Lo despedazarán.

—No es motivo suficiente para no intentarlo.

—Os matarán a todos.

—Yo ya estoy muerto, como tú —dijo Mecenas, poniéndose de pie—. No tengo nada que perder y quizá nada que obtener, pero sí mucho en que creer —concluyó encaminándose hacia el caballo.

—Mecenas.

El soldado se volvió.

—Esto te honra, como lo que has hecho por mí y por Cneo Segundo.

—Descansa.

—¿Adónde vas?

—A recuperar el cuerpo de tu amigo.

El último rayo de sol cortaba la oscuridad inminente, bañando aún de color las colinas circundantes. Mientras Emilio limpiaba con un paño mojado el rostro

ceniciento de Ambato, a poca distancia Mecenás excavaba una fosa lo bastante profunda como para acoger el cuerpo del joven.

Cneo Segundo estaba arrodillado al lado de Emilio y observaba la delicadeza con que Rufo lavaba aquel rostro relajado e inmóvil. El veterano los alcanzó, apoyó la pequeña pala en el suelo y observó las facciones de Emilio que, con profundo padecimiento, buscaba un contacto, un último toque antes del definitivo adiós. Se situó entre los otros dos, se limpió las manos en la túnica y acomodó la capa de Celtíbero.

—Ayúdame a recostarlo en la fosa.

Combatiendo la fiebre Emilio ayudó al veterano a depositar a aquel pobre y joven cuerpo en su eterna morada.

—Lo dejaremos vestido —dijo el itálico—, con todas sus pertenencias, para que pueda afrontar serenamente el viaje.

Emilio asintió, tranquilizado, por la guía de Quinto Mecenás.

—Ponle el gladio sobre el costado y acomódale bien el *focale* —dijo en tono paternal—, ayúdalo como siempre has hecho.

Emilio sintió que se le cerraba la garganta cuando sus manos ajustaron el *focale* en torno al cuello de su amigo. La emoción era tal que los dedos, temblorosos, se engancharon en un lazo de cuero. Rufo reconoció el colgante que llevaba su amigo, pero la tesela de la hospitalidad celtíbera en forma de mano ya no estaba. La tesela que el padre de la bellísima muchacha de Carthago Nova había regalado a Ambato.

—¿Qué pasa? —dijo Mecenás.

—Llevaba una tesela de hospitalidad en el cuello.

—Debió de perderla en el enfrentamiento. Además, en el lugar al que se dirige no va a necesitarla. Ahora ayúdame, debemos presentarlo a los dioses Manes.

El muchacho miró a Quinto con los ojos brillantes, sin saber qué hacer.

—Cuenta algo de él.

—Venía de Numancia —dijo con la voz rota—, la antigua capital celtíbera de la Hispania Citerior.

El veterano asintió.

—¿Cuántos años tenía?

—Tenía dieciocho años y... dos meses.

—¿Era un hombre valiente?

—Sí... lo era... Era fiel, bueno y justo. Era mi amigo y... yo lo lloro.

No sabía qué más decir y en aquel silencio había toda una parte de su vida que se estaba marchando. Las lágrimas le marcaron el rostro.

—Es justo que llores. Ten, ponle en la boca la moneda para pagar al barquero Caronte.

Rufo tomó la moneda y Mecenás le ayudó a realizar el triste y último acto, abriendo aquella boca cerrada como un sepulcro, antes de cubrirle la cabeza con la capucha de la capa.

—Ahora está listo.

Emilio ya no pudo contener el llanto. Cneo Segundo le cogió la mano, también él entre lágrimas. Ambos observaron los movimientos respetuosos y sagrados del veterano, quien ajustó el escudo con sosegada gravedad.

—Ayúdame a cubrirlo.

En poco tiempo la fosa desapareció. Mecenas colocó una piedra encima de la tumba de Ambato, indicó a los dos que cogieran un puñado de tierra y que se pusieran de pie.

—Mercurio —anunció solemne, levantando la mirada—, te confiamos a nuestro amigo Ambato, nacido en Numancia y muerto a los dieciocho años, en combate; acompáñalo con serenidad al mundo de los muertos. A ti, Dis Pater, ofrecemos su cuerpo, pero llevamos con nosotros su imagen y el recuerdo de lo que ha hecho en vida. Concede a su espíritu que atraviese el acceso al Hades, puesto que ha recibido los rituales honores fúnebres y tiene con qué pagar al barquero. Oh, dioses Manes, acogedlo benévolamente en vuestro misterioso reino cerrado a los vivos, donde permanecen las sombras. Proteged este sepulcro, porque desde ahora, quien ose violar esta tumba os ofenderá a vosotros mismos.

Hizo una pausa y luego abrió los brazos.

—¡Hombres! —exclamó—, sabed que Ambato está protegido por los dioses Manes. —Abrió el puño que sostenía la grava y dejó que la tierra se deslizara—. Escucha, Tellus Mater, madre tierra, desnudo suelo: Ambato ha vivido rápidamente entre nosotros, sé leve sobre él, como ha sido él contigo.

Emilio dejó caer su puñado y Cneo Segundo lo imitó.

—Ahora ya puedes estar tranquilo —le dijo Mecenas—. Tu amigo ha terminado de vagar entre las tinieblas.

## VII

# TINGIS

La fiebre siguió alta durante dos días. Finalmente, Mecenas decidió que ya no se podía esperar más, puso a Cneo Segundo y Emilio sobre el caballo y los condujo hacia Mons Herminius.

Los tres no pronunciaron palabra mientras avanzaban bajo la candente llamarada del sol. Compartían el trayecto, pero se hallaban en dimensiones distantes, cada uno absorto en sus pensamientos. Emilio oscilaba suavemente acunado por la marcha del caballo. Sentía un cansancio opresivo y su mente estaba invadida por numerosas imágenes que se superponían, fluctuando, emergiendo de la oscuridad para luego debilitarse. Veía el hermoso rostro de Lavinia, revivía su encuentro en el almacén de Castra Caecilia, luego aún mientras él y Ambato transportaban el tronco sobre los hombros y, por último, la tristeza de su despedida en el muelle y la desesperación de ella. Todo era confuso. De vez en cuando levantaba la mirada, herido por la cegadora reverberación del sol, para valorar la distancia de los montes, que parecían estar terriblemente lejos; luego, desconsolado, la bajaba. En aquellos momentos no podía dejar de pensar en Ambato, en su rostro contraído por la mueca de la muerte.

A última hora de la tarde el grupo remontó un precipicio y llegó a la inmensa cantera abandonada. Emilio se dio cuenta de inmediato de que Mecenas los había guiado hacia las minas bordeando las laderas septentrionales y evitando el sendero principal que conducía hacia Mons Herminius. Había tomado el camino más largo, pero indudablemente más seguro. Durante un momento Rufo pareció recuperarse, observando con atención la hondonada, pero no percibió ningún movimiento.

Mecenas volvió la mirada hacia aquella inmensa cuenca natural que se abría por debajo de ellos. Cneo Segundo señaló con su fino dedo un punto del camino que recorría el valle.

—El jinete de Ursiano nos sorprendió allí abajo —comentó con voz temblorosa.

—Acomodémonos para la noche —dijo el veterano, indicando la entrada de una galería de la mina abandonada—. Mañana intentaremos entender qué ha sucedido.

### Hispania Ulterior, Castra Caecilia

Hace días recibí una herida en la mano derecha durante un pequeño enfrentamiento, el médico ha entablillado el dedo roto y ha aconsejado reposo para una más rápida curación. Estoy en condiciones de sostener el *vitis*, pero de momento no la pluma. De todos modos, ese no es motivo suficiente para detener mi voluntad. He encontrado a alguien que escribirá el diario en el que seguiré

dictando mis memorias. A eso se debe la variación de letra y los frecuentes errores; la mano es distinta, pero sabed que el pensamiento seguirá siendo el mismo.

Este es el único hecho, por ahora, digno de mención, aparte de la afortunada caza de algunos renegados marianos que se ha resuelto de la mejor de las maneras.

Somos dueños de la situación: los bárbaros están tranquilos y Sertorio ha desaparecido.

Mecenas llegó al galope, detuvo el caballo y desmontó a pocos pasos de Emilio, que lo esperaba de pie en el acceso a la galería que se había convertido en su refugio.

—¿Entonces...?

El veterano sacudió la cabeza.

—Huellas de los hombres de Frauca, enviados a buscar a las mujeres, pero ni rastro de ellas.

—¿Y adónde se han dirigido?

—A los Campos Elíseos, supongo; los han despedazado, desnudado y dejado allí. Sin duda, fue obra de la unidad de caballería que avisté el otro día.

Rufo acusó el golpe de la noticia. Bajó la cabeza dejándose caer al suelo.

—Ursiano le había pedido jinetes y Fufidio lo ha contentado.

—A esta hora las mujeres ya serán prisioneras...

Mecenas se interrumpió al ver aparecer a Cneo Segundo en la entrada de la galería de la mina.

—¿Adónde las han llevado? —preguntó el niño con los ojos brillantes.

—No lo sé, hijo.

Emilio se acercó a él.

—Las encontraremos, verás.

—Las encontraremos, seguro —intervino el veterano—, pero ahora debemos reunirnos con tu padre lo antes posible.

—Entonces dejadme aquí —continuó Rufo—, solo soy un estorbo. Siendo dos, y con un caballo, podréis avanzar más rápidamente.

—No seremos los únicos en ir a Coninbriga. Vosotros me esperaréis aquí mientras yo voy a buscar a los otros. Volveré por la tarde y partiremos de inmediato.

—¿Los otros?

Mecenas no respondió, subió al semental lusitano y bajó al galope por el sendero.

—¿Tienes idea de qué está sucediendo? —preguntó a Cneo Segundo.

—No —respondió el niño, sentándose a su lado—. ¿Te hace daño la herida?

—Sí, pero el dolor físico no es nada.

Cneo Segundo asintió con tristeza y Emilio, para animarlo, le pasó el brazo por los hombros.

—Dime, ¿cómo es que tu padre conoce a Mecenas?

—Mecenas era uno de los centuriones de Livio Salinator, le hacía también de secretario y se ocupaba de los suministros. Por eso conoce a mi padre.

—¡Vaya! Livio Salinator...

—Sí, era como de la familia; mi padre siempre decía que era un gran hombre. Le ofrecieron a Lavinia como esposa poco antes de que fuera asesinado.

Rufo se estremeció. Sabía perfectamente que Salinator había muerto, asesinado a traición por Calpurnio, el centurión con el que habían contactado Ambato y él aquella noche en los Pirineos. El Hado había querido que Lavinia no se casara con aquel hombre y en cambio se enamorara de quien, inconscientemente, había desviado el curso de los acontecimientos.

—Tu hermana... ¿ha sufrido mucho?

—Mi hermana no lo quería, pero cuando supimos de su muerte tuvimos miedo.

—¿Por qué no huísteis?

—Mi madre no quería dejar a mi hermano.

Emilio asintió.

—Tu hermano mayor, el que fue secuestrado.

—Mi hermano no ha sido secuestrado.

—¿Cómo que no?

—Mi hermano es un jinete del séquito de Sertorio.

Rufo se quedó atónito. Aquellas pocas palabras del niño lo habían conmocionado. Hispánico y Fufidio tenían razón: Frauca podía considerarse a todos los efectos un enemigo de la República. No, desde luego, un nostálgico *populares*, sino un agente activo que empleaba a prisioneros itálicos como Mecenas.

—¿Dónde está tu hermano ahora?

—En África, con la guardia personal de Sertorio.

Emilio apoyó la cabeza contra la roca.

—Entonces siguiendo a Mecenas encontraremos pronto a tu padre y también a tu hermano.

El pequeño asintió.

—Todo volverá a ser como antes, ¿verdad?

—Lo intentaremos —respondió Rufo, incrédulo. Luego cerró los ojos debido al cansancio, o quizá por la incapacidad de encontrar una solución aceptable para conseguir la libertad de Lavinia.

El ruido de caballos al galope reclamó la atención de los dos que habían pasado el día en la galería abandonada. Emilio indicó a Cneo Segundo que permaneciera escondido y se acercó con cautela al acceso para ver quiénes eran los jinetes que llegaban. En la luz ambarina del ocaso reconoció la silueta de Mecenas a la cabeza de una decena de hombres. Desde aquella distancia, parecían lusitanos, no romanos.

El grupo remontó la pendiente y alcanzó en poco tiempo la galería. Rufo vio que traían dos potros, evidentemente destinados a él y al chiquillo. Se volvió y llamó a Cneo Segundo, que lo alcanzó.

Una ráfaga de polvo los embistió mientras los hombres detenían sus cabalgaduras a pocos pasos. Mecenias saltó de su semental, mientras el aire se llenaba del hedor del sudor de los caballos y de los hombres.

—¿Estás mejor?

—Estoy vivo —respondió Emilio.

—¡Coge tus cosas, rápido!

El joven soldado volvió atrás, se puso el talabarte tratando de no usar el hombro herido, acomodó la espada, cogió su equipo y salió de nuevo ante la mirada indagadora de los jinetes.

—No podemos esperar —dijo Mecenias—, tenemos que partir de inmediato. Algunos jinetes de Fufidio nos han precedido y se están dirigiendo a marchas forzadas hacia el norte, en dirección a Coninbriga.

—Nadie sabía que Frauca nos esperaba en Coninbriga.

—Es posible que lo hayan visto o que hayan hecho hablar a las dos mujeres.

Al oír tales palabras, Cneo Segundo se acercó a Emilio.

—Mi madre no hablaría nunca.

Mecenias asintió y poniendo una mano sobre el hombro del niño lo tranquilizó.

—Perdona, tienes razón; una madre no diría una sola palabra con tal de salvar a su hijo. Es probable que sea solo un manípulo que va en esa dirección. El hecho es que debemos actuar deprisa.

Uno de los jinetes se aproximó, dominando al grupo con su enorme mole. Miró a Emilio con dos ojos negros como la noche, encajados bajo unas densas cejas oscuras. Un soplo de viento movió sus rizos oscuros jaspeados de plata.

—¿Este es el silano? —preguntó, encorvando los labios bajo una tupida barba.

—Emilio, te presento a Arrio Lanato. No es como parece, al principio tendrás que acostumbrarte, pero luego seguro que te gustará.

—En el caso de que sobreviva.

—Sobreviviré, Lanato.

—Ya veremos, *sillanus* —dijo el coloso con una sonrisa sarcástica.

—No me llamo *sill*...

—Y este es Volsinio —intervino Mecenias, interrumpiendo a Emilio—, Claudio Julio Volsinio.

El hombre avanzó sujetando por las bridas a dos magníficos corceles. A diferencia del otro, este tenía el aspecto de un dios griego. A juzgar por su corpulencia era evidente que podía superar fácilmente cualquier fatiga, así como su rostro habría superado en apostura a cualquier hombre con el que se comparara. Examinó a Rufo con sus ojos verdes y después de una sonrisa de circunstancias le ofreció las riendas.

—Son los únicos dos itálicos del grupo, aparte de mí; todos los demás son lusitanos —explicó en voz baja el veterano.

—Nobles lusitanos...

—Te lo explicaré todo por el camino, ahora no hay tiempo.

Emilio miró a su alrededor. Todos eran guerreros espléndidamente equipados que montaban caballos de una belleza nunca vista. Los itálicos debían de ser, sin duda, antiguos legionarios de la misma ralea que Mecenas, de manera que quizá también ellos trabajaban para Frauca. Lanato le recordaba mucho a Decano: altanero, con ese fascinum de bronce que le colgaba del cuello. Volsinio, en cambio, parecía más gentil y cercano. Ambos llevaban, como para hacer ostentación de su procedencia, dos kardiohylakes, antiguas corazas trilobuladas que, con sus figuras elaboradas y apotropaicas, parecían casi un símbolo arcaico de pertenencia. Lusitanos e itálicos lo escrutaban con suficiencia. El motivo por el cual unos nobles lusitanos estaban en el séquito del veterano Mecenas seguía constituyendo todo un misterio.

—Vamos —dijo Volsinio—, debemos alcanzar la costa lo antes posible.

Mecenas asintió y ayudó al pequeño Frauca a subir a la silla, mientras Emilio intentaba acomodar su equipo sobre el caballo.

—Cabalgaremos de noche —dijo el veterano—. Aún tenemos tres días de buena luna para seguir la pista que va al norte.

—Seguir la pista puede ser peligroso. Podríamos encontrar exploradores...

—En ese caso seremos avisados oportunamente por las señales de fuego.

Emilio interrumpió lo que estaba haciendo y se volvió hacia Quinto Mecenas.

—Estamos de misión para el rey Avaros, muchacho. No hagas preguntas y monta, tendremos tiempo de hablar cuando nos encontremos en una nave en dirección a África.

Con esfuerzo, Rufo montó en la grupa de su corcel y le pareció reconocer un rostro. Era un jinete de largos cabellos corvinos que tomó posición delante del grupo dictando su marcha. Los lusitanos desfilaron uno después del otro, luego Cneo Segundo, Emilio, Mecenas, Volsinio y, por último, cerrando el grupo, el hosco Lanato.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el muchacho a Mecenas, señalando al primero de la fila.

—Se llama Viros, es el nieto del rey Avaros.

Ante aquellas palabras Rufo recordó el día en que registraron la aldea de Avaros y reconoció en Viros al orgulloso intérprete que desafiaba a Ursiano con la mirada. Apretando los dientes por el dolor siguió el paso sostenido de la columna, sintiendo un dolor lacerante a cada oscilación de su montura.

Cabalaron hasta el alba, luego hicieron una breve parada y de nuevo a caballo superaron el paso de Mons Herminius. Descansaron después de mediodía, a la sombra de una cresta de roca que dominaba toda la región circundante. Continuaron cabalgando en plena noche, hasta que llegaron al lecho de un río seco. Encontraron a unos pastores, que abastecieron a caballos y hombres de agua y comida. Emilio comprendió que los estaban esperando y que aquello no se debía a la casualidad. Durmieron bajo un grupo de encinas antes de reanudar el camino hacia Coninbriga,

que entrevieron a lo lejos al alba del tercer día, cuando el lusitano que guiaba el contingente levantó la mano y tiró de las riendas.

Mecenas lo alcanzó y este le indicó dos fuegos lejanos, mientras Emilio los observaba a ambos. Cuando pareció que los dos habían llegado a un acuerdo, Mecenas fue donde Emilio, dirigió una breve mirada al pequeño Cneo Segundo y a continuación tomó la palabra:

—Algo no cuadra. Los fuegos señalan la posición de soldados romanos. Hay uno en dirección a Coninbriga y otro sobre la costa.

—Podría ser una patrulla normal.

—Si encontramos a un pelotón de hombres podría producirse un enfrentamiento, que repercutiría sobre los habitantes. Los lusitanos no quieren arriesgarse.

—¿Entonces...?

—No iremos a Coninbriga, cortaremos hacia la costa. Al sur de la ciudad hay un pequeño amarre que usan algunos mercaderes del lugar para no pagar impuestos sobre las mercancías.

—¿Y mi padre? —preguntó Cneo Segundo, demudado.

—Contactaremos con él en cuanto sea posible.

Emilio intentó calmar a Cneo Segundo.

—Tú tranquilo, verás que todo irá bien. Tu padre sabe lo que hay que hacer, y cuanto antes lleguemos al mar mejor será para todos.

El niño no pudo más que consentir, pero en el fondo habría querido espolear el caballo en dirección a Coninbriga y abrazar de nuevo a su padre. Sin embargo, el miedo lo ataba indisolublemente a la fuerza de Mecenas y al afecto por Emilio.

Se pusieron en marcha. Los jinetes avanzaron, cautos, adentrándose en la oscuridad y después de algunas millas Rufo aflojó el paso para dejar que Cneo Segundo lo alcanzara. El niño lo miró y él le sonrió.

—Aguanta, dentro de poco todo habrá terminado.

Para cuando Emilio distinguió el amarre del que hablaba Mecenas estaba completamente exhausto. Se trataba de un pequeño muelle que entraba en el mar desafiando el inmenso azul. El sitio parecía abandonado desde hacía tiempo. Los lusitanos decidieron mandar a dos de los suyos de exploración: uno se dirigiría hacia Coninbriga y el otro hacia el sur, siguiendo la costa.

El resto del grupo buscó protección en el interior. Por la tarde los centinelas apostados en la cima de un cerro a poca distancia avistaron una nave de guerra de la flota de Cota.

—Hay movimiento, están patrullando la costa —dijo Mecenas, observando la vela.

Aunque a Emilio le costó creerlo y de hecho no podía estar seguro de ello, al ver la silueta, la vela y el color le pareció que aquella embarcación era precisamente la *Morena*, la nave que lo había llevado a Ebeso.

—¿Aún no han vuelto los lusitanos? —preguntó.

—No, regresarán por la tarde. Solo nos queda reposar.

Y las palabras de Mecenas se confirmaron después del ocaso, cuando el jinete que se había dirigido a la ciudad llegó a la carrera y se puso a hablar con los suyos. Rufo y Cneo Segundo esperaron a que Viros y Mecenas acordaran los pasos que debían seguir, y por último el veterano se dirigió a los suyos.

—Ese fuego delante de Coninbriga era una alarma. Nos están buscando, debemos marcharnos de aquí lo antes posible.

—¿Y mi padre?

—No estoy seguro, pero si los soldados de Hispánico nos esperan en Coninbriga, como creo, ya habrán requisado todas las naves mercantes fondeadas. Quizá tu padre haya logrado zarpar a tiempo, no hay forma de averiguarlo. Debemos navegar de inmediato hacia el sur.

Emilio miró a Mecenas, preocupado.

—¿Cómo lo lograremos, sin su apoyo?

—Encontraremos otra nave. Bajaremos hacia Felicitas Julia —dijo Mecenas mientras el pequeño Cneo Segundo era presa del desconsuelo.

—Pero... mi padre... —balbuceaba el niño.

—Todo irá bien —lo apaciguó Emilio, apoyándole una mano sobre el hombro—, tu padre no peca de imprudente, estoy seguro de que en este momento estará intentando organizar nuestra recuperación.

—Rufo tiene razón —confirmó el veterano—, pero ahora movámonos, debemos alejarnos de aquí aprovechando la oscuridad.

De nuevo montaron a caballo. Enfilaron hacia el mar y luego dejaron la costa a la derecha dirigiéndose hacia el sur. Por el camino hallaron al jinete lusitano que se había adentrado en esa dirección. Traía buenas noticias: una nave de pesca los esperaba en una aldea a dos horas a caballo.

El pelotón espoleó a los sementales ya cansados y alcanzó el pequeño y ruinoso conjunto de barracas, donde fueron acogidos por el ladrido de los perros y una comunidad de pescadores.

El jefe de la aldea fue a su encuentro. Era un viejo desdentado que llevaba su oficio en las ropas y en la piel. Ofreció, reverente, su homenaje a los nobles lusitanos y mostró al grupo de jinetes una destartalada embarcación. Viros miró al viejo y empezó a imprecicar contra él mientras los jinetes observaban indignados la barca.

—¿Qué pasa? ¿No quieren subir a la bañera? —preguntó, carcajeándose el corpulento Lanato.

—Hablan de los caballos —comentó Volsinio, observando cada movimiento—. El viejo dice que la barca no puede transportar a los animales.

La discusión se prolongó y Rufo miró a su alrededor, arrebujándose en la capa, martirizado por el dolor en el hombro que no lo abandonaba ni un instante. Los habitantes de la aldea se habían reunido para observar a los jinetes venidos de lejos. Un hombre ofreció pan y pescado salado a los romanos, que prescindieron de la

discusión y empezaron a comer sentados en el suelo, exhaustos. Solo Mecenas permaneció entre los lusitanos, que estaban cada vez más animados.

Cneo Segundo bebió un sorbo de agua, mordió un bocado de pan y se derrumbó de cansancio, envuelto en su capa como en un capullo.

—No piensan partir sin los caballos —dijo Mecenas, volviendo hacia los suyos—. Quieren llegar a África con sus sementales de guerra —concluyó antes de sentarse con los otros y comer lo que le ofrecían.

—¿Por qué? —preguntó Emilio.

—No quieren llegar a África como simples hombres de armas. Desean desembarcar como nobles y caballeros.

—¿Puedes explicarme por qué el séquito de Avaros está aquí discutiendo con un pescador?

Mecenas tragó esa especie de *cybium*, quizá conservado durante demasiado tiempo, sin saborearlo. El gusto y el olor del pescado eran nauseabundos.

—Son jefes de tribus lusitanas. Se están dirigiendo a Mauritania con la misión de reunirse con Quinto Sertorio...

—Quinto Sertorio...

—Quieren ofrecerle sus servicios y desean que asuma su mando.

—¿El mando?

—Necesitan un guía para combatir a los romanos. Un romano para derrotar a los romanos, un hombre que organice a los lusitanos y haga retroceder a Sila y a los suyos. Él dará Hispania a los lusitanos y a cambio ellos lo ayudarán a recuperar Roma.

Emilio tragó.

—¿Y... tú, tú quién eres, Mecenas? ¿Por qué en vez de escapar con Cneo Segundo has ido a buscar a los nobles hispánicos?

—Soy uno de los contactos de Sertorio en Hispania. He huido de Sila y he mantenido relaciones con los lugareños, además de recuperar la mayor cantidad de hombres posible para enviárselos. Yo preparo el terreno para su retorno.

Rufo miró a los otros dos y luego a Cneo Segundo, que dormía.

—¿Con las naves de su padre?

El veterano asintió.

—¿Por tanto, no trabajas para Frauca?

—Trabajo con Frauca —subrayó—. Desde que Sertorio se fue el trabajo del marso se ha convertido en una simple cobertura, mientras ha durado; luego Lucio Fabio Hispánico debe de haber descubierto algo y ha comenzado a indagar.

—¿Qué será de Lavinia y de su madre?

—No tengo ni idea, ni siquiera sé qué será de él —dijo el veterano mirando al niño.

—Lo devolveremos a su padre.

—Fruca está preso.

—¿Cómo...?

—El hombre que hemos enviado a Coninbriga se ha informado —contó Mecenias con un hilo de voz—. Los jinetes llegados a la ciudad han ido a tiro fijo. Se han dirigido a los muelles y en un santiamén han rodeado la nave de Frauca. Lo han visto encadenado junto a una treintena de itálicos. Habríamos debido embarcar todos en esa nave. Por el momento ha ido bien, pero pronto Hispánico se encarnizará y enviará a todos los soldados disponibles para capturarnos. Recorrerá palmo a palmo estas tierras y torturará a sus habitantes hasta que dé con nosotros. Estamos acorralados. Debemos desplazarnos lo más rápidamente posible hacia el sur y confiar en hallar una nave bastante grande para embarcarnos.

—Es una locura, estamos agotados y los caballos no resistirán. Mira a Cneo Segundo.

El veterano lanzó una mirada al niño, que dormía dándoles la espalda.

—Debemos dejarlo con alguien, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—No.

—Oye, Rufo...

—Óyeme tú, veterano: no pienso dejar atrás a nadie mientras tenga vida. A nadie, ¿queda claro? Cneo Segundo está conmigo. Si lo dejas a él me dejas también a mí. No me importa si su padre ha sido capturado.

Lanato intercambió una mirada con los otros dos.

—Lo mejor que podemos hacer es dividirnos. ¿No lo habéis entendido? —explicó Emilio—. ¿Nos persiguen? Entonces separémonos. Los lusitanos pueden proseguir hacia el sur y encontrar un transporte adecuado. Nosotros embarcaremos en esta pequeña *linter* y nos dirigiremos a África.

Mecenias se mesó la barba mientras echaba un vistazo a la embarcación que cabeceaba amarrada al muelle.

—A nosotros no nos interesa demostrar a Sertorio que somos nobles guerreros, solo queremos llevar la noticia. Los lusitanos pueden alcanzarnos en un segundo momento. ¿Cuál es la ciudad más cercana de la costa africana?

—Abila.

—Bien, pues los esperaremos en Abila.

Mecenias miró a Lanato y Volsinio.

—¿Qué pensáis?

—En efecto, Hispánico está buscando a unos itálicos, no a unos lusitanos —dijo Volsinio—, e indudablemente tenemos más posibilidades de éxito separándonos.

—¿Lanato?

—El *sillanus* tiene ideas y voz; embarquémonos y veremos si también tiene pelotas.

—De una vez por todas, mi nombre es Cayo Emilio Rufo —dijo, irritado.

—El día que merezcas ser llamado Rufo, te llamaré Rufo; hasta entonces serás *sillanus*.

La vela tembló en la oscuridad antes de hincharse al viento y tenderse. El pequeño mástil chirrió bajo la fuerza del *africo* y la barca se movió afrontando las olas contrarias. Viros saludó a los suyos, que habían permanecido en la orilla. Era el único lusitano a bordo, aparte del timonel. Su misión era hacer de intérprete entre la tripulación y los romanos y posteriormente servir de guía a los nobles hispánicos una vez localizado Quinto Sertorio.

Muy pronto cayó el silencio, interrumpido solo por el chapoteo de las olas y el rumor del madero que gemía ante la fuerza del viento. El timonel puso rumbo mar adentro, siguiendo la estela de la luna.

Mecenas se quedó contemplando la costa mientras esta se adelgazaba a lo lejos y desaparecía en la oscuridad.

—Me pregunto si es necesario alejarse tanto del litoral —farfulló, pensativo, mirando la estela negra en el agua a popa.

—La nave de guerra que hemos visto hoy patrullará constantemente la costa —dijo Viros, traduciendo las palabras del timonel—, ellos no se alejan porque es peligroso.

El veterano miró al lusitano con desconcierto.

—Pero ellos viajan en una nave grande con el casco plano. Difícil de maniobrar en alta mar.

Una ola hizo que todos se sujetaran a las jarcias.

—Es una teoría —dijo Lanato.

—Nosotros somos un pequeño madero, siempre flotamos.

El coloso miró al timonel y luego a Viros.

—Dile al navarca que si veo que vamos a hundirnos, primero le cortaré el cuello, para estar seguro de que morimos los dos.

Todos rieron salvo el timonel, que evidentemente había entendido las palabras de Lanato.

Una vez dispuestas las velas y la ruta no hubo mucho más que hacer a bordo, así que los hombres finalmente pudieron descansar dejándose mecer por el balanceo de la embarcación. El timonel los despertó algunas horas después para mostrarles, a lo lejos, unos puntitos luminosos. Eran las linternas de la *Morena*. La nave estaba volviendo hacia Coninbriga, siempre pegada a la costa. El bajel pasó más allá y se deslizó en la oscuridad hacia el sur.

Al día siguiente bordearon Felicitas Julia, de la cual se mantuvieron apartados, y continuaron hacia el sur. La embarcación atracó en una aldea, poco antes de Gades, para aprovisionarse de agua. Mecenas cogió pan, queso y vino: los itálicos estaban hartos de comer pescado. Una vez a bordo, Viros llamó su atención sobre una vela de guerra que se acercaba a la costa.

—¿Nos estarán buscando? —se preguntó Volsinio, a media voz.

—Puede ser —respondió el lusitano.

—¿Qué hacemos?

Viros miró a su alrededor e intercambió algunas palabras con el timonel, que soltó amarras y empujó la embarcación lejos del muelle. Rufo, Cneo Segundo y Mecenas se reunieron cerca del mástil, acurrucados. Los otros se tiraron sobre las redes y algunos sacos de pescado.

Lanato y Volsinio se atarearon con la cabeza gacha sobre la vela, que izaron justo en el momento en que el enorme trirreme oscurecía el sol desfilando a su lado.

Emilio se quedó inmóvil bajo las redes, sofocando su disgusto por el nauseabundo olor. Tenía al lado a Cneo Segundo y notaba su corazón palpitando enloquecido.

Viros levantó la mano en señal de saludo a un oficial que los observaba desde lo alto con ademán indagador. El navarca se comportó como si no pasara nada: aseguró las cuerdas de las velas y se dirigió al timón. Sintió un estremecimiento cuando vio la sandalia del niño sobresaliendo de las redes y se inclinó como para intentar acomodar las cuerdas. En aquellos instantes sintió que se le helaba la sangre, tenía sobre la espalda la mirada de los arqueros situados en la torre de popa.

Fue un momento interminable, pero al final el timonel advirtió de nuevo el calor del sol sobre el cuello y se volvió, con la frente perlada de sudor y el rostro blanco. Miró la silueta de la nave de guerra alejándose lentamente hacia el puerto.

Solo entonces volvió a respirar.

La fiebre había pasado por completo y con ella las pesadillas, pero el constante recuerdo de Ambato y de Lavinia atormentaba terriblemente a Rufo. La pena estaba acompañada por una constante sensación de náusea debida al balanceo, al hedor de aquella fétida barca y a la fastidiosa salobridad marina.

—Un poco más y pasaremos las Columnas de Hércules —le dijo Mecenas.

El joven levantó la cabeza para mirar el horizonte y sentir el alivio del viento sobre el rostro.

—¿Va mejor el hombro?

—Sí, creo que sí.

—Te estás recuperando.

—Pero cada vez que abro los ojos me pregunto por qué estoy aquí y adónde voy...

—Estás aquí porque el Hado, hijo de Caos y de la Noche, te ha destinado a esta gran empresa.

Emilio bajó la cabeza, pensativo.

—... Y me pregunto por qué ha muerto Ambato y por qué Lavinia está en manos de Ursiano. Me pregunto por qué a los dioses les agrada quitarles a algunos lo que más quieren para dejarlo en manos de hombres de la peor ralea.

—Encontrarás dentro de ti todas las respuestas que buscas, Rufo. Como el fuego

templa el metal, así la desventura templa a los hombres y los hace más fuertes —dijo Mecenas antes de señalar al timonel que gobernaba la nave—. ¿Sabes cómo llaman a Sertorio los lusitanos?

—No.

—El nuevo Aníbal.

—¿Por el ojo?

—Sí, el hecho de que a ambos les falte un ojo es una característica que los une, pero creo que el motivo de su afinidad es más profundo. Él es el nuevo Aníbal por su modo de gestionar la política y la guerra, por su destreza en atraer la atención para luego golpear en otro lugar, por su perseverancia y su innato sentido de la justicia. ¿Te has preguntado por qué toda esta gente se dirige a África? ¿Qué los empuja a arriesgarlo todo para alcanzar a Quinto Sertorio?

—Como ya has dicho, necesitan a alguien que conozca a fondo a los romanos para combatirlos.

—Es verdad, pero también porque ese hombre puede darles una vida mejor.

Emilio hizo una mueca.

—Cayo Annio Lusco, Lucio Valerio Flaco, Lucio Cornelio Sila... Quinto Sertorio, ¿qué quieres que cambie para los lusitanos? Roma continuará forjando ejércitos durante decenas, quizá centenares de años con el oro, la plata y el hierro de Iberia. Sila o Sertorio no dejarán nunca estas minas y gobernarán a estas gentes con la misma firmeza.

—No, hay hombres más dignos que otros, no todos son iguales. Hasta ahora Sertorio ha demostrado tener dignidad. Él conoce bien a los hispánicos, ha respetado sus costumbres, no ha violado sus ciudades, ha mantenido a sus soldados alejados de las mujeres, ha hecho florecer el comercio. Lo respetan por eso, por su proba actuación. Sertorio reclutaría aquí excelentes legionarios para Roma y haría de esta tierra una rica y poderosa provincia.

—Entonces ¿por qué ha sido declarado enemigo de Roma?

—Porque Roma está fuera de control, Sila lo mataría. Recuerdo que hace ocho años fue precisamente Sila quien se opuso al nombramiento de Sertorio en las elecciones al tribunado militar laticlavio. Desde entonces Quinto Sertorio ha permanecido fiel a su viejo comandante, Cayo Mario, y ha llevado adelante su lucha incluso después de que este muriera. Pero hoy —continuó Mecenas, triste—, hoy no se busca solo el fin de la política del adversario, ya no basta con eso, hoy se quiere la muerte física de los opositores. ¿Sabes qué está sucediendo en Roma? Hombres en armas profanan el sagrado *pomoerium*. Cabezas de senadores son expuestas en los *rostra*, el espíritu de la ciudad sufre la violencia de aquellos que habrían debido defenderla. Hombres que lucharon juntos, que unidos consagraron su vida a la causa de Roma, ahora se masacran por sus calles. No se celebran procesos, ya no se conoce la clemencia. Una sombría amenaza ha oscurecido al país y en las provincias la libertad de palabra es aniquilada.

Emilio levantó la mirada hacia Mecenas sin saber qué decir.

El viejo soldado continuó, sacudiendo la cabeza.

—Para esta gente Sertorio se ha convertido en el símbolo de redención de la opresión, el símbolo de la fuerza y del valor. Lo es ahora para ellos como lo ha sido para Roma en Aqua Sextiae. ¿Has oído hablar de Aqua Sextiae?

—Sí, conozco bien...

—No, no puedes saber, no sabes qué son miles y miles de muertos, no sabes qué fue caminar por los Campi Raudii, con la sangre hasta las rodillas y sintiendo náuseas ante aquella visión. Solo nosotros —prosiguió, melancólico, el veterano—. Solo los que estábamos allí podemos comprenderlo. Nosotros, que fuimos admirados por doquier como héroes; nosotros, que pusimos para siempre fin a las incursiones de los bárbaros del norte. En Vicus Raudus la delegación de embajadores cimbros pidió que les fuera asignada formalmente la región, con la amenaza de que si no se hacía así, ellos se unirían a sus hermanos teutones y la arrebatarían por la fuerza. La solicitud despertó el sarcasmo de nuestro comandante, Mario, que respondió: «No os preocupéis por vuestros hermanos, Roma les ha asignado un territorio para la eternidad».

Mecenas inclinó la cabeza y la sacudió, sumido en los recuerdos.

El muchacho volvió a mirar el horizonte.

—¿Es verdad lo que se dice de Aqua Sextiae?

—¿A propósito de qué?

—De lo que hizo Sertorio, disfrazándose de germano para entrar en el campamento de los teutones.

El veterano sonrió.

—Sí, pero no se disfrazó de germano, sino de galo. En aquel tiempo Sertorio llevaba cuatro años sirviendo en la Galia y conocía los dialectos de la Transalpina. Había muchos intercambios comerciales entre galos y germanos, por tanto, estos últimos tenían rudimentos de lengua céltica, pero era difícil que detectaran el acento sabino de Sertorio. Él insistió ante Mario para ir a espiar a los hombres del rey Teutobod directamente en su campamento. ¿Él solo, entiendes? Vivió con ellos y estudió a fondo sus fuerzas y su estilo de vida. Su detallado informe fue decisivo para la victoria final.

La voz de Viros, que señalaba un promontorio sobre la costa, a lo lejos, interrumpió el discurso de Mecenas.

—Las Columnas de Hércules —sentenció Mecenas, asomándose por el parapeto—. Y luego África, allá abajo —dijo, vuelto hacia Emilio—. Sonríe, muchacho, la Historia nos abre los brazos.

El viento cálido que provenía de tierra retardó la llegada del pequeño pesquero, que alcanzó el puerto a la hora del ocaso. Emilio y Cneo Segundo, apoyados en la

balaustrada, observaron con curiosidad y maravilla el mundo nuevo que se presentaba ante ellos.

La pequeña ciudadela de Abila era completamente distinta de los otros emplazamientos portuarios que conocían. Los muelles estaban muy concurridos: algunos esclavos de piel oscura transportaban unas tinajas desde una nave bajo la atenta mirada de un contable, mientras a poca distancia algunos camellos rumiaban plácidos a la espera de ser cargados de mercancías.

La barca se acercó siguiendo las indicaciones de un sirviente del puerto, que los ayudó a asegurar un cabo en los amarres. Una vez atracados, los hombres de la tripulación brindaron una ofrenda simbólica a los dioses que los habían guiado y protegido durante el viaje, en señal de agradecimiento. Solo después se dispusieron a bajar de la nave.

Lanato fue el primero en desembarcar. Luego llegó el turno de Mecenas, Cneo Segundo, Volsinio, Viros y, por último, Emilio, que dio los primeros pasos en tierra firme acusando aún el fastidioso balanceo de la barca. Inspiró el aire caliente, que tenía un olor especiado que nunca antes había sentido, y miró el color de los almacenes del puerto, de la misma tonalidad de la arena. Un hombre rodeado por algunos chiquillos encantaba una serpiente con una flauta, un mercader negociaba el precio para el transporte de sus mercancías con el comandante de una nave. Por doquier había vendedores de semillas nunca vistas, hierbas, raíces y tejidos de colores llamativos.

Más allá del puerto, las palmeras se mecían al impulso de la brisa que llegaba del inmenso desierto.

África, la última fortaleza de los *populares*.

—Ante todo, comamos algo que no sepa a pescado —dijo Mecenas—, luego veremos de recoger información para saber si estamos entre amigos o enemigos. Según las últimas noticias, una parte de los mauritanos está con Sila y la otra con Sertorio.

El grupo entró en una taberna del puerto, donde los hombres se recomfortaron. Se hicieron pasar por la tripulación de un mercante procedente de la Galia Narbonense recién llegado a puerto. Entre los parroquianos, que los miraban con curiosidad, identificaron a un hombre con aspecto de mercader, escoltado por dos energúmenos barbudos. Mecenas no perdió el tiempo y lo abordó pidiendo información sobre los caminos a seguir y sobre su seguridad.

—Es un comerciante de Atenas —contó cuando volvió con los suyos—. Según dice, ha habido desórdenes en Tingis, una ciudadela a diez horas de navegación hacia occidente. Parece que Sertorio ha combatido contra una facción de mauritanos aliados de Sila y, por cuanto me ha referido, un pretor romano, que debería haber garantizado la seguridad del soberano local, ha sido barrido junto con tres cohortes. La ciudad ha caído en manos de los rebeldes.

—Seguro que son los nuestros —dijo Lanato, agitando el puño.

—Refrena tu entusiasmo, sé discreto. Debemos estar muy atentos a cómo nos movemos. En estos momentos de desorden existe el riesgo de tropezar con simpatizantes de los *ottimati*, de hecho el griego ha hablado de «rebeldes».

—¿Cómo llegamos a Tingis? —preguntó Volsinio a Mecenas.

—Sencillamente, pasando hacia atrás las Columnas de Hércules y manteniendo la costa a la izquierda.

—Si zarpamos ahora mañana estaremos en...

—Un momento —intervino Viros—. El acuerdo era que esperaríamos aquí a la delegación y los caballos.

Los itálicos observaron al lusitano y luego intercambiaron unas miradas huidizas.

—Cuanto más tiempo estemos aquí, más nos arriesgamos —explicó Mecenas—, esta ciudad es la encrucijada de los espías entre África e Iberia. Aquí es casi imposible saber si quien te indica el camino te cortará el cuello con una *sica*.

—La barca no se moverá de aquí hasta que no hayan llegado también los otros —declaró Viros, perentorio.

—Yo digo que debemos zarpar —susurró Volsinio a Mecenas, mirando más allá del brazo de mar la costa hispánica perfectamente visible desde Abila.

—Esperaremos un poco.

—Llevamos aquí ya dos días, estamos llamando demasiado la atención.

—El navarca ha dicho que el Oceanus, más allá de las Columnas de Hércules, ha estado muy agitado —observó Viros, visiblemente fastidiado—. La delegación puede haber tenido algún imprevisto.

—Por cuanto sabemos, podrían haberse ido a pique.

Marco Arrio Lanato interrumpió a los tres señalando con un gesto del mentón la zona anterior a los almacenes.

—¿Quiénes son esos? —preguntó mirando a unos hombres sumariamente armados que caminaban por la banquina.

—Mauritanos —sentenció Mecenas.

—¿De qué parte están?

—Buena pregunta.

—Tienen todo el aire de estar inspeccionando las embarcaciones amarradas.

—Quizá cobren impuestos sobre las mercancías.

—Sí, claro —dijo Volsinio sarcásticamente, mirando a su alrededor—. ¿Esperamos a que vengan a hacer preguntas o soltamos amarras?

—Somos seis —replicó Lanato, apoyando sus poderosos brazos sobre la balaustrada—. No creo que vayamos a tener ningún problema en sostener una conversación.

—No hagáis tonterías —susurró Mecenas—. Recordad lo mucho que hemos trabajado todo este tiempo para poner en contacto a los lusitanos con Sertorio.

Además, no podemos saber si hay destacamentos del ejército de Sila en estos parajes.

—Entonces marchémonos —insistió Volsinio—. Si registran la embarcación y encuentran las armas no necesitarán mucho para deducir que somos legionarios. En el mejor de los casos nos detendrán y harán preguntas, en el peor...

—Los mataremos —concluyó Lanato.

Mecenas observó todavía un instante a los mauritanos antes de volver la mirada hacia la multitud variopinta del puerto.

—¿Dónde están Rufo y Cneo Segundo?

—Los he mandado a por agua.

—*Tempore capto*, muy oportuno...

Viros se aproximó a Mecenas.

—Se acercan, mejor soltar amarras, anclaremos más allá del promontorio. En cuanto avistemos una embarcación lusitana iremos a su encuentro; ya deberían estar aquí.

—¿Dejaremos al muchacho y... al niño?

—Lo sé, pero la misión es demasiado importante para arriesgarnos, bien lo sabes, Quinto Mecenas —sostuvo Viros—. Los sacrificamos por una causa justa.

Los mauritanos se detuvieron frente a una gran embarcación que, a poca distancia, descargaba sacos y ánforas. Uno de ellos empezó a interrogar con ademán brusco a un hombre de negocios y su contable, que discutieron vivamente. Tres de ellos subieron a bordo mientras otros dos registraban los sacos para ver el contenido. El que parecía el jefe y supervisaba la operación miró a su alrededor para asegurarse de que la situación estaba bajo control. Sin proponérselo cruzó la mirada amenazante de Lanato y de inmediato su ademán le llamó la atención.

—Nos han advertido —dijo Viros, vuelto hacia Mecenas—. Soltemos amarras antes de que sea demasiado tarde.

El veterano miró a su alrededor antes de asentir.

—Está bien, zarpemos.

Lanato se apresuró a tirar el ancla a bordo, mientras Mecenas bajaba la pasarela para liberar los cabos que sujetaban la embarcación al muelle. Esperó a no ser observado por los mauritanos antes de soltar el amarre de proa y luego pasar al de popa.

—A bordo, Mecenas.

El veterano miró otra vez en torno, luego levantó la pasarela y la empujó al interior de la embarcación ante los ojos sorprendidos de Volsinio y Viros.

—¡Nos vemos en Tingis! —les dijo, señalándolos.

Viros tuvo tiempo de rebatir al ver que el comandante de los mauritanos llamaba la atención de los suyos desde la nave a la que habían subido. Mientras tanto, Lanato y Volsinio se apresuraron con las pértigas para alejar la embarcación del muelle. Los *miles* llegaron a la carrera al lugar y su comandante empezó a gritar, mientras el timonel soltaba la vela.

—¡Jódete! —dijo Lanato con un gesto vulgar al mauritano.  
Mecenas había desaparecido.

—¿Sabes algo de mi padre que yo no sepa?

Al mirar a Cneo Segundo y en la mente de Emilio se materializó la visión de Frauca encadenado, siendo conducido por los jinetes de Lucio Fabio Hispánico, como le había contado Mecenas. Un detalle que se había silenciado al niño durante todo el viaje.

—No —respondió, mintiendo—, pero estoy convencido de que tu padre pronto estará de nuevo contigo.

El chiquillo escrutó los ojos de Rufo en busca de la verdad.

—¿Echas de menos a tu papá, verdad?

Cneo Segundo asintió con la cabeza gacha.

—No te falta solo a ti, nos falta a todos. Lo digo en serio, ¿sabes? ¿Crees que los de la nave están tranquilos? A ese animal de Lanato lo he oído rezar a los dioses para que nos devuelvan a tu padre.

—No te creo.

—¿Qué? ¿Bromeas? Esos quizá parezcan hombres valerosos, pero están perdidos sin el buen Frauca. Él sí sabría cómo moverse aquí —dijo Emilio, salpicando agua sobre el rostro del niño, que se adelantó echándose a reír—. Esos se cagan encima, de hecho nos han mandado a nosotros a llenar el odre.

—¿También Mecenas?

—Mecenas es el primero. Mecenas es el más cagón de todos.

Cneo Segundo estalló en una carcajada, mientras Emilio imitaba al veterano frunciendo el ceño.

—¡Bravo nuestro actor cómico! —Irrumpió Mecenas, cogiéndolos por sorpresa.

Incómodo, Emilio se levantó mientras el niño a duras penas contenía la carcajada.

—Quinto.

—Ahora veremos quién se caga encima. Seguidme, rápido.

—Pero el odre...

—Déjalo todo, llevemos solo las cantimploras. Debemos marcharnos de aquí —dijo, perentorio.

—¿Zarpamos?

—No, vamos a pie.

Emilio y el niño intercambiaron una mirada.

—¿A pie?

—Sí, habéis oído bien. Seguidme. Hay un grupo de soldados que recorre el puerto —continuó, volviéndose nerviosamente—. Hemos tenido que abandonar el muelle a toda prisa antes de que nos sorprendieran.

—¿Y los demás?

—Están en la barca.

Los tres prosiguieron por el dédalo de la ciudadela manteniéndose a la sombra de los muros y pronto llegaron a las últimas casas del burgo. Se metieron en una vivienda ruinoso tras la cual, en un pequeño recinto, escarbaban algunas gallinas.

—¿Por qué no estás con los otros? —preguntó Emilio al veterano.

—No se deja a nadie atrás.

Rufo esbozó una mueca y miró a Cneo Segundo.

—Ya te había dicho que sin nosotros se caga encima —le dijo con aire de complicidad.

—Dejad de parlotear y haced algo útil. Cojamos un par de gallinas y luego pongámonos en camino. Si todo va bien, en dos o tres días llegaremos a Tingis.

Los tres se pusieron en marcha con su botín siguiendo un sendero polvoriento que bordeaba el mar. Vieron a lo lejos algunas embarcaciones. Una de ellas debía de ser su pesquero, pero no pudieron hacer nada más que proseguir bajo el ardiente sol.

Durante el trayecto el veterano hizo un inventario de todo aquello de que disponían y el resultado no fue, desde luego, exaltante. Además de las dos gallinas, el pedernal y la yesca para encender el fuego, Mecenas era el único que estaba mínimamente armado y tenía una capa, que en aquel momento habría tirado con gusto pero que sería útil durante las horas nocturnas.

Rufo había mostrado con orgullo el puñado de monedas de bronce que guardaba en la escarcela atada al *cingulum*. Esa suma habría permitido que los tres comieran y bebieran durante días, de no ser porque estaban en medio del desierto. Dos cantimploras por cabeza llenas de agua cerraban la dotación. Muy pronto decidieron racionarla.

A mediodía, bajo un calor insoportable, entrevieron una gran nave de guerra y se preguntaron si sería de la flota de Cota o de Sertorio, pero era imposible saberlo. El camino continuó durante una hora más, luego Mecenas concedió un poco de reposo. Se sentaron, acurrucados, en el gajo de sombra de una cresta vuelta hacia el mar.

—¿Cuánto falta?

—Al menos dos días y medio, Rufo, quizá tres.

Reanudaron la marcha al atardecer. Debían continuar hacia occidente, con el sol delante de ellos y el mar a su derecha. Gracias a esos puntos de referencia no podían equivocarse, antes o después llegarían a Tingis.

El viento cálido del desierto se incrustaba entre los macizos rocosos del inmenso interior llevando consigo una arena finísima que se pegaba al pelo, dejaba sin respiración y cegaba los ojos. El aire era candente y el bochorno, sofocante.

La costa rocosa, difícil de seguir, les obligó a desviarse trepando por la ladera de un relieve que empezaron a subir con esfuerzo. Después de más de una hora de camino se encontraron recorriendo la cima del monte con el sol que desaparecía

delante de ellos, mientras el mar del color de la noche se tragaba el encendido disco entre resplandores violáceos.

Emilio aflojó el paso y luego se detuvo, mirando la inmensidad que lo rodeaba. Al norte, el mar y la costa hispánica sobre la cual se intuían las minúsculas luces de Calpe, un puerto a los pies de las Columnas de Hércules. Al oeste y al sur se espaciaban los montes batidos por el viento. Detrás de ellos estaba Abila, la ciudad que habían dejado esa misma mañana.

—Dioses del cielo, es ilimitado —dijo Emilio.

Mecenas se detuvo a contemplar la bóveda celeste: las primeras estrellas empezaban a brillar. Rufo llevó la mano a la alforja y buscó las estatuillas de los Lares y los Penates.

—¡Qué pequeños somos ante todo esto! —dijo Mecenas, poniendo afectuosamente la mano sobre el hombro del pequeño Frauca—. Vamos.

El grupo se puso otra vez en marcha. Emilio aflojó el paso, alzó la mirada a aquel espacio infinito que se moteaba de perlas y el dolor en el hombro lo devolvió a la realidad. Empezó a hablar en voz baja:

—Oh, Manes, oh Lares, oh Penates —dijo, apretando las estatuillas—, yo os invoco, oh númenes poderosos. Vosotros sois mis protectores, vosotros que veláis sobre mí. Vosotros que habéis garantizado mi integridad y me habéis conducido hasta aquí. Yo os ruego que custodiéis a Lavinia y veléis por ella. Concededme que pueda volverla a abrazar, que pueda vengar la afrenta sufrida, recuperar mi honor...

—¡Muévete!

Los íntimos pensamientos de Emilio se esfumaron ante el sonido de la poderosa voz de Mecenas. Rufo dejó las estatuillas y apretó el paso.

—Y velad también por Mecenas y Cneo Segundo, que su familia pueda volver a reunirse.

Caminaron toda la noche sin tropezar con nadie. Al alba, exhaustos, vieron a lo lejos una caravana de camellos que avanzaba en dirección opuesta a ellos. Un encuentro a distancia, puesto que entre el grupo y aquel convoy había una profunda hondonada que se desplegaba en un formidable desfiladero de abruptas paredes. La marcha continuó hasta media mañana; luego, como el día anterior, los tres se detuvieron a descansar antes de reanudar el extenuante recorrido al atardecer.

El tercer día los víveres y el agua se habían terminado. Emilio había ofrecido los últimos sorbos que le quedaban a Cneo Segundo, que era el más fatigado de los tres. Mecenas avanzaba lentamente, pero seguro de sí mismo y sin dar señales de desfallecimiento, cuando el chiquillo empezó a acusar una profunda sensación de extravío.

—¡Nunca lo conseguiremos!

El veterano se volvió con mirada severa.

—Cada paso que das nos acerca a nuestra meta. Debes resistir.

—¡No puedo más! —aulló el niño con lágrimas en los ojos—. Todo quema; me queman los pies, me quema la cabeza, ¡y tengo mucha sed!

—El calor nos está haciendo enloquecer, Mecenas —intervino Emilio, que tenía el rostro visiblemente abrasado por el sol.

El itálico los miró con desaprobación. Él tenía la piel curtida por el viento, el frío y el calor; curtida por la dura vida vivida en el ejército.

—La ciudad no puede estar lejos, pero si queréis nos detendremos a la sombra para descansar. Prolongaremos nuestro sufrimiento y tendremos la garganta cada vez más seca.

—Súbete a mi espalda —dijo Emilio, inclinándose ante el pequeño.

—No, no, no puedo.

—¡Sube! Tú lo harías por mí, lo sé.

El niño se abrazó a la espalda de Emilio. Había adelgazado tanto que parecía una rama y Rufo sintió que sus lágrimas le bañaban el cuello. Nunca como en ese momento, en medio de aquella desolación, de aquella incertidumbre, Cneo Segundo había percibido la soledad y el miedo del abandono. Lejos de todos sus seres queridos, en manos de dos desconocidos que le imponían empresas de adulto, había cedido al más triste desconsuelo. Mecenas, el viejo veterano, y Emilio, el joven de buen corazón, intentaban tranquilizarlo. Ellos eran todo lo que le quedaba de un mundo que ya no existía.

—Cantemos.

Emilio levantó la mirada.

—¿Qué has dicho?

—Cantemos para hacer pasar el cansancio. Venga, entona *Hijos de nadie*.

—¿*Hijos de nadie*?

—¿Pero de qué clase de legión eres? En fin, ya me ocupo yo —dijo Quinto, aclarándose la voz—: «Hijos de nadie, entre las rocas marchamos; todos nos desprecian, porque harapientos vamos. Pero si hay alguien que nos sepa mandar, hijos de nadie, también en ayunas sabremos marchar».

Encontraron refugio del calor a la sombra de unas retorcidas matas que, vencidas por la fuerza del viento, habían crecido encorvadas, como si quisieran seguir su dirección. Era un viento benigno y mucho más fresco del previsto, que anunciaba la cercanía del mar. Mecenas lo había notado con gran satisfacción. Era la certeza de que habían invertido el sentido de la marcha y se estaban dirigiendo hacia el sur: la ciudad no podía estar lejos.

La tarde apagaba la luz del día y los tres parecieron recobrar cierta energía.

—¡Allá abajo! —exclamó el veterano, señalando unas temblorosas luces en el horizonte.

Aguzaron la vista.

—¡Tingis!

Sostenidos por una renovada fuerza de ánimo, se abrazaron, rieron, se regocijaron y reanudaron con ahínco la marcha. Caminaron hasta el alba, cuando, exhaustos, vieron a tres jinetes que los escrutaban desde una altura. Mecenas agitó los brazos y dos de los hombres a caballo empezaron a descender el altiplano. Montaban a pelo ágiles y ligeras cabalgaduras y llegaron precedidos por una nube de polvo, como materializados de una tempestad de arena.

Inmóviles, escrutaron al grupo con sus ojos oscuros. Llevaban una túnica ligera que les cubría un solo hombro, en el cual se advertían unos músculos que parecían esculpidos sobre la piel de ébano. Tenían el pelo cubierto de *henné* rojo y en el cuello llevaban colgantes de ámbar y coloridas piedras de vidrio. En bandolera sostenían un pequeño escudo de cuero y estaban armados con una lanza de contera en forma de hoja, de la cual pendían cueros cabelludos humanos.

—Soy un soldado de Quinto Sertorio —empezó Mecenas—. He vuelto donde mi comandante.

Los jinetes mauritanos les ofrecieron algunos sorbos de agua y los escoltaron en silencio hasta Tingis, a lo largo del último y fatigoso trecho de camino que recorría la costa.

La silueta de la ciudad se perfiló, caliginosa e impalpable, en la canícula. Delante de los bastiones que rodeaban el poblado había una muralla fortificada. Haciendo camino descubrieron con estupor que delante de Tingis se había construido un *castrum* con fosos, empalizadas y torres en las puertas y en las esquinas. Un decurión a caballo salió del *titulum*, que cerraba la entrada principal del campamento, seguido por un grupo de jinetes africanos. Llevaba una coraza musculada, un yelmo con la crin roja y la capa hecha andrajos. El hombre examinó con aire sombrío al pequeño grupo que se acercaba y luego, golpeando los talones, se alejó hacia el norte seguido por los suyos.

Emilio lo acompañó con la mirada y se volvió instintivamente hacia el fuerte, observando las torres que se cernían con su sombra y en las troneras entrevió siluetas de yelmos y puntas de lanza que asomaban entre la empalizada.

Se sintió a disgusto, solo y perdido. Unos guardias apoyados en los escudos los observaron con curiosidad. Su aspecto experimentado y su equipo gastado daban a entender que aquellos hombres habían sostenido decenas de enfrentamientos y quizá llevaban encima sus señales. Eran viejos leones, veteranos de la Guerra Social. El muchacho, solo ahora, advirtió unos escudos color ocre con el toro que corneaba a la loba, asombroso recuerdo de su pesadilla.

Un centurión fue a su encuentro con paso decidido. Tenía la barba canosa de los años de servicio y el surco nítido de una cicatriz que iba de la mejilla al ojo izquierdo. Examinó a los tres recién llegados y saludó a Mecenas llevándose la mano derecha a la frente.

—¿Quiénes sois?

—Soy Quinto Mecenás, centurión de la legión de Livio Salinator. Fui capturado en los Pirineos por los hombres de Cayo Annio Lusco y he conseguido huir. He llegado a Metellinum y ahora tengo algunas noticias importantes que referir al general Sertorio.

El centurión asintió y les hizo señas de que extendieran los brazos. Mecenás entregó *pugio* y *cingulum*. Luego fue la ocasión de Emilio: hubo de mostrar qué tenía en la escarcela. El centurión sopesó las monedas y observó las estatuillas, tan gratas al muchacho. Alzó la mirada hacia Rufo y con aire inexpresivo puso otra vez todo en su sitio antes de devolvérselo.

—Habrá que esperar, el general no está aquí.

Mecenás frunció el ceño.

—¿No está?

—Ha ido a rendir homenaje a un rey. Regresará en los próximos días.

—Entiendo, entonces buscaremos un alojamiento en la ciudad...

—No.

—¿No?

—Está prohibido que los soldados del séquito de Sertorio entren en la ciudad. A quien sorprenden molestando a una mujer se le procesa sobre el terreno. Si eres un centurión de Salinator entonces eres un soldado de Sertorio; por tanto, la regla vale también para ti y tus acompañantes.

—Entiendo.

—En el campamento encontrarás todo lo que necesites. Los habitantes de Tingis vienen aquí a ofrecer sus mercancías —dijo con una sonrisita complacida—. Y cuando digo todo, quiero decir todo.

—Solo queríamos beber, comer y descansar, hemos hecho mucho camino...

—Os acomodaré con los otros que han llegado de Iberia, aunque el niño no me parece un gran soldado.

—No te preocupes, él está con nosotros, estoy seguro de que el general en persona le encontrará un alojamiento adecuado a su rango.

El centurión echó un vistazo a Cneo Segundo antes de dar disposiciones a los guardias para que escoltaran al terceto hacia el interior.

—Tengo el deber de avisarte, Quinto Mecenás, o quien seas, de que a este campamento se entra con mi permiso, pero de él se sale con el de Sertorio o de su segundo, Lucio Hirtuleyo. Bienvenido a Tingis, *centurio*.

Los tres fueron escoltados por dos guardias al interior del campamento, una mezcla de asentamiento provisional y una aglomeración de tiendas multicolores dispuestas sin ton ni son. Sertorio debía de haber reclutado a la mayor cantidad de gente posible, una humanidad variopinta que parecía provenir de todo el mundo.

De pronto, sobre la Vía Principal, que llevaba hacia el centro del campamento y la tienda del comandante, aparecieron perfectamente alineadas decenas de tiendas y

para Emilio fue como volver a casa. Aquellos eran, sin duda, los cuarteles de los itálicos. Por ironías de la suerte había sido precisamente Emilio, el último de los *tirones*, quien alcanzó en primer lugar el campamento del enemigo de Roma.

—Más legionarios, Aufidio —dijo el centurión, dirigiéndose a un tribuno ocupado en observar el adiestramiento de un manípulo de hombres.

El oficial se volvió y observó a los tres recién llegados con los brazos cruzados.

—Mal estamos si enrolamos a viejos y niños —dijo con la voz ronca de quien no hacía más que gritar.

—Bien —rebatíó, rápido, Mecenas—, ¿no te alegras de que hayan llegado refuerzos para sacaros de esta mierda?

El tribuno esbozó una sonrisa.

—Tienes sentido del humor y un acento que me gusta.

—No podría ser de otra manera, estoy eufórico. Por fin huelo el tufo de algunos perros vagabundos itálicos y me siento de nuevo en casa.

—No veo la hora de poner en forma esos brazos flácidos. Ya te había dado por muerto, Mecenas.

El soldado se adelantó y los dos se estrecharon la mano con una sonrisa.

—Muchachos —dijo Quinto—, os presento al tribuno Marco Aufidio, nacido en Tívoli y criado en los campos de batalla. Estos son Cayo Emilio Rufo y Cneo Segundo Frauca.

—Bienvenidos a casa, ¿dónde os habéis perdido?

—En los Pirineos, inmediatamente después del asesinato de Salinator.

—Nos han jodido bien allá arriba. Se dice que el traidor fue Calpurnio.

Emilio sintió que el corazón le daba un vuelco.

—El traidor ha sido uno, pero muchos han huido.

El tribuno asintió con mal disimulada amargura y les indicó que lo siguieran. Se sentaron a una mesa donde algunos soldados estaban concentrados en preparar unas hogazas. Les dio de beber y organizó una comida rápida, mientras escuchaba el relato de Mecenas sobre sus vicisitudes. El veterano preguntó al oficial por algunos hombres que habían combatido con él, pero ninguno de ellos parecía haber existido, o por lo menos no había conseguido llegar a Tingis.

—¿Y vosotros? ¿Cómo lo habéis logrado? Desde Ebeso los silanos perdieron vuestro rastro.

Aufidio se encogió de hombros.

—La tempestad de Ebeso destruyó varias embarcaciones —dijo, mordiéndose un pedazo de pan negro—. Debíamos encontrar un amarre seguro donde poder escondernos y reparar algunas naves. No era una empresa fácil, pero a nuestra flota se habían unido algunos barcos piratas de Cilicia por ansias de botín. Ellos sabían dónde hacerles perder el rastro. Nos condujeron a una isla más allá de las Columnas de Hércules donde nos detuvimos algunos días. La isla estaba bien protegida de los vientos y quedaba fuera de las rutas para Iberia y África, pero carecía de agua.

»Reparamos las naves, pero después la convivencia con los cilicios fue empeorando. El jefe de los piratas insistía en poner rumbo a África, porque Ascalis, el hijo de un rey destronado, quería recuperar el trono de Mauritania y les había prometido dinero y botín. Lástima que Ascalis contara con el apoyo de Sila, que necesitaba amarres seguros en Mauritania. Por tanto, Sertorio se negó y ese bastardo amenazó con revelar nuestra presencia si no lo seguíamos en la empresa.

Mecenas abrió los ojos.

—¿Y luego?

—Ese hijo de perra zarpó durante la noche con los suyos. Nosotros tardamos dos días más en arreglar los cascos. Fue precisamente entonces cuando llegaron a la isla algunos marineros galos con un mercante cargado de frutos nunca vistos. Volvían de dos islas situadas a diez mil estadios de África y hablaban de ellas con increíble entusiasmo. Parece que el lugar se encontraba en una posición favorable, hasta el punto de disipar los vientos fríos del norte. Además, las islas recibían corrientes cálidas provenientes del mar cargadas de humedad que nutrían el terreno y lo hacían fértil. Esos bárbaros nos describieron una especie de Campos Elíseos donde por doquier crecía espontáneamente fruta en grandes cantidades, suficiente como para alimentar sin esfuerzo y sin trabajo a una población indeterminada que vive en el ocio. No os escondo que, con gusto, muchos habrían querido dirigirse a esas islas, pero Sertorio tenía otros planes: quería alcanzar a los piratas.

—¿A los piratas?

—Sí. —Aufidio rio—. Para eliminarlos e impedir que echaran una mano a Ascalis.

La carcajada fue contagiosa y asomó también a los labios quemados e hinchados de Cneo Segundo.

—Desembarcamos en Mauritania, a una decena de millas al sur de Tingis, y de inmediato buscamos contactos con los enemigos de Ascalis para ofrecerles nuestros servicios. No fue difícil. El pueblo está dividido en dos dinastías que se disputan el trono. Los jinetes mauritanos —continuó Aufidio, señalando a un grupo que acudía a caballo— han demostrado ser hábiles y veloces. Escasos e inútiles como infantería, excelentes guerreros con el culo encima de un caballo. Juntos hemos desbaratado a Ascalis en una batalla campal. Los cilicios estaban alineados con los mauritanos.

—¿Os vengasteis como es debido?

—Por desgracia, no. Ascalis se dio a la fuga casi de inmediato y los piratas se desvanecieron con la velocidad del rayo. Los mauritanos pagaron por todos. Los pocos sobrevivientes se atrincheraron en Tingis a la espera de refuerzos.

—¿Y llegaron?

—Sila envió algunas cohortes. En cuanto los vimos, les dimos la bienvenida. Desde los muros de la ciudad pudieron disfrutar de la batalla y de la posterior ejecución de su comandante. Al día siguiente los tingitanos nos entregaron a Ascalis y su séquito. Sertorio no hizo más que ponerlos en manos de la facción de nuestros

aliados. Oímos sus gritos durante un par de noches.

—Por tanto, para congraciarse incluso con los más escépticos, ha puesto el campamento fuera de la ciudad.

Aufidio asintió.

—Esta medida ha consolidado la alianza con los mauritanos. Sertorio ha establecido aquí su cuartel general. Desde hace un mes no hacemos más que adiestrar a los soldados, pero cuanto más tiempo pasa, más se preocupan los hombres por su propia suerte.

Mecenas asintió.

—¿Qué contingente está disponible?

—Dos mil seiscientos legionarios en buenas condiciones, ciento cincuenta ingresados en el hospital de campaña por problemas de disentería y setecientos jinetes mauritanos. Una buena fuerza para Mauritania, pero insuficiente para volver a Hispania o a Italia.

—Eso está por verse, creo tener buenas noticias. Solo debemos esperar una nave desde Lusitania.

# VIII

## HISPALIS

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

La serpiente ha mordido.

Sertorio ha reaparecido en Tingis, en Mauritania, y ha sometido a sangre y a fuego la ciudad. La ha conquistado después de un enfrentamiento con algunas de nuestras cohortes, que habían sido enviadas en ayuda del soberano de los mauritanos, nuestro aliado. Este ataque es claramente una táctica de Sertorio para mantener unidas y cohesionadas sus tropas. Una victoria fácil y un discreto botín que sirve para garantizarle durante algún tiempo el apoyo de sus legionarios. Pero, tarde o temprano, el dinero se acabará y sus soldados se rebelarán y lo destituirán. No debe excluirse la posibilidad de que algún oficial empiece a madurar la idea de entregar al *Luscus* a Sila, garantizándose así una buena carrera y la reincorporación de sus subalternos en las legiones establecidas en Hispania o en la Narbonense.

Nuestra *classis* patrulla constantemente el brazo de mar que separa Hispania de África, pero por el momento el gobernador no ha dispuesto dejar Castra Caecilia. Confío en recibir pronto la orden de alcanzar las guarniciones establecidas en el sur de la Hispania Ulterior y, de este modo, unirnos a nuestro comandante, Lucio Fufidio.

Tenemos el encargo de efectuar operaciones de amplio alcance para aislar cada vez más a los *populares*. Por lo que se refiere a los resultados, podemos considerarnos satisfechos: hemos capturado a un personaje de notable importancia que se escondía bajo una apariencia falsa. La indagación ha revelado la implicación de un acomodado comerciante que, gracias a los ingentes beneficios de su actividad y a la ayuda del que parecía ser el preceptor de sus hijos, suministraba dinero al *Luscus*. Los documentos que estaban en poder del *magister* son incuestionables y apuntan a que muchas otras personalidades también están involucradas, pero la investigación está en curso y pronto será completada.

En cuanto a mí estoy bien, si no fuera por esta continua y forzada inactividad. La mano va mejor, pero no hasta el punto de permitirme escribir o empuñar un gladio, pero cuento con estar nuevamente en

forma para enfrentarme a los itálicos en el caso de que debiéramos ser enviados a África para sacarlos de su madriguera.

*Valete.*

Marco Aufidio habló:

—Es vuestro turno, muchachos, el general os recibirá esta mañana.

Emilio dirigió una rápida mirada a Mecenas y al pequeño Cneo Segundo. El momento había llegado y dentro de poco sería conducido ante el hombre que se oponía a la autoridad de Roma. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sertorio dirigiría su mirada hacia un pequeño e insignificante *tiro* que había traicionado la causa de Sila. La perspectiva de aquella conversación le provocaba un fuerte malestar y una notable incomodidad, pero las noticias que traían y la entrega en custodia de Cneo Segundo eran demasiado importantes.

Los dos hombres y el niño siguieron a Aufidio por la Via Principalis y al acercarse a la tienda del general vieron una aglomeración de guardias y de gente de todo tipo que iba formando fila a un lado del camino.

—¿Quiénes son? —preguntó el veterano.

—Jefes de tribus, intrigantes, médicos, adivinos, contables, guerreros y demás. Todos quieren hablar con él: ofrecer regalos, proponer servicios, exponer cuestiones delicadas. Su última ocurrencia le ha procurado muchos seguidores, ahora es ensalzado como señor de toda la región.

—¿Su última ocurrencia?

—Sí, hace unos diez días se dirigió a unos cincuenta kilómetros al sur de Tingis, donde estaba la tumba de Anteo, el gigante rey de Libia, hijo de Neptuno y de Telus. Según la leyenda, Anteo era invencible mientras permaneciera en contacto con su madre, Tierra, pero Heracles lo derrotó levantándolo y golpeándolo con su clava. Los habitantes de Tingis sostenían que Anteo tenía una mujer, Tinga, que después de su muerte se unió a Heracles. Sófax, el hijo fruto de su pasión, reinó sobre muchos pueblos africanos y fundó la ciudad, dedicándola a su madre. Por tanto, el general quiso comprobar la veracidad de esta historia y se dirigió a la tumba de Anteo. Hizo que la abrieran para comprobar su contenido y...

—¿Y?

—Parece que encontró el cuerpo momificado de un hombre gigantesco de una altura de sesenta codos.

—¿Sesenta codos?

—Así es. Por tanto, hizo cerrar la tumba, ofreció algunos sacrificios con ritos solemnes y exoneró de las tasas a las ciudades de la región. Los africanos están tan entusiasmados que ahora lo cubren de oro —concluyó Aufidio antes de saludar a un oficial alto y corpulento que, inmóvil y con los brazos cruzados, permanecía inmóvil delante de la selva de estandartes que se alzaban ante la tienda del comandante.

—Ese es Lucio Hirtuleyo —susurró Mecenas a Emilio—, el segundo de Sertorio.

El joven se quedó inmediatamente encantado. Era un palmo más alto que Aufidio, tenía una mirada profunda y mesurada que infundía respeto y un rostro viril y bronceado. Llevaba una coraza musculada de cuero y sobre el costado exhibía un *pugio* de refinada factura.

—No es el único Hirtuleyo en el séquito del general. Su hermano Quinto era cuestor en Hispania hasta la llegada de Sertorio y ahora está reclutando hombres entre los mauritanos —explicó Aufidio.

Entraron en la tienda, donde una antecámara hacía de sala de espera. Ninguna decoración: solo un par de braseros apagados y dos guardias armados con espada.

—Sé que el traidor ha sido Calpurnio —dijo una voz sombría a sus espaldas. Los tres se volvieron hacia Lucio Hirtuleyo. Mecenas y Emilio le hicieron el saludo militar y el oficial respondió con un gesto de la cabeza.

—Sí, mató a Salinator a traición —reafirmó Mecenas—, pero lo hemos sabido demasiado tarde. Cuando se conoció la noticia, los enemigos ya estaban en el campamento. Creo que comunicó la disposición de nuestra alineación, porque los hombres de Flaco se infiltraron de inmediato en el sector menos defendido.

Hirtuleyo asintió.

—Si hubiéramos contado con gente más resuelta aún tendríamos Hispania —sentenció, dando una profunda estocada al viejo centurión.

—He tratado de reunir la mayor cantidad de hombres posible y mandarlos aquí con las naves de Frauca. Yo mismo he venido para redimirme de lo ocurrido aquella noche.

—Hay un momento para cada cosa, *centurio*, pero auguro que el tuyo aún está por llegar —concluyó perentorio antes de indicar con un gesto de la cabeza la entrada del despacho donde los esperaba el general.

El nuevo Aníbal de los lusitanos, enemigo mortal de Roma, estaba allí, a pocos pasos, abstraído mientras contemplaba una espada con empuñadura de oro, taraceada con piedras preciosas. Posó el arma sobre la mesa repleta de mapas y levantó la mirada.

No era corpulento como Hirtuleyo, pero tenía un aspecto formidable, como si un dios hubiera querido representar la esencia de un general romano, equilibrando fuerza, autoridad y elegancia. Para completar la imagen del hombre, una cicatriz surcaba el lado izquierdo del férreo rostro, partiendo del mentón hasta llegar a la frente. El ojo inválido, con el párpado que le cubría la cavidad ocular, exaltaba aún más la figura heroica y, al mismo tiempo, le confería un magnetismo sin igual. Una sonrisa brilló en su rostro cuando vio al pequeño Frauca en el grupo.

—Cneo Segundo, te dejé cuando eras un niño y vuelvo a encontrarte listo para combatir —dijo el general desordenando el cabello del pequeño, que había ido a su encuentro. Fue un momento conmovedor que disolvió durante un instante la tensión. Los dos intercambiaron algunas palabras y Sertorio preguntó a Segundo qué impresión había tenido de África, evitando hablar de su familia. Luego llamó a un

esclavo y le confió al niño, ordenándole que lo condujera a su alojamiento. Desde aquel momento estaría bajo su cuidado y tutela. Observó salir al chico, como para protegerlo con aquel ojo tuerto, y luego dirigió su atención a Mecenás.

—Bienvenido a casa, Quinto —dijo con voz profunda, marcada por su acento sabino.

—Te lo agradezco, general.

—Sé que te has afanado por recuperar a varios desbandados.

—He hecho lo que he podido —confirmó el veterano, triste—, y lamento no haber podido más que esto —añadió.

—Lo que ha ocurrido no puede cambiarse.

Quinto bajó la cabeza y aventuró la pregunta que tanto lo apremiaba.

—¿Tenemos noticias de Frauca, general? Lo que sabemos es que ha sido capturado.

Sertorio asintió.

—Capturado y deportado, si aún no ha sido ajusticiado es porque todavía tiene mucho que decir. Sin duda, nuestro Frauca está pasando momentos terribles, Sila sabe cómo hacer hablar a las personas. Lo más grave es que toda la red de informadores ha sido barrida. Ya no tenemos ojos y oídos en Hispania.

—No todo está perdido, general, tengo noticias que darte.

—Habla.

—Precedo a una delegación de nobles lusitanos que llegará pronto para ofrecerte el mando de sus tribus. Llegarán por mar.

Sertorio se quedó sorprendido, casi incrédulo, por aquella noticia del todo inesperada.

—La política de Sila en la región ha sido agresiva y en ocasiones brutal —continuó Mecenás—. La injerencia de los gobernadores en las cuestiones locales ha creado un fuerte descontento. Los abusos por parte de los soldados sobre la población local se han reiterado hasta crear una situación delicada y alarmante. La revuelta anida en sus ánimos y se desarrollará pronto; solo necesita un guía, un mentor, y este eres tú, mi general.

—¿Tienen idea de qué es una guerra contra Roma?

—No, pero son conscientes de qué quiere decir sufrir su dominio incondicional.

—¿De cuántos hombres estamos hablando?

—No lo sé con certeza, pero las tribus dispuestas a levantarse son muchas y han querido enviar una delegación para ofrecerte su plena disponibilidad.

El general asintió, pensativo, mientras con la mirada ya escrutaba el mapa de la Hispania Ulterior. Mecenás se acercó y apuntó el dedo sobre Baelo, al oeste de las Columnas de Hércules.

—Aquí hay una ensenada ideal para desembarcar a los hombres, está protegida por los vientos y de la vista de las naves que atraviesan el estrecho.

—La conozco. También el territorio adyacente se presta. Si yo fuera ellos, la

vigilaría.

—No pueden permitirse vigilar palmo a palmo toda la costa —intervino con inocente pasión Emilio.

—¿Tú quién eres?

Mecenas carraspeó.

—Cayo Emilio Rufo.

—¿Bajo el mando de...?

De nuevo un golpe de tos.

—Rufo estaba bajo... Flaco.

Desde luego, fue una sorpresa para Sertorio. Ladeó la cabeza y escrutó fijamente al joven como si fuera un halcón ojeando la presa. Emilio se encogió como para hacerse invisible.

—Rufo ha tenido un fuerte enfrentamiento dentro de su centuria y ha chocado con los suyos —continuó Mecenas—. Conocía bien a la familia Frauca y tomó parte por ellos al darse cuenta de que estaban en peligro. Ha sido él quien ha permitido la fuga de Cneo Segundo.

—Y ahora, Cayo Emilio Rufo, ¿quisieras combatir para mí?

—Mi padre era uno de los *mulos de Mario*. Yo me he enrolado después de su desaparición para seguir el espíritu que lo animó en vida y para ser parte yo también de la legión. Aún no he conseguido encontrar el *genius*.

El único ojo pareció excavar en los pensamientos del muchacho.

—Antes de esta guerra —dijo el nuevo Aníbal—, éramos un pueblo en condiciones de actuar colectivamente, obedeciendo por libre decisión a unos magistrados electos. Ahora el poder ha sido conquistado por la fuerza y los romanos son esclavos de su propio país, como si fueran una multitud indistinta de bárbaros. —Sertorio dio algunos pasos en torno al muchacho, que a duras penas soportaba la fuerza magnética de aquel hombre—. ¿Sabes cuál es el remedio de este mal?

—No, comandante.

—Matar a la tiranía o morir en el intento. —El nuevo Aníbal se detuvo a un palmo del rostro de Rufo—. Intentaré ofrecerte esta alternativa.

Aquella tarde, Cneo Segundo se presentó en la tienda de sus compañeros de viaje acompañado por un jinete espléndidamente equipado más o menos de la edad de Emilio. Este saludó al niño y, al mirar a su acompañante, en sus ojos detectó algo que le resultaba familiar.

Eran los ojos de Lavinia.

—Soy Cneo Quintilio Frauca.

Los dos se estrecharon la mano.

—Quería agradecerte que hayas salvado a mi hermano.

—Habría querido traer aquí a toda tu familia, Quintilio, pero a veces el destino

nos es adverso.

El muchacho asintió.

—Cneo Segundo me ha dicho cuánto te has prodigado por él. Quisiera recompensarte de algún modo, pero como bien puedes imaginar, en este momento no tengo nada.

—Ha sido un placer hacer el viaje con tu hermano, nos hemos sostenido mutuamente como dos viejos camaradas. Se ha comportado como un hombre.

—Es un Frauca y es un marso.

—Sí —asintió Emilio, observando al joven jinete—. Tu madre y tu hermana me han hablado de ti. Todos han sufrido tu ausencia, pero no ha faltado la dignidad y el decoro de quien sabe que su ser querido está lejos combatiendo por un objetivo necesario.

—Mi madre debe de estar destrozada en este momento. Lavinia tiene el carácter de mi padre, de algún modo se las apañará. Solo espero vivir lo suficiente para vengarlos a todos.

—Todos lo esperamos.

—Ahora debo volver al servicio —dijo el jinete—, formo parte de la escolta personal del general, un cargo que mi padre ha pagado a peso de oro —continuó con una media sonrisa—. Si puedo serte útil en algo, házmelo saber, estoy muy cerca de Sertorio.

Emilio asintió.

—Entonces dile que tengo muchas ganas de volver a Hispania para combatir por lo que nos han quitado.

—¡Avancemos juntos! —aulló Mecenas—. Los de la segunda fila, manteneos alineados con los de la primera —repitió a voz en cuello por enésima vez—. *Testudo!*

En pocos instantes un techo de escudos se materializó por encima de los legionarios, que seguían avanzando en la canícula con un esfuerzo inaudito. El ruido de las astas de los *pila* de adiestramiento resonó sobre toda la centuria.

—¡En posición! Alineados.

Los escudos se situaron de nuevo en posición de guardia y los hombres volvieron a avanzar bajo la mirada de Sertorio, que seguía a caballo la instrucción de las cohortes transmitiendo pequeños trucos a los centuriones. En realidad, todos los legionarios presentes en aquella planicie castigada por el sol eran veteranos encallecidos, y para ellos aquellas maniobras eran habituales.

Emilio había terminado en una centuria incompleta compuesta por una cincuentena de hombres, en su mayor parte desbandados que habían alcanzado azarosamente África, bajo el mando de Mecenas. Sertorio se acercó a ellos, recorrió los rostros trastornados por la fatiga y el calor de los hombres, que intentaban recuperar el aliento, y se detuvo a mirar a uno que estaba en la tercera fila.

—Tú, *miles*.

Emilio tragó.

—A tus órdenes, general.

—¡Desplázate a la primera fila!

Rufo asintió y escaló de puesto, tomando posición delante de las enseñas.

—Procura ganarte un puesto de honor entre los valientes —dijo Sertorio antes de golpear los talones y desaparecer junto a Hirtuleyo, Aufidio y los otros miembros del Estado Mayor.

Mecenas asestó un codazo de complicidad a Emilio y, en vez de dar la orden de reanudar la práctica, se quedó en silencio. La mirada del veterano se perdió en el mar, frente a la ciudad.

—¡Mira! —dijo señalando una embarcación que entraba en el puerto—. ¿Serán ellos?

No era la delegación de los nobles lusitanos. En aquella nave viajaba un mensajero proveniente de Nursia Valeria, Norcia en Sabina, la ciudad natal de Sertorio. El hombre traía una misiva que fue enviada de inmediato al general. Su madre, Rea, había muerto.

Para Sertorio aquella noticia fue un auténtico golpe, casi más que el desastre de los Pirineos. Ante aquella derrota había reaccionado; ante la muerte de su madre, no. Se encerró en la soledad de su tienda, sin aceptar ninguna visita.

Desde aquel día fue como si en el campamento hubiera un tiempo suspendido, una falta, un silencio forzado. Todo parecía irreal. El hombre que, dispuesto a enfrentarse a las adversidades, había sabido hacerse apreciar por su talento de guerrero indómito, había claudicado. Así, encerrado en sí mismo, solo causaba desazón entre los hombres que lo seguían. Al principio este dolor fue interpretado como una virtud, pero el paso de los días había inducido a pensar en una forma de morboso apego poco apropiado para un gran caudillo.

El nuevo Aníbal permaneció cuatro días sin probar bocado, sin lavarse y en completo aislamiento, hasta que un extraño cortejo se presentó a las puertas del campamento. Viros había llegado a Tingis con los nobles lusitanos.

Mecenas y Emilio estuvieron entre los primeros en correr a su encuentro.

—Recoged vuestros harapos y vuestras armas y dadme de inmediato algo de comer que no sea pescado —soltó el enorme Marco Arrio Lanato, dejando caer al suelo su voluminoso equipo con gran estruendo.

El grupo se reunió entre apretones de mano y vigorosos golpes en los hombros. Emilio finalmente recuperó sus efectos, revolvió en el saco y sacó el gladio de Ursiano, sopesándolo con orgullo. No lo recordaba tan hermoso.

—¿Se puede saber dónde os habíais metido? —preguntó Mecenas.

—Viros quiso permanecer en el mar hasta que avistó la nave con todos sus

jodidos nobles —respondió Volsinio—. Solo entonces puso rumbo hacia Tingis. A propósito, ¿cómo es la ciudad?

—No lo sabemos, está prohibido acceder a ella.

—¿Bromeas?

—Órdenes de Sertorio.

Volsinio posó en el suelo su *paenula*.

—Me había olvidado de las manías del general. Nada de mujeres, nada de vino, nada de festines... Tendré que conformarme con el *sillanus*.

Emilio mostró jocosamente el gladio a su camarada.

—A propósito de armas —dijo Lanato—, Viros esperaba una entrada en el campamento con gran pompa y muchos hombres alineados. ¿No habéis hablado de los lusitanos al general?

—Sí, pero por desgracia hace cuatro días llegó la noticia de la muerte de su madre —respondió Mecenas—. Desde entonces el general no ha salido de la tienda.

Los cuatro se quedaron en silencio unos instantes.

—Da que pensar —dijo Emilio, a media voz— cómo el drama personal de un hombre puede influir en el curso de la historia.

Dos días después el general llamó al barbero, se hizo rasurar, bebió agua y comió pan negro antes de ir a recibir a la delegación de los nobles de las provincias lusitanas. Estaba física y anímicamente afectado. Viros contó luego que los nobles se quedaron atónitos frente a aquella figura demacrada y pálida, casi sufriente, pero cuando Sertorio les dirigió la palabra, reconocieron la fuerza de ánimo que desde siempre lo había acompañado en sus empresas. Le rogaron que se convirtiera en su comandante y él aceptó después de expresar sus propias condiciones: tendría un poder absoluto.

Emilio se acomodó el equipo al hombro y miró la destartada embarcación que se mecía ante él.

—¿Debemos subir a eso? —preguntó Lanato.

Mecenas asintió.

—Nuestra centuria no es precisamente la joya de la legión, así que nos toca una de las bañeras requisadas a Ascalis.

—Esos jodidos mauritanos tienen una nave mejor —farfulló Volsinio a sus espaldas.

—¿Es que nunca dejáis de lamentaros? Ellos tienen los caballos.

Aufidio silbó e hizo señas a los suyos de que subieran. Emilio evocó el embarque en la *Morena*, la ágil y sólida nave de guerra de la flota de Sila. Sin embargo, cuando había viajado en aquel trirreme no se había sentido parte de un grupo cohesionado. Por más que toscos y vulgares, por más que burlones, Emilio sentía que Lanato y Volsinio empezaban a sentir cierta estima por él, a pesar del apelativo, quizás incómodo, de *sillanus*. Nunca Ursiano y Decano habían manifestado este sentimiento.

Solo faltaba Ambato. Qué gran equipo habrían constituido todos juntos. Y claro, también faltaba Lavinia. Rufo alzó la mirada al cielo estrellado de aquella noche sin luna; quién sabía dónde estaba y qué hacía, quién sabía si no estaría pensando en él.

Los pilotos comenzaron las maniobras hacia mar adentro. Emilio advirtió lo heterogéneo de la flota que se había reunido en pocos días. Algunas naves de guerra, algunas galeras de combate de Ascalis, dos naves de los piratas y algunas bañeras, como aquella que los acogía en su rechinante panza, recuperada en la costa al sur de la ciudad. Seguían el buque de transporte, con mayor calado, además de una docena de cargueros decididamente en buen estado, donde habían sido embarcados setecientos mauritanos con sus caballos. Todas ellas se dirigían a Baelo.

Sertorio había elegido una noche sin luna para iniciar la guerra a Roma e impulsar sus naves hacia Hispania. Tres mil hombres estaban desafiando al imperio más poderoso del mundo. El objetivo era ganar la ribera y unirse a las fuerzas que los nobles lusitanos, tras haber partido unos días antes, estaban reuniendo al norte de la ciudad.

—Venid aquí, muchachos —dijo Mecenias, cortando el silencio que había caído sobre la nave. Emilio y los otros se acercaron para escuchar.

—Hombres. Hombres, no tengáis piedad —empezó con voz profunda—. Hundid vuestra espada y quitadles la vida. La sangre lavará la afrenta, la vergüenza y la culpa. Que Marte Ultor guíe vuestra ira y que su progenie pueda recordar sus nombres. Ofreced la victoria a Hécate Trivia y será ella la que acompañará sus errantes almas al Tártaro.

Todos inclinaron la cabeza.

—Hombres, ninguna piedad —gritó en voz alta.

—Ninguna piedad —hizo eco Lanato, seguido por el estruendo de todos los demás.

Emilio se unió al coro hasta que oyó las voces de los marineros anunciando la presencia de naves enemigas. Los legionarios buscaron en la oscuridad las siluetas de las galeras rivales. Algunos señalaron unas inciertas sombras a lo lejos, en el mar negro, pero en aquella oscura noche era difícil distinguir las grises y severas embarcaciones de la costa.

—¡Armaos! —ordenó Mecenias.

Todos se dispusieron ordenadamente a coger su *scutum* para retirar la piel de ternero que lo protegía durante el transporte. Rufo se colocó el talabarte y en ese instante lo asaltó el horripilante recuerdo de la pesadilla sufrida en los Pirineos. Intentó extraer repetidamente el gladio de la funda, mientras su corazón empezaba a latir frenéticamente.

—Aparta la espada —dijo Lanato, frunciendo el ceño—. Con el oleaje y las posibles colisiones corremos el riesgo de hacernos daño entre nosotros.

No sin cierta turbación, Emilio guardó el arma en la funda antes de cruzar la mirada de Volsinio.

—No le hagas caso, *sillanus*; ha matado a muchos hombres, pero no es malo. Coge tus *pila* y pégate a mi culo, tanto si hay un enfrentamiento naval como si bajamos a tierra.

—Sí —respondió Rufo con la mirada fija en un punto indeterminado.

—Deja todo lo que pueda pesar o estorbar. No pienses en el equipo; si conservamos la vida lo recuperaremos. ¿Ya le has dicho a Mecenás qué hay que hacer con tus cosas en el caso de que seas destinado a los Campos Elíseos?

El muchacho sacudió la cabeza.

—¿Tienes a alguien?

Sacudió la cabeza lentamente.

Volsinio le ajustó el talabarte a Emilio, que, visiblemente incómodo, se lo agradeció antes de que una maniobra repentina del timonel le hiciera trastabillar.

Las siluetas de las naves habían cobrado nitidez. Algunos trirremes de guerra estaban a la espera de la pequeña flota de invasión. Era evidente que, también en Tingis, los espías de Sila trabajaban bien. No obstante, los *ottimati* no habían podido concentrar una gran fuerza de choque para oponerse a Sertorio.

Este último había impulsado su singular flota hacia la costa y se disponía a amainar los mástiles para el enfrentamiento. El objetivo era que los cargueros se acercaran lo antes posible a tierra firme y desembarcaran el contingente.

Una de las naves de guerra de la flota adversaria se encontraba en la ruta de las barcas utilizadas para el transporte de hombres y medios. La embarcación donde se hallaba Emilio estaba en el centro de la formación. Esperó a tener el espacio de maniobra necesario para eludir el casco enemigo, pero fue inmediatamente perseguida. Si eran espoleados por el trirreme, se irían a pique enseguida.

Mientras la tripulación maniobraba para conjurar el desastre inminente, los legionarios no podían más que rezar, imprecar e insultar al enemigo sin ofrecer ninguna contribución activa a los marineros.

—Si caes al agua quítate el yelmo y el *cingulum* —dijo Lanato a Emilio—, intenta flotar con el escudo, ¿has entendido?

—Sí —asintió el joven sin convencimiento.

El viento dilató de golpe la vela. La nave se movió, el timonel viró. Las dos naves se rozaron y del trirreme partió una andanada de proyectiles. Piedras, virotes y flechas incendiarias se estrellaron sobre el mercante, empujando a los hombres detrás de los escudos. Emilio oyó gritos, ruidos, chasquidos, captó un horrible hedor de fuego griego y escuchó una serie de incoherentes rumores. Con preocupación alzó tímidamente su defensa y vislumbró la vela. Todo parecía en orden. Vio que los hombres se levantaban y oyó a Mecenás impartiendo órdenes. Se puso de pie tratando de comprender la posición del trirreme. Estaba a sus espaldas. Oyó un desgarró en el cielo y tuvo tiempo de ver un globo de fuego que se precipitaba con una sibilante llamarada de *lapilli* incandescentes sobre la nave de guerra enemiga. Luego siguió el inevitable entusiasmo por parte de Mecenás, de los militares y de la tripulación.

Dos navíos estaban acribillando la galera enemiga con proyectiles incendiarios y una tinaja llena de material inflamable había dado en el puente. Las llamas se habían propagado con extrema velocidad y el líquido combustible se había colado en la bodega donde estaban alojados los remeros. Una columna de humo negro y denso embestía a los timoneles, haciendo imposible el gobierno de la nave. Dos antorchas humanas se arrojaron al agua entre alaridos horripilantes seguidos por los insultos y las carcajadas de los espectadores itálicos.

Emilio se volvió para buscar a los suyos mientras la noche se teñía con los colores del fuego. Vio a Mecenas y Volsinio inclinados sobre un cuerpo inmóvil y se percató de que quien yacía en el suelo era Lanato. Dejó el escudo y apoyó las lanzas, luego escudriñó la oscuridad para comprender qué había sucedido.

Se quedó atónito cuando, iluminado por los siniestros resplandores de las llamas, vio que del yelmo de Lanato, el coloso, sobresalía un enorme dardo que le había perforado el cráneo. Ni siquiera oyó que Mecenas le estaba hablando. Notó que alguien lo sacudía por los hombros.

—Arriba, Rufo, ya no hay nada que hacer.

El muchacho se encontró de pie:

—¡Arriba, *miles*! ¡Recupera armas y escudo! —lo exhortó—. ¡No dejaremos que se haya ido en vano, acabaremos nosotros el trabajo! ¿Me has oído?

Rufo asintió, aturdido, y el centurión le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Dentro de poco llegaremos a la orilla. Nosotros somos invencibles, no tememos a nadie. ¿Me has entendido?

—¡Sí!

—No te he oído —aulló Mecenas—, ¿a quién tememos?

—¡A nadie! —respondió a voz en cuello Emilio.

Rufo recuperó los *pila* y solo entonces se percató de que estaban muy cerca de la costa. Las naves de guerra de fondo plano ya estaban desembarcando los hombres, mientras que las de transporte se dirigían al puerto de la ciudadela. Al mismo tiempo que su nave alcanzaba el muelle, los legionarios de las naves de guerra ya habían tomado posición ocupando todo el suburbio.

Mecenas, Volsinio y Emilio bajaron junto a los demás por la pasarela y recorrieron los muelles como una exhalación. Todo parecía desierto. Los habitantes y la guarnición habían observado el enfrentamiento naval y habían huido.

En poquísimo tiempo, también los jinetes mauritanos desembarcaron y se dirigieron al galope por las callejuelas de la ciudadela para dispersarse en abanico más allá del poblado.

Baelo estaba en manos de Sertorio.

Apenas hubo tiempo de descargar los bagajes de la nave y hacer la cuenta de los hombres caídos durante el breve enfrentamiento naval. Lanato fue rápidamente preparado por los suyos y puesto sobre una pira común, ante la cual se recitó a toda prisa una brevísima oración fúnebre. Sus efectos fueron divididos entre aquellos que

formaban parte de su *contubernium* para no dejarlos abandonados en la nave. Al día siguiente, al final de una marcha extenuante, a la vista de más de cuatro mil guerreros lusitanos alineados a orillas del río Betis, el gran Arrio Lanato quedó confiado a los recuerdos.

Emilio apoyó el escudo y miró a los lusitanos que se disponían a comer en torno a los fuegos antes de dormir. No estaban organizados como los legionarios, no tenían tiendas, armaduras ni grandes escudos. Eran ágiles y ligeros, como su armamento y sus pocas protecciones de lino o de cuero, pero parecían muy motivados.

Una veintena de tribus lusitanas se habían adherido a la causa de Sertorio enviando a sus jinetes y esta inhabitual armada compuesta por africanos, hispánicos e itálicos había bordeado el curso del río Betis sin encontrar un alma. Todos se habían dado a la fuga dejando el vacío frente al heterogéneo ejército del nuevo Aníbal, que avanzaba hacia el norte, en dirección a la antigua ciudadela de Hispalis.

—¿Todo bien?

Emilio se dio la vuelta y vio a Mecenas, que le ofrecía un trozo de pan negro. El joven lo mordió, masticándolo con esfuerzo.

—Pienso en Lanato, en su pira.

El veterano asintió.

—Entre los hombres que van a la guerra se forma un vínculo indisoluble, una solidaridad sin igual que solo pueden experimentar los que son como nosotros, los que han sufrido juntos los mismos padecimientos. Arrio está aquí con nosotros, Emilio. Lo verás en nuestros gestos, en nuestras acciones, en nuestro modo de afrontar la vida, en la cotidianidad. Estará contigo en el momento del enfrentamiento. Yo lo sé. Te veo preparado. El hombro parece definitivamente curado y ya no eres el muchacho que conocí aquella noche en los Pirineos.

—También yo lo creo.

—Estoy seguro, no dudo de que sabrás distinguirme —continuó el otro—. Sila envió a uno de sus sicarios contra nosotros. Llegó a Baelo cuando ya nos habíamos marchado. Ahora está pisándonos los talones, picando el cebo de nuestro general.

—¿Cebo?

—Sí, nosotros hemos atravesado el río Betis apenas fuera de la ciudad y hemos proseguido hacia el norte por la ribera izquierda. Nuestro perseguidor ha llegado a toda prisa desde oriente, se ha desviado inmediatamente a septentrión y, para recuperar el tiempo, no ha atravesado el río. Nos está siguiendo desde la orilla opuesta. Nuestros exploradores han visto las enseñas enemigas y sabemos de quién se trata. Apuesto a que será Sertorio quien decidirá dónde y cuándo hacerle vadear el río.

—¿Qué enseñas eran?

—Hemos visto las cabras en los estandartes. Son algunas cohortes de tu legión, Emilio. Es muy probable que se trate de Fufidio —sostuvo Mecenas, advirtiendo que Rufo se ponía tenso ante aquellas palabras—. El Hado ha decidido —continuó—;

imagina que todos son Ursiano y golpea sin piedad.

Mecenas disimulaba el nerviosismo masticando una brizna de hierba mientras a sus espaldas, a los pies de un declive que ocultaba el río, centenares de legionarios esperaban en el silencio más absoluto. Estarían inmóviles y callados hasta que Lucio Hirtuleyo diera la orden de avanzar, y este la daría solo en el momento justo para pillar por sorpresa a los hombres de Fufidio, que se disponían a cruzar el Betis.

Quinto Sertorio se había reído sarcásticamente al enterarse de quién comandaba el contingente enemigo. Fufidio era el creador de las listas de proscritos en las que figuraba el mismo Sertorio. No le precedía una gran fama de caudillo. Podía ser considerado un excelente consejero o un feroz verdugo, eficaz en sus sórdidas intrigas, pero esas cualidades no resistirían la confrontación con el genio militar del *Luscus*.

Fue el viento quien llevó la noticia: se oyeron claramente los toques de los *bucinatores* y de los *cornicines* y, si bien a lo lejos, también el clamor del enfrentamiento. Mecenas ordenó a los suyos que mantuvieran el más absoluto silencio, mientras sobre la derecha de la alineación, el tribuno Aufidio daba la orden de avanzar. Fufidio había caído en la trampa.

Las enseñas se movieron y el paso de centenares de hombres, atenuado por el suave manto herboso y por el tintineo metálico de los equipos, llenó el aire. Rufo apretó el escudo y el gladio, disponiéndose a combatir contra aquellos que lo habían adiestrado. Quizá vería en el caos algunos rostros conocidos, quizás encontraría a Ursiano. Lanzó un pensamiento a los Lares y a los Penates y susurró el nombre de ella, para sentirla presente. Lavinia lo estaba mirando y él quería demostrar todo su valor.

Fufidio había vadeado el río manteniéndose a distancia de los lusitanos, situados en una posición elevada, con la idea de sortear al enemigo. No se había cuidado de observar el territorio, por lo que no conocía la existencia de un pequeño relieve que podía esconder una amarga sorpresa. Era precisamente en aquel lugar donde Sertorio había preparado la celada.

Los hombres de Fufidio, aún chorreando agua, vieron aparecer de pronto las enseñas del toro en la cresta de la colina. Una lluvia de flechas y piedras los acribilló cuando se encontraban todavía en la orilla. Clavados en esa posición, desordenados e incrédulos, fueron embestidos por la carga de los mauritanos a caballo.

La centuria de Emilio aumentó el paso y empezó a avanzar con una carrera ligera. Mecenas ordenó el lanzamiento de los *pila* luego y acto seguido la carrera se intensificó. Rufo vio por primera vez el efecto devastador de las armas arrojadas. Los hombres que huían fueron embestidos por ellas y, como la resaca, chocaban los unos contra los otros, para luego caer entre alaridos desgarradores.

Manteniendo apenas la alineación, Rufo superó un horripilante bosque de lanzas

y cuerpos atravesados hasta alcanzar el lecho del Betis. Su impetuosa carrera prosiguió en el agua fría del río, entre salpicaduras que se levantaban en un frenético juego de muerte: la batalla.

Entre la multitud enloquecida que se debatía delante de él vio a un legionario que intentaba abrirse paso entre los demás. Se le echó encima y apretó los dientes antes de infligir un golpe violento con el borde inferior del escudo. El hombre desapareció entre las olas. Asestó un golpe fulminante con el gladio en la espalda de otro hombre y propinó un segundo y furioso golpe, un tercero y un cuarto, en una cacofonía ensordecedora de alaridos de excitación y desesperación.

La agresiva lucidez de los perseguidores se estrellaba contra la desesperada fuga de aquellos que buscaban una salvación imposible. Así, Rufo, en una orgía de locura, tuvo ocasión de golpear decenas de veces en las aguas que se agitaban desordenadamente de vida. El enfrentamiento se había convertido en una matanza y sentía que cada embate daba en el blanco, hasta que alguien, aullando su nombre, lo tironeó por el talabarte, echándolo atrás.

La segunda fila había relevado a la primera, y otro había ocupado su puesto. La tarea de Rufo había terminado. Tomó aliento con la boca abierta mientras los otros desfilaban delante de él. El brazo le dolía, los ojos le quemaban y tenía mucha sed. Estaba en el agua turbia que le llegaba a las rodillas e iba tiñéndose de un color rojo vivo. Se humedeció los labios resecos y sintió el sabor metálico de la sangre, pero no era la suya.

Intentó masajear el hombro dolorido mientras bajo la superficie del agua, la mirada vítrea y deslumbrada de un muchacho lo observaba. Poco más allá había un hombre boca abajo, mantenido en el fondo por el peso de la coraza y de la capa, que dibujaba pliegues sinuosos en la corriente.

No debía de ser un simple *miles*, pensó Emilio, si había ido a la batalla con una capa. Guardó el gladio en la vaina para ver quién era y hundió las manos para tirar del cadáver hacia sí.

Demudado por la mueca de la muerte, apareció el rostro exánime de Tito Clodio Optato, el anciano centurión de Castra Caecilia. El Betis se había convertido en el Estigio para el centurión que nunca alcanzaría la licencia, junto con otros dos mil legionarios llegados hasta allí para detener al nuevo Aníbal.

# IX

## LANGOBRIGA

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Desde hace días hemos detectado movimientos de grupos de lusitanos y hemos alertado a la guarnición de Metellinum, pero solo hoy he podido saber por un mensajero lo ocurrido.

Sertorio ha atravesado el mar con sus fidelísimos desde Tingis y, después de haber forzado el bloqueo de algunas de nuestras naves, ha desembarcado en las inmediaciones de Baelo. Los correos informan que decenas de ciudadelas de la Lusitania se han adherido a la causa y algunas pequeñas guarniciones han sido cogidas por sorpresa por los bárbaros. Estos, después de haber realizado sus incursiones, se han puesto en marcha hacia el sur para sumarse a las milicias del *Luscus*.

Valiéndose de estos hombres el traidor ha atacado el contingente enviado. El Hado ha querido que estuvieran más próximos a la zona nuestros camaradas al mando de Lucio Fufidio. Él ha sido derrotado, con gran amargura nuestra, en las cercanías de Hispalis. Se dice, además, y la noticia parece estar confirmada, que en el séquito de *Luscus* hay miles de caníbales.

El gobernador ha dado la orden de unir los destacamentos de la Ulterior para crear una nueva legión, por tanto, en breve dejaremos Castra Caecilia bajo el mando del tribuno Fabio Hispánico.

Estoy impaciente por vengarme de Sertorio y de sus renegados. Esperando el día del enfrentamiento trataré de seguir dictando este diario. A pesar de que mi mano ya ha sanado, me encuentro en perfecta sintonía con mi sirviente, que se ha demostrado un excelente escriba.

Seguiré utilizándolo mientras las circunstancias me lo permitan.

*Valete.*

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Después de haber sabido de la aniquilación sufrida por nuestra legión, he recibido la orden de Lucio Fabio Hispánico de vigilar Castra Caecilia hasta nueva disposición. Los lusitanos del rey Avaros han abandonado su aldea refugiándose en los montes. Esta es la clara demostración de que se han alineado del lado de Sertorio y están

dispuestos a defenderse o atacar. No tengo bastantes hombres para intentar un asalto a gran escala, pero puedo contar con una buena defensa mientras esté en el campamento.

He enviado correos a Metellinum y vivo con la esperanza de ver llegar a Fabio Hispánico.

La moral de los hombres es baja.

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Unos *lignatores*, asignados a la recuperación de leña fuera del campamento, han sido asesinados y colgados de los árboles. He hecho cerrar las puertas y duplicar la guardia. Tenemos la nítida sensación de ser un escollo en medio de un mar tempestuoso. Un mercader de tejidos de la Narbonense, que ha hecho un alto en el campamento, me ha referido que había visto una legión en marcha hacia el oeste. Deben de ser los hombres de Domicio Calvino, procónsul de la Hispania Citerior. Debido a la difícil situación se dispone a detener el avance del *Luscus*.

Espero noticias oficiales.

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Finalmente buenas noticias, adecuadas a la festividad. Hoy Ludi Magni, fiesta en honor de Júpiter Óptimo Máximo, un mensajero de Lucio Fabio Hispánico me informa de que el general Quinto Cecilio Metelo Pío ha sido enviado a Iberia al mando de un fuerte ejército y está avanzando a marchas forzadas hacia Hispania. Su legado, Torio Balbo, lo precede para reunirse con las fuerzas de Domicio Calvino y bloquear a Sertorio para el golpe definitivo. Recuerdo la última vez que participé en las solemnidades y rememoro el desfile que, partiendo del Capitolio, circulaba hasta el Circo Máximo a través del foro; los niños, hijos de los hombres en armas, formados como un ejército regular, los atletas y los músicos, y también las fascinantes carreras de caballos. El cortejo se cerraba con la larga fila de los animales sacrificiales que eran purificados con harina de farro y sal. Hoy, en este lugar tan distante de Roma, hemos querido recordar la celebración y también hemos hecho sacrificios elevando una plegaria al símbolo mismo de la ciudad y de su potencia: Júpiter.

Sin noticias de Hispánico.

Emilio sopló delicadamente algunas pajitas y un suspiro de humo empezó a elevarse entre los dedos. Añadió más paja y la llamita cobró vida liberando su energía. Añadió

leña fina y se sentó a contemplar el sol del crepúsculo, que vacilaba en el centelleo del calor.

Recordó, entonces, el último ocaso vivido junto a Ambato, cuando habían encendido el fuego para llamar la atención del jinete, a lo lejos. Rememoró el rostro franco y sonriente de su amigo, que se alternaba con su faz cenicienta del momento de la sepultura.

—Tendrías que haberlo visto, *Celtiber*, hemos aniquilado a los hombres del procónsul Calvino, que eran cuatro veces más numerosos que nosotros —murmuró al tiempo que partía algunas ramitas para añadir las al fuego—. Tres legiones, Ambato, tres legiones de Sila aniquiladas. Tendrías que haberme visto, he combatido como un hombre y sin miedo, incluso me han concedido un *dona militaris*, una condecoración. Me la ha entregado Sertorio en persona por haber llevado el cuerpo del comandante enemigo muerto en la batalla. Yo, yo ni siquiera sabía quién era. Tampoco sé si fui yo quien lo golpeó. Por el color de la capa comprendí que debía de ser un tribuno, pero desde luego no me esperaba que fuera el procónsul de la Citerior.

Rufo sacudió la cabeza y continuó su monólogo:

—Qué extraña es la vida. Quinto Sertorio, el enemigo de Roma, me premia a mí, al recién llegado. Ojalá me hubieras visto, Ambato, con todos los hombres alineados. Me habría gustado que me hubiese visto también Lanato, que no perdía la costumbre de llamarme *sillanus*. —Miró a su alrededor, y continuó—: Sé que no lo conoces, pero Arrio Lanato era de verdad un valiente soldado y un individuo imponente. Al principio creí que era como Decano, pero me equivocaba. Era solo una idea mía. Ahora que ya no está me parece comprenderlo, conocerlo mejor. Aquí hablan todos de él, ¿sabes?, dicen que mientras se habla de alguien es como si aún estuviese, un poco como hago contigo. —Rufo se secó los ojos—. Hemos decidido guardar sus pertenencias en un rincón de la tienda hasta que encontremos el modo de hacérselas llegar a su familia. —El muchacho jugueteó aún con una ramita antes de arrojarla entre las llamas—. Quién sabe qué habrán hecho con tus cosas, *Celtiber* —dijo en voz baja, al tiempo que reavivaba la llama. Estaba perdido en los meandros de sus recuerdos que inevitablemente lo condujeron a ella, haciendo la melancolía casi palpable—. Lavinia, cuánto me habría gustado encontrar a ese bastardo de Ursiano en medio de la batalla —susurró—. A cada acometida imaginaba que lo tenía delante, pero no he visto las enseñas de nuestra centuria. Ni rastro de ese cabrón y de los suyos —continuó—. ¿Adónde te ha llevado? ¿Dónde estás? —dijo, dirigiéndose a la nada, con un nudo en la garganta—. Resiste, dondequiera que estés. Yo te encontraré, ¡aunque sea la última cosa que haga!

—¿Todo bien?

Rufo tuvo un sobresalto cuando se percató de que Volsinio había llegado con el trigo que moler.

—Sí, el humo... me ha entrado en los ojos.

El camarada esbozó una mueca y se sentó a su lado.

—¿Estabas pensando en tu amigo, del que me hablabas? ¿El Celtíbero?

—También.

—¿Y en Lavinia?

—Sí.

Volsinio asintió poniendo la mano sobre el hombro de Rufo.

—Tendrás tu venganza y yo te ayudaré.

—Gracias, Claudio. Lo aprecio mucho.

—Entre nosotros se hace así; también tú lo harías por mí, ¿no crees?

Emilio asintió advirtiéndole que la mano de su amigo se demoraba sobre su hombro.

—A nosotros nos corresponde continuar el trabajo de los que ya no están y vivir también por ellos, mientras podamos. —Esa frase se repetía en boca de todos los que formaban parte de aquel grupo de hombres temibles en combate, seres humanos con sus fragilidades.

El toque se convirtió en caricia, la mirada intensa. Rufo se retrajo.

—Cojo la muela.

—¿Qué te pasa? —preguntó el otro, sonriendo.

—Nada, coge también las tejas y ponlas sobre el fuego.

—¿Alguna vez has pensado que podría ser nuestro último día?

Rufo apoyó la pequeña muela en el suelo, introdujo un poco de trigo y empezó a girar la manivela.

—Yo ya estoy muerto, como dice Mecenas.

—Ni mucho menos. Ninguno de nosotros lo está. Los muertos están con los muertos.

—Me mantiene vivo el deseo de venganza —recalcó Rufo—, estoy aquí para matar a Ursiano y liberar a Lavinia. No me interesa nada más.

Volsinio levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, perdona, no era mi intención.

—¿Y, además, qué último día? Hace tiempo que desembarcamos, pero después de la batalla nos hemos detenido. Como si tuviéramos miedo.

—Cálmate —respondió Claudio, controlando la grieta de una de las tejas que usaban para hacer las hogazas—. El general quiere evitar cualquier ataque contra los lugareños. Si la población no descubre nuestra presencia, podemos hacer creer que somos un ejército inmenso. La otra tarde, mientras estaba de guardia fuera de la tienda de Aufidio, oí al tribuno Malio diciendo que, una decena de días antes, un jefe de tribu se había presentado a Sertorio ofreciendo su completa disponibilidad.

El muchacho puso las tejas sobre el fuego.

—Ese tipo le preguntó al general si los mauritanos de nuestro séquito eran los caníbales de los que habla la gente.

—¿Caníbales?

—Exacto. Sí, algunos lugareños se han quedado tan impresionados por el aspecto

de los jinetes africanos que creen que son caníbales.

—¿Y el general qué ha respondido?

—Lo ha confirmado, ha exagerado —respondió Volsinio, riendo—, y ha dicho que tiene cincuenta mil en su séquito, pero también ha asegurado al jefe de tribu que no debe alarmarse porque solo comen la carne de enemigos muertos en la batalla.

También Emilio se echó a reír.

—Cincuenta mil caníbales, ojalá los tuviéramos.

—Lo importante es que los demás piensen que los tenemos, y el general es un maestro en el arte del engaño. Hacer creer al enemigo cosas no verdaderas puede procurar muchas ventajas.

—Eh, vosotros dos, estrategas —dijo Mecenias, llegando a paso rápido—. Lo lamento, pero creo que llego a tiempo de que no pongáis nada sobre el fuego —continuó el centurión—. El general quiere vernos.

—¿Quiere vernos a nosotros? —preguntó Rufo.

—Ha preguntado por mí y por quien ha matado a Domicio Calvino.

—Pero yo no lo he matado...

—Has recibido la condecoración, por tanto, lo has matado tú. ¡Sígueme!

El muchacho se limpió como pudo las manos de la harina y siguió a Quinto ajustando su túnica. Atravesaron el campamento a paso sostenido y cuando llegaron a las inmediaciones de las tiendas de los mauritanos, que se estaban disponiendo a comer, Emilio lanzó una mirada desconfiada a lo que estaban preparando antes de apretar el paso.

Quinto Hirtuleyo, el hermano mayor del belicoso Lucio, al que los hombres ya habían conocido en el campo de batalla, estaba concentrado observando unos mapas con el tribuno Aufidio y su colega Malio, otro tribuno emprendedor, de aspecto sombrío. Sertorio estaba sentado sosteniendo en el regazo un cervatillo de pocos días. Tenía un pelaje bellissimo y, nunca visto antes, era albino.

—Es una hembra —dijo el comandante rascando al animal bajo la garganta junto al pequeño Cneo Segundo, que estaba en la tienda con su hermano Quintilio—. Me la ha traído de regalo un cazador que la encontró en el bosque recién nacida. Mirad, si hubiera tenido el pelaje como todos los demás de su especie, la habría matado. En este caso, la excepcionalidad la ha salvado.

—Los lusitanos atribuyen un carácter divino al color blanco —sentenció Mecenias, saludando con una ligera inclinación de cabeza a todos los presentes.

Sertorio pareció reflexionar sobre aquellas palabras.

—Los lusitanos nos asombran cada día más —exclamó, confiando la cervatilla al pequeño Frauca—: Llévala fuera y hazla correr un poco; pero que no se escape, te lo ruego.

—Sí, general —respondió el niño mientras salía contento de la tienda con su

nueva amiga.

—Creo que ahora nos corresponde a nosotros asombrar —dijo Sertorio poniéndose de pie con movimientos medidos—, porque Hispania está dispuesta a proporcionar muchos hombres valerosos a nuestra causa —continuó con su voz profunda, marcada por aquel acento inconfundible que le confería aún más autoridad—. Dad a un hombre una *dona militaria* y este se hará matar por su general.

—Tus hombres han demostrado que lo hacen también sin condecoraciones, general —rebató Mecenias.

—Sí, en efecto, los míos son veteranos curtidos y fieles, pero su número disminuye y yo no puedo permitirme perder más. Necesito hombres vigorosos y fiables para combatir en Hispania, por tanto, he decidido reclutar un gran número de fidelísimos entre los lusitanos.

—Los lusitanos se han comportado bien, pero les falta el adiestramiento y la capacidad de combate de los legionarios.

—¿Por qué deberíamos usarlos como legionarios?

Mecenias se quedó desconcertado ante aquella pregunta.

—Para tener alguna esperanza de victoria en esta campaña.

—Si tuviera tres o cuatro legiones buscaría el terreno adecuado para una gran batalla final y atraería a las fuerzas enemigas, pero no dispongo de ellas. Solo a unos lusitanos precariamente armados que son muy veloces y conocen cada piedra de esta árida y desolada tierra. Por tanto, considero más oportuno que combatan a su modo y no como me gustaría a mí, a nosotros o a nuestros enemigos.

El general se acercó a los papeles y se situó entre Hirtuleyo y Aufidio. Señaló con el dedo en el mapa los lugares de los combates.

—Como todos habéis visto, en los enfrentamientos que hemos sostenido desde que desembarcamos en Hispania los veteranos solo han entrado en acción para terminar el trabajo iniciado por los lusitanos y los mauritanos. Por tanto, usaremos sus capacidades para aquello que mejor saben hacer: esconderse, golpear y huir. La terrible oposición a su táctica. Debemos ser una presencia constante para nuestros enemigos, debemos desgastarlos. Ser hierro forjado al golpearlos y transformarnos en finísima arena que desaparece entre los dedos. Y para guiarlos mejor estaremos entre ellos constituyendo una unidad que tendrá un encargo muy concreto.

Quinto Sertorio hizo una pausa con el rostro iluminado a medias por la vacilante luz de las lámparas de aceite y del gran brasero que ocupaba un rincón de la tienda.

—Mi guardia personal.

Mecenias frunció el ceño. Sertorio le puso una mano al hombro y dijo:

—Tú, Mecenias, conoces muy bien a los lusitanos; Aufidio conoce muy bien a mis veteranos, y Quintilio Frauca conoce bien lo que se necesita para ser definidos como mis sicarios. Vosotros estáis aquí precisamente por eso, para adiestrar a mi guardia personal. Una unidad numerosa y temible que, aparte de vosotros, estará compuesta solo por lusitanos.

—¿Lusitanos?

—Sí, has oído bien.

—Pero nuestros veteranos podrían resentirse por eso —intervino Aufidio.

—Por eso estás tú aquí, para hacer de modo que esto no ocurra. No es una falta de confianza hacia los legionarios —rebatió el general—, sino la plena concesión de confianza a un pueblo que, después de esta iniciativa, nos proporcionará miles de combatientes. Ellos han pedido mi guía, así que les concederé la oportunidad y el honor de proteger mi persona.

—Sugiero incluir a muchos vástagos de la nobleza en la guardia —intervino Malio que, hasta entonces, había permanecido en silencio.

—Tengo la intención de corresponder a todas las familias que suministren hombres a la causa.

El general captó la duda en las miradas de los suyos.

—Recordad: estamos combatiendo contra la otra parte de nosotros mismos. Aprovechad esta ventaja. Pensad qué haríais si estuvierais a las órdenes de Sila. No podemos usar solo la fuerza, debemos actuar con astucia. Respondamos a su número con el valor y con la elección de los tiempos y los lugares. Considerad todas las guarniciones de Hispania que ya no se sentirían seguras si todas las tribus se alinearan de nuestra parte.

Hirtuleyo se acercó al carismático comandante con el mapa genérico de Hispania donde se mostraba también la Galia Narbonense. Sertorio señaló precisamente esa región.

—Según informaciones fiables, Quinto Cecilio Metelo Pío atravesó la Narbonense hace quince días.

Las miradas de los presentes se volvieron sombrías. Metelo era uno de los mejores generales de los que disponía Sila y no cabía duda de que se había desplazado al frente de un buen séquito de soldados. Lo que no habría sido deseable estaba ocurriendo: después de la sorpresa Sila reaccionaba, y lo hacía con la inflexibilidad de Roma.

—Uno de sus legados, Torio Balbo, se ha establecido con una legión en un campamento a dos días de marcha de aquí. Su intención es tenernos bloqueados mientras llega su comandante. Y ahora que Torio cree tenernos en el saco, nosotros trasladaremos a Hirtuleyo, con una parte del ejército, para hacer realidad su peor pesadilla. En cuanto Balbo se mueva contra ese contingente para seguirlo lo atacaremos por el flanco.

Emilio levantó la mirada para observar el rostro decidido de Sertorio, que continuó:

—Conozco a Torio Balbo personalmente y sé que es un comandante resuelto y valeroso, pero no dinámico; no podrá contra la movilidad de nuestra caballería. Lo provocaremos y cuando lance a los suyos en persecución de los jinetes mauritanos, asestaremos el golpe decisivo con los veteranos.

El general enumeró con tal riqueza de detalles las características tácticas y estratégicas previstas para la contienda que parecía haber vivido ya el enfrentamiento. En la fuerza de sus visiones de futuro, presente y pasado se fundían creando un halo irreal para aquellos que lo escuchaban arrebatados por su extraordinaria fabulación. En su pormenorizada crónica, Sertorio ya había derrotado a sus adversarios.

—Una guerra de desgaste hecha de escaramuzas y fugas. Una guerra de acechanzas, emboscadas y trampas insidiosas. Nos eclipsaremos para luego aparecer en plena noche cuando hayan acampado, exhaustos. Cortaremos sus víveres y el agua, mataremos sin piedad a sus exploradores y provocaremos tal desaliento y miedo en sus mentes que los incitaremos a cambiar de facción. Todos los prisioneros que quieran combatir para mí serán incorporados en las filas. Los hombres de Sila deben convencerse de que encontrarán su salvación bajo mi mando —sentenció, poniendo la mirada sobre Rufo, que sintió su peso—. Tú, muchacho —lo señaló—, ignorado y perseguido por Sila, condecorado y puesto entre los primeros de mis hombres.

El general se acercó a Emilio, dominándolo con su figura.

—Tráeme tantos como puedas bajo mis enseñas y te haré rico.

—No quiero dinero, general.

—¿Qué deseas? ¿La gloria?

—Satisfacer mi venganza.

Sertorio alzó el mentón y su ojo brilló, única señal de vida en el rostro marmóreo.

—Todos estamos aquí por eso, cada uno tendrá su propia medida —dijo con voz metálica, como un silbido, como el chirrido de una espada al ser desenvainada. En sus palabras había una nítida apelación a un pacto, un juramento en el cual los presentes se sintieron unidos e incluidos, todos ellos ya inmersos en un designio del destino ya ineluctable.

—¿Qué decías respecto de la cierva? —dijo, cambiando bruscamente de tema.

—Oh, es la creencia de que los animales de pelaje blanco tienen poderes proféticos —respondió Mecenas.

—Muy interesante —comentó Sertorio, absorto.

### Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

Me entero, incrédulo, de la derrota de Torio Balbo y de la legión que comandaba. El legado ha caído combatiendo valerosamente en el campo de batalla y los pocos supervivientes de la masacre han intentado salvarse echándose al monte. La situación es preocupante. Sertorio avanza hacia la Citerior y, después de los últimos acontecimientos, el número de caídos es terriblemente alto. Fortuna lo acompaña conduciéndolo a la victoria.

Hay una desolación inquietante en las cercanías del *castra*. Los

lusitanos se han desvanecido y ya no hay el habitual paso de mercaderes. En esta calma innatural se advierte una amenaza inminente.

Sin noticias de Fabio Hispánico.

He hecho construir dos torres en el campamento y consolidado las empalizadas con la intención de reforzar nuestras defensas, pero sobre todo mi intención es tener ocupados a los hombres, que empiezan a sentir el peligro y a estar nerviosos e irritables. He debido tomar medidas por algunos actos de indisciplina.

Desde la formación, Emilio no pudo evitar distraerse y observar a Cneo Quintilio Frauca, que cabalgaba su bellísimo semental. Lo seguían dos jóvenes lusitanos que montaban a pelo los mejores caballos de Hispania. Sertorio estaba sentado en un pequeño palco dispuesto para la ocasión y observaba, complacido, el desfile de su insólita guardia.

Sus oficiales habían acogido con escepticismo esa decisión y también entre los veteranos había serpenteado el descontento, pero los continuos éxitos del general y los regalos a los soldados habían logrado alejar los desacuerdos. Todos los ejércitos alineados contra ellos habían sido arrasados como la resaca borra las huellas. Sertorio había venido del mar y como el mar poseía la fuerza y la inquietud, la potencia y la exuberancia. Sila había elegido a Metelo, una noticia que había suscitado la risa de Sertorio. Habría querido desafiarlo en singular combate. Se sentía fuerte y transmitía esta sensación a todos: a Hirtuleyo, Aufidio, Malio, Frauca, Mecenas y Emilio, así como a la formación y a los nobles que, desfilando junto a él en aquel día, juraban fidelidad al nuevo caudillo hasta la muerte.

—Hombres —empezó Sertorio, cuando los soldados estuvieron dispuestos y alineados—, quiero que tengáis muy clara una cosa. —Se tomó su tiempo—. Nosotros no somos invasores o insurgentes. Metelo recluta fuerzas entre las poblaciones de la Citerior para destinarlos al enfrentamiento con hombres que liberaron Roma del yugo de los cimbrós y los teutones. Nosotros somos los de entonces. Somos los de Aqua Sextiae y del Betis. Cronos no se ha comido nuestra fuerza como hacía con sus hijos. Estamos aún aquí; creemos firmemente en la República y queremos defenderla, no usurparla.

Un estruendo se alzó en las filas de los itálicos.

—Nos han escarnecido como a miserables, enemigos públicos de una Roma que pertenece exclusivamente a Sila, que nosotros no reconocemos. Sila, el que profanó la tumba de Mario y dispersó sus cenizas en las aguas del Aniene, el que abatió los monumentos de las victorias sobre los africanos y sobre los teutones. Al realizar estas acciones impías ha humillado la memoria de nuestros soldados, de nuestros amigos, de nuestros hermanos, de la sangre que hemos derramado. El creador de las proscripciones, de los premios acordados a los carniceros regularmente retribuidos

por las arcas del erario. Sila, el hombre de las confiscaciones, de los secuestros de propiedades de ciudadanos romanos puestas a subasta en el Foro como si fueran un botín de guerra. El hombre de los procesos sumarios, de las cabezas cortadas y colocadas sobre las astas frente al Senado.

—¡Muerte a Sila! —aulló una voz.

Sertorio se detuvo, miró en esa dirección y asintió.

—Muerte al sistema de Sila, a su odio ciego que no nos excluirá. Si no somos nosotros quienes recordemos a Roma quién es Roma, entonces todo estará perdido, habremos combatido toda una vida en vano.

Una ráfaga de viento movió apenas la capa del general, casi absorto en un melancólico instante.

—No nos escucharán, solo querrán nuestras vidas. Recordad: el único modo de hacer oír nuestra voz es combatir, tender la mano a nuestros amigos lusitanos y darles lo mejor que nuestra civilización ha sabido crear. Un Senado, unas escuelas, un ordenamiento para que este país y su gente pueda crecer y prosperar en paz. Esta es la Roma que conocemos, esta es la Roma que reconoceremos hasta la muerte, no es un lugar físico, está en nuestros corazones.

En los rostros de aquella multitud en armas se pintó una mueca de rabia digna y fría.

—¿Me seguiréis en esta única y gran oportunidad?

Los hombres exultaron blandiendo los *pila*. El comandante repasó con ojo frío la alineación para detenerse, como distraído por algo. Entre las patas de los caballos de la recién constituida guardia personal apareció la cervatilla blanca. Tenía en la boca una especie de corona de ramas entrelazadas de laurel y dio algunos pasos, temerosa, ante los ojos asombrados de la muchedumbre. Luego, tras reconocer a Sertorio, corrió donde él alcanzando el palco.

El general, incrédulo, se arrodilló, cogió la corona y acarició a la cervatilla. Aquel pequeño animal blanco empezó a lamerle el rostro ante la mirada aún más desconcertada de los soldados, que desde las filas posteriores se agitaban para ver la escena.

—Diana, Potnia Theron, señora de los animales, señora de las selvas, custodia de las fuentes y dispensadora de la soberanía, se me ha aparecido en sueños esta noche —aulló el general a los hombres—, diciendo que me mandaría una señal. —Alzó conmovido la corona—: ¡Hela aquí! —exclamó, desencadenando un formidable trueno entre las filas.

La voz de Mecenas resonó en el cerebro de Rufo:

—¡Despiértate! ¡Moveos tú y ese otro, armas al hombro y listos para partir!

Con la cabeza embotada, Emilio se apoyó sobre los codos y dio una sacudida a Volsinio.

—¿Qué pasa?

—Debemos levantarnos.

—¡Acabamos de acostarnos, maldición!

—También la columna de suministros de Metelo acaba de irse a dormir —dijo Mecenias—, vamos a desencadenar algunas pesadillas. ¡Rápido!

—Yo...

—Una palabra más y te hago probar la vara —dijo el centurión mostrando el *vitis*—, hace demasiado que no la sientes.

El muchacho se puso el yelmo, se ajustó la capa y cogió el *pilum*.

—Estoy listo, estoy listo.

—Quítate la capa y deja aquí la cantimplora. Debemos ser ligeros y silenciosos. Dirigid un pensamiento a Angerona, diosa del silencio, y os protegerá también del dolor. —Luego continuó, seco—: Ahora, moveos.

Viros llegó a la carrera seguido por el grupo de lusitanos.

—Una veintena de carros en total. La escolta es numerosa, pero la sorpresa nos favorecerá. Los hombres ya están apostados; pon a los tuyos a cerrar las vías de escape.

—Está bien —dijo Mecenias dirigiéndose a Rufo y los otros con el dedo índice bien a la vista—. Recordad que siempre debéis dejar escapar a uno. Uno debe volver para contar lo que ha ocurrido.

Emilio asintió sintiendo un peso en el estómago. Siempre era difícil afrontar el choque. Continuaba pensando qué sucedería si volvía a encontrar a Ursiano. Ya llevaba tiempo siguiendo al general por los rincones más remotos de Hispania. A menudo los legionarios debían montar emboscadas junto a los lusitanos. Se golpeaba cada vez que se presentaba la ocasión. Una guerra poco honorable, una guerra por momentos repugnante, pero qué guerra no lo es. Celadas en la sombra, desgaste y sorpresa, eran los tres pilares de este conflicto que ponía a dura prueba los nervios de los enemigos y de sus comandantes. Sí. Había transcurrido tiempo y a pesar de que se había convertido en un cazador formidable, listo para adentellarse a su presa, seguía siendo un muchacho. Un joven enamorado de una mujer convertida en un ideal imaginario de virtudes y pasión al mismo tiempo, tal como en su mente se había vuelto abstracto el hombre que odiaba más que cualquier otra cosa en el mundo: Ursiano.

Las siluetas se encaminaron al amparo del bosque tratando de no hacer ruido. De vez en cuando una rama asomaba entre las tinieblas golpeando a bulto, obligando a avanzar lentamente y con atención y procurando no perder de vista al compañero que precedía.

Llegaron a las inmediaciones del sendero que se insinuaba entre las crestas de la roca. Por doquier reinaba la más absoluta oscuridad. A lo lejos, detrás de un saliente, la débil luz de un fuego era como un destello en las tinieblas.

Permanecieron en silencio, luego captaron la señal. El canto de una lechuza

hendió la calma de la noche. Los lusitanos entraron en acción lanzándose sobre los vivaques. Mecenas dispuso a los suyos junto al sendero, justo a tiempo de recibir a los primeros jinetes que intentaban la fuga. La cuerda, tendida por los soldados, hizo que el grupo se desplomara en un enredo de hombres y caballos.

Emilio saltó de su escondite alcanzando a uno de los jinetes desarzonados, lo golpeó con fuerza y junto a otros tres lo inmovilizaron.

—¿Quién manda los restos de la legión de Fufidio? —gruñó, apretándole la gélida hoja del *pugio* sobre el rostro.

—Soy de la Narbonense —jadeó el jinete, sin aliento—, acabo de llegar. No sé quién es Fufidio.

—¿Cómo te llamas?

—Rixula —respondió el otro, observando aterrificado la espada.

—Estate quieto, Rixula, no quisiera sacarte un ojo por error —susurró Rufo, antes de marcar la mejilla del desgraciado, que emitió un gemido de dolor—. Ahora ve, anda donde Metelo y dile que esto es una muestra de la piedad de Sertorio. Nos quedamos con el resto, dejaremos que solo se salve tu hermoso trasero y si alguna vez te encuentras con un tal Lucilio Ursiano, dile que Cayo Emilio Rufo lo está buscando. ¿Has entendido?

El hombre titubeó, incrédulo, y asintió apretándose la mano sobre la herida que chorreaba, mientras los demás lo despojaban de todo. Se levantó solo con la túnica y retrocedió unos pasos para procurar entender cuáles eran las intenciones reales de aquellos individuos. Uno le dio un empujón, otro le asestó una vigorosa patada, luego Rixula se volvió y se puso a correr como perseguido por un espectro.

Mecenas concedió algunas horas de descanso después de las extenuantes marchas de los días anteriores y a la mañana siguiente el grupo se dividió. Parte de los lusitanos a caballo, al mando de Viros, prosiguieron ampliando el radio de acción, mientras que Mecenas, Volsinio y Emilio, con una escolta de infantería ligera, se replegaron hacia oriente para unirse a Sertorio.

—¿No lo has olvidado?

Emilio miró a Mecenas.

—No lo olvidaré nunca. Tengo una cuenta pendiente con Ursiano y ruego a los dioses que pueda encontrarlo.

El centurión esbozó una sonrisa.

—Ahora estás preparado. Sabía que te convertirías en un león, lo tenías en la mirada.

—Solo es rabia y deseo de venganza.

—Será venganza, pero tienes un gran corazón. Elimina a tu Ursiano. Luego, con la mente liberada de este agobiante pensamiento, podrás dedicarte a algo grande.

—¿Grande?

—Ellos —dijo Mecenas señalando a los hombres que marchaban.

—No te entiendo.

—Tienes un gran ascendiente sobre los hombres. En cualquier situación tienden a escucharte y a reconocer tu predisposición para el liderazgo. Si aprendes a conquistarlos te convertirás en un gran centurión y te amarán.

—A mí no me interesa mandarlos.

—Puede ser. Ursiano te ha sido útil para comprender lo que no se debe hacer en la vida. Rufo, como soldado, podrías pasar inadvertido. Eres uno de esos elementos que cumplen tan bien con su deber que parecen desaparecer en la norma. Se te confía una tarea y la ejecutas sin quejas ni pretensiones. Los que son como tú no deben ser legionarios, deben comandarlos.

Llegó un lusitano, sin aliento.

—Tres hombres a caballo por el camino del norte.

—Ocúpate tú —dijo el centurión a Rufo.

—Volsinio, coge a cinco hombres y avanza por la izquierda del sendero, los quiero listos para saltar sobre el camino desde aquel saliente.

—Está bien.

—Los demás, conmigo.

Mecenas sonrió complacido y detuvo al resto de la columna.

Emilio alcanzó la posición. Se apostó detrás de una roca y los observó llegar al trote. En efecto, se trataba de tres soldados que trataban de esconderse, encapuchados en sus capas de lana. Era verdaderamente insólito ver a tres jinetes siguiendo el camino, porque la zona se había vuelto peligrosísima. Los destacamentos de Metelo patrullaban la región en busca de las tropas de Sertorio y, al mismo tiempo, sufrían las emboscadas de los lusitanos. No había línea de demarcación entre las dos alineaciones. En aquel clima de peligro constante nadie se habría aventurado a salir sin una escolta adecuada. A menos que se tratara de fugitivos o desertores.

Rufo salió de su refugio mostrándose a los tres, que aflojaron la marcha. Había evitado deliberadamente aparecer de repente, quería que lo vieran de lejos y asegurarse de que se trataba de enemigos antes de dar una orden impropia. Ordenó el alto. Uno de los jinetes se adelantó y se quitó la capucha. Tenía el pelo cortísimo y gris en las sienes, la barba de días y el rostro austero.

—Yo te conozco, *miles*.

Rufo se quedó horrorizado. Retrocedió un paso y saludó al oficial llevándose una mano a la sien. El otro respondió lentamente al saludo.

—No recuerdo tu nombre.

—Soy Cayo Emilio Rufo y te pido que no te muevas, Lucio Fabio Hispánico, o podría ser lo último que hicieras.

El tribuno puso las manos a la vista mientras repasaba con la mirada a los hombres que se materializaban de la nada.

—¿Para quién combates, Cayo Emilio?

—Para Quinto Sertorio.

El oficial asintió examinando el rostro del muchacho.

—Entonces llévame donde él y yo le pediré que te recompense adecuadamente por haberme salvado la vida.

Volsinio estaba sentado en el suelo con los antebrazos apoyados en las rodillas. Mordió un trozo de hogaza.

—¿Quién es ese tipo?

—Lucio Fabio Hispánico, uno de los tribunos de Cayo Annio, que comandaba mi legión con Fufidio. No puedo creer que esté aquí en el campamento y se encuentre en esa tienda hablando con el general Sertorio.

—Pues habrá que creerlo —intervino Mecenas—. No tenemos a mano las últimas listas de proscritos promulgadas por Sila, pero es muy posible que Hispánico haya acabado en ellas por un motivo u otro.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí, sus palabras han sido: «Mi nombre está en la lista, pido la protección de Quinto Sertorio».

—El que nos hizo masacrar por Ursiano para combatir a Sertorio ahora está aquí para pedir su protección —espetó Emilio, alterado.

—El Hado está por encima de los hombres y de los dioses. Las vicisitudes de la vida son extrañas, muchacho. Sertorio es una de las mentes más brillantes que Roma pueda poner en liza y, sin embargo, la República no lo reconoce. ¿O prefieres que hable de Cayo Mario? ¿O de Sila, de lo que ha sido y de aquello en lo que se ha convertido? Estamos atravesando un momento complicado y a menudo los amigos de ayer son los enemigos de hoy.

—Entonces ¿es eso normal? ¿Podría ocurrirnos también a nosotros? ¿Nos masacramos y nos ponemos de acuerdo según los días? —replicó Emilio, irónico.

Mecenas dejó caer un trozo de leña en el fuego.

—No, es una locura. Intento encontrar una respuesta lógica a tus preguntas, pero me doy cuenta de que no la tengo. Solo pienso que para combatir todos van bien, Rufo. Van tan bien los soldados fiables como los parias y los traidores.

—Y es precisamente así como me ha mirado ese bastardo —soltó Emilio—, como a un traidor.

Mecenas levantó la vista y observó al muchacho, que hervía de rabia.

—Acéptalo con serenidad. No sabemos qué será de él.

Fabio Hispánico avanzaba conduciendo la columna sobre un espléndido semental africano de manto gris. A un mes de su llegada al campamento, Sertorio marchaba al lado del general y conducía una parte de los hombres hacia Langobriga, una

población que había suministrado combatientes a la causa de los *populares* y había sido sometida a asedio por Metelo.

Sertorio había desplazado a todos los lusitanos y los jinetes de que disponía para socorrer a la ciudad. Langobriga era una ciudadela defendida por antiguos muros no demasiado sólidos, pero que habrían tenido a raya a los ingenieros del séquito de Metelo durante algún tiempo. El principal problema era el agua. Los pozos de la ciudad estaban secos y por miedo a represalias buena parte de la población de la zona había corrido a atrincherarse allí, agravando la ya precaria situación de las reservas. Dos días de agua racionada, quizá tres y luego las provisiones se habrían terminado. No serían necesarios los arietes, las puertas se abrirían solas. Metelo era consciente de esto y esperaba la capitulación.

Quinto Sertorio hizo disponer el campamento a media jornada de marcha de la ciudad y de sus sitiadores, en las cercanías de un pequeño curso de agua. Inmediatamente después de haber excavado el *vallum* y dispuesto las habituales defensas, los oficiales, entre ellos Mecenas, fueron convocados en la tienda pretoria para tomar parte en el consejo de guerra. Emilio y Volsinio estaban a punto de montar la tienda y disponer lo necesario para la cena, cuando Mecenas, ya de regreso, dijo:

—Debemos partir.

Los dos muchachos observaron al centurión con una mirada de súplica que no fue tomada en consideración.

—Parece que Metelo ha viajado ligero de equipaje. Ha caído sobre Langobriga con la velocidad del rayo porque alguien debe de haberle revelado la dificultad del aprovisionamiento de agua. Confía en llevar a cabo el asedio en poquísimos días, de lo contrario sería su ejército el que padecería el hambre. No tenemos hombres para enfrentarnos a él, pero sí para llevar el agua a Langobriga.

—¿Llevar el agua a Langobriga? ¿Y cómo?

—Cargándonos odres a las espaldas.

—¿Odres? ¿Pero cuántos...?

—El general ha hecho preparar dos mil odres para que sean llevados a la ciudad esta misma noche —replicó, seco.

—Ah, ahora está claro —exclamó Volsinio—, ¿y cómo coño los transportamos?

—Con dos mil jinetes lusitanos y mauritanos que recibirán una enorme recompensa por la entrega de los odres.

—¿Alguien le ha recordado al general que los hombres de Metelo están en torno a la ciudad? ¿Y que son muchos más de dos mil?

—Lo sabe. ¡Ahora, moveos!

—Espera, espera, ¿y cómo entraremos?

—Una parte del ejército descenderá y se hará visible en el valle, como si pretendiera atacar a Metelo. Mientras ellos se aprestan a la batalla que no ocurrirá, nosotros entraremos en la ciudad por la ladera de la montaña.

—¿Con los caballos?

—A pie, llevando los odres.

Volsinio se quedó boquiabierto, como si fuera una estatua, mientras Emilio, pasmado, los miraba a los dos.

—Es una absoluta locura.

—Las órdenes no se discuten, Claudio, se ejecutan.

—¿Debemos llevarnos a los no combatientes y heridos? —preguntó Emilio.

Mecenas lo miró como si le hubieran dado una bofetada.

—Eso alargaría notablemente los tiempos del asedio y daría la idea a los lugareños de que a Sertorio le importa su suerte.

Sertorio miró el mapa y luego levantó su único ojo hacia Emilio. La tienda estaba vacía. El general había hecho salir a todos cuando Mecenas le había susurrado la idea del muchacho e inmediatamente después lo había hecho llamar.

—Bien puedes entender, Rufo, que tu idea me agrada. La encuentro un movimiento sagaz, quizá temerario, pero de seguro impacto tanto para los aliados como para los enemigos.

Emilio asintió, serio.

—Pero la guerra, como la política, posee unas reglas precisas. No puedo decir a mis hombres que afrontarán una misión peligrosa y arriesgarán su vida a causa de la idea de un muchacho.

Mecenas bajó la mirada, molesto.

—Eso no quiere decir que no te reconozca el mérito de tu astuto plan. Sabré recompensarte, pero será un secreto entre nosotros. Para demostrarte mi confianza, te revelaré un secreto. Diremos que esta idea nos ha sido indicada por Diana a través de la cervatilla. Los lusitanos estarán exultantes.

—Haces lo correcto, general.

Ambos intercambiaron una mirada como para sellar un pacto.

Los tres fueron a la zona posterior de la tienda pretoria, donde había un pequeño recinto y un refugio para la cierva. Cneo Segundo atendía al animal ante la mirada complacida de Fabio Hispánico. El niño había reconocido al oficial que a menudo estaba presente en Castra Caecilia y los dos habían hecho amistad. Emilio observó la escena con disgusto. El pequeño, en la más absoluta ignorancia, estaba acompañado por quien había iniciado las indagaciones sobre su familia, con sus terribles consecuencias. Hispánico, por el contrario, era consciente y execrable por su comportamiento.

Sertorio anunció a los hombres que la diosa había hablado a través de la cervatilla y, como había previsto, los lusitanos acudieron a escuchar sus palabras en respetuoso silencio. Se convencieron cada vez más de que el hombre elegido como líder era un favorito de los dioses. Lo alabaron, le juraron fidelidad eterna y se mostraron dispuestos a morir por él.

El ejército se dividió en dos partes. Un buen contingente prosiguió hacia el campamento de Metelo mientras que el otro grupo, formado por jinetes aliados y unos pocos legionarios escogidos al mando de Marco Aufidio, siguió a Viros por los montes. Durante un trecho de camino los odres fueron transportados sobre los caballos, luego el sendero se hizo accidentado y al final desapareció. Un gran número de hombres quedaron atrás para vigilar a los caballos, mientras los demás trepaban entre las rocas. Poco a poco fue cayendo la noche.

—Me recuerda el camino a Tingis —dijo Emilio, observando el paisaje circundante, mientras arrancaba con el peso del odre a sus espaldas.

Mecenas se volvió y le sonrió.

—¿Recuerdas? ¡*Hijos de nadie!* ¡Si hubiéramos tenido entonces toda esta agua...!

—Sí, qué viaje; parece que hubieran pasado siglos.

El centurión asintió.

—Desde entonces han sucedido muchas cosas.

—Y nosotros aún estamos aquí.

—¿A quién tememos, Rufo?

—¡A nadie, Mecenas! A ninguno de los enemigos, pero de los amigos comienzo a dudar. No soporto la presencia de Hispánico.

—Es difícil de tragar, pero de momento no podemos cambiar la situación. Más vale asumirlo.

—Habla con sinceridad. ¿Debemos revelar a Quintilio Frauca quién es realmente Hispánico?

—No, Quintilio es joven y orgulloso. Podría reaccionar mal. A vuestra edad tenéis demasiados arrestos y poco cerebro —añadió con una sonrisita burlona.

—Ah, gracias. ¿Es eso lo que piensas de mí?

—Pero tú eres afortunado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Me tienes a mí.

El muchacho rio e intercambió una mirada con el viejo soldado que valió más que mil palabras. Era verdad. No todos disfrutaban del lujo de recibir el apoyo de Mecenas y tenerlo como guía.

—Hela aquí.

A lo lejos se vislumbraron las luces de Langobriga: los fuegos del ejército que la rodeaba por tres lados, mientras que el cuarto era el sendero entre las rocas que estaban recorriendo los lusitanos.

Viros se adelantó con algunos hombres. Cuando estuvo de regreso llevaba consigo algunos guerreros hispánicos entre los que destacaba un chiquillo alto de pelo rizado. Había conseguido tomar contacto con los asediados.

Marco Aufidio quiso hablar de inmediato con él.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Lucas Valerio Libo. Mi padre, un veterano de Sertorio, está moribundo en la ciudad.

—No me consta que haya hombres nuestros allí.

—Hace tiempo que está herido. El golpe de una lanza le partió un hueso de la pierna. La herida se ha infectado y le han amputado la pierna demasiado tarde. Ahora el mal ya ha tomado todo el cuerpo.

El muchacho ya no revestía interés. No era hijo de un personaje importante y, por tanto, Aufidio se despidió rápidamente de él.

—Lo siento, muchacho, por desgracia no podemos hacer mucho por él —dijo antes de alcanzar a los otros hombres acompañados por Viros.

—Ahora lo sacaremos de allí, Valerio —dijo Emilio, adelantándose.

—No está en condiciones de afrontar el viaje. Está devorado por la sed y solo he venido a pedir un poco de agua para aliviarle los últimos momentos de vida.

Volsinio lanzó una mirada turbada a Mecenas.

—Aufidio ha sido lapidario, el agua de los odres es para los combatientes.

El muchacho lo observó apretando los labios.

—¿Cómo se llama tu padre, Valerio? —preguntó Emilio.

—Manio.

—Entonces di a Manio que uno de sus hermanos le ofrece esta —dijo, quitándose la cantimplora.

Lucas Valerio cogió la cantimplora entre las manos.

—¿Puedo saber tu nombre? —preguntó el chico.

—Soy un legionario. Basta con eso.

—Te ayudo con el odre, legionario —dijo el muchacho, agradecido.

—Ve donde tu padre y quédate con él, ya me ocuparé yo del odre.

—Nunca lo olvidaré.

—¡Vete!

El joven se volvió y chocó deliberadamente contra Volsinio, antes de desaparecer corriendo en la oscuridad.

Los hombres cargaron de nuevo los odres a sus espaldas y recorrieron el último trecho de camino que los separaba de Langobriga. Se abrió una de las puertas, en la ladera de la montaña, y en poco tiempo los dos mil hombres entraron con su preciosa carga. La población los acogió con un irreal silencio para no alertar a los sitiadores y ayudó a los recién llegados a depositar los odres en los almacenes.

Mujeres, viejos, niños y heridos transportables se alinearon a lo largo de la vía que superaba la puerta para adentrarse en la negrura desconocida. Los que defendían Langobriga despidieron a sus seres queridos dejándolos en manos de aquellos desconocidos pero heroicos hombres que habían arriesgado tanto para llevarles agua.

Emilio dio algunos pasos en busca de Mecenas e inevitablemente se fijó en la hilera de espantadas criaturas que lo observaban con ojos trastornados. Cogió el único trozo de pan negro que le quedaba y lo ofreció a un niño que alargó la delgada mano

en silencio, aceptando aquel imprevisto regalo. La madre lo estrechó y dio las gracias a Emilio a su modo.

—Que Nantosuelta y Sucellos te protejan. Que la tierra te sea propicia.

La mujer y el pequeño eran de claro origen lusitano y solo luego supo que aquellos dos singulares nombres pertenecían a dos divinidades.

En un primer momento, observando los rostros demacrados, Emilio se sintió afortunado, pero luego su mirada se ensombreció. Entre muchos otros vio a un hombre y una mujer que se despedían con lágrimas en los ojos. Siguió contemplándolos y percibió todo el dolor de aquel momento. Un momento que él había vivido en un abrazo. Cómo habría deseado solo un abrazo. Si hubiera podido estrecharla, aunque fuera solo un instante, habría sido un regalo inmenso. Levantó la cabeza con los ojos brillantes; luego los cerró.

—Lavinia, estamos cada vez más cerca.

—¿Todo bien?

—Sí, Mecenas.

El centurión puso la mano sobre el hombro del muchacho. Lo había visto todo desde lejos, pero no tenía consejos que dar en semejante trance.

—Es mejor que uno de nosotros cierre la columna. Debemos estar atentos para que nadie se quede atrás.

—Cerraré yo, con Volsinio. Tú ve en el centro.

Los dos se separaron y lentamente los primeros guerreros lusitanos se encaminaron hacia la puerta transportando a los heridos. Los civiles los siguieron poco a poco bajo la mirada vigilante de Emilio y de su compañero de armas, hasta que llegó Marco Aufidio. Este, visiblemente molesto, ordenó a todos a moverse más deprisa y dejar en el suelo los bagajes y trastos, para facilitar la marcha.

Dado que nadie le entendió, el tribuno envió a Volsinio a la cabeza de la columna para que buscara a Viros, quien podría traducir lo que estaba diciendo. En tanto intentaba expresar mediante gestos lo que pretendía: arrancaba de la mano de aquellos desgraciados todo lo que tenían, las pobres cosas de una efímera existencia.

—¿Qué haces ahí parado? —rugió a Emilio—. Muévete. Dile que lo deje todo en el suelo.

El muchacho se afanó cuanto pudo, procurando hacerse entender, mientras el tribuno se alejaba incitando a avanzar más deprisa. Emilio recorrió toda la columna intentando explicarse y al final vio al muchacho al que había dado la cantimplora. El chico lo miró con aire triste.

—¿Qué haces aquí?

—Mi padre me ha dicho que os siguiera —dijo con los ojos brillantes, devolviendo la cantimplora.

Emilio entendió que no había bebido ni un sorbo, así que se la devolvió.

—Bebe, tenemos mucho camino por delante y te necesitaré, cerraremos la columna.

Lucas Valerio bebió con avidez y se puso en marcha en silencio pegándose a los otros. Se sintió inmediatamente mejor, pero le pesaba el recuerdo de su padre moribundo abandonado a su suerte. Anduvo largamente en silencio sin levantar la cabeza mientras las lágrimas le surcaban el rostro. Llevaba una túnica y una vieja capa militar de lana cocida, tenía al costado un *pugio* gastado y un pequeño saco a la espalda.

—Volveremos a nuestro campamento, luego ya verás como el general logrará que vuelvas a casa.

—No tengo casa —respondió el muchacho sorbiéndose los mocos—, desde esta noche estoy solo en el mundo.

Rufo dio algunos pasos en silencio y prefirió no preguntar más. Habría podido alargar el paso o aflojarlo y separarse de aquella tragedia personal, centrar la mente en sus pensamientos, en su Lavinia, en sus problemas y en sus planes de venganza, pero no podía por menos de permanecer al lado de aquel muchacho. Valerio sufría bajo el peso del destino y de aquel sucio saco. Imaginó el momento en que tuvo que alejarse de su padre moribundo. Las últimas voluntades del viejo soldado que, sufriente, había decidido no beber un sorbo de aquella preciosa agua para darle a su hijo la posibilidad de salvarse. Sus problemas parecían una tontería al lado del dolor de aquel muchacho que lloraba en digno silencio a su lado.

—Te parecerá extraño, pero también yo he pasado por esto.

Valerio lo miró sin decir palabra.

—Me enrolé para seguir el ejemplo de mi padre, ¿sabes? Él fue uno de los *mulos de Mario*.

—También el mío.

—¿Aqua Sextiae?

—Sí.

—También el mío. Somos hijos de hombres que han pertenecido a una raza de gigantes, Valerio, debemos estar orgullosos de ellos. Quizás algún día también nosotros tengamos nuestra Aqua Sextiae que contar.

El muchacho asintió con los labios contraídos por el dolor y el rostro abatido.

—He hallado una familia aquí, en la legión. Si quieres, yo puedo hablar por ti. Con nosotros tendrás sustento y la manera de seguir lo que tu padre empezó hace muchos años. Piénsalo.

—Ya lo he pensado. Antes de dejar a mi padre le prometí que me convertiría en legionario. Me aseguró que en ese caso se iría feliz. Me aconsejó que siguiera al hombre que me había dado la cantimplora, que él pensaría en todo. Me dijo que sería mi hermano.

Rufo asintió con un nudo en la garganta.

—Yo pensaré en todo.

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

He recibido la visita inesperada de Cayo Annio en persona. El gobernador está al final de su mandato y a punto de dejar Hispania. Me ha dado la impresión de que estaba huyendo de Hispania, como si la tierra le quemara bajo los pies. Me ha querido hablar de cuestiones delicadas, la primera de las cuales concernía a Lucio Fabio Hispánico, que ha sido inscrito en las listas de Sila. Me he quedado sin palabras. Siempre he considerado a Hispánico un excelente comandante y no puedo creer que haya sido acusado de traición.

El gobernador me ha dado explicaciones respecto de los motivos por los cuales Hispánico ha sido declarado enemigo de Roma. He sido autorizado para arrestarlo si se presentara en el *castra*. Me cuesta creer, habiéndolo conocido, que un hombre resuelto y justo pueda haberse echado al monte como un bandolero cualquiera.

Cayo Annio me ha traído la triste noticia del último éxito de Sertorio. Durante el asedio de la ciudad de Langobriga, el *Luscus* ha conseguido suministrar agua a los habitantes. Metelo, que la había sometido a sitio, se ha encontrado en dificultades por falta de víveres y se ha visto obligado a disponer que el legado Aquino se ocupara de las provisiones. Por desgracia, en el camino de regreso, cuando iban cargados de víveres, los soldados de la legión de Aquino han sufrido el traicionero ataque de un buen número de parias que componen el ejército de Sertorio. Además de perder la preciosa carga, el mismo comandante ha dejado sobre el terreno armas y caballo. Aquino ha tenido que volver a pie y rendir cuentas del total fracaso de la empresa, por no mencionar el gran número de soldados capturados durante la ocupación.

Metelo, sin víveres, se ha visto obligado a abandonar inmediatamente el asedio.

Emilio ingresó en la antecámara de la tienda pretoria con el yelmo bajo el brazo. Esperó, ajeno al paso de los sirvientes, hasta que uno de los secretarios lo invitó a entrar en la estancia dedicada a despacho.

—Cayo Emilio Rufo, ¿cómo estás? —preguntó Sertorio, sentado al escritorio repleto de los infaltables mapas.

—Muy bien, general.

—Sé que has preguntado por mí.

—Sí, general. Se trata de un muchacho que he encontrado en Langobriga: Lucas Valerio Libo, hijo de Manio, un viejo soldado de Mario, un hombre de Aqua Sextiae.

Sertorio escuchó con atención el relato de Emilio, que se detuvo sobre el detalle de la cantimplora llena de agua y sobre el dolor circunspecto y digno del muchacho.

—¿Qué quieres hacer con él, Rufo?

—Me gustaría cumplir su voluntad y la de su padre admitiéndolo en nuestras filas. En nuestra tienda hay un sitio, el que fue de Lanato. Y, a pesar de su juventud, Valerio tiene la misma complexión que el viejo Marco Arrio, cuyo equipo hemos conservado.

—¿Tiene edad suficiente para sostener un gladio?

—Deja que lo adiestre junto con Mecenas y en poco tiempo tendrás un legionario excepcional.

Tras quedarse unos instantes en silencio mirando a Rufo, Sertorio se dirigió con un gesto a su secretario.

—Incluye a Valerio Libo entre los nuestros, bajo la tutela de Rufo. Si vale un décimo de su padre será un excelente elemento.

El rostro de Emilio se iluminó. Sonrió y se despidió del general antes de volver a grandes pasos a su tienda para dar la noticia a Mecenas, Volsinio y Valerio. Por el camino se cruzó con el pequeño Cneo Segundo y le desordenó el pelo.

—¿Cómo estás, bribón?

—Muy bien, *frater*, el general me ha encargado que atienda a la cervatilla.

—¡Uy! Nuestra intermediaria con los dioses. Es un trabajo muy importante, estoy orgulloso de ti.

—Y no es todo. El tribuno Hispánico me ha asegurado que podré emprender una buenísima carrera en la legión cuando hayamos recuperado Roma.

Bastó aquella mención para estropear el humor de Rufo. Dobló una rodilla en el suelo para quedar a la altura del niño y, forzando una sonrisa, dijo:

—Recuerda: los centuriones son las columnas del ejército. Son los mejores entre los mejores.

—Entonces ¿por qué tú no eres centurión?

—Porque aún no soy tan bueno.

—Un día lo serás. Ya eres distinto de la primera vez que nos vimos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emilio con estupor.

—Antes eras un muchacho torpe con un yelmo y un gladio, ahora esas cosas forman parte de ti, eres un soldado.

—¿Era torpe?

—Un poquito.

—Torpe... —Rufo cogió al niño y simuló una lucha—. ¡Ya verás, impertinente!

Los dos continuaron hasta que llegó Quintilio Frauca a caballo con su séquito de lusitanos.

—¿Cómo va, Quintilio?

—A lo grande, acabamos de traer al campamento algunos centenares de prisioneros.

—¿Dónde están?

—Fuera.

Emilio se levantó, se ajustó la túnica, controló *cingulum* y *lorica hamata*, cinturón

y coraza de malla, se despidió rápidamente de Cneo Segundo y se dirigió en silencio hacia la entrada. Allí algunos jinetes mauritanos bromeaban entre ellos jactándose de las propias empresas. Otros estaban de pie sobre un carro lleno de armas que blandían con movimientos ridículos y vulgares en señal de burla a los enemigos. Emilio alcanzó el cordón de lusitanos que observaban con desprecio a los prisioneros a los que no habían arrancado el cuero cabelludo.

Lo que quedaba de la legión de Aquino estaba a la espera de juicio. Permanecían sentados en el suelo, bajo el sol ardiente, con la mirada baja. Algunos de los nobles lusitanos daban vueltas entre los soldados, insultándolos. Como ya le había ocurrido antes, la vista de aquellas víctimas molestó a Emilio, por más que se tratara de los odiados *ottimati*. Derrotar a pueblos de otras naciones era muy distinto que obtener una victoria sobre otros romanos. En el fondo, era como perder una parte de la propia identidad.

—¡Levantad la cabeza! —aulló llamando la atención de todos. Los prisioneros lo observaron y Emilio repitió, acompañando la orden con un gesto de la mano—: ¡Levantad la cabeza, he dicho!

Los lusitanos y los mauritanos repitieron con renovada dureza las pullas hacia aquellos pobres desgraciados. Escupían sobre ellos, los pinchaban con las largas lanzas y los cubrían de insultos.

—¡Busco al centurión Ursiano! —continuó Emilio, haciendo vanamente señas a los africanos de que lo dejaran ya—. ¿Habéis oído? ¿Ursiano? ¿Alguien lo conoce?

Nadie respondió. Solo miradas aterrorizadas. Un lusitano, más irascible que los demás, dio una patada en la espalda a un legionario, que se desplomó en el polvo. Emilio lanzó una orden como un rugido, avanzando hacia el lusitano. Los dos se enfrentaron con aire desafiante bajo el escrutinio de miles de ojos temerosos hasta que intervino Viros.

—¡Basta, vosotros dos!

—Dile a tu hombre que no vuelva a hacer algo semejante —respondió Emilio—. Estos soldados están arrestados y el general decidirá su destino.

—Estos hombres nos habrían matado sin pensárselo demasiado, Rufo —rebatía Viros.

Este dijo al lusitano algo en su lengua y el hombre se calmó, alejándose. Rufo continuó.

—¿Nadie conoce a Lucilio Ursiano? ¿No lo habéis visto? ¿No sabéis si ha caído en algún enfrentamiento?

—No lo conocemos —respondió, triste, uno de los más cercanos, que tenía un abultado vendaje en la cabeza—. ¿Era de la legión de Aquino?

—No, de la de Fufidio.

—¿Fufidio? No sé quién es.

Emilio miró al hombre que había hablado. Aquella guerra trituraba a soldados y generales con la voracidad de un monstruo marino. Los protagonistas se sucedían a

tal velocidad que rápidamente eran olvidados. Con un gesto de desagrado por lo que había meditado en pocos instantes, se volvió para marcharse y se encontró cara a cara con Lucio Fabio Hispánico.

—Ursiano era uno de mis centuriones, ¿por qué lo buscas?

Se miraron fijamente.

—Para matarlo.

—¿Por qué?

—Por lo que me hizo.

—¿Qué fue eso?

—Me arrebató lo que más quería.

—Quizás era su misión; él debía hacerte fuerte, era tu superior.

—En efecto, era mi superior, pero era un pésimo comandante. Ahora es un enemigo y yo afilo cada día esta espada con la esperanza de mojarla con su sangre.

Hispánico esbozó una sonrisa falsa, molesto por aquellas palabras.

—Ahora debería ser también tu enemigo. Por tanto, tú también deberías querer su muerte, tribuno.

La sonrisa se apagó, la mirada se volvió amenazante y Emilio la sostuvo, preguntándose si Hispánico estaba al corriente de lo que sabía sobre el asunto de los Frauca. Al observarlo sintió el fuerte impulso de darle un puñetazo en plena cara. Él, Lucio Fabio Hispánico, que había hecho de todo para destruir a los Frauca, había terminado en las listas de proscritos de Sila. Él, que había condenado a muerte a Quintilio Frauca por ser un enemigo de la República, luego había acudido a mendigar ayuda a Sertorio para huir de la misma acusación.

El estrépito de decenas de caballos los separó. Por la puerta apareció Cneo Quintilio Frauca conduciendo a la guardia lusitana de Sertorio. Los jinetes se alinearon frente a los prisioneros mientras Viros y los suyos los exhortaban a levantarse. Los legionarios obedecieron. Los sanos ayudaron a los heridos y solo cuando estuvieron todos de pie y en silencio apareció Quinto Sertorio montado en un magnífico semental africano. Emilio observó a los prisioneros mirando el rostro marcado del enemigo de Roma. Dos días antes estaban bajo las órdenes de Metelo, uno de los mejores generales de los que la República podía alardear. Hoy eran sombras de un ejército que ya no existía.

—El resultado de una batalla depende de varios factores —empezó el general—. Contrariamente a cuanto se pueda pensar, no depende del número de hombres que se puede poner en liza. Depende de su valor, pero más aún de su disposición. El valor puede pertenecer a todos vosotros, también el coraje, pero el mando corresponde a vuestro general, corresponde al tribuno, al legado. Y el error de uno solo de estos hombres puede desbaratar vuestra vida y la de centenares más.

En aquella tarde cálida y brumosa, una ráfaga de viento levantó el polvo y pareció crear un halo mágico en torno a la silueta del comandante.

—Vuestro Metelo se ha dejado atrapar por sorpresa como un recluta en sus

primeras armas. No ha sabido reaccionar al ataque y solo la casualidad le ha permitido salvarse de mis jinetes. Ha huido a pie como un desertor y os ha abandonado a vuestra suerte. Según mis informantes, Metelo ha tenido que abandonar el asedio de Langobriga por falta de víveres.

Hubo una pausa en la que Sertorio, con su único ojo, consiguió desvelar cada pensamiento de los hombres reunidos delante de él.

—¿Por esos ineptos habéis dejado vuestras casas y vuestras familias? ¿Por eso habéis venido a combatir? ¿Habéis venido todos para ser abandonados por un solo hombre?

Nadie respondió.

—Si hoy estáis aún con vida, me lo debéis únicamente a mí. Yo he levantado esta mano para detener la masacre. Yo, Quinto Sertorio, haré que sanen vuestras heridas y que mis hombres compartan la comida con vosotros. Yo mandaré que os distribuyan ropas nuevas y exigiré que se os trate con respeto.

El caballo bufó y sacudió la crin haciendo tintinear las bridas tachonadas de plata.

—A cambio, vosotros deberéis tomar una decisión. Sois soldados. También yo lo soy. Por eso sabéis perfectamente que un ejército no puede permitirse el lujo de dejar la iniciativa a los adversarios. Refugiaos en la sombra de mi amistad. No os pido que invoquéis piedad, sino que hagáis una elección. Si estáis conmigo, haré de mi causa la vuestra, os devolveré espada, escudo y lanza, os concederé una paga. Os ofreceré a todos el honor de combatir de nuevo y ganar vuestra libertad de romanos. Si no abrazáis aquello en lo que creo firmemente, me veré obligado, a mi pesar, a salvaguardar mi vida y la de mis soldados. Os entregaré a nuestros aliados de Langobriga, que dispondrán de vosotros para la reconstrucción de la ciudad. Seréis esclavos, pero quizá salvaréis la vida. Considerad esto como una muestra de mi magnanimidad.

De nuevo una pausa. Los prisioneros intercambiaron miradas inquietas.

—Este —dijo, señalando a Emilio e Hispánico—, podría ser vuestro futuro. — Los dos parecieron algo turbados por haber sido tomados como ejemplo—. Todos nosotros sentimos la necesidad de acabar este enfrentamiento fratricida, esta guerra que oprime nuestros corazones; todos nosotros queremos volver a nuestras casas y vivir en paz con nuestras familias. Si esto es lo que más deseáis en el mundo, lo que realmente queréis, entonces el Hado ha predispuesto este encuentro y la Fortuna acogerá nuestros deseos.

Un hombre del centro, abatido, se abrió paso hasta alcanzar el cordón de lusitanos.

—Me llamo Tito Ulpio Sabino.

—Habla, Tito Ulpio.

—Solicito seguirte.

Sertorio asintió.

—Bienvenido seas.

Mecenas abrió el saco de Marco Arrio Lanato y extrajo tres túnicas, una de las cuales estaba manchada de sangre ya coagulada. Emilio y Volsinio tuvieron una sensación de vergüenza. Habían puesto en el saco todo cuando Lanato llevaba, pero luego nadie le había prestado atención.

—Conviene lavarlo todo —farfulló el centurión.

—Ya me ocupo yo —dijo Emilio.

—Explícale bien cómo se pliegan las ropas y cómo se guardan. Aquí están las medias y los *feminalia*, los calzones —comentó, molesto al ver que ya estaban sucios por el óxido de la cota de malla—. Volsinio, quiero ver esta loriga lisa como un espejo.

—Sí, *centurio*.

—Sois estúpidos; este equipo se habría podrido en un mes.

—Nos pareció que... abrir ese saco era como profanar su memoria.

—No, Rufo, era una forma de respeto mantener en orden sus cosas. ¿Dónde ha ido a parar el yelmo?

—Estaba... roto. Lo pusimos en la pira.

Mecenas recordó el asunto, asintió sin hacer comentarios y acabó de vaciar el saco.

—También el talabarte y el gladio...

—Sí, sí, recuerdo que los dimos para equipar a los recién llegados. Está el *pugio* —dijo, empuñándolo.

—El muchacho ya tiene uno.

—Si es el que le vi en el costado, es inservible. Cogera este. Marco lo encargó a un armero de Carthago Nova. Recuerdo las negociaciones por este mango de olivo y por la hoja con dos estrías en vez de una central.

—Es un bonito objeto.

—No quiso grabar nada en la funda —comentó Mecenas, pasando el puñal a Emilio—. Decía que cuando tuviera dinero encargaría una en plata maciza.

—Ahora Valerio acabará lo que Lanato comenzó.

—Sí, con el tiempo podrá hacerlo —asintió el centurión, tendiendo tijeras y navaja a Emilio—. Esto... para cuando le crezca la barba.

Emilio sonrió.

—Valerio es poco más que un chiquillo —dijo Mecenas cuando hubo vaciado del todo el saco—. En otros tiempos os habría dicho que fuerais despacio con él, pero sabéis perfectamente que no podemos prodigar los tratos de favor. Mañana mismo podría haber un enfrentamiento. No podemos tener a un niño temeroso en nuestras filas. Su vida depende de lo rápido que progrese. Cuanto antes aprenda a matar, más posibilidades tendrá de sobrevivir, así que empeñaos a fondo.

—Avanza cubriéndote con el escudo, debes desaparecer en ese escudo, ¿has entendido?

Valerio asintió.

—¡Maldito estúpido, inclínate y mantén esa *rudis* apoyada en el escudo, el enemigo no debe ver dónde lo golpearás!

—¿Así?

—Qué torpe eres.

—¿Entonces, así?

—Cállate, hablo yo.

—Está bien.

—Cállate, he dicho. Ahora mírame. El escudo debes emplearlo de este modo, lo levantas y lo usas como un arma pegando en el rostro. ¿Entendido? Luego con el gladio das donde veas un punto descubierto. También puedes golpear a otro adversario de lado, puedes cortarle los tendones de la rodilla y hacerlo caer.

Emilio simuló los golpes, observó a Valerio mientras este los repetía y se volvió hacia Volsinio.

—¿Cómo va?

—Dais asco, los dos; él como alumno y tú como centurión. Debes apalearlo si no hace lo correcto, ahora me ocupo yo.

Volsinio cogió uno de los escudos de mimbre, una *rudis*, la espada de madera pesada, se sacudió los hombros e hizo oscilar el cuello balanceando la cabeza de un lado al otro. Dos saltitos, una respiración profunda y se puso en guardia.

—Entonces, gigantón, ahora estate atento, te daré una lección de vida.

Valerio asintió y cuando el otro dio un paso hacia delante, alzó el escudo y le pegó directo en la frente, derribándolo.

—¿Así?

—¡Así! —exultó Emilio.

Fue el primer golpe asestado de muchos más que día tras día Valerio se adiestró en dar y recibir. Se convirtió en legionario aun antes de afeitarse y lo hizo muy rápidamente, durmiendo bajo las estrellas, recorriendo los abruptos senderos de los montes que los hombres de Sertorio usaban para aparecer y desaparecer frente a Metelo.

Fue cincelado por Emilio, Volsinio y el gran Mecenas. Durante las primeras emboscadas lo dejaron a cubierto, guardando los bagajes y los víveres, pero aprendió a moverse, a llevar pesos, a beber lo menos posible y a comer solo lo suficiente. Su rostro se afiló, su cuerpo se volvió un haz de músculos, su estómago se cerró con una perenne hambre de comida, de victoria y de redención. En su corazón seguía vivo el recuerdo del padre y en su espíritu alentaba el ejemplo de Rufo hasta el punto de convertirse en su sombra, incluso en aquella húmeda mañana, cuando finalmente se

dieron las disposiciones para una gran batalla campal.

—Aferra mi talabarte —le dijo Emilio, volviéndose—, y cuando llegue tu turno haz simplemente lo que has venido haciendo en el adiestramiento hasta hoy. Detrás de ti irá Volsinio; él se ocupará de mantener alejados a los enemigos con el escudo y de cuidar tu alineación. Tú golpea, ¿está claro?

—Sí.

—Volsinio sujetará tu talabarte. Si notas que te empuja, significa que estás retrocediendo y no mantienes la alineación; por el contrario, si notas que tira de ti, significa que estás demasiado adelantado respecto de los otros.

—Sí.

—¿El gladio?

—Escondido detrás del escudo.

Rufo asintió. Estaba más nervioso que Valerio, que solo parecía ansioso por entrar en batalla. Los dos ejércitos se enfrentaban sin querer abandonar su posición favorable. Permanecieron inmóviles, empuñando las armas. Luego algunos movimientos en el flanco izquierdo atrajeron la atención de los hombres, que se enardecieron cuando vieron a Sertorio en su caballo blanco pasando al galope a lo largo de la alineación para saludarlos. El alarido siguió como una ola y se convirtió en estruendo cuando alcanzó el sector de los lusitanos. Muchos hispánicos habían sido alistados como auxiliares y, además de un breve adiestramiento, habían recibido las enseñas y los estandartes. El general les había proporcionado, a sus expensas, capas, escudos, yelmos y espadas para armarlos, y el resultado era sorprendente. Su espíritu combativo parecía haberse multiplicado desmesuradamente. Aquellos hombres estaban dispuestos a avanzar y combatir hasta la muerte para demostrar a Sertorio su valor, tanto como los jinetes de la guardia, entre los que destacaba la coraza de soberbia factura de Cneo Quintilio Frauca.

Sertorio exhortó a los hombres con su arte oratorio, y también esta vez transmitió valor y locura homicida. Sin embargo, también hizo algo más, algo que lo volvió heroico a los ojos de todos los soldados.

Después de haber pedido y obtenido silencio, ordenó que nadie se moviera, y acto seguido avanzó solo, a caballo, al paso, hacia la alineación enemiga ante las miradas atónitas de todos.

Los soldados de Metelo empezaron a insultarlo y a escarnecerlo, sin moverse. También ellos tenían la orden de mantener la posición favorable. Continuaron con sus injurias hasta que vieron que Quinto Sertorio levantaba la mano para invitarlos también a ellos al silencio, como si fueran hombres bajo su mando.

—Quinto Cecilio Metelo —vociferó, dirigiéndose a las formaciones opuestas cuando la curiosidad hizo callar a todos los hombres—. Resolvamos este asunto como habrían hecho nuestros antepasados —prosiguió creando un silencio absoluto—. Sal de las filas, Metelo, combatamos nosotros dos. Así se salvarán muchos hombres.

Un estrépito se alzó de los itálicos y de los lusitanos, mientras que los romanos, atónitos, buscaban con la mirada a su comandante.

—Quien venza tendrá la gloria, el triunfo, el éxito y dejará que los soldados decidan su propio destino. Hay hermanos en las alineaciones que combatirán los unos contra los otros; procuremos que para muchos de ellos esta jornada no sea la última.

De nuevo un rugido que pareció hacer temblar la tierra. Los itálicos gritaron toda su devoción hasta que los centuriones se vieron obligados a blandir las varas para reinstaurar el orden.

—Yo estoy listo para morir por mi causa, ¿tú lo estás por la tuya?

Los hombres de Metelo siguieron buscando con la mirada a su comandante, esperando una respuesta de igual fuerza. Esta no llegó.

—Te has reblandecido, Quinto Metelo, el lujo ha debilitado tu vientre y aflojado tus brazos. Te lo ruego, te convoco, ¡sal de las filas, Quinto Cecilio! ¡Enfréntate a mí y muere dignamente!

Los itálicos empezaron a desgañitarse como si estuvieran en un espectáculo de gladiadores. Desde las filas romanas se elevó un vocerío que de inmediato se convirtió en una incitación, primero sorda; luego, con la ayuda de los centuriones, progresivamente más fuerte, cada vez más. Aullaban el nombre de su comandante, que no llegó a mostrarse ante de la alineación, mientras que Sertorio llenaba el campo con su presencia.

—¡La Fortuna está con nosotros! *Una acies!* —gritó: una sola fila. Como respuesta se alzó un estruendo que lo seguía en su cabalgata—. Somos los más fuertes. Estoy orgulloso de vosotros.

El cielo pareció abrirse por la fuerza del trueno de miles de voces. En aquel momento Sertorio ya había vencido.

En toda la formación las trompetas resonaron ordenando a los hombres a avanzar al paso. Las primeras cohortes de lusitanos avanzaron, mientras a la izquierda, a lo lejos, una nube de polvo desenfocaba la línea del horizonte. Eran los jinetes mauritanos, que avanzaban al galope contra el ala derecha de Metelo. El general lanzó contra ellos a sus auxiliares a caballo para responder al ataque, que se resolvió en la enésima trampa. Los mauritanos evitaron el contacto dispersándose y dándose a la fuga. El movimiento atrajo a la celada a los auxiliares, que al perseguirlos se encontraron acribillados por los lusitanos apostados en posición favorable.

Del sector opuesto hicieron su aparición los lusitanos a caballo, que obligaron a Metelo a retroceder. Lentamente la infantería sertoriana iba ganando terreno.

No fue una batalla, sino una humillación. Metelo retrocedió y acabó dejando el campo al adversario. Sertorio no asestó el golpe definitivo, se limitó a robar los pertrechos y a atacar enérgicamente a los jinetes auxiliares. Valerio no tuvo su bautismo de armas aquel día, pero comprendió qué significaba el sabor de una victoria.

Hispania Ulterior, Castra Caecilia.

El enemigo de Roma ha llegado a la Ulterior.

Algunos exploradores desconocidos han aparecido en el camino que lleva a Felicitas Julia y han observado el campo manteniéndose a distancia. Uno de ellos ha empezado a tirar piedras con la honda, pero en cuanto he hecho alinear a los arqueros han retrocedido y luego desaparecido al galope con los otros.

Uno de mis colonos ha recuperado uno de los proyectiles de honda, tenía una inscripción: «*Q. Sertorio pietas*». Esto ha bastado para hacer caer en el desconsuelo a varios hombres de la guarnición. Me he visto obligado a poner bajo llave a algunos sediciosos que querían desertar. Mañana daré un castigo ejemplar a dos de ellos. Han sido sorprendidos robando provisiones. Querían huir, eran traidores.

Castra Caecilia ya no es un lugar seguro. Podía ser un baluarte defensivo fronterizo contra los lusitanos, no puede serlo frente a las legiones del *Luscus*, pero aquí me han asignado y aquí me quedaré.

Mañana por la mañana, antes del alba, expediré a Metellinum, con una pequeña escolta, a algunos familiares de los soldados establecidos en el *castra*, solo serían un estorbo. Confiaré a ellos este diario con mis efectos, que guardaré en un arcón destinado a ti. Allí encontrarás todos los objetos que me han hecho compañía en este largo viaje. Mi equipo de aseo, mis cepillos, el *sagum* invernal, una *falcata* lusitana cogida hace tiempo en la aldea del rey Avaros, unos vasos que compré para ti en Carthago Nova y un collar de oro de antigua factura. También este es para ti. Incluye, además, el *glans* con la inscripción «piedad de Sertorio», quizás un día los dioses quieran que yo pueda mostrarlo a mis nietos.

Habría querido mandártelo todo como vencedor, pero de momento lo mejor que puedo hacer es enviarte el arcón, mientras los caminos hacia el norte son aún seguros. El arcón es el mismo que me regalaste antes de mi partida, por tanto, sabes cómo abrirlo.

Este es mi último escrito; me separo con dolor de este diario con la esperanza de que pueda ser preservado. Madre, cuida de estas líneas, saluda a mi querida hermana.

Volveré pronto, no temas.

*Ave atque vale.*

Hispania Ulterior, camino hacia Metellinum.

Mi nombre es Lavinia, hija de Cneo Quintilio Frauca, mercader de la Mórscica y de la noble Arria Fadilla. El centurión Lucilio Ursiano

me ha dado el arcón con sus efectos y este diario, para que los envíe a Roma. Me han sido entregados junto con la cadena que me ha puesto al cuello.

El oficial que estaba leyendo el manuscrito se detuvo ante aquellas líneas y acercó el candil al rollo. Retrocedió en el tiempo, pasando hacia atrás los días del diario. La grafía no había cambiado desde que Ursiano había confiado la escritura al sirviente debido a la herida de la mano. Por tanto, quien escribía al dictado no era un secretario. Era Lavinia.

Rozó con la yema de los dedos la tinta, recorriendo sus trazos armoniosos como si quisiera establecer un contacto, una impalpable caricia con quien las había escrito. Estaba tan absorto en la lectura que no había prestado atención al detalle de la letra. Su mirada brilló a la débil luz y repasó las últimas líneas varias veces. Así pues, Lavinia había permanecido en Castra Caecilia durante todo ese tiempo y ahora se desplazaba hacia Metellinum. Y, lo más importante, estaba viva.

Ya no tengo nada, ni siquiera este diario me pertenece, solo el dolor que se desliza en esta tinta. El curso de mi pensamiento se detiene sobre este pergamino, pero la tristeza permanece en mi interior.

El oficial ladeó la cabeza, inquieto, sosteniendo el rollo que temblaba a la luz de la lámpara. Involuntariamente movió los labios, dando forma a las palabras escritas.

Mi vida terminó un atardecer en el Mons Herminius, cuando el rumor de un caballo lanzado al galope me sorprendió en el camino hacia Coninbriga. Un jinete apareció de pronto abalanzándose sobre nosotros. Yo estaba con mi madre, mi hermanito y mi preceptor griego, Temistio, que trató de defendernos y que murió bajo un golpe de espada. Aún tengo la imagen impresa en la mente de aquel rudo y sucio soldado que, con un solo gesto, acabó con una de las mentes más iluminadas que haya conocido nunca, mi Temistio. Estaba de pie en los últimos instantes de vida, con su mirada atónita, la boca abierta y muda, el chorro de sangre que manchaba el candor de su ropa.

Aullamos, petrificadas por la visión de su cuerpo que yacía boca arriba en el suelo, mientras el soldado saltaba de la silla amenazándonos con la espada sucia de sangre. Mi madre nos defendió. Con la misma ferocidad que había empleado contra Temistio, aquel hombre se lanzó sobre ella. Sus manos toscas y sucias apretaron sus finas muñecas y recorrieron su delicado rostro. Siempre he encontrado una austera delicadeza en las expresiones de mi

madre. Nunca podré olvidar sus ojos de incrédulo terror e impotencia. Su boca ensangrentada contraída en una mueca de dolor, mientras intentaba inducirnos a la fuga. En aquel instante estaban solo mi grito, mi llanto y el desesperado y pequeño Cneo Segundo. Salté al cuello del jinete y me vi deslumbrada por una luz cegadora. Un dolor lacerante en la espalda, el cielo que giraba sobre mí, la pelea con mi madre y la herida que le había infligido...

Cuando volví a abrir los ojos vimos que apuntaba con el puñal al cuello de Cneo Segundo. Entonces nos doblegamos a su voluntad, implorándole entre lágrimas. Él se acercó al cadáver de Temistio y le dio la vuelta para hurgar entre sus cosas. Mi pobre maestro tenía la misma expresión de cuando me sorprendía en mis travesuras, pero esta vez permanecía inmóvil, fija en la mueca de la muerte con sus grandes ojos desorbitados. Seguí llorando al ver cómo aquel soldado no tenía respeto por los hombres ni por los dioses. Le arrancó la túnica y la alforja para quedarse con todo lo que encontró, incluso la comida, que engulló casi sin masticar. Luego, con la misma brutalidad, nos registró a nosotras. Sentí sus sucias manos sobre mi cuerpo y por primera vez en mi vida me asaltó el irrefrenable deseo de quitarle la vida a alguien, un odio profundo y sin remordimiento.

A veces por la noche soy presa de pesadillas y lo peor es real. Está fuera de este carro, es el hombre que me está escoltando a Metellinum. Es el hombre que ha cambiado el curso de mi vida.

El centurión dejó de leer y apretó la mandíbula. Con los dedos se aflojó el *focale* y con un gesto brusco lo desligó del cuello, echándolo sobre su camastro.

El recuerdo sigue muy vivo en mi memoria. Después de haber comido y bebido, ese hombre arrancó el collar del cuello de mi madre, puso al pequeño Cneo Segundo, sollozante, sobre su caballo y nos dijo que si queríamos ver de nuevo al niño con vida, lo esperaríamos allí hasta su regreso.

Sepultamos como mejor pudimos a Temistio y nos sentamos, abrazándonos, a la entrada de una de las minas abandonadas. Tal como estaba la mina, así estábamos nosotras. Abandonadas en aquella noche. Sin pegar ojo, asustadas por los ruidos, por lo que habíamos vivido, por aquello que nos aguardaba. Traté de limpiar el rostro de mi madre de la sangre coagulada y de la suciedad, vendé el corte que había sufrido al luchar como una furia ante aquellos actos impíos... pero las heridas del corazón nunca podría curarlas.

Destruida, en silencio, sentí que sus fuerzas se debilitaban.

Cuando me abandoné sobre su pecho ya no sentí su corazón: su espíritu murió aquella noche, por más que el cuerpo sobreviviera a las heridas. Recé, recé por ella a Venus Libitina y quizá también por mí. Escruté la oscuridad esperando ver llegar a los hombres de mi padre y a mi querido Emilio, que vendría a llevarnos lejos de aquella soledad, de aquella carencia. Una frase de Aristóteles, que el buen Temistio repetía siempre, me volvió a la memoria: *Solitario difficilis vita*, es difícil la vida del solitario. Aquella noche, nadie se acordó de nosotras. No llegó nadie.

Nadie.

El centurión cerró los ojos, dejó caer el rollo sobre la mesa y se llevó las manos a las sienes. «No llegó nadie».

# X

## OSCA

El jinete llegó al trote hasta la puerta del fuerte, como si no tuviera ninguna prisa. Emilio se adelantó unos pasos para ir a su encuentro y pedirle la consigna.

—Debo hablar inmediatamente con el centurión de servicio, es urgente.

—Sígueme —respondió Rufo después de haber controlado los documentos.

Mecenas habló un poco con el jinete, que le entregó un despacho antes de despedirse y confundirse en el trajín de los hombres del fuerte.

—¿Tenemos novedades? —preguntó Emilio, curioso.

—Un mensaje de Hirtuleyo.

—¿Malas noticias?

—Lo sabremos enseguida —respondió antes de encaminarse a la tienda pretoria.

No eran malas noticias; es más, eran excelentes noticias. Hirtuleyo cosechaba continuos éxitos en el norte y aquel despacho avisaba de la caída de un campamento enemigo sobre el río Betis: Castra Caecilia.

—¿Estás seguro? ¿Es verdaderamente Castra Caecilia?

Mecenas lanzó una mirada furiosa a Emilio.

—¿Quieres que te oigan? —susurró—. Sí, es Castra Caecilia, estaba escrito en el despacho.

—Debo hablar con el mensajero.

—No, no puedes, ya sabes que antes la cierva debe comunicar una señal a Sertorio y que solo al día siguiente o dos días después el mensajero se dejará ver con la noticia de la victoria.

—Que se joda la cierva y toda esta historia de las premoniciones...

—¿No me has oído? Esperarás a la llegada oficial del mensajero, Rufo. Miles de lusitanos que han entregado su vida a Sertorio creen en la cierva y en sus premoniciones. Piensan que su comandante es un elegido de los dioses, por tanto, esperarás al momento justo para preguntar si tu Ursiano ha muerto o no. Porque eso es lo que quieres saber, ¿correcto?

El muchacho gruñó una media afirmación.

—También quería saber si habían encontrado a unas mujeres en el campamento.

Mecenas sacudió la cabeza.

—Eso ya lo he preguntado por ti, no había mujeres.

Rufo asintió y luego suspiró mirando hacia otra parte. El viejo centurión le puso una mano sobre el hombro.

—Acabemos esta guardia en la Puerta Principal y luego vayamos a descansar, ambos lo necesitamos.

No fue una noche de mucho descanso, porque al final de la primera vigilia

resonaron las trompetas y despertaron a todo el campamento. La cierva sagrada había mandado un mensaje a través de Diana, la señora de las selvas, y a través de su comportamiento Sertorio presagiaba que se trataba de buenas noticias. Los lusitanos se pusieron a rezar, haciendo ritos propiciatorios, y volvieron a dormir solo con la noche cerrada.

Al atardecer del día siguiente un mensajero cansado y polvoriento se presentó con gran escándalo en el fuerte, donde comunicó a voz en cuello la caída de un campamento enemigo en las cercanías de la aldea del rey Avaros, quien por tanto podía volver a casa con toda su gente. Los ocupantes se habían rendido en bloque y habían pasado a la zona de Hirtuleyo.

Los lusitanos festejaron toda la noche. Emilio los observó, sombrío, desde lejos; no quiso celebrar, no dijo nada. Ordenó su equipo, afiló la hoja del gladio y luego, cuando ya había decidido que era hora de intentar dormir, vio una sombra que se acercaba envuelta en una capa.

—Cneo Quintilio Frauca, no te había reconocido. Creía que eras Volsinio.

—Volsinio está con Marco Aufidio.

Emilio no entendió.

—¿No sabes que, en cuanto puede, Volsinio visita al tribuno?

—No, yo creía... que iba a jugar a los dados.

Frauca sonrió.

—Se divierte lo mismo y no pierde dinero; es más, quizá lo gana.

El joven *miles* estaba asombrado por aquella confidencia, pero no dejó traslucir demasiado su sorpresa para no quedar como ingenuo delante de un muchacho de su misma edad.

—Es asunto suyo. Ven, siéntate.

—No, demos algunos pasos, lejos de todos, en el *intervallum*.

Emilio lo flanqueó mientras recorrían uno de los pasajes laterales que llevaban hacia el perímetro del campamento, una amplia zona vacía que servía como espacio de seguridad entre la empalizada y las tiendas.

—Creo que ha llegado el momento de conocernos mejor, Rufo.

Emilio miró un instante a su interlocutor antes de asentir.

—¿Qué me puedes decir de Castra Caecilia?

—Estuve de servicio allí durante algunos meses. Era una especie de baluarte hacia lo desconocido. Allí conocí a Lavinia y a los tuyos, quizá precisamente por eso me pareció el último sitio seguro antes de la nada.

—También yo presté servicio allí, había un destacamento de caballería antes de que llegarais vosotros. Conocíamos a Sertorio desde hacía tiempo, desde que era tribuno en Hispania antes de la guerra. Ya de niño yo quería hacer carrera en el ejército para luego acceder a algún cargo de prestigio en Hispania. Mi padre entonces me procuró todo lo necesario: caballo, panoplia y todo cuanto fuera útil para asegurarme una carrera respetable. Ahora tengo el dolor de haber sido el artífice de su

ruina.

—¿Por qué piensas eso?

—Cuando recibimos la noticia de la derrota de Salinator en los Pirineos, desmontamos el campamento a toda prisa. Sertorio debía reunir inmediatamente a los suyos. Yo era el más joven y recibí algunos encargos que poco tenían que ver con mi rango. Mientras los demás se disponían a partir, mi decurión me ordenó que destruyera toda la documentación archivada.

—¿Documentación?

—Sí, las órdenes del día, los efectivos del campo, las notas de gastos de las mercancías... Todo estaba lleno de nombres que podían ser comprometedores si llegaban a manos enemigas. Debía ser destruido.

—Claro.

—Eché algunos registros en el fuego y, después, al ver que los otros partían, monté a caballo para seguirlos. No terminé mi trabajo.

—Entiendo, pero creo que esos documentos no han decidido el resultado de esta guerra.

—De la guerra no; de mi familia, sí.

—¿De tu familia?

—En esos registros figuraba mi nombre en las fuerzas de Castra Caecilia, y mi nombre es igual que el de mi padre. Creo que la indagación sobre mi familia empezó precisamente allí.

Rufo frunció el ceño.

—Yo... eso no lo sé, Quintilio, pero quizá pronto podamos averiguar cómo ocurrió todo y tengamos nuestra venganza.

—¿Qué quieres decir?

—El mensajero que ha traído la noticia de la caída de Castra Caecilia ha dicho que todos los ocupantes se rindieron. Si los dioses nos echan una mano, entre esos prisioneros encontraremos a Lucilio Ursiano, el centurión que llevó a cabo la indagación y que tanto hizo por inculpar a tu padre. Él sabrá qué ha sucedido y dónde han ido a parar.

Frauca miró a su alrededor, como si de pronto la tierra quemase bajo sus pies.

—Por Júpiter, debemos encontrar el modo de alcanzar a Hirtuleyo. De haberlo sabido antes habría podido ofrecerte para escoltar a Fabio Hispánico.

—¿Fabio Hispánico ha ido donde Hirtuleyo?

—Ha partido esta mañana. ¿Por qué pones esa cara?

—Hispánico era el comandante de Ursiano y, francamente, quería que lo hallara después de que yo lo hubiera visto.

—¿Por qué?

—Así lo habría encontrado muerto y no correríamos el peligro de tenerlo en nuestras filas. Están enrolando a todos los que quieren pasarse de nuestra parte y eso no me agrada; comenzamos a ser demasiados. Estamos armando a aquellos que hasta

ayer querían matarnos.

—Sertorio sabe lo que hace.

—Eso espero, Quintilio, eso espero.

Los tres jinetes que mi padre envió para buscarnos en el punto de encuentro nos alcanzaron al amanecer. Mi madre me ordenó que fuera con ellos, ella se quedaría allí, esperando, no pensaba abandonar a su niño.

Me negué, pero ella insistió hasta implorarme. Quería que al menos uno de sus hijos se salvara de esta locura. Solo entonces decidí seguir a los jinetes, pero el Hado fue una vez más contrario a nuestros pensamientos. De la nada aparecieron nuestros perseguidores, todo un escuadrón de caballería nos rodeó, frustrando toda posibilidad de fuga. Los hombres de mi padre ni siquiera intentaron combatir o huir, eran demasiado pocos y se rindieron. Fueron asesinados instantes después ante nuestros ojos.

No quiero escribir lo que sucedió a continuación. No quiero escribirlo.

Escribiré que nos cargaron sobre la silla como si fuéramos sacos, demudadas y con las ropas desgarradas. Yo observaba a mi madre con pena, sin poder sostener la mirada sobre ella debido a la vergüenza que sentía por ambas. Busqué una señal de Júpiter en el cielo para preguntarle por qué nos dejaba vivir después de lo que habíamos pasado. Pensé en buscar la muerte, escapar, agredir a uno de los verdugos y acabar con todo, pero habría matado una vez más a mi pobre madre. Entonces me concentré en el pequeño Cneo y me agarré a la crin del caballo para no caer, para sobrevivir lo necesario y poder darle un abrazo de consuelo.

Me quedé así hasta llegar al campamento que habíamos dejado dos días antes como dos señoras para volver como esclavas, ante la mirada curiosa y los comentarios vulgares y complacidos de todos.

Allí nos acogió el propietario de este diario.

Lucilio Ursiano nos esperaba con el aspecto severo de quien había sido traicionado y ofendido. De inmediato nos echó en cara que la locura de nuestra fuga había costado la vida de algunos hombres a los que había mandado a buscarnos y que habían sufrido una emboscada de un grupo de fugitivos itálicos. Con una mirada perversa me dijo que entre las víctimas figuraba Cayo Emilio Rufo.

Creía haber experimentado ya lo peor que la vida podía ofrecerme, sin embargo, ante aquellas palabras sentí que las piernas dejaban de sostenerme y el estómago se retorció. Empalidecí, empecé

a sudar frío y, al mismo tiempo, a temblar y a sentir llamaradas de calor. Me sentí repentinamente ligera, etérea e impalpable. Luego las voces se hicieron lejanas, las imágenes, distorsionadas.

Sobrevino la oscuridad. Una oscuridad fría, metálica, una oscuridad profunda. Recuerdos de niña se mezclaban con las frases de Temistio, las miradas de mi padre, las caricias de mi madre. Relámpagos lacerantes de aquello que nos había sucedido en el Mons Herminius se confundían con la voz de Emilio, con sus ojos, su sonrisa que se descarnaba lentamente convirtiéndose en una horrible calavera. Me desperté de golpe, temblando, para encontrarme en uno de los alojamientos de oficiales de Castra Caecilia. Lo reconocí a la luz de la lámpara; había estado allí con mi padre tiempo antes. Era de noche y advertí que diluviaba. Me levanté de la cama, espantada, y un esclavo me dijo que no me moviera, que solo empeoraría la situación.

Le respondí, airada, que no me interesaba nada de mí ni de mi vida, y que me iría de todos modos. Me contestó con calma que la situación de mi madre y de mi hermano empeoraría más si me marchaba. En ese momento me percaté de su ausencia y empezó mi prisión solitaria y aislada.

Lucilio Ursiano quiso que permaneciera confinada en aquel alojamiento, su alojamiento, dándome a entender que cuando más obediente fuera, mejores serían las condiciones de mi madre y de mi hermano. Por mi padre ya no podía hacer nada.

Emilio parecía desaparecer delante de la mole de Valerio, quien se había vuelto fibroso y duro como el tronco de una encina desde que se había puesto a marchar y a comer como un legionario. Le ató con cuidado el yelmo y le ajustó la cimera de crin de caballo haciéndola caer de lado, antes de controlar la vieja coraza que había pertenecido a Lanato y que había vuelto a brillar.

—Perfecto —dijo, acomodándole los pliegues del *focale* en torno al cuello—. Has hecho un gran trabajo con esta loriga.

—Está como nueva, ¿has visto?

Emilio asintió y colocó el talabarte observando las placas de plata que adornaban el cinturón. Eran las que Marco Arrio habría querido, pero que nunca se había podido permitir. Los éxitos de Sertorio en Hispania de los últimos meses y las notables sumas entregadas a sus soldados habían incentivado a muchos a concederse ornamentos preciosos y Valerio sufría la fascinación de esta moda. En los últimos meses había aprendido a ganarse con honor la paga para gastarla igual de rápido.

—Estas placas te habrán costado una fortuna.

—He empeñado mis próximas pagas.

Emilio sacudió la cabeza.

—¿Qué te ha hecho cometer semejante idiotez?

—Volsinio me ha dado un préstamo.

—No vuelvas a hacerlo. Luego hablaré yo con ese.

—Sí, pero ahora es distinto.

—Entiendo, pero no vuelvas a hacerlo.

—Lástima el gladio.

—El gladio es perfecto.

—¿El *pugio* está en su sitio?

—Pero... ¿eso también?

—Sí, me ha hecho un precio de favor.

—En mi opinión, te han desplumado como a un pollo.

—¿Por qué lo dices?

Emilio sonrió ante tanta ingenua felicidad.

—Deja que te vea. Sí, tienes más cosas encima que un tribuno. Los ojos de todas las muchachas se posarán en ti.

Valerio sacó pecho, sonriendo orgulloso; desde que habían llegado a Osca solo esperaba esa parada. Era la primera vez que desfilaría ante la multitud y la perspectiva lo entusiasmaba. Había muchos motivos para ser felices, el primero de ellos la muerte de Lucio Cornelio Sila.

Roma, al final, había acabado detestando la actuación de los hombres del dictador y Sila, sorprendiendo a todos, había dejado la vida política para establecerse en su casa de campo y disfrutar de su desmesurada fortuna. Había vuelto a ser lo que había sido durante toda la vida, también en los últimos tiempos, viviendo de la caza, de la pesca, los espectáculos y dispuesto a ocuparse de los asuntos públicos en cuanto se presentaba la ocasión. Se había hecho cargo de resolver algunos conflictos entre los habitantes de la colonia de Pozzuoli y había emprendido la búsqueda de medios para la reconstrucción del templo capitalino, pero, a la edad de sesenta años, aunque física y mentalmente fuerte, contrajo un mal incurable. Expiró con atroces espasmos en el estómago y vómitos de sangre, mientras se disponía a terminar sus memorias.

Escribió su propio epitafio para el monumento fúnebre: «Ningún amigo me ha favorecido, ningún enemigo me ha ofendido, sin que yo le haya correspondido plenamente», y a su desaparición aquellos que no se habrían atrevido a hablar en su presencia, elevaron su indignación por su obra, pidiendo que no se rindieran honores al tirano.

Para evitar desórdenes, los opositores fueron silenciados, en tanto defensores de Sila, entre los cuales estaban todos sus veteranos, que aún mantenían viva e intensa su memoria. Se estableció, por tanto, transportar sus despojos a la capital para celebrar las exequias. Se preparó un féretro magnífico, precedido en el camino por las enseñas militares que habían vencido por doquier bajo su mando. A lo largo del recorrido los viejos veteranos, los jóvenes soldados y los habitantes se unieron al

carro creando un cortejo inmenso que llegó a la Urbe, donde la vida parecía haberse detenido para esperar el regreso de su hijo más querido.

En sus memorias, siguiendo la costumbre de la familia de los Cornelios, Sila había ordenado que no fuera cremado, pero el Senado, por miedo a lo que pudiera suceder en la tumba y en memoria del hombre que había hecho abrir el sepulcro de Mario para arrojar sus restos en las aguas del Aniene, dio la orden de confiar a las llamas el cadáver del dictador. La cremación fue realizada en la plaza del foro, que aún resonaba con sus discursos, y sus cenizas fueron depositadas en el campo de Marte, junto a las tumbas de los antiguos reyes.

Y mientras en Roma las matronas vestían de luto, cerca de los Pirineos, en el valle del Ebro, Osca, la ciudad de los ilergetes, estaba vestida de fiesta. El ascenso del nuevo Aníbal había llegado a un paso de los Pirineos, de donde había sido echado tres años antes. No había reconquistado toda Hispania, pero la había dividido en dos como si hubiera asestado un golpe con el gladio en una hogaza de pan: desde Baelo, en el extremo sur, donde había desembarcado, hasta Osca, la ciudad convertida en símbolo de aquel triunfal avance.

Según la leyenda, Osca había sido fundada por colonos itálicos, y Sertorio, a quien le agradaban las leyendas, la había elegido como cuartel general para transmitir mejor aquel sentimiento de resquemor antirromano de antigua data. No solo eso, había hecho algo que ningún romano había hecho antes, había fundado allí una escuela para los hijos de los jefes de clan que lo habían apoyado en su regreso a Hispania. Con este enésimo acto de confraternización cimentó aún más tenazmente las relaciones con los lusitanos, los celtíberos, los ilergetes y todos aquellos pueblos que se habían adherido a su causa.

Los padres estaban orgullosos de ver que sus hijos, ataviados con la toga pretexta, asistían a la escuela. Incluso el rey Avaros había conducido allí, desde sus lejanas tierras, a los hijos de los nobles de la aldea. La toga era una indumentaria usada ampliamente por doquier, pero la que llevaban los chiquillos, con el borde púrpura, hasta que llegaban a la edad adulta recordaba desde siempre a Roma en el imaginario colectivo. Los nobles advertían así que formaban parte del futuro de Lusitania y de Roma, y Sertorio hacía cuanto estaba en su mano para acrecentar este sentimiento, distribuyendo compensaciones a los que se las merecían, pagando los gastos de los estudios y haciendo exámenes con la implícita promesa de una futura ciudadanía romana al final de la guerra. Llegó a obsequiar *bullae* a los muchachos, los medallones que los romanos solían poner en el cuello de sus hijos para alejar las malas influencias, haciendo al niño intocable para cualquiera.

La iniciativa había tenido un eco notable en la región, hasta el punto de que acudieron otros soldados dispuestos a consagrar su vida al nuevo Aníbal. Se hacían llamar *soldurii* y habían demostrado a amigos y enemigos su infinito valor en más de una ocasión.

Muchos de ellos estaban en Osca aquel día para celebrar la fiesta, mientras que

otra parte del ejército se había establecido en el sur bajo el mando de Hirtuleyo, que había puesto en jaque a las legiones de Metelo. Y precisamente en aquellos hombres pensaba Emilio en ese momento, en los hombres que habían tomado Castra Caecilia bajo el mando de Fabio Hispánico, al que no había vuelto a ver.

—Rufo.

—¿Qué pasa?

—¿A quién tememos?

Emilio se volvió y sonrió al muchacho. Había aprendido la lección.

—A nadie.

—¡Nosotros somos inmortales, Rufo!

—Lo intentamos.

Mecenas dio la orden de moverse y la legión avanzó por las calles de la ciudad. Era el primer desfile también para Emilio, pero no quería que su pupilo lo supiera. Avanzaron así, jactanciosos, con el sol de frente y la mirada hacia el infinito, mientras el cielo se pintaba de pétalos blancos y rosas lanzados por la multitud. Delante de los itálicos cabalgaban al paso los mauritanos, que se habían engalanado de fiesta exhibiendo colores aún más vistosos de lo habitual. Detrás de ellos desfilaban los *soldurii* de la guardia personal de Sertorio, a pie; luego los jinetes y, por último, él, el nuevo Aníbal en persona, como un dios del Olimpo, erguido sobre una biga al tiempo que sostenía con la derecha a la sagrada cierva, y la gente enloquecía a su paso. Todos habían acudido a ver a los valientes del nuevo Aníbal que llegaban de lejos. Los parias de siempre eran los héroes de aquel día.

Emilio dejó el cielo para contemplar a la gente en torno a él, desconocidos que aplaudían exultantes, felices. Un niño sobre los hombros de su padre agitaba una corona de laurel entrelazada; los ojos oscuros de una muchacha que observaba con mirada soñadora a los soldados lo distrajerón del caos de la multitud festiva. Aquellos ojos se posaron en él y hubo un vuelco en el silencio, un pétalo onduló interponiéndose entre sus miradas.

«No quiero perderte».

«No me perderás, algún día te alcanzaré».

«Algún día podría ser tarde».

«Nunca se es demasiado viejo o demasiado joven para ser feliz».

El pétalo cayó y fue tragado por la masa de soldados que avanzaban y los ojos de la muchacha desaparecieron entre la multitud, tal como había desaparecido Lavinia. No había vuelto a saber nada de ella desde aquel día en el río. Desaparecida de la vista, pero no de la mente. No pasaba un día sin que la recordara, pero aquel pensamiento era cada vez más débil, como un dolor constante al cual uno se

acostumbra poco a poco todos los días, hasta que se convierte en un hábito con el que se convive.

¿Acaso era eso la vida? ¿Un recorrido erizado de obstáculos que compartir con alguien durante algunos trechos y luego perderlo? Porque Rufo se daba cuenta de que había recorrido un largo camino hasta allí y de que había cambiado. Como le recordaba Mecenás, ya no era el muchacho encontrado en los Pirineos, ya no podía serlo después de haberse enfrentado y haber derrotado a los hombres de Fufidio, Calvino, Balbo y Metelo, él era ahora uno de los héroes de Sertorio y las condecoraciones que llevaba encima lo testimoniaban.

El joven se había hecho hombre y comenzaba a pensar que ningún encuentro de su vida había sido casual: los afectos que había dejado en el camino a la madurez no eran para llorar, sino parte de él. En él vivían las enseñanzas de sus padres, el amor aprendido entre los brazos de Lavinia, la amistad compartida junto al fuego con Ambato, incluso Decano le había dejado algo, su rabiosa agresividad que ahora le preservaba la vida en cada combate. Y luego él, Ursiano, el hombre que había querido mortificar al muchacho y que, en cambio, había multiplicado su valor.

Ursiano. El recuerdo de aquel hombre, a diferencia del de Lavinia, lo hacía estremecer. Sentía una especie de pena y de resignación por ella y de odio visceral por él. Lo había matado miles de veces en sus sueños, después de haberle arrancado por la fuerza informaciones sobre Lavinia.

La voz de Mecenás lo devolvió al desfile mientras la multitud se callaba, lentamente. El rostro de Emilio se iluminó cuando vio a Cneo Segundo entre los estudiantes de la escuela alineados delante del edificio. El viaje del pequeño Frauca se detenía allí, como era justo que fuera. Sertorio había querido que fuese uno de los primeros asistentes a la escuela. Aquel día dejaría el ejército y sus peligros para establecerse en Osca. Al verlo ataviado con su nueva toga blanca, Emilio sintió que había hecho algo bueno en la vida. Si el pequeño Frauca no se había convertido en un esclavo obligado a trabajar en las minas de Hispania se lo debía a Rufo.

Lavinia habría estado orgullosa de él en aquel momento. Dondequiera que estuviese.

El espectáculo de una persona caída en desgracia complace a las mentes de los hombres pequeños, cualquiera que sea su condición social. Lo que no imaginaba era que los más crueles fueran precisamente los libertos que se ocupaban del alojamiento de Ursiano. En sus miradas y en sus perversas sonrisas descubría el placer de ver a la hija de Frauca transformada en un objeto sin identidad y sin futuro.

Además, Ursiano era un hombre implacable, avezado en controlar las vidas ajenas, y ahora que podía disponer de la mía a su antojo se sentía un dios del Olimpo.

Por tanto, aprendí rápido a considerar que esa vida no me pertenecía; yo ya no tenía una identidad humana, era como si saliera de mi cuerpo y fuera a otra parte. Me negué a mí misma mostrándole que no tenía emociones, para no darle satisfacción. Nunca una sonrisa, nunca una mirada colérica, nunca una lágrima. Hacía lo que me imponía sin una mueca de dolor, sin un resentimiento, pero dentro de mí, esa pasividad indolente acrecentaba sentimientos de odio que debía controlar para que no desembocaran en reacciones violentas. No pasaba un día que no imaginara que lo degollaba y escupía sobre su rostro aterrorizado por aquella muerte.

Por la noche, cuando se dormía exhausto, me escapaba para acurrucarme en mi camastro después de haber limpiado todo rastro suyo de mi cuerpo, pero incluso entonces me sentía sucia. Así, me abrazaba llorando, pensando que aquellos brazos que me estrechaban eran los de Emilio o de mamá.

El estruendo de la multitud festiva lo sacudió, haciéndole dirigir la mirada hacia Sertorio, protagonista indiscutido de aquella memorable jornada. Rufo admiraba su espíritu combativo, su perseverancia, sus severas vestiduras y su constante ejercicio. El nuevo Aníbal era un haz de músculos que rehuía los lujos y el buen vino, tan sólido en el físico como astuto en el pensamiento. Había concedido el honor de hacer proteger su persona a los lusitanos y estos se habían congregado a millares, haciendo votos de sacrificio por él bajo el mando del mítico y omnipresente Viros. Había creado unidades de celtíberos e ilergetes, a los que proporcionó armas espléndidas, y estos habían acudido dejando el alma en la lucha, para demostrar su valor al hombre mandado por los dioses. Concedía, o por lo menos hacía creer que concedía, y mientras cogía tanto como podía. Osca, la ciudad, la escuela, las togas, los regalos y la promesa de un futuro no eran más que un modo de apropiarse de miles de guerreros y de hacer de sus hijos unos rehenes. Los hijos de la nobleza de toda Hispania estaban allí y con ellos encerrados en aquella escuela Sertorio haría lo que quisiera con sus padres. Quizás estos lo sabían, pero era hermoso creer que todos se estaban afanando por un futuro de esperanza.

Sí, era hermoso creerlo.

La voz de Mecenas hizo de nuevo eco entre sus pensamientos. El centurión lo reclamó fuera de las filas y lo condujo al podio que había sido montado para la ocasión. Allí se sentaba el nuevo Aníbal, rodeado por los lictores y por las enseñas, mirándolo con el aspecto marcial de las grandes ocasiones.

—General —empezó Mecenas, en voz alta—, Cayo Emilio Rufo ha demostrado en más de una ocasión su coraje y su moral ética. Tú mismo lo condecoraste en el Betis, al inicio de esta campaña, y tú mismo has podido apreciar su apego a nuestra causa. Dadas las continuas pruebas de valor demostradas, pido que este joven sea mi

segundo para sustituirme en caso de enfermedad o muerte. General, te pido que asignes a mi persona a Cayo Emilio Rufo, ofreciéndole las sagradas plumas de Marte.

Los hombres alineados se regocijaron, aclamando a Emilio, que miró a su alrededor, atónito, mientras era observado por Sertorio. Ante un gesto, un centurión llegó trayendo dos plumas blancas y Sertorio se puso de pie.

—Los dioses cuidan a aquellos hombres a los que desean fuertes —empezó el nuevo Aníbal—, ofreciéndoles la ocasión de actuar con coraje y firmeza, como tú has hecho, Cayo Emilio Rufo, pero desde hoy todo esto no será suficiente. Te concedo las sagradas plumas de Marte. De hoy en adelante ya no deberás mostrar solo coraje y firmeza, sino que habrás de preparar y conducir a los tuyos en la batalla. No solo tendrás que proteger tu vida, sino también la de tus hombres, por tanto, los prepararás con el ejercicio, las admoniciones, la fuerza, con modos ora blandos, ora duros, haciéndolos mejores. ¿Crees que lo conseguirás, Cayo Emilio Rufo?

—Sí, señor.

—Entonces toma estas plumas y haz honor al empeño que te pido.

Los hombres se alborozaron mientras Emilio y Sertorio se miraban intensamente. El muchacho comprendió que había entrado en las filas de aquellos que darían la vida por el general, y con un pequeño gesto de la cabeza asintió haciéndole entender con los ojos que lo estimaba, pero no lo amaba.

### Hispania Citerior, Metellinum.

Hace dos días que estamos en Metellinum. Trajimos la noticia de la llegada de las legiones de Sertorio a las inmediaciones de Castra Caecilia y supimos la de la muerte de Sila. La ciudad ha caído inmediatamente en el pánico. No se esperaba que el enemigo de Roma pudiera avanzar tan lejos. De inmediato se ha reunido un consejo de mercaderes, todos invocan la protección del pretor y piden soldados, pero parece que la desaparición del dictador hace que todos duden sobre su propio futuro. He visto a Druso, el verdugo de Ursiano, que nos ha traído hasta aquí, hablando con unos oficiales, y por lo que he podido entender tienen la intención de partir lo antes posible y alcanzar a la legión más cercana.

El rumor del avance de los enemigos ha pasado de boca en boca, acrecentándose. Los familiares de algunos soldados de Castra Caecilia, que hicieron el viaje conmigo, se han puesto a contar historias horripilantes sobre lo que los caníbales aliados de los itálicos hacen a los prisioneros. Dicen haber visto personalmente a esos gigantescos negros comiéndose las vísceras aún calientes de los enemigos muertos. Decían que los mantienen prisioneros, alimentándolos y ocupándose de ellos, para luego elegir un grupo y

devorarlo delante de los demás.

He pedido noticias de mi madre a un señor distinguido, escoltado por algunos esclavos, que se había dirigido a la asamblea. Era uno de los clientes de mi padre, estoy segura, por eso lo he abordado. Me ha observado con indignación y ha ordenado a los sirvientes que me alejaran. Ellos me han tirado al suelo, recordándome que no era más que una esclava. Me he quedado sentada en el suelo con la mirada atónita en medio de la indiferencia de la gente. Nadie ha intervenido, nadie me ha ayudado, nadie me ha mirado. Ya no soy nadie, solo Druso se ha acercado, la única persona en el mundo después de Ursiano a la que ya no querría ver. Fue él quien me trajo a esta estancia con el equipaje. Fue él... él... Ya no soy nada. Sácame de aquí, Emilio, llévame contigo al más allá. Cógeme esta noche, te lo suplico, no dejes que él regrese.

Emilio indicó al carro repleto de piedras que se detuviera y ordenó a una escuadra que dejase temporalmente los picos para ocuparse de la carga. Desde que Sertorio había vuelto a poner el pie en Hispania había hecho construir incontables calzadas, como si advirtiese que aquel trabajo le sería útil al final de la guerra, para conectar aquella nueva y enorme provincia a Roma.

Rufo se secó de la frente el sudor mezclado con la cal que era esparcida junto con la grava antes de poner las piedras que constituían el empedrado final. Algunos jinetes llegaban de oriente dejando a sus espaldas una nube de polvo. Por la velocidad debían de ser exploradores, pero siempre era mejor estar listos para cualquier eventualidad. Rufo se puso otra vez el yelmo, ató el barboquejo y dio la nueva orden de dejarlo todo y embrazar los *pila*.

En el último momento reconoció a Cneo Quintilio Frauca, que hizo señas a los suyos de que se detuvieran y con una sonrisa que le atravesaba el rostro saltó de la silla.

—Grandes noticias —dijo, acalorado, estrechando la mano de Rufo—: Seis legiones marchan en esta dirección.

Emilio no entendía cómo podían ser buenas noticias, dado que los hombres de Sertorio y de Hirtuleyo estaban del lado opuesto a aquel del que venía Cneo.

—¿Seis legiones?

—¡Seis legiones de proscritos, Rufo! —exclamó, sumergiendo un cazo en el cubo de agua para echárselo sobre la cabeza—: ¿Te dice algo el nombre de Marco Perperna Veiento?

—No.

—Tampoco a mí hasta esta mañana, pero se trata de un proscrito de las malditas listas, como nuestro general. Era gobernador de Sicilia cuando tuvo las primeras discrepancias con Sila. Intentó derrocar al gobierno, sin lograrlo, y luego se refugió

con sus hombres en Cerdeña antes de conseguir alcanzarnos. Está aquí, Rufo, con veinte mil itálicos dispuestos a destruir a cualquier ejército que se ponga entre nosotros y Roma.

Emilio sacudió la cabeza, incrédulo. Frauca bebió, se enjuagó la boca, escupió y sonrió.

—Ya está, Rufo, ahora nada podrá detenernos. Sila ha muerto, media Iberia está con nosotros y desde hoy un ejército de itálicos al mando de un general se ha adherido a la causa de Sertorio. ¡Ya está!

En poco tiempo, la noticia de la llegada de un general romano con cincuenta y tres cohortes armadas corrió por toda Hispania. Los aliados celtíberos insistieron ante Sertorio para atacar de inmediato algunos destacamentos de Metelo, pero el general los contuvo diciendo que nada cambiaría en la táctica contra los *ottimati*. Los ataques serían siempre coordinados entre fuerzas itálicas y locales, no se admitiría ninguna iniciativa aislada.

Fue la primera vez que los celtíberos discreparon de una decisión. Insistieron ante Sertorio para introducirse con un contingente de hombres en territorio enemigo y sembrar el caos entre los comandantes de Metelo, que no esperaban semejante ataque. Sertorio intuyó que los celtíberos empezaban a estar demasiado seguros de sí mismos y que aquella incursión costaría sangre a sus aliados. Así pues, les dijo que hicieran lo que quisieran, si se sentían tan fuertes como para atacar.

Fue una masacre, y los pocos que se salvaron lo hicieron gracias a la intervención de los lusitanos de la guardia del nuevo Aníbal, que los sacó de aquel trance para conducirlos a Osca. Un par de días más tarde se reunió allí una asamblea en la cual los supervivientes celtíberos participaron avergonzados por la deshonra.

Sertorio llegó escoltado por los lictores, se sentó sin decir una palabra y después de echar un vistazo a la formación hizo traer delante de los hombres dos caballos. Uno era un semental magnífico, el otro un viejo rocín. El general repasó con la mirada a los hombres alineados y en la zona donde estaban los celtíberos hizo salir de las filas a un viejo soldado achacoso y flaco y le dijo que se pusiera al lado del semental. Luego dirigió la vista hacia las legiones y buscó a alguien que fuera adecuado.

Señaló a Valerio, que permaneció impasible.

—¡Valerio, te lo está diciendo a ti! —lo apostrofó Mecenas gruñendo en voz baja.

—¿Yo?

—Sí, sal de las filas.

—¿Pero qué debo hacer?

—¡Sal y ve hacia él!

Incómodo, el gran Lucas Valerio se abrió paso encaminándose hacia el podio donde se sentaba el general, quien le indicó que se pusiera al lado del rocín.

—Ahora quiero que arranquéis las crines de las colas de los dos caballos —dijo Sertorio, en voz alta—. Tú, que eres grande y fuerte, lo harás usando todos tus músculos, tirando con fuerza la cola; y tú, que no tienes su prestancia, lo harás tirando una crin cada vez.

Valerio miró a su alrededor.

—¡Fuerza, Valerio! —aulló Emilio desde la alineación, inmediatamente seguido por todos los hombres de la centuria.

El muchacho aferró la cola del viejo caballo, que se giró para mirarlo, y con un rugido dio un tirón a la cola arrastrando hacia sí todo el cuadrúpedo. Los hombres estallaron en una carcajada, pero incitaron de nuevo a su benjamín, que tiró aún más fuerte. Cinco, diez veces, y en cada ocasión que parecía que la cola quedaría en las manos del gigantesco legionario, en realidad, al final, exhausto, no tenía más que algunas crines pegadas a las palmas sudadas. Solo en aquel momento los hombres se dieron cuenta de que, en cambio, el pequeño celtíbero, que parecía un enano comparado con Valerio, ya había pelado parte de la densa cola del semental.

—Como veis, camaradas, la perseverancia es, con mucho, más eficaz que la fuerza —exclamó el general poniéndose de pie—. Muchas cosas que parecen inexpugnables en bloque, ceden si son cogidas pieza a pieza.

Los hombres dejaron de reír y observaron en silencio a su comandante.

—El tiempo, en su progreso, devasta y destruye cualquier potencia. El tiempo es devoto aliado de aquellos que aceptan las oportunidades que este ofrece, y es el peor enemigo de quienes actúan de manera inconsciente.

Como siempre había ocurrido los hombres se exaltaron y lo alabaron. Sertorio era el héroe de los hispánicos y también de los itálicos recién llegados con Perperna. El expretor de Sicilia había llegado ante el nuevo Aníbal convencido de que mantendría su estatus, aunque ya no estaba en la provincia de su competencia. No solo traía soldados, sino también exiliados de rango senatorial y una gran cantidad de dinero, pero nada de todo esto y aún menos su noble extracción social habían podido mucho contra el carisma de Sertorio. En efecto, apenas plantadas sus tiendas fuera de Osca, sus mismos soldados habían aclamado al general sabino, amenazando con marcharse si no eran liderados por él en persona.

Sertorio calmó las aguas, prometió que mantendría una estrategia común, pero evitó unir las fuerzas y dejó que los ejércitos se instalaran en dos campamentos diversos.

Hispania Citerior, camino hacia Consabura.

Un correo ha traído la noticia de la caída de Castra Caecilia y Metellinum parece ahora sin control. Todos los funcionarios se han amontonado en el puerto para embarcarse lo antes posible e ir hacia Consabura y al norte. Todos quieren poner la mayor cantidad de

millas posibles entre ellos y Sertorio.

Los habitantes de la ciudad, sintiéndose abandonados por las autoridades, han comenzado a elevar barricadas y preparar la defensa contra un posible asedio. Los oficiales al mando de la guarnición han decidido dejar el lugar, llevándose del depósito del pretorio el oro necesario para pagar a las legiones y ponerlo a seguro en Consabura, donde se incorporarán a la guarnición establecida allí.

Druso y los familiares de los soldados de Castra Caecilia han decidido seguirlos, aunque he percibido que aquel lo hace por simple conveniencia. La caída del campamento y la desaparición de Ursiano lo han liberado de los vínculos con este último, pero aún no puede dejarlo traslucir debido a los parientes de los legionarios que están con nosotros.

A la primera ocasión se apartará de este grupo; entonces yo seré solo suya y hará de mí lo que quiera.

Debo huir o morir. Y debo hacerlo lo antes posible.

Lavinia.

# XI

## LAVRONA

Hispania Citerior, Consabura.

La ciudad está en ebullición, la noticia del avance de Sertorio y de la fuga de los romanos de Metellinum ha hecho caer a los habitantes en el desconsuelo. Entre los hispánicos ha corrido la voz de que los romanos se rendirán si los acontecimientos se complican y se pasarán al bando de Sertorio. Temen pagar por su fidelidad a Sila. Prefieren entregar la ciudad al *Luscus*, como lo llaman, en la esperanza de salvar propiedades y familia. Quieren pedir su piedad aun antes que los romanos. Estas voces han suscitado a algunos desórdenes. La guarnición no ha vacilado en pasar por las armas a los más peligrosos.

Los familiares de los soldados de Castra Caecilia, que han hecho el viaje conmigo, han decidido ir hacia la costa e intentar alcanzar la Galia o incluso Cerdeña, y luego poner rumbo hacia Italia.

En toda esta confusión parece que me hubieran olvidado. Se me ha asignado la tarea de cuidar de los carruajes, pero nadie se ocupa de mí. Desde hace días estudio atentamente una posible vía de fuga. Debo escapar, pero debo hacerlo antes del regreso de Druso, que podría producirse de un momento a otro.

Si lograra alcanzar la costa y embarcarme hacia Cerdeña también yo, podría intentar llegar a Falerii. Ya no poseo nada y no sé cómo hacer. Pero tengo el arcón de Ursiano, que contiene valores, y si de algún modo pudiera apropiarme de él, haciéndole una afrenta, sería feliz.

En el alba otoñal, Rufo se disponía a terminar su ronda de las guardias. En la penumbra de la luz aún incierta vio a Volsinio saliendo con paso cansado de la tienda del tribuno Aufidio. Habría preferido evitar encontrarse con él, pero estaban demasiado cerca para fingir no haberse visto.

—Ave, Rufo.

—Claudio, ¿todo bien? —preguntó, viéndolo inseguro sobre sus piernas.

Volsinio se apretó la capa.

—Por el momento.

—¿Hay algo que no sepa?

El muchacho miró a su alrededor y luego se acercó algunos pasos indicando a

Emilio el camino que lo llevaba hacia la propia tienda.

—Vamos, prefiero que Mecenas me encuentre en mi puesto cuando suene la diana.

—Como si no lo supiera.

—¿Y qué dice?

—Nada. Aufidio es un pez gordo. Solo me pregunto por qué no te haces asignar a su servicio.

—Porque, por ahora, estoy bien así. En el fondo me beneficio; por la noche vivo como un oficial, estoy liberado de una buena cantidad de servicios y me divierto, pero... —susurró el muchacho al oído de Rufo, con un fuerte olor a vino—... los poderosos de hoy podrían ser los muertos de mañana y no tengo tantas ganas de hacerme matar.

—Me parece que tú has empujado el codo. Vete a la cama, Volsinio, y duerme tranquilo; no veo demasiados peligros de este tipo en el horizonte.

—Pronto los verás —dijo, riendo sarcásticamente—. He bebido un falerno que cuesta un ojo de la cara, Rufo, algo que tú no puedes ni siquiera imaginar. Y lo he bebido con Aufidio, ¿sabes?

—Sí, y quizás ambos hayáis abusado.

—Beber tiene sus ventajas, Rufo, se pueden saber cosas que otros no saben. Conoces a mensajeros que traen informes de sucesos y sabes... —hizo una pausa para atraer más su atención—... sabes que se ocultan para montar esa comedia de la cierva y hacérsela tragar a esos crédulos lusitanos.

Emilio miró a su alrededor, preocupado de que alguien pudiera oír.

—Es mejor que te acuestes.

—Pero esta vez la noticia ha sido callada simplemente porque es pésima. Parece que Roma no nos ha olvidado con la muerte de Sila. Han enviado un gran ejército.

—¿Un ejército? —preguntó el otro, estupefacto.

—Sí, bastantes hombres, bajo el mando de Cneo Pompeyo el Joven. ¿Lo has oído mencionar?

—Sé que era uno de los generales de Sila.

—Uno de los generales de Sila... Cualquiera diría que eres tú el que ha bebido, Rufo. —Soltó una carcajada que parecía una mueca—. Cneo Pompeyo es el único general de Sila. Es riquísimo, se ha abierto camino gracias al legado de su padre, que era uno de los más aguerridos enemigos de Mario. Ha hecho una carrera extraordinaria en Sicilia y en África aniquilando a todos los opositores del régimen. Se ha presentado en Roma con tres legiones de veteranos de su padre pidiendo el triunfo y nuestro viejo Sila se lo ha concedido, junto con el título de Magno. Es un hueso duro de roer, es muy joven y tiene hambre de gloria.

—También Metelo parecía que iba a barrernos y mira qué ha sucedido. Está inmóvil desde hace dos años.

—No es ese el punto, Rufo. El punto es que Roma siempre tendrá un nuevo

ejército. Siempre tendrán nuevos hombres que enrolar y nuevos generales. No terminará nunca. Mira cuántos han llegado desde que hemos vuelto a Hispania. En cada derrota sufrida han nombrado a un nuevo comandante y han reclutado nuevas milicias.

—Los lusitanos, los celtíberos y los ilergetes están con nosotros.

—Lo estarán hasta la primera derrota, Rufo, luego se irán con el rabo entre las piernas. Después de haber sufrido la pérdida de sus hijos irán a lamer la mano de los nuevos poderosos. Sertorio no puede derrotar a Roma.

—Baja la voz —gruñó Emilio, tironeando el brazo del otro—, ¿quieres que alguien te oiga?

—Nosotros no tenemos reservas de las que extraer, Rufo. Es solo cuestión de tiempo y para nosotros habrá terminado.

—Yo veo a veinte mil itálicos que han ofrecido sus enseñas a Sertorio —dijo Emilio señalando los fuegos del campamento de Perperna en el horizonte—, somos más fuertes que hace un mes, somos más fuertes que cuando llegamos aquí desde Tingis. Somos infinitamente más fuertes que cuando estábamos en aquel pesquero hediondo a merced de las olas del mar. —Emilio sacudió la cabeza como si no quisiera continuar, pero luego las palabras le salieron de la boca—: Eres tú quien ya no tiene la actitud de aquellos días, Volsinio.

—Será que mis deslices son muchos y que los placeres de una vida más acomodada me han cambiado. Hasta ahora nos hemos enfrentado a un viejo combatiente que se mueve con dificultad. Los hombres que nos encontraremos delante, desde ahora, están hechos de otra pasta.

—Yo estoy listo para combatirlos, Claudio —rebatía Rufo—, ¿tú lo estás?

Volsinio no respondió, se encaminó hacia la tienda, pero ya era tarde, las trompetas dieron la diana y después de algunos instantes los responsables de las rondas empezaron a dar voces a los soldados exhortándolos a moverse. Moverse era la orden, en el campamento y fuera del campamento. Moverse, porque no había tiempo, moverse porque ya se iba con retraso antes de empezar a hacer lo que fuera. Moverse porque, para un legionario, estar quieto equivalía a morir, y para un ejército, a sucumbir.

¡Moverse!

Y Sertorio se movió contra Pompeyo el Grande.

Se movió porque Metelo y Pompeyo no debían unir sus fuerzas, pero a los soldados les dijo otra cosa antes de levantar el campamento. Les dijo simplemente que quería dar la bienvenida al discípulo de Sila y hacerle entender qué era una guerra. Lo hizo porque el nombre de aquel general, si bien imberbe, infundía temor en los españoles y entre las filas de sus soldados. La fama de sus empresas debía ser redimensionada de inmediato.

Se movió hacia el nordeste, hacia la Galia, desde donde estaba llegando el jovencísimo adversario y le tendió, como era habitual, una celada, para atraerlo donde

quería. El muchacho no solo debía ser derrotado, debía ser humillado.

El escenario elegido para la tragedia fue la ciudad de Laurona, aliada de Roma.

Hispania Citerior, Consabura.

He podido volver a escribir este diario solo después de varias jornadas en Consabura. Desde que alcanzamos la ciudad, hace unos diez días, ha quedado claro que la noticia de la llegada de Sertorio nos ha precedido y ha sumido en la angustia a sus habitantes. Los soldados están preparando la defensa de los muros: amplían los fosos, montan trampas en los terrenos circundantes, alzan torres y refuerzan las protecciones.

Hemos recibido, además, la noticia de la inminente llegada de Pompeyo, un valeroso y joven general de Sila. Roma ha respondido a las victorias de los *populares* enviando a un poderoso ejército liderado por un valiente comandante. Esto no hace más que empeorar mi situación. Veo las posibilidades de fuga reducidas al máximo, la posibilidad de victoria de Sertorio desvanecerse, junto con el sueño de ver de nuevo a mamá y Cneo.

La única buena noticia es que Druso ha sido enviado como correo a buscar a Pompeyo, por eso en cuanto él ha partido he corrido al carro a coger el diario del arcón. Ni siquiera yo consigo entender por qué siento la necesidad de escribir estas palabras, es como si dejando el trazo de la tinta aquí, consiguiera paliar el dolor de mi condición. Imagino a un desconocido que un día leerá estas palabras conmisericordia de mí y ello hace menos despreciable mi existencia. Imagino que escribo a quien ya no está, a *tata*, mi querido padre, y a mi Emilio.

Hispania Citerior, Consabura.

Druso ha vuelto y me he sumido en la desesperación.

Lo he oído hablar con el comandante de la guarnición establecida en la ciudad. Ha contactado con algunos exploradores de Pompeyo Magno. El general necesita los jinetes y Druso se ha encargado de llevarle todos los posibles.

Día tras día se suma gente a nuestra comitiva. Los familiares de los soldados de Castra Caecilia son, ahora, solo un pequeño núcleo en el interior de una gran comunidad en fuga. Todos quieren alcanzar la costa lo antes posible, embarcarse y poner rumbo a las Galias o a Cerdeña o incluso a Roma. Parecen animales acorralados, huyendo aterrorizados por una idea, más que por un peligro real. En grupo se

sienten más seguros, pero en realidad son como liebres intentando escapar, asustadas, del zorro.

Mañana dejaremos Consabura para dirigirnos a Laurona, la próxima etapa antes de continuar hacia la costa.

—Fuerza con esa balista, Valerio —exhortó Emilio, echando una mano a los suyos para impulsarla hacia delante—. Quiero que tengáis a tiro las dos torres a los flancos de la puerta, ¿está claro?

Los sirvientes colocaron la máquina de lanzamiento según la voluntad del *optio*, mientras algunos legionarios traían cestas llenas de proyectiles. Rufo se secó la frente con las manos sucias de tierra y aulló a los hombres que se movieran más rápidamente. Quería tener una cantidad enorme de piedras para las balistas que se disponían para acribillar el lado sur de los muros hacia la puerta de la ciudad. Después de pocos instantes el aire resonó por el rumor metálico de los engranajes. Los haces de tensión se estiraron hasta el desgarro y el arma alcanzó la posición para ser cargada. Emilio observó las manos expertas del legionario, que colocaba la piedra y luego retrocedía un par de pasos. El sirviente echó un último vistazo a su blanco, luego gritó a todos que se alejaran de la máquina y soltó el artilugio liberando la masa de cáñamo que volvió, fulminante, a su sede. Con un golpe violentísimo el palo se abatió sobre el seguro y toda la máquina se sobresaltó como un asno salvaje que asesta una poderosa patada. En aquel momento la honda se abrió y la piedra azotó el aire para convertirse en un minúsculo puntito que se estrelló sobre la derecha, en la parte baja de la torre.

En un instante los hombres volvieron a afanarse en torno al onagro. Algunos cargándolo nuevamente, otros maniobrando para corregir la trayectoria de tiro.

—Rufo, no hagas mover los arietes, por el momento.

El muchacho se volvió hacia Mecenas, que había llegado para ver cómo procedían las operaciones.

—Quinto, menos mal que estás aquí.

—¿Qué pasa?

—Mira allá abajo.

El centurión aguzó la vista.

—¿Ves los muros sobre el lado norte?

—Claro.

—Hay una puerta que estamos dejando completamente desguarnecida. Podrían hacer incursiones.

—Hay cincuenta jinetes listos para intervenir en caso de incursión, Rufo.

—¿Para qué arriesgarse? Déjame poner algunos hombres...

—¡No!

Rufo hizo un gesto de ira.

—Estamos cometiendo errores, esa puerta se abre hacia el camino que va al norte.

Si se da el caso de que Pompeyo venga del norte.

—Cada hombre está situado en el punto justo para derrotar al enemigo, créeme. Si esa puerta se ha dejado desguarnecida significa que debe estarlo. No es un descuido.

Emilio tragó rabia y señaló a un hombre a caballo que salía de la ciudad al galope.

—¡Mira, un correo!

—Dejémoslo marchar. Laurona debe ser asediada, no conquistada. El general quiere que nos caiga entre las manos como un fruto maduro. Laurona se rendirá y por eso no quiero que los hombres se acerquen demasiado a los muros. Continúa acribillándolos, no deben asomar la nariz, pero no hagas nada más.

Gritos de alegría hicieron volverse a los dos hacia la torre tocada por el segundo proyectil.

—En la guerra, a menudo, cuenta lo que parecemos, no lo que somos realmente —continuó Mecenas, poniendo una mano sobre el hombro del muchacho—. ¿A quién tememos, Rufo?

—A nadie —respondió este poco convencido.

—Trata de descansar, dentro de algunos días tendremos que correr.

Emilio asintió, no pidió explicaciones, sabía que Mecenas no podía revelar los planes de Sertorio. No obstante, seguía haciéndose preguntas. No entendía el porqué de aquella extraña disposición de los hombres. Él habría rodeado la ciudad y habría obligado a Pompeyo a una batalla campal desde una posición favorable. En cambio, el ejército estaba como fragmentado. Una parte asediaba Laurona sin cerrar el perímetro. Una parte estaba instalada en un campamento hecho construir sobre una colina que dominaba la ciudad desde el este. Una parte había elevado estructuras defensivas en la llanura al sur.

—Solo una pregunta, Mecenas.

—Dime.

—¿Por qué... por qué dejamos ese espacio de maniobra al oeste de la ciudad?

—Porque más allá de esas colinas está el río Palantia.

—¿Y...?

—¡No querrás que Pompeyo muera de sed!

Las legiones de Pompeyo llegaron a los alrededores de Laurona tres días después y, como era natural, tomaron posición en la llanura dejada libre por ellos. Desde las máquinas de asedio Emilio continuaba dirigiendo las operaciones para mantener inmovilizados, a la defensiva, a los habitantes de la ciudad, pero cada vez más a menudo miraba al oeste, entreviendo movimientos de jinetes.

—Estamos bloqueados —dijo Volsinio, sentado sobre un montón de piedras, después de haber vaciado la cantimplora—, con treinta mil hombres pompeyanos a las espaldas y una ciudad dispuesta a defenderse.

Valerio miró a Claudio, luego a Emilio, a la ciudad y, por último, al campamento de los enemigos que se vislumbraba a lo lejos.

—El general sabe lo que hace, estoy seguro de que detrás de esta orden hay un plan muy preciso.

—Así será —rebatíó Volsinio, levantándose—, pero no estamos en una buena posición. Por suerte, tenemos agua y víveres.

—¡Agua! —exclamó Emilio mientras los otros lo miraban, sin entender—. Claro, el enorme ejército de Pompeyo debe beber y comer, no tiene nuestras reservas y si quiere llegar a los manantiales debe combatir. ¡Mirad allí abajo! Por eso el general ha hecho fortificar esa zona junto a la colina, nuestra agua llega desde allí.

—¿Sabes cuánto necesita para llevar a los suyos allí abajo y adueñarse de los pozos?

—Te equivocas, para hacerlo debe dejar su campamento y rodear la colina donde está acampado Sertorio. Atacar a los nuestros con el riesgo de ser cogido a sus espaldas por Sertorio, el cual podría también decidir hacer una incursión en su campamento y quitarle todo.

—Sí, pero no le ha quitado el agua —dijo Volsinio—, solo le ha dejado un sitio más lejano para ir a buscarla.

Era verdad. En aquel momento nadie sabía dar respuesta a esa cuestión. Se necesitaron otros tres días para entender, es más, tres noches. La voz de Mecenas despertó a Emilio y a los otros precisamente en el corazón de la tercera noche.

—Moveos, debemos ponernos en marcha.

A Rufo le costó entender, parpadeó mirando a su alrededor la habitual cacofonía de los onagros que arrojaban piedras y proyectiles incendiarios contra los muros.

—Rápido, Pompeyo ha mandado una legión al río para los suministros de agua. Debemos reservarles una bonita sorpresa en el camino de regreso.

Los hombres se prepararon, de prisa y corriendo.

—Alejémonos de los fuegos, debemos deslizarnos en la oscuridad.

Emilio advirtió a lo lejos el rumor de caballos que avanzaban.

—Son los lusitanos de Viros. Estate tranquilo —dijo Mecenas—. Alcanzarán el destacamento de Pompeyo y lo dirigirán hacia nosotros como un rebaño de ovejas en fuga.

El muchacho asintió, controló a los suyos y se puso al final de la columna, como era habitual. Siguió con la mirada una estela luminosa que, desgarrando la oscuridad, acabó con gran fragor contra la puerta de la ciudad. Luego volvió la vista hacia el campamento de Pompeyo y el de Sertorio. Todo parecía inmóvil.

Hispania Citerior, Laurona.

Las puertas han sido atrancadas. En cambio, la soledad que siento es una puerta que se abre al infinito. Han caído mis certezas y mi conciencia se ha hecho camino como un asedio a la fortaleza de la vida. Hemos precedido en algunas horas a las vanguardias de

Sertorio, que han bloqueado de inmediato casi todos los accesos a Laurona. La ciudad tiene un pozo, pero las reservas de víveres son limitadas.

Druso ha garantizado que Pompeyo está marchando hacia la ciudad y la liberará dentro de muy poco tiempo. El consejo de ancianos y los responsables de la guarnición han decidido elevar barricadas y demostrar la fidelidad de la ciudad a Roma. La orden es resistir hasta la llegada de las legiones de Pompeyo.

He sido incluida en un grupo de esclavos que debe suministrar lo necesario a una de las torres de la ciudad. No sé dónde está ni qué controla. No se me permite subir y mirar más allá. Solo debo llevar cestas llenas de flechas y piedras a la base de la torre. Los preparativos bullen y los soldados sufren de la incógnita de la espera, que es el pensamiento del peligro inminente.

—Movámonos, muchachos.

La columna tenía la fuerza de aproximadamente una legión y había sido puesta bajo el mando de uno de los hombres de confianza de Sertorio: Octavio Grecino, general de probada experiencia. Después de dos horas de marcha en la oscuridad los legionarios alcanzaron a algunos oficiales que les señalaron el área donde esperar los pertrechos de Pompeyo. Entre ellos, estaba el comandante de la caballería sertoriana, Cayo Tarquicio Prisco, que, unido a Grecino, daría vida a la maniobra tomando a su mando también la caballería lusitana de Viros.

Solo en aquel momento los hombres comprendieron que la operación había sido planificada hacía días. Quizá Laurona misma había sido elegida por la particular orografía del terreno. Emilio trató de mirar en torno y valorar la posición de los suyos, pero la oscuridad dificultaba cualquier cálculo.

—Entrarán en pánico —dijo Mecenas, a su lado—, y no por nuestro número, sino por lo que parecemos que somos.

—¿Cuántos más que nosotros son? —preguntó Emilio, directo.

—Quizás el doble —susurró Mecenas, antes de que Tarquicio Prisco llegase para tomar la palabra.

—Hombres —empezó el comandante de la caballería—. Yo atacaré la columna a sus espaldas expidiéndolos derecho entre vuestros brazos. Debemos ser rápidos. Dejamos pasar a los exploradores y luego nos lanzamos encima de los demás. Es importante que algún pompeyano a caballo vuelva al campamento y refiera lo ocurrido. Soltaré a algunos de los míos para hacerlos llegar lo antes posible.

Los hombres se quedaron atónitos ante aquellas palabras.

—Cuando Pompeyo sepa de la emboscada ordenará a una o dos legiones que socorran a los suyos. No podrá mover a todo su ejército porque daría la espalda al general. Nosotros debemos estar dispuestos a marchar a su encuentro y enfrentarlos.

Diez mil lusitanos se están dirigiendo a un punto preestablecido para atacar por la espalda a los pompeyanos, que creerán que nos tienen en el saco.

El diseño ahora quedó claro. Sertorio, como hombre de armas hábil y avezado en las astucias, estaba jugando al gato y al ratón. Como siempre, hacía aparecer y desaparecer a los hombres para desplazarlos fulminantemente de una parte a la otra de sus inmensos campos de batalla. Pompeyo había caído en el juego del nuevo Aníbal desde su llegada a las inmediaciones de la ciudad.

—¿Me daréis tres muertos por cabeza, hombres? —preguntó Prisco—. Os pido que seáis despiadados como nunca habéis sido. Bañad este campo con su sangre. Hagamos ver a ese chiquillo quiénes somos y esta tarde nos hartaremos con su comida y con el agua que él ha recogido para nosotros.

—Trigo y agua, es para estar contentos —susurró Valerio en medio de tal silencio que hizo estallar en todos una carcajada, Tarquicio incluido.

Era noche cerrada cuando se oyó un rumor. Los exploradores enemigos se dispersaban sobre un amplio radio, pero la oscuridad hacía arduo su trabajo. Dos de ellos se acercaron a los soldados de Mecenás escondidos en la mancha.

Emilio oyó el ruido de los pasos del caballo aproximándose lentamente y parándose a poca distancia. El animal se detuvo y relinchó, nervioso, al percibir la presencia y el olor de los asaltantes. El jinete se dio cuenta y se volvió, receloso. Alzó el brazo, silbó hacia su compañero más cercano que, a su vez, se detuvo observando la vegetación.

Un leve resplandor en el yelmo de Rufo traicionó su presencia. El explorador tiró instantáneamente de las riendas, dando la alarma. Con un salto Emilio salió de la mata y como vomitado por los Infiernos golpeó al hombre con el *pilum* bajo la axila. En un instante, Valerio y Volsinio estuvieron encima del desdichado y lo atravesaron con la punta de sus lanzas.

La batalla de Laurona había comenzado.

Los otros exploradores espolearon los caballos, pero fueron alcanzados por todo tipo de proyectiles. Los que intentaron la fuga en dirección al campamento quedaron ilesos, con los otros no hubo nada que hacer.

Los hombres desplazaron los cadáveres del camino y esperaron la llegada de la columna. El rumor de la legión en avance llegó a ellos nítido e inconfundible antes de lo que esperaban. Era la señal de que la caballería de Tarquicio y Viros ya había entrado en acción.

—Estad listos —ordenó Mecenás—, nuestra tarea es bloquear el camino. Debemos volcar los primeros carros.

Un pataleo de caballos en la mancha atrajo su atención.

—¿Son pompeyanos? —preguntó Rufo con aprensión.

—Seguro, los nuestros no se aventurarían a ser los primeros en pasar por aquí esta

noche.

Un grupo de jinetes apareció al trote ligero, miraron a su alrededor, circunspectos. Detrás de ellos, dos carros avanzaban con los conductores que incitaban a los caballos. Debían de haber percibido algo desde el fondo de la columna y habían aumentado el paso, pero aún no se habían dado cuenta de lo que les esperaba. Detrás del carro, corrían unos legionarios y unos sirvientes que se afanaban en agilizar las operaciones de suministro.

—¡Ahora!

Ruidos metálicos, gritos y alaridos hicieron eco a la orden de Mecenas, que fue seguida por una andanada de golpes partida del límite del bosque. En pocos instantes los legionarios cayeron sobre los jinetes heridos. Uno de los carros fue a chocar con los caballos que lo tiraban y que habían caído bajo la lluvia de puntas aguzadas. El conductor murió aun antes de entender qué estaba sucediendo.

Un centurión llamó a sí a los hombres un momento antes de que una piedra le pegase en el rostro. Se convirtió en una marioneta, se balanceó sobre las piernas, se estremeció y se desplomó sin vida. Dos de los suyos intentaron la fuga, pero fueron golpeados por la espalda. En la confusión de la batalla Emilio ordenó a los hombres que lo siguieran. Intentó guiarlos en aquel caótico estruendo de muerte que se propagaba delante de él, pero no tuvo contacto con el enemigo. En el suelo había cuerpos desordenados y soldados agonizantes sacudidos por espasmos convulsos. Superó el carro que bloqueaba el camino y alcanzó el cuerpo del centurión. Se inclinó y le dio la vuelta, pero no tuvo más que un movimiento de disgusto. Alzó la mirada; los suyos estaban desconcertados. La batalla, iniciada con un ataque sobre el flanco de la columna, se desarrollaba ahora a lo largo de la directriz de marcha y no había espacio para todos.

Viros, con su caballería, atacaba a la formación por la retaguardia y la infantería lo hacía desde la dirección opuesta. En medio, los pompeyanos morían. La centuria de Mecenas, que había sido la primera en embestir para bloquear la cabeza de la columna, ahora era la última en aproximarse al enemigo.

—Recoged las lanzas, enderezad los *pila*, rápido.

Los muchachos se afanaron. Recogieron las armas, arrastraron fuera del camino los caballos muertos y despojaron a los cadáveres de los enemigos, repartiéndose el botín. Así continuó durante toda la noche.

Con las primeras luces del alba la columna de Pompeyo ya no existía, como si hubiera sido devorada por una *pistrice*, un monstruo gigantesco con cola de serpiente, que, subiendo por ella, se la había tragado.

—Decidme si no es mi día de suerte —dijo Valerio registrando el cadáver del jinete que habían matado al principio del enfrentamiento—, ese llevaba al cuello un collar de oro. No es que le haya servido de mucho para alejar la mala suerte. Mirad aquí, en el pendiente está grabado un romano que le corta la cabeza a un bárbaro.

Ante esas palabras, Rufo se acercó.

—Déjamela ver —dijo, tendiendo la mano. Fue suficiente una mirada para recordar de inmediato el grabado de Perseo matando a la Gorgona colgado del cuello del pequeño Cneo Segundo. Era su bula. Emilio volvió a grandes pasos al lugar donde había caído el cuerpo. Ahora estaba desnudo, los soldados le habían quitado todo. Lo reconoció: era el jinete que había llevado al pequeño Cneo donde Ursiano. El jinete que había matado a Temistio y que habría podido saber dónde estaban Lavinia y Arria.

—¿Lo conocías? —preguntó Valerio, inclinándose junto a Rufo.

—Sí —dijo este desenvainando el gladio.

—¿Quién era?

Rufo apretó los dientes y lo decapitó.

—Un indigno —respondió, después de haber puesto la cabeza entre las piernas del cadáver.

Valerio asintió.

—La venganza está cumplida, nunca tendrá paz en el reino del más allá.

Tarquicio dio la orden de volver a ponerse en marcha después de una brevísima pausa. Los legionarios iban a la cabeza de la columna, protegidos por la caballería, que avanzaba a los lados. Los carros con el botín y los heridos seguirían el cortejo a distancia.

Emilio cerraba la comitiva de su centuria avanzando con la cabeza gacha. Sostenía el escudo y el *hastile*, la larga vara de mando del *optio* con el pomo plateado en la punta. Como ocurría siempre en las marchas, su mente dejaba las fatigas del cuerpo para dedicarse a Lavinia. Los pensamientos eran siempre los mismos. La tarde en que se amaron apasionadamente, el adiós, la especulación de dónde estaba en aquel momento. Cada vez que se encontraba frente a esos recuerdos trataba de captar sus matices. Trataba de distinguir los detalles, acaso irrelevantes, que le hacían aún más vivo el aspecto de ella. Pero aquellos recuerdos, aquellas imágenes se debilitaban, los retratos se cubrían de una bruma sutil, los rumores se acolchaban como si provinieran de un recoveco profundo de la tierra, los perfumes perdían su fragancia natural. Quedaba la amargura de la lejanía, la impotencia de no estar en condiciones de hacer más que combatir al sistema que se la había quitado. Y aquel sistema se materializó ante sus ojos después de una hora y media de marcha a paso veloz. Pompeyo había enviado a sus legiones en ayuda de la columna de los suministros.

—¡Formad filas! —aulló haciendo eco al mando de Mecenas, antes de recorrer el perímetro de la formación como un perro pastor que controla a su rebaño.

—Todo en orden, *centurio*, los hombres están alineados y dispuestos.

Mecenas lo miró y asintió. Con los ojos rojos de quien no había dormido, el rostro surcado por tantas arrugas como habían sido sus batallas. El polvo mezclado con el sudor, una salpicadura de sangre coagulada en la coraza. Su viejo yelmo de *mulo de Mario*.

—¿Tú estás listo, Rufo?

—Listo para seguirte adonde sea, incluso a los Infiernos. ¿A quién tememos, *centurio*?

Mecenas respondió con la mirada de un padre que observaba al hijo que nunca había tenido.

—Temo cada vez no estar a la altura de mandar a mi grupo; temo equivocarme en una orden; temo perder a uno solo de los míos.

El muchacho tenía un nudo en la garganta. En aquella mirada y en aquellas palabras comprendió el sentido de mil ejercicios, de las infinitas marchas bajo el sol, la lluvia, el frío y el polvo. Tuvo la certeza de que sangre y sudor nunca serían derramados en vano, aunque se combatieran cien guerras al lado de semejante hombre. En formación junto a los demás, frente a aquella batalla que se disponía a combatir, después de días insomnes y marchas extenuantes, sintió que la vida merecía la pena ser vivida.

—¡Entonces no tienes nada que temer, *centurio*!

Las dos legiones mandadas por Pompeyo se alinearon. Eran numéricamente superiores y sentían que podían resolver el asunto en poco tiempo. La caballería de Tarquicio se situó a distancia ante la enemiga, que intentaba ensanchar el frente.

Octavio Grecino hizo retroceder a los suyos como para mostrar preocupación y buscar un sitio más favorable para el choque. Este movimiento aceleró los tiempos y los hombres de Pompeyo empezaron a avanzar, decididos.

Emilio observó las filas desde su posición retrasada y miró a aquellos a los que ya sentía como sus muchachos. Desde hacía días sostenían el asedio de Laurona sin pausa y aquella noche no habían dormido. Habían marchado en la oscuridad, habían esperado en silencio al enemigo y se habían enfrentado a él, luego se habían puesto de nuevo en marcha, conscientes de afrontar una fuerza numéricamente superior, y ahora estaban listos.

—Recordad quiénes sois —les dijo con voz firme desde atrás de las filas—, recordad que habéis derrotado a los hombres de Fufidio, de Calvino, de Balbo y de Metelo. Nos han desafiado con la convicción de aniquilarnos y todos han sido humillados. Pompeyo es solo un nombre que añadir a esta lista. ¡Pompeyo no tiene y no puede tener legionarios mejores que aquellos a los que ya os habéis enfrentado y derrotado!

Alguien se volvió para mirarlo, asintiendo, con el rostro demacrado por el cansancio y la tensión.

—¿A quién tememos?

—¡A nadie! —respondieron al unísono.

—¿Qué daremos a Pompeyo? —aulló.

Valerio se volvió desde lo alto de su mole.

—¡La muerte! —rugió, seguido por el estruendo de la centuria.

Mecenas los miró complacido, había logrado crear su centuria, entreveía en Emilio un gran comandante y en Valerio, un soldado valeroso. Reclamó la atención de los suyos señalando a la formación enemiga, a las espaldas de la cual nuevas columnas se acercaban levantando una nube de polvo.

Vio que en los suyos aumentaba la inquietud, pero que permanecían en sus puestos sin desfallecimientos. Sonrió.

—¡Son los lusitanos —aulló—, y están listos para combatir!

Un segundo estruendo se elevó de las filas para llegar al cielo y más allá, el joven Cneo Pompeyo Magno no pudo advertir aquel clamor, pero comprendió que había jugado mal su partida. Rodeado por los oficiales de su séquito, sobre una altura, contemplaba el escenario que se abría ante sus ojos. Estaba atónito, con los labios apretados y las manos ancladas en los *cervuli* de la valla del campamento. Su mirada iba al campamento del enemigo, desde el cual Sertorio liberaba ordenadamente sus cohortes que le impedían socorrer a la ciudad en llamas y prestar ayuda a los lauronitas.

Ante sí, un largo canalón llevaba hacia el maldito río Plantia. Estaban en una trampa. La necesidad de aprovisionar de agua a los hombres había comprometido todos sus planes de ataque. La legión enviada para el abastecimiento y las demás que habían acudido en su ayuda habían sido presa de los hombres del general. No se salvaría ninguno. La victoria de Sertorio era total e incontrovertible.

No tuvo otra elección que ver morir a los suyos.

—El discípulo de Sila está prisionero en su propio campamento —dijo Sertorio a Aufidio y Malio, mientras escrutaba los movimientos en torno a la empalizada.

—Debería prestar más atención a lo que puede aparecer a sus espaldas en vez de pensar solo en mirar adelante.

En el rostro de Quinto Sertorio se pintó una mueca complacida.

—El chiquillo tendrá sed —dijo volviéndose hacia los tribunos—, está muy cerca de sus aliados que arden y no tiene con qué apagar el incendio. Haced poner unos botes sobre un carro, liberad a un par de prisioneros y hacédselos llevar. Así, no se quedarán con la boca seca mientras miran cómo se pierden tres legiones y una ciudad en el curso de una sola noche.

## XII

# SVCRONA

Después de la desastrosa derrota, Pompeyo debió retirarse y dejar lo antes posible la posición. Los soldados que habían salido incólumes estaban desanimados y nerviosos y ya no tenían víveres ni agua. El joven general debió, por la fuerza de las cosas, abandonar a los lauretanos a su destino y desplazarse hacia el norte.

Laurona se rindió algunos días más tarde y Sertorio, para dar una señal tangible a todos aquellos que se alineaban del lado equivocado, hizo deportar a los habitantes como esclavos. Viros tenía la tarea de escoltar el botín de vidas humanas a Lusitania, un apreciado homenaje al pueblo que había confiado en él desde el inicio.

El general aprovechó el momento favorable para proseguir la campaña contra todas las ciudades celtíberas aún aliadas de la República. Había definitivamente trasladado su interés al norte, a la Citerior. Allí transcurrió otoño e invierno, sometiendo a sangre y fuego a cada ciudadela del valle del río Ebro que no abriera espontáneamente sus puertas.

Entre tanto, Hirtuleyo había sido encargado de vigilar a Metelo en el sur y, si era necesario, intervenir. Perperna, que había sido relegado como fuerza de reserva en la batalla de Laurona, mordía el freno mostrando signos de impaciencia. Sertorio le confió el control de la costa oriental con los hombres que lo habían seguido desde Cerdeña. Le había dado precisas disposiciones de no entrar en batalla con el enemigo, sino de utilizar solo tácticas de guerrilla y mantener a los hombres en continuo movimiento. Pero Perperna era un hombre emprendedor e hizo lo que le vino en gana, ansioso por demostrar que en el teatro bélico había entrado un nuevo protagonista, es más, *el* nuevo protagonista.

El resultado de sus iniciativas fue comunicado, avanzado el verano, por dos correos. Como de costumbre, el mensaje fue entregado en secreto al general, pero esta vez la cierva no hizo ninguna aparición y el asunto despertó una cierta aprensión. Fue Volsinio, algunos días más tarde, quien reveló a Emilio el contenido de las misivas después de haberlo conocido por su amante, Marco Aufidio.

—Según he entendido —dijo Claudio en voz baja a los otros sentados en torno al fuego—, Perperna ha entrado en contacto con un contingente enemigo y ha entablado una batalla creyendo que eran solo unas cohortes aisladas en exploración. En cambio, resultó que aquellos hombres eran la vanguardia del ejército de Pompeyo que seguía a una hora de distancia.

Mecenas partió una ramita y la echó entre las llamas.

—¿Y...? —preguntó sin apartar la mirada de las brasas.

—Cuando se han percatado de lo que estaba sucediendo era demasiado tarde. Pompeyo los ha acorralado por los lados y Perperna ha dejado en el campo a miles de

los nuestros antes de retroceder.

Quinto sacudió la cabeza.

—El hombre equivocado en el lugar equivocado —sentenció—. La errónea decisión de un comandante puede causar la muerte de miles de soldados —dijo, vuelto hacia Emilio—, y nosotros no podemos permitirnos el lujo de perder hombres, porque no tenemos cómo sustituirlos.

No fue la peor noticia de aquel verano. Un comunicado mucho más grave llegó al mes siguiente. Esta vez provenía de donde Sertorio menos lo esperaba: la Hispania Ulterior. Metelo había infligido una sonora derrota a Hirtuleyo, en las inmediaciones de Itálica. Había aniquilado casi completamente a su ejército.

El general se encolerizó y por primera vez los soldados lo vieron fuera de sí. Quienes estaban junto a él en la tienda lo observaron desparramar los mapas del escritorio, aullar como un poseso y llamar incapaz a Hirtuleyo, puesto que la orden taxativa era no enfrentarse al enemigo ni provocar una batalla. Después del acceso de ira, se sentó, como sin fuerzas y permaneció atónito con la mirada en el vacío.

Quizás en aquel instante haya tomado conciencia de que había perdido la guerra.

—A principios del verano teníamos inmovilizados a los ejércitos de Pompeyo y Metelo —dijo Mecenás, después de haber reunido a los suyos—, ahora la situación se ha dado vuelta. Ya no tenemos bastantes hombres para enfrentar por separado a los enemigos. Perperna nos ha alcanzado hace dos días con su ejército. Hirtuleyo lo está haciendo después de la derrota de Itálica. No tenemos otra posibilidad que ir contra Pompeyo antes de que este se una con Metelo, que se está dirigiendo hacia nosotros a marchas forzadas —continuó marcando el rastro con la vara de vid sobre el terreno—. Tentaremos a la suerte en las cercanías del río Sucrona.

Y fue precisamente en el Sucrona donde los dos ejércitos se encontraron. Sertorio, haciendo un esfuerzo al límite de lo imposible, llegó con la velocidad del rayo hasta la posición de Pompeyo, precediendo en un solo día a Metelo. Era imperiosa la necesidad de dar batalla al primero y luego enfrentarse al otro al día siguiente.

—¿Habéis entendido bien? —aulló Mecenás, dirigiéndose a su formación—, hemos sido colocados en posición retrasada solo porque entraremos en batalla en el momento decisivo. Esto quiere decir que el general nos considera los mejores y confía en nosotros para la ruptura allí donde nos indique.

Los hombres se exaltaron.

—¡Miradlos! —gritó señalando al ejército de Pompeyo, que se disponía—. ¡Ni uno de ellos se salvará, odiadlos! ¡Matadlos!

De nuevo hubo un jolgorio de alaridos e insultos hacia los enemigos.

—Debemos eliminarlos esta tarde. Mañana habrá otros que habrán ocupado su puesto. ¿Entendéis lo que estoy diciendo?

Entre las filas cayó el silencio.

—Nosotros no podemos contener su ataque. Nosotros debemos vencer. Y debemos hacerlo hoy y repetir la hazaña mañana, o moriremos. Sí, morir es la

alternativa. Son las horas de nuestra gloria inmortal, vivámoslas como héroes, ¡vivámoslas como legionarios de Sertorio!

La tierra tembló ante el estruendo de los hombres y también Emilio desde su posición en el fondo de la alineación elevó su grito de guerra. Estaba ante la enésima prueba, la enésima batalla, la enésima confrontación con la muerte. Apretando los labios y con los ojos clavados en las filas enemigas tocó con la mano las estatuillas de los Lares y los Penates en la escarcela atada al *cingulum*. Pidió la ayuda de su padre, de Ambato, de Lanato, saludó a su madre, besó a Lavinia, jurándole que Pompeyo no lo detendría.

Dejó las estatuillas y empuñó el gladio.

Desde la propia posición, en el centro retrasado de la formación, Emilio veía el ala derecha al mando de Sertorio que avanzaba y la izquierda, al mando de Perperna, que marcaba el paso y en varios puntos perdía terreno.

Algunas voces se alzaron desde las filas. Alguien había entendido, por las enseñas enemigas, que Pompeyo, al que Sertorio creía a su izquierda, había tomado el mando del ala opuesta y ahora avanzaba sobre aquel flanco.

Los hombres empezaron a sentirse ansiosos, desde que habían puesto el pie en Hispania nunca habían visto avanzar al enemigo. Siempre habían conducido sus batallas, nunca las habían padecido. Alguien gritó a Mecenas que interviniera, pero este los hacía callar con miradas que no necesitaban palabras. El temor se había transformado en impaciencia.

Permanecieron inmóviles largamente, observando impotentes las suertes de aquel enfrentamiento que parecía no tener fin. El ala izquierda seguía retrasándose, ahora también el campo de Perperna comenzaba a estar en peligro. Una ligera ráfaga de viento trajo, junto con el polvo, los rumores de la batalla que se sucedían como el rumor de la resaca. Clamor de armas, gritos, toques de trompetas y relinchos.

De vez en cuando, desde la nube humeante y oscura, salía un caballo sin jinete que continuaba su loca carrera. Algunos heridos cubiertos de sangre, que se sostenían mutuamente, perseguían una invisible salvación antes de desplomarse en el suelo, exhaustos, lejos del peligro más inmediato. Emilio vio a un muchacho zarandear el cuerpo inanimado de un camarada y luego inclinarse sobre él en un llanto convulso. Era como vivir la escena de la muerte de Ambato. Habría querido ir donde aquel joven para darle un poco del consuelo que Mecenas le había dado a él. No podía, debía permanecer inmóvil y esperar, mientras por su mente corrían las imágenes de una vida que había sido una batalla, un enfrentamiento contra el mundo y contra sí mismo. Estaba habituado a esas imágenes, adiestrado en el dolor, el sufrimiento, avezado a la vista de la sangre y de la muerte, desordenada y repugnante. Todo se había hecho familiar, esencia de su misma existencia.

El alarido de Mecenas lo sacudió. Miró hacia delante. Un jinete trajo la orden de intervenir. La sensación de extravío desapareció, la sangre volvió a latir, los rumores se hicieron fuertes, la emoción del combate se abrió paso en él.

Lanzó un par de órdenes secas, salió de la alineación controlando el avance del bloque, la orografía del terreno, la consistencia del enemigo y la mirada de los suyos. Estaban listos, lo sentía. Todos tenían ganas de dejar una huella indeleble en aquella jornada y cuando desde los nimbos confusos del polvo apareció la silueta de Sertorio sobre uno de sus magníficos caballos, como si fuera una de las yeguas de Diomedes que se alimentaban de los soldados caídos en la batalla, cuando lo vio, justo allí, cerca de los suyos, a los que exultaba e infundía entusiasmo, Emilio sintió entonces que había nacido para conducir a los hombres a la guerra.

—¿A quién tememos?

—¡A nadie! —le gritaron en respuesta.

—¿A Pompeyo?

—¡La muerte!

Y la muerte apareció poco después del enfrentamiento con las primeras filas. El bloque se detuvo. Los hombres mantuvieron la distancia entre sí, cada uno con las manos apretadas en el talabarte del compañero que lo precedía, como una cadena forjada por la fuerza de cien brazos.

Ahora Emilio estaba sumergido en el polvo, en el interior de aquellos alaridos inhumanos, sumergido en el clamor. Abría los ojos en todas direcciones gritando órdenes solo cuando era necesario para no confundir a los hombres. Estaban las trompetas para la comunicación, estaba la posición de la mano en el asta de la cohorte y de los estandartes que indicaban si empujar o detenerse.

La primera fila vaciló e hizo el relevo con la segunda, que ocupó de inmediato su puesto en el combate. Mantuvo durante poco tiempo el choque y de nuevo se llamó al cambio, demasiado deprisa, según Emilio, el cual extendió la mirada para entender qué estaba ocurriendo donde las filas enemigas disputaban el terreno palmo a palmo. Vio la imponente silueta de Valerio ocupando el puesto de un caído y aullando algo a sus compañeros, pero no consiguió entender qué.

Dos filas por delante de Rufo un legionario se volvió.

—¡Centurio al suelo, centurio al suelo!

Luego nada más, los rumores desaparecieron, los hombres desaparecieron. Sin entender, Cayo Emilio Rufo atravesó todo el bloque llegando a la segunda fila, donde encontró a Volsinio sosteniendo a Mecenás. Estaba cubierto de sangre.

—¡Venga! ¡Sacadlo de aquí! —aulló lanzando una mirada a la mueca de dolor pintada en el rostro de Quinto, antes de caer al suelo arrollado por el retroceso de la primera fila. Con un gruñido, Rufo se puso de pie, abriéndose paso entre los hombres que lo presionaban—. ¡Distancia! —aulló, reclamando a los suyos—. ¡Alineación!

Los hombres hicieron de escudo en torno a su centurión herido. Lo levantaron del suelo y lo llevaron a la retaguardia. Emilio, a empujones, tomó su posición, desgañitándose. Vio el resplandor de una espada apareciendo a un palmo de su rostro, se retiró detrás del escudo, justo a tiempo para oírlo pegar con violencia. Lo levantó e, inclinándose fulminante, hizo aparecer su espada desde abajo. La sintió golpear, la

retrajo y cambió inmediatamente de guardia, bajando el escudo y asestando desde arriba.

—¡Avanzad, avanzad!

Sobre toda la línea los hombres empezaron a empujar contra el muro de escudos adversario. Los pompeyanos comenzaban a ceder terreno, estaban exhaustos y debilitados por aquella llegada inesperada de nuevas fuerzas a un frente que estaban a punto de arrollar. Rufo muy pronto se dio cuenta de la ardua empresa. Las dos alineaciones se disputaban un pañuelo de terreno y a los hombres les costaba mantener las distancias tropezando el uno con el otro.

Emilio perdió el equilibrio, cayendo junto con Valerio, precisamente mientras estaban intentando detener una rabiosa carga de la fuerza enemiga. Los dos se levantaron sin aliento, increíblemente ilesos, salvados por una carga de los mauritanos que se habían lanzado a la reyerta.

Rufo reclamó a los suyos.

—¡Retroceden, es nuestro momento, rompamos!

Cuando se dio la vuelta vio a un caballo encabritándose delante de él. Valerio levantó el escudo y evitó que un casco destrozase el cráneo de su *optio*. El jinete lanzó un mandoble y Rufo lo paró.

A contraluz, entre el polvo, Emilio entrevió el yelmo crestado de un alto oficial extremadamente hábil. Golpeó con violencia el hocico de la cabalgadura con el borde del escudo y notó los acabados tachonados con placas de oro. Esquivó una patada y un embate de espada y cuando el caballo se encabritó de nuevo, encolerizado, lo atravesó en el costado y en el vientre. La bestia relinchó cayendo hacia atrás y arrastró consigo al jinete y a un legionario que estaba combatiendo al infaltable Valerio.

El caballo, enloquecido de dolor, se puso a patear creando el vacío, hasta que Lucas Valerio Libo lo atravesó en la garganta. Emilio saltó sobre el cuerpo de la bestia y golpeó con el escudo el muslo del oficial que trababa de levantarse. En la caída este había perdido el yelmo y la espada y con gran esfuerzo consiguió desprenderse del cuerpo del animal, pero no pudo nada contra el ímpetu de Rufo.

—¡Quieto, *optio*, estoy desarmado! —le aulló adelantando la mano.

Emilio se quedó hipnotizado por aquellas palabras y detuvo la punta de la hoja ensangrentada a un soplo del rostro del joven general.

—Soy Cneo Pompeyo Magno.

La punta del gladio tembló sin avanzar. Rufo permaneció inmóvil mirando al hombre que Roma había enviado para detener a Sertorio.

Soy Cneo Pompeyo Magno.

¿Podía hundir la espada y quitar la vida al hombre que el Senado de Roma había elegido para defenderse?

Cayo Emilio Rufo era un soldado, podía matar soldados, pero no a un general de Roma.

—¡Vete, general!

Pompeyo se quedó atónito, mirándolo con ojos desorbitados.

—¡Vete! —aulló.

Un jinete mauritano tiró de las riendas y saltó al suelo con los ojos puestos en los acabados del caballo muerto. Llegó otro y otro más.

El general había desaparecido.

Emilio miró retirarse las filas enemigas en el rojo encendido del ocaso. Había varios heridos y algunos caídos. En torno se reunían los hombres, pero cuando los vio inmóviles delante de él recordó lo que le había sucedido a Mecenas y comprendió que se había convertido en un punto de referencia, en el comandante de aquella centuria.

La orden de desplazar a los suyos llegó de inmediato. A pesar del cansancio, los heridos y la oscuridad que llegaba, incipiente, había que dirigirse rápidamente al campo de Perperna y reconquistarlo.

No se necesitó demasiado. Los enemigos estaban desbandados y exhaustos, envanecidos por la victoria que creían tener ya en un puño e ignorantes de la fuga de Pompeyo. Fueron exterminados en masa. Solo tiempo después Emilio pudo conceder reposo a los suyos. Pocas horas más tarde Metelo llegó con nuevas fuerzas para entablar batalla.

—Quinto.

Mecenas estaba recostado sobre un catre de campaña medio cubierto de sangre coagulada. Se volvió con dificultad en la dirección de donde había oído la voz. Los labios hinchados y partidos en varios puntos, los nudillos de las manos ensangrentados, la mirada exhausta.

—¿Qué haces aquí? Es de noche.

—No podía dormir sin venir a verte.

El centurión esbozó una sonrisa cansada.

—Ahora me has visto, vete a dormir. Mañana será una jornada fatigosa para ti.

—¿Cómo estás, Quinto? —preguntó, serio.

—El que me ha jodido tenía acento sabino. Sus insultos son siempre más coloridos.

Emilio miró la pierna vendada hasta encima de la rodilla.

—Afortunadamente no ha cogido los tendones, lo ha intentado, pero he quitado la pierna, por eso he caído, es solo un corte en la pantorrilla.

—¿Y el hombro?

—Una vez en el suelo ha intentado cortarme la garganta, pero Valerio y Volsinio han hecho de escudo y han desviado el golpe.

Rufo abrió la mano sucia mirando un anillo de bronce. Se lo ofreció a Mecenas.

—Valerio me ha dicho que te diera esto. Estaba en el dedo del que te ha golpeado.

Quinto cogió el anillo, lo sostuvo un momento entre los dedos y luego se lo puso, como si ese pequeño movimiento le exigiera un esfuerzo enorme.

—Te propondré para centurión.

—Estarás en pie antes de que la propuesta sea aceptada. Todos te esperan de nuevo en primera fila.

—Tengo la terrible sospecha de que esta guerra acabará antes de que pueda ponerme otra vez de pie. Hemos perdido varios hombres, muchos son centuriones. Te necesitamos.

—Yo...

—Es tu momento, sabes todo lo que hay que saber, Rufo.

Emilio sostuvo un instante la mirada del viejo centurión, luego bajó la cabeza pensando en lo que había sucedido en el campo de batalla, en el encuentro con Pompeyo.

—Nada ocurre por casualidad, Emilio.

El muchacho levantó de golpe la cabeza, como si Mecenas le hubiera leído el pensamiento.

—Los dioses se divierten con nosotros, pero tienen un designio muy preciso. Han querido que coincidiéramos en los Pirineos. Han querido que nos encontráramos de nuevo a causa de la familia Frauca y han predispuesto tu difícil camino. Me han colocado en tu senda y he podido darte mi experiencia, mi sentido del deber, mi responsabilidad. Ahora todo esto es tuyo. El viejo Mecenas ya no sirve —susurró feliz, casi sin dolor.

Los ojos de Emilio se volvieron brillantes.

—Tú... tú sirves, ¡y cómo! Yo te necesito. Antes los muchachos me miraban y yo no he sabido qué decirles.

—Te miraban. Incluso sin hablar reconocen en ti a su comandante.

—Será temporal, volverás con nosotros, Mecenas.

También los ojos del veterano se enrojecieron.

—El hierro ha entrado bien, Rufo, no ha cogido los tendones de la pierna, pero los del brazo están perdidos. Ya no podré sostener un gladio.

La mirada se deslizó al vendaje sucio de sangre. Emilio se preguntó cómo era posible que un soldado como Mecenas ya no pudiera sostener una espada. ¿Qué es de un legionario que ya no puede combatir?

—Te necesito, Quinto —dijo sin lograr contener una lágrima.

—Esta es la última lección que he de darte, Rufo: la soledad de quien tiene el mando. Tu grado te la impondrá y será para tu espíritu lo que el alimento es para el cuerpo. De ahora en adelante la sentirás dentro de ti. Los demás te reconocerán como jefe, pero en lo más profundo de tu alma estarás solo. Nadie intentará comprenderte, pero todos querrán ser comprendidos. Ya nadie pensará en ti como un buen soldado, como un muchacho que fue hijo, como hombre que tal vez perdió un amor; tú serás y solo serás un concepto sobrenatural que no existe en ninguna otra cultura. Serás

*centurio.*

# XIII

## CENTURIO

—Si no hubiera llegado la Vieja —dijo Sertorio refiriéndose a Metelo, que estaba arribando desde la ladera sur—, habría echado a Roma a este mocoso, después de haberlo castigado duramente.

Abrió un mapa y lo miró. Sabía que los suyos no habrían podido resistir una segunda batalla.

—Debemos distanciarnos de la costa. Seguirán creyendo que nos tienen en un puño. En realidad se alejarán del mar y, por tanto, de los suministros y de quien los apoya.

Aufidio asintió y enrolló el mapa comunicando a los centuriones presentes que era preciso retirarse rápidamente y dio disposiciones sobre el orden de marcha. Entre los numerosos yelmos crestados Sertorio entrevió el rostro de Emilio, que aún llevaba los signos de la batalla. Lo llamó.

—¿Dónde está Mecenas, Rufo?

—Fue herido ayer, soy su sustituto.

—¿Es grave?

—Parece que tiene mal el brazo —respondió Emilio, sacudiendo la cabeza—. El brazo derecho, general.

—Se puede continuar combatiendo de muchas maneras, muchacho, se pueden vencer grandes batallas sin un ojo y sin un brazo. Precisamente necesito un secretario de confianza. Malio —dijo al tribuno que estaba a su lado—, que pongan en el orden del día que Cayo Emilio Rufo ocupa el puesto de Mecenas, con el grado de centurión.

Emilio se quedó atónito. De entrada, tuvo un arrebato de orgullo, pero desapareció un instante después. Nadie lo había mirado, nadie se había cumplimentado. Sertorio, Aufidio y Malio habían sido los primeros en esfumarse, como si el terreno quemara bajo sus pies. Emilio era centurión solo porque Mecenas ya no estaba en condiciones de liderar a sus legionarios.

Volvió a su centuria y no dijo nada. Reunió a los hombres, hizo poner los bagajes y a los heridos transportables en los carros, luego ocupó su puesto a la cabeza de la columna, relegando a Volsinio al fondo, en la posición que había sido suya hasta el día anterior.

Los mauritanos y los lusitanos se movieron primero, haciendo de exploradores y protegiendo la columna a los lados. Un contingente de lusitanos transformado en una fuerza de infantería cerró la columna. Avanzaron en silencio hacia occidente, hacia las regiones montañosas de los celtíberos, que ofrecerían reparo a los cansados hombres del nuevo Aníbal.

Por primera vez Emilio percibió aquel silencio como algo adverso. Los hombres

estaban exhaustos y recelosos, sentían sobre la piel el peso de la derrota, aunque la batalla no podía considerarse tal. Quizá la Fortuna ya no acompañaba al gran general y Perperna parecía ser uno de los responsables.

Se detuvieron y montaron el campamento para la noche. Excavaron la valla, erigieron las empalizadas, organizaron dobles turnos de centinelas. «La Vieja» daba miedo.

—¡Rufo, Rufo!

Emilio se sacudió el torpor del sueño. Se puso de pie, trastornado, y necesitó un momento antes de entender quién lo estaba llamando.

—La cierva ha desaparecido.

Finalmente la imagen tomó forma. Cneo Quintilio Frauca, con armadura completa, lo exhortaba a levantarse.

—No podemos mandar a los lusitanos a buscarla, debemos encontrarla y deprisa.

—¿Desaparecido?

—Sí, estaba aquí en el séquito del equipaje del general, pero cuando hemos montado el campamento y preparado el recinto ya no estaba.

—¿Pero quién debía ocuparse de ella?

—El que debía ocuparse quedó en el campo de batalla, ayer. Poco importa ahora, debemos encontrarla, Rufo, los lusitanos podrían leer lo ocurrido como un pésimo presagio.

Emilio se puso la capa de lana cocida, salió de la tienda aún adormecido y fue a despertar a aquellos de los suyos que consideró en condiciones de moverse, comenzando por el gran Valerio.

Dejaron el campamento en la oscuridad de la noche dispersándose en torno. Frauca y algunos jinetes itálicos controlaban que no hubiera enemigos, mientras los legionarios adormilados batían la zona.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Valerio, impaciente, mientras comenzaba a llover—, podría estar en cualquier parte.

Rufo levantó la mirada hacia las gotas que, cada vez más densas, caían del cielo, como si quisiera paliar el ardor de sus ojos cansados.

—Tiene que estar en alguna parte.

—¿Y si fuera una señal?

Las miradas de los dos se cruzaron.

—¿Si los dioses la hubieran tomado con nosotros?

—¿Por qué motivo?

—Por todo. Hemos desafiado a Roma, todo parece estar en nuestra cuenta.

Rufo sacudió la cabeza.

—No es verdad, somos nosotros los que estamos contra todos —dijo, irónico—, nosotros somos los hijos de nadie, ¡los de la centuria de Mecenas!

La lluvia seguía golpeando, los dos se miraron y rieron.

—«Hijos de nadie, entre las rocas marchamos» —entonó Valerio.

—«¡Todos nos desprecian, porque harapientos vamos, pero si está Mecenias, que nos sabe mandar, hijos de nadie, también en ayunas sabremos marchar!».

—«Si es Rufo quien nos sabe mandar», querrás decir. Corre la voz de que te han hecho centurión, aunque tú todavía no se lo has dicho a nadie.

Emilio asintió.

—En los últimos días hemos estado empeñados en otras cosas.

—Entonces soy el primero en congratularme contigo, *centurio*.

Los dos se estrecharon la mano enérgicamente.

—Solo tengo para ofrecerte un poco de lluvia, frío, sueño y hambre.

Valerio asintió.

—Tú no tienes ni idea de lo orgulloso que estoy de compartir estas cosas contigo. Siempre recordaré esta noche de lluvia en medio de la nada buscando una jodidísima cierva de pelo blanco.

Una sonrisa cargada de conmoción apareció en el rostro del centurión recién nombrado, que en aquel momento tuvo una revelación. Después de una derrota, durante aquella que a todos los efectos era una retirada, presa del cansancio y bajo la lluvia, Emilio entendió qué quería decir su padre cuando hablaba de la legión. No era el hecho de compartir los momentos de gloria, la exaltación de la fuerza guerrera; era permanecer unidos y apoyar al otro en el momento difícil de necesidad, encontrarse con la nada entre las manos frente a las adversidades. Era no rendirse nunca, por más que vencidos.

—¿Quién puede matarme con alguien como tú a mi lado?

Valerio rio, luego algo lo distrajo, su mirada se hizo atenta. Todos hicieron lo mismo. En el rumor de la lluvia se advirtió el ruido de algunos jinetes que se aproximaban.

—Exploradores.

—¿Nuestros o de ellos?

—Yo no preguntaría. Probablemente nos arriesgaríamos a un enfrentamiento aunque fueran amigos.

Poco a poco llegaron los jinetes al paso. Estaban dispersos en estrella y controlaban, cautos, una vasta zona.

—Son muchos, ¿serán las legiones de Metelo?

—Sería un imbécil haciéndolas avanzar de noche.

—A menos que quiera atacarnos.

—Si fuera así, querría decir que está muy preocupado e intranquilo. Un ataque de noche, bajo la lluvia, después de una jornada de marcha, sería un suicidio.

—En efecto, mirándolos no me parece que estén en buenas condiciones. Bestias magras y jinetes bamboleándose sobre las sillas.

Arrastrándose, Valerio y Emilio llegaron a mirar más allá de una cresta rocosa y oyeron a lo lejos el chapoteo cenagoso de una columna en marcha que avanzaba, lenta, bajo el chaparrón.

—Apuesto a que son los hombres de Hirtuleyo.

Valerio miró a Rufo y asintió.

—Sí, lo que queda de un ejército que ya no existe. Deberían marchar hasta alcanzarnos y deberían hacerlo lo antes posible si quieren tener alguna posibilidad de salvación —dijo en voz baja.

Ruidos de cascos cercanísimos interrumpieron su conversación. En el incesante repiqueteo rítmico de la lluvia que lo envolvía a todo y a todos advirtieron el crujido de la mata que estaba justo ante ellos. Los dos se quedaron inmóviles oyendo al animal que se había detenido poco después de la costa rocosa.

Amigo o enemigo, aquel jinete podría no hacer distinciones al encontrárselos delante. Los dos echaron mano de los *pugiones*. Pasaron algunos instantes interminables en los cuales los rumores parecían confundirse haciendo difícil su identificación. Lluvia, pasos, ruidos de caballos, crujidos del follaje, la animación de aquella parte del mundo hacía difícil entender si detrás de aquel arbusto aún había alguien.

De pronto, de la mata saltó una sombra. Una mancha blanca que se alejó en la oscuridad y desapareció.

—¡La cierva!

Olvidándose de los jinetes y de la columna se arrojaron por la pendiente corriendo a lo loco, como enajenados, en busca de su preciosísima presa, que afortunadamente huía del lado opuesto al sentido de la marcha de los jinetes. Los dos corrieron en la oscuridad bajo la lluvia torrencial, viendo de vez en cuando aparecer y desaparecer la mancha blanca en el sotobosque. Volsinio asomó entre la vegetación arrojándose sobre el animal, que se le escapó por un pelo regateando del lado opuesto. El legionario se levantó, imprecando, y se puso a correr siguiendo al grupo hasta que el terreno empezó a hacerse pesado y a aflojar los movimientos.

La cervatilla continuó su carrera encontrándose al borde de un pantano y para escapar de sus perseguidores pegó un salto, acabando en el cieno. Con esfuerzo, trató de proseguir, mientras las pequeñas patas quedaban aprisionadas en el fango, hasta que Emilio la aferró. Se hundió hasta el cinturón mientras Valerio y Volsinio se deslizaban encima de él, embadurnándose en el limo.

—¡Cogida!

—¡No la aprietes tanto, que la matarás!

—No se está quieta, resbala.

Al final los tres consiguieron inmovilizar al animal. Se miraron a la cara, estaban sucios, mojados y ateridos. Sumergidos en aquella especie de aguazal hasta la mitad del muslo comenzaron a reír.

—¡Es una señal, somos unos elegidos!

Se necesitó tiempo para revocar la orden de búsqueda del animal blanco y hacer

regresar a todos los hombres. Quintilio Frauca corrió al campamento para avisar a Sertorio del hallazgo y el general en persona fue al encuentro del personal empleado en la hazaña. Era el amanecer y junto con la oscuridad también la lluvia se estaba despejando. Lo vieron llegar al galope, escoltado por un puñado de fidelísimos.

Sertorio saltó de la silla y fue a acariciar a la cierva bajo la mirada cansada y complacida de los soldados. El general se lo agradeció y preguntó dónde la habían hallado. Respondió Emilio, contándole las azarosas vicisitudes, debidas a la llegada de exploradores no bien identificados.

—Eran los hombres de Hirtuleyo —respondió Quinto Sertorio mientras seguía acariciando al animal—. Han llegado al campamento hace algunas horas. Su arribo está ligado al descubrimiento de la cierva, ¡somos de nuevo los favoritos de los dioses! —Sostuvo con una de sus rarísimas sonrisas.

Esta afirmación animó a los hombres, atenuando levemente el cansancio y sobre todo el desconsuelo de los últimos acontecimientos. Sertorio cogió su preciosa bestezuela bajo la capa y los miró.

—La desaparición de la cierva ya ha dado la vuelta al campamento, pero nadie debe saber de su hallazgo. Seréis recompensados, y muy bien, por vuestro silencio. Es esencial para el bien de todos que el regreso de la cierva parezca determinado por una voluntad superior. Necesitamos a los lusitanos.

Los hombres asintieron, pero aquellas palabras decían mucho, sobre todo para aquellos que se percataron en aquel momento de que la historia de la cierva era una farsa.

—Toma nota de sus nombres y entrégalos a mi secretario —dijo el general dirigiéndose a Quintilio Frauca—, cada uno de ellos tendrá una generosa recompensa en dinero y estoy hablando de una gran cifra, si el secreto permanece como tal hasta la reaparición de la cierva.

Todo asumió otra imagen.

Sertorio había dado la orden de dejar el campamento, había que moverse deprisa.

El único lujo concedido a la centuria de Emilio fue partir en último término. Rufo se puso una túnica y calzones secos, pero el resto del equipo estaba aún mojado. Se llevó a la boca un trozo de hogaza y se acercó al carro que transportaba a Mecenas para cerciorarse de su situación.

—Sé que has convertido en memorable esta noche de lluvia, llevando a cabo una misión casi imposible. Eres un protegido de los dioses, Rufo.

Sonrieron.

—Un día de estos acabaré creyéndomelo —replicó observando los vendajes sobre las heridas—. ¿Cómo estás?

—El dolor físico es leve, me hace más daño no poder estar a la cabeza de la columna.

Rufo se frotó los ojos.

—Créeme, haría el cambio hoy mismo, si pudiera. Me echaría en tu lugar y dormiría durante todo el día sobre esas mullidas pieles.

—Tendrás tiempo para descansar en los Campos Elíseos, Rufo.

—¿Lo dices en serio? Hay a un montón de personas a las que daría de patadas en el trasero también en el Elíseo.

Mecenas estalló en una carcajada, que se transformó en una mueca de dolor. Con la mano se tocó el hombro y cuando volvió a abrir los ojos miró con admiración a aquel muchacho. Su muchacho.

—Tienes un aspecto verdaderamente horrible, Rufo, coge mi capa y mi viejo yelmo. Desde luego, no serás un Mecenas, pero al menos tendrás el aspecto de un *centurio*.

El muchacho no se lo hizo repetir. De seguro, llevar algo seco le haría sentirse mejor. Además, el yelmo de Mecenas era bellissimo. Tiró sus cosas sobre el carro y se puso el equipo de Quinto.

—Que tengas un buen viaje, amigo, nos vemos esta tarde en el campamento.

El carro partió y Rufo se quedó observándolo, mientras a continuación desfilaban las centurias de una de las legiones de Perperna. Algunos muchachos, al cruzar su mirada, amagaron un tímido gesto de saludo. Quizás era por el yelmo, quizá por la capa roja, quizá por las numerosas condecoraciones abrochadas a la cota de malla o quizá por su mirada autorizada, el tímido Rufo había desaparecido para siempre para dejar su sitio al centurión.

Tragó otro bocado mientras veía pasar a las cohortes de Octavio Grecino, hecho famoso durante el asedio de Laurona. Luego fue el turno de los jinetes de Tarquicio Prisco, que tanto daño habían hecho a Pompeyo desde el desembarco en Hispania. Los infantes lusitanos, equipados como los mejores legionarios que Roma podía poner en liza, precedieron a Sertorio, que estaba en el centro de la alineación, flanqueado por su inseparable Marco Aufidio y por su cortejo de jinetes con yelmos de cimeros variopintos, entre los cuales destacaba el rostro duro de Malio. No había rastro de la cierva y Emilio sonrió, pero su rostro se trasmutó en un instante en una máscara horrenda al reconocer, en el avance lento de la columna en marcha, a los hermanos Hirtuleyo.

El cansancio desapareció al instante y el latido aumentó. La mirada recorrió rápidamente a los inseparables jinetes lusitanos de la guardia personal de Sertorio, se deslizó sobre los exóticos mauritanos para continuar con las unidades de infantería celtíberas e ilergetes, hasta llegar a los exhaustos legionarios liderados por Lucio Fabio Hispánico. Pasaba en reseña a todos, observaba con atención.

Emilio tiró al suelo el trozo de hogaza y se acercó con paso decidido al convoy, escrutando cara a cara a los hombres que pasaban cargados con sus *impedimenta*. Barbudos, sucios, con el andar de quien tenía en las piernas centenares de millas hechas a paso sostenido y sin pausa.

—¡Moveos, moveos —aulló un centurión—, aumentad el paso, aumentad el paso!

Ante aquella voz fue como si se quedara sin respiración, si el mundo se detuviera, si el tiempo dejara de correr.

Con un salto Emilio estuvo encima de Ursiano y le dio un puñetazo en la cara antes aún de que este pudiera darse cuenta de qué estaba sucediendo. Luego un segundo y otro más y el hombre cayó al suelo aturdido, donde continuó siendo golpeado por poderosas patadas.

Los legionarios rompieron la columna para lanzarse sobre Emilio y defender a su centurión. Rufo gruñó y trató de soltarse, pero eran demasiados para liberarse de ellos.

—¡Te mataré!

Aulló tan fuerte que las venas del cuello se dilataron desmesuradamente. Alguien le pegó. Valerio intervino, rápido, en la reyerta arrastrando fuera al grupo de hombres como si no pesaran nada. Rufo estaba libre de moverse. Los hombres de la centuria de Mecenas llegaron empuñando las espadas e hicieron un escudo en torno a Emilio, mirando con ferocidad a los presentes. Ni siquiera la intervención de Hispánico consiguió aplacarlos, se necesitó una voz mucho más autorizada.

—¡Centurio! —aulló Sertorio, inmovilizando a todos desde lo alto de su cabalgadura.

Emilio se volvió. El rostro morado, la mirada diabólica, un reguero de baba y sangre se deslizaba por el mentón.

—¿Acaso Manía se ha adueñado de tu mente?

—Ese hombre —respondió, señalando a Ursiano, que se levantaba con el rostro cubierto de sangre—, no puede servir bajo tus enseñas, general.

Sertorio echó un vistazo a Ursiano. Uno de aquellos que dejaban sin palabras.

—He visto a ese hombre acosando a los nuestros y humillándolos una vez hechos prisioneros, lo he visto odiar y combatir tu causa por todos los medios, lo he visto contratar al asesino de Salinator...

—Es uno de mis mejores centuriones —intervino Lucio Fabio Hispánico—, y exijo que se presenten acusaciones contra él. General, yo pido...

—Basta, Fabio.

—... Que Rufo sea castigado y se le quite... —añadió Hispánico, sin poder terminar la frase.

—¡Ahora basta! —soltó Sertorio con ademán disgustado—. Lo último que necesito son estas riñas de viejas meretrices enloquecidas. Conservad vuestras fuerzas para el enemigo. Tú, Rufo, coge a los tuyos y llévalos al final de la columna. Quiero que tengas a raya a la vanguardia de la Vieja y del Lactante.

—Sí, general.

—En cuanto a ti, centurión, ¿cuál es tu nombre?

—Lucilio Ursiano.

—Ursiano, tengo un solo ojo, pero los rostros de las personas permanecen indeleblemente impresos en mi mente. En el próximo enfrentamiento este ojo será todo para ti. Demuéstrame que eres digno de llevar a mis hombres a la guerra y muéstrame cómo se vive o se muere, pero con *Honos* al lado.

Ursiano se limpió la sangre del rostro e inclinó la cabeza con deferencia.

—En marcha.

Mecenas miró a Emilio.

—¿Crees que la crin teñida de rojo sobre el yelmo te hace inmortal? —preguntó con aire de reproche.

—Tú no sabes cuánto he sufrido por su culpa.

—Baja la voz. Dime. ¿Crees que has ganado algo con esa idiotez? Debes de ser verdaderamente un protegido de los dioses. Si no hubieras sido tú quien encontró a la cierva, nunca habría podido sacarte de semejante lío. Te he avalado —dijo, visiblemente dolido.

—El general está acogiendo entre sus soldados a demasiados enemigos. Dentro de poco, los prisioneros serán más que nosotros.

—¿Qué nosotros? ¿Y tú de dónde vienes, Rufo?

—Yo los he combatido aun antes de estar aquí. Ellos, en cambio, han elegido a Sertorio como alternativa a la prisión. En la primera batalla incierta se irán por donde han venido, empezando por sus comandantes. Es una locura que hayan mantenido también el grado, acaso conquistado combatiendo contra nosotros.

—Sé qué quieres decir, pero eso no está en nuestra mano. Son decisiones que toma el general y él, hasta hoy, ha demostrado que sabe lo que hace.

—Exacto, Mecenas. No está en nuestra mano y francamente me importa poco. Te seguí porque me prometiste hacerme fuerte y que tendría mi venganza. ¿Recuerdas? Tú has realizado tu obra y me has adiestrado de manera egregia. Hoy lo habría matado si no hubieran intervenido, pero eso no tiene importancia. Lo mataré mañana, Ursiano ya no es un peligro. Ahora es mío.

El centurión, con ademán severo y disimulando el dolor en el hombro, señaló a Rufo.

—No puedes matarlo. Hispánico pediría tu cabeza y Sertorio no podría negársela después de haberlo hecho callar en medio de sus hombres. Si se negara, podría verse enfrentado a una importante facción de soldados a los que necesita terriblemente. Tú lo has dicho: son demasiados los *ottimati* que se han pasado a nuestro lado.

—Cuando vi por primera vez a Sertorio me dijo que me ofrecería la posibilidad de matar a la tiranía o de morir en el intento. El momento ha llegado, no podrá criticarme que haya perseguido mi objetivo.

—Los tiempos han cambiado. Todos hemos cambiado, Rufo. Sertorio enrolaría a quien fuera. Ya no tiene dinero para pagar al ejército y los lusitanos no sostendrán

durante demasiado tiempo los gastos de esta guerra. Los celtíberos y los ilergetes se pasarán al otro bando si las cosas empeoran. Sin hombres como tú y como yo todo esto se desvanecería. Un montón de gente habría muerto en vano.

Emilio sacudió la cabeza.

—Escúchame, Cayo, la centuria de Mecenas ya no existe. Ahora es la centuria de Rufo. Ochenta hombres dispuestos a todo por ti. Ochenta hermanos. ¿Los abandonarías?

—Sabes apañárselas.

—¿Abandonarías a Valerio?

Rufo no respondió.

—¿Me abandonarías a mí?

El odio en los ojos de Emilio se hizo menos intenso.

—¿Lo harías?

El muchacho agachó la cabeza.

—Hijos de nadie, ¿recuerdas, Rufo? —le preguntó el viejo soldado—. Somos nosotros. Somos hermanos en armas. Despreciados por todos, pero unidos entre nosotros. Un vínculo inescindible que ni siquiera el tiempo, ni siquiera los siglos podrán borrar. Sabemos que moriremos en alguna parte y seremos arrojados sobre una pira con una moneda en la boca, si somos afortunados. ¿Sabes por qué esa canción se llama *Hijos de nadie*? Porque ninguno de nuestros parientes vendrá a nuestro funeral. Nosotros ya no tenemos un vínculo con la familia; esta es nuestra familia, Rufo. Yo te veo como el hijo que nunca he tenido, el hermano que siempre he deseado. Somos hijos de nadie, pero aquí hemos encontrado a cien, mil hermanos y estaremos vivos para siempre en su recuerdo, como Lanato, como tu amigo Ambato. No dejes que hayan muerto inútilmente.

Emilio apretó los labios.

—Puedes destruir tu existencia, Rufo. Puedes pensar en vivir solo para ver muerto a Ursiano, nadie podría reprochártelo. Un legionario puede pensar que es un soldado que se gana la vida haciendo un trabajo duro, sucio y carente de satisfacciones, o puede creer que matar es algo que al final puede garantizarle un buen botín. Por otro lado, puede recordar de dónde ha partido y los lugares que ha visitado, los caminos que ha construido, las fortalezas que ha elevado, las gentes que ha protegido, los hermanos con los que ha compartido todo esto y percatarse de que forma parte de una estirpe de hombres tan privilegiados que no tiene igual en la historia del mundo. Un legionario puede permitirse pensar cada una de estas cosas, yo siempre he pensado que era un privilegiado. El oficio es el mismo, Rufo, pero según cómo lo haces puede ser distinto. No te obstines en pensar en el trabajo sucio, imagina para qué puede servir, piensa hasta dónde te podrá llevar. Ahora no mires el punto de partida, considera la meta. La actitud es una pequeñez que marca una gran diferencia.

Mecenas, el centurión, aún tenía mucho que enseñar, incluso lisiado, incluso si no

volvía a sostener un gladio.

—Ve con ellos. No necesitan un héroe muerto, Rufo. Necesitan un ejemplo a seguir, alguien que por el bien de la centuria renuncie a sus aspiraciones personales, exactamente como has hecho hasta ahora. La centuria de Rufo está allí, esperándote.

El muchacho aspiró por la nariz. Salió de la tienda sin decir una palabra y se encaminó, triste, con paso lento, hacia el cuartel de su centuria con un enredo de pensamientos en la cabeza. Lo encontró todo listo. La tienda montada, la cama preparada y la comida caliente.

Valerio le pidió el equipo para limpiarlo. Volsinio le trajo vino. Todos los demás esperaron a verlo antes de entrar en sus tiendas. Rufo vislumbró aquellos ojos. Lo miraban preocupados por lo que había ocurrido aquella mañana y, al mismo tiempo, tranquilos de verlo nuevamente entre ellos. El muchacho tuvo un estremecimiento. Lo que sentía era el abrazo más cálido que jamás hubiera recibido en toda su vida. Entró en la tienda, cayó de rodillas y lloró.

Ursiano se echó sobre el rostro el agua gélida de la jarra y por un instante el frío atenuó el dolor de la nariz. Se sentó en un banco de campaña y se secó, sufriendo cada vez que la gasa rozaba la hinchazón del rostro. Cuando abrió los ojos vio delante de sí a Rufo, con los brazos cruzados, mirándolo.

Los hombres de la centuria dejaron de desmontar las tiendas y observaron a Emilio, torvos. Miradas a las cuales él respondió con aire desafiante, en absoluto atemorizado.

—Has hecho carrera, Rufo. ¿Hoy no has traído la centuria para defenderte?

—¿Qué ha sido de Lavinia?

—¿Después de tanto tiempo, aún piensas en ella?

—No ha habido día en que no haya pensado en ella y en cómo matarte. No habrá día futuro en que no piense en ella y en cómo te habré matado.

Ursiano hizo una mueca burlona.

—¿Crees que basta una cresta de centurión para semejantes amenazas?

—Basta mucho menos para alguien como tú. Tú ya estás muerto, Ursiano, solo debo elegir el momento. Ahora háblame de ella. ¿Dónde está? ¿Está bien?

Ursiano se levantó y se enfrentó a Emilio.

—¿Verdaderamente quieres hacer el ridículo, Rufo? ¿Te has visto? Vienes aquí a hacer de vengador enamorado después de todos estos años. ¿De verdad crees que ese bastardo de su padre te habría dejado a su Lavinia? ¿A ti? ¿Un jodido soldado? Un miserable. Y no te la habría dado aunque hubieras sido rico. Frauca tenía tanto dinero que podía nadar en él. La chiquilla, por tanto, podía ser moneda de cambio para un título nobiliario. Te la habría dado si hubieras sido un mierdoso aristócrata, cosa que nunca serás, porque rico podrías llegar a serlo, pero noble, no. Frauca le habría encontrado un senador, un viejo y gordo patricio, mejor aún si en decadencia. Sin un

sestercio. Frauca se habría quitado de encima la etiqueta de marso, bárbaro, enriquecido y quizás habría podido aspirar a algún cargo político en Roma. Lavinia le servía para esto. Cógete una esclava, Rufo, desahoga tus instintos con ella y acábala con esta historia. Acostúmbrate al hierro, el oro no es para ti, como no lo es para mí y para los demás hijos de perra de este ejército.

—¡Dime dónde está! —dijo silabeando las palabras.

—¡Yo qué sé! Mientras se quedó conmigo estuvo bien, luego la hice trasladar de Castra Caecilia a Metellinum, poco antes de la rendición del fuerte. Desde entonces no he vuelto a tener noticias.

—¿Por qué estaba en Castra Caecilia?

—Era mi esclava, Rufo.

Emilio lo observó.

—Y el bomboncito ya no vale ni un puñado de monedas. Es una simple esclava: poco apetecible, sin virtudes, sin pureza y con una familia inscrita en las listas de proscritos. En el mercado te la adjudicarías por pocos ases, si no fuera que... ya es mía.

Los músculos de la mandíbula se cerraron contrayendo la expresión de Emilio.

—¿Esclava? ¿Ha sido procesada? ¿De qué ha sido inculpada? —dijo, acercándose amenazadoramente.

—Lo ha sido su padre —dijo Lucio Fabio Hispánico, apareciendo de entre el telón de soldados—, en Consabura, donde ha sido ajusticiado.

Rufo hizo el saludo militar al tribuno.

—¿Con qué acusación?

—Enemigo de la República. Todos los bienes han sido expropiados, la familia, reducida a la esclavitud.

—¿Qué ha sido de la mujer de Frauca?

—Tenía una herida que se infectó —dijo Ursiano—, se negó a ser curada y se dejó morir. Nunca se lo he dicho a Lavinia.

—Un gran gesto, Ursiano.

—No era nuestro deber cuidar de quienes eran declarados enemigos de Roma. Se nos pedía que los matáramos, no que los atendiéramos.

—¿Has oído, tribuno? —preguntó Emilio dirigido a Hispánico—. Ese habría sido tu fin si te hubiera cogido Ursiano. Porque tú estabas en las mismas listas donde ha acabado el general al que estáis sirviendo.

Los dos se enfrentaron con la mirada.

—Ahora vete, Rufo —replicó el tribuno, irritado—. Yo soy demasiado para ti y tú eres demasiado poco para mí. Las águilas no cazan moscas.

Emilio miró al tribuno y a todos los demás. Se marchó abriéndose paso solo con la fuerza de la mirada.

—Las águilas no vuelan en bandada —susurró al pasar junto a Ursiano.

# XIV

## SEGONTIA

Sertorio llegó radiante al tribunal de Segontia, donde debía presidir algunas audiencias. De momento, Metelo y Pompeyo habían aflojado la presión y él había aprovechado para dar una demostración de la positiva marcha de los acontecimientos. Todos notaron su buen humor y se preguntaron a qué se debía.

—Diana se me ha aparecido en sueños —dijo, mirando a los nobles hispánicos presentes, entre los que figuraban todos los lusitanos que lo habían reclamado a Hispania—. Y me ha anunciado una gran fortuna.

La sala expresó su aprobación y algunas sonrisas aparecieron en los rostros de los presentes.

—Acabo de recibir un despacho en que se asegura la adhesión, ante la leva solicitada, de las ciudades de la Celtiberia. Pronto tendremos nuevos soldados en los que confiar. Al ser hijos de nuestros preciosos aliados celtíberos no necesitarán un gran adiestramiento antes de afrontar una batalla.

Los celtíberos presentes en la sala se sintieron halagados por semejante afirmación y aplaudieron. El general echó un vistazo a la puerta de acceso situada en el lado opuesto. Emilio captó la mirada, asintió y salió por la puerta. Giró a la derecha, recorrió la pequeña antecámara y se introdujo, con circunspección, en una puerta vigilada por Volsinio y Valerio, haciéndoles un gesto de complicidad con la cabeza. Los tres miraron a su alrededor y cuando estuvieron seguros de que nadie los observaba abrieron la puerta por la que hizo su aparición, tímidamente, la cierva firmemente atada al cuello con una cuerda.

Valerio y Volsinio atravesaron la antecámara escondiendo detrás de sus figuras al animal conducido por Emilio. Lo liberó a la entrada del tribunal, donde las personas sentadas creaban un corredor que llegaba hasta Sertorio.

La cierva lo reconoció y corrió hacia él.

Los españoles, incrédulos, saltaron en pie, girándose hacia el lado por el que había aparecido. Los tres ya no estaban, solo la luz cegadora del sol que se filtraba por la abertura en el muro, en la cual, fluctuante, brillaba el polvillo dorado.

—Te veo en forma, viejo.

Mecenas observó a Emilio con falsa mirada de desaprobación.

—Tullido quizá, pero no viejo.

—Caminas estupendamente. ¿Cómo va el hombro?

—Está perdido —respondió el otro, mirándose el brazo y tratando de alzarlo como si levantara una roca—. Es increíble no conseguir hacer ni siquiera el más

pequeño movimiento, es como si se negara a seguir la orden.

Rufo sirvió un vaso de vino al viejo centurión y cambió de conversación.

—¿Cómo te encuentras con el nuevo cargo?

—Bah, trabajar con el general tiene sus ventajas, no lo niego, pero no es como mandar hombres.

Emilio se encogió de hombros.

—Para eso estoy yo, ¿correcto? —Ambos rieron.

—Sí, ¿cómo están los muchachos?

—Todos en forma, finalmente hemos tenido tiempo de lamernos las heridas y de ponernos a punto.

—No durará.

—¿Sabes algo?

Mecenas bebió un sorbo, luego sacudió la cabeza.

—Sus ejércitos han avanzado demasiado al interior para seguir a Sertorio. El general lo ha hecho para evitar que reciban suministros por vía marítima y lo ha conseguido, pero esto ha suscitado otro problema. Para encontrar comida Pompeyo y Metelo han comenzado a sostenerse con lo que hallaban en la región, transformando esta necesidad en una estrategia de devastación. Han llegado varias solicitudes de intervención por parte de los celtíberos que ya no podemos permitirnos ignorar. Esperan una actuación resolutiva por nuestra parte o se pasarán al enemigo. Por tanto, es muy probable que pronto se produzca una batalla, una batalla que tiene pocas esperanzas de ser vencida, pero que no podemos negarnos a dar.

Una semana más tarde y con esas palabras en mente, Emilio se preparó a la luz del candil de su tienda. Fascinado por el resplandor de la llama sobre el yelmo pensó, como siempre hacía antes de un momento importante de su vida, en su padre, en su madre, en todos los amigos caídos en aquellos años. Ambato y Lanato ahora se confundían con rostros nuevos que habían abandonado más recientemente al centurión.

Permaneció abstraído, con la mirada sobre la llama, mientras Valerio lo ayudaba a ponerse la coraza anillada. Se dejó vestir mientras pensaba en Lavinia, de la cual recordaba por momentos la fisonomía, la sonrisa y las palabras. Ya no era una imagen fuerte y concreta, era algo ofuscado por los años. El tiempo inexorablemente había mellado el bonito rostro de la muchacha haciéndolo casi anónimo. De ella quedaba una sensación, más que una imagen. Una sensación de tristeza.

Valerio comprobó la hoja del gladio pasando delicadamente el pulgar por encima y el hierro brilló a la luz de la lámpara mientras era devuelto a su funda. Acomodó el talabarte sobre el hombro y lo introdujo en la funda, luego cogió el yelmo que había sido de Mecenas y se lo pasó al centurión.

Se ató el barboquejo preguntándose si acaso lo desligaría con sus manos después de la batalla o si tendría que hacerlo algún otro por él. Expulsó ese pensamiento, habría cumplido con su deber, como siempre. Todo estaba en las manos del Hado.

Miró a Valerio, que asintió con la cabeza, sin decir una palabra. Estaban listos.

Con la mano apartó el borde de la cortina y una luz deslumbrante los tragó. Estuvieron fuera, delante de la centuria de Rufo alineada. Era el alba de una fresca mañana otoñal sobre las colinas celtíberas, en un lugar indefinido a una decena de millas de una antigua ciudadela que llevaba el nombre de Segontia. Emilio observó la expresión ceñuda de los suyos y aquella tensa de los otros oficiales, entonces alzó la mirada al cielo gris sin notar ningún signo premonitorio. De inmediato intuyó que sería una pésima jornada.

Se preguntó qué decir a los soldados antes de una batalla que sentía perdida aun antes de haberla empezado y no encontró más palabras que estas:

—Los que vencen son aquellos que creen que pueden hacerlo —dijo en voz alta—. Estáis aquí para eso, estáis aquí porque hasta ahora habéis creído en ello y lo habéis hecho en condiciones mucho peores. Tenemos delante a hombres que no reciben la paga y no se llenan hasta saciarse desde hace tiempo, como nosotros, pero a diferencia de nosotros, ellos nos impiden volver con nuestras familias. Por tanto, nosotros estamos mucho, pero mucho más motivados que ellos. Si queréis volver a casa, muchachos, debéis barrer a los hombres que os encontraréis enfrente. Hacedlo y pronto atravesaremos los Pirineos y volveremos a casa. No os preguntéis si y cómo será de duro, el precio de aquello que deseáis es altísimo, por tanto, también su consecución será onerosa, pero sé que podéis hacerlo, porque vosotros queréis volver a casa como vencedores, ¿verdad?

Respondieron con un rugido, así como respondieron las otras centurias a sus comandantes que los arengaban uno después del otro antes de la alineación.

Sertorio pasó al trote a lo largo de la formación seguido por su guardia y de nuevo los hombres exultaron siguiéndolo como una ola con sus aclamaciones. Cneo Quintilio Frauca vio a Emilio alineado delante de los suyos y detuvo su caballo inmediatamente después de haberlo superado. Volvió atrás. Emilio aún no había tenido el valor de confiarle cuanto había sabido de Ursiano. Sabía que el joven Frauca habría reaccionado agrediendo al centurión, con consecuencias inimaginables, y había vacilado, pero cuanto más tiempo pasaba más atenzado se sentía por un sentimiento de culpa.

El jinete lo alcanzó y detuvo el caballo, inclinándose para apretar la mano del centurión.

—Esta tarde cenaremos en el campamento de Pompeyo, Rufo.

—Sí, pero será mejor que la comida la llevemos nosotros.

Frauca estalló en una carcajada.

—Os los empujaremos encima como un rebaño de ovejas, degollad a tantos como podáis.

—Nos ocuparemos nosotros, Quintilio, y esta tarde no valdrán excusas —dijo Rufo, dándose ánimos—, te quiero junto a mi fuego, tengo novedades que contarte.

—¿Novedades? ¿Buenas o malas?

Emilio permaneció algunos instantes en silencio. No podía insinuar ninguna duda en el muchacho antes de una prueba tan importante como aquella que se estaba disponiendo a afrontar.

—¿Podríamos estar peor que así?

Quintilio rio nuevamente y de nuevo tendió la mano a Rufo.

—Hasta esta tarde, entonces, y procura no estar demasiado cansado.

—Que los dioses te protejan, Quintilio.

Frauca tiró de las riendas e hizo girar el caballo. Lanzó un último vistazo a Rufo.

—También a ti, hermano —dijo antes de lanzar el caballo al galope.

Emilio lo miró alejarse con la capa revoloteando en el viento del otoño. Se volvió hacia los suyos y dio la orden de ponerse en marcha.

—Hagamos ver al enemigo y a esos páñfilos a los que manda Perperna cómo se vence una batalla.

Los hombres rieron, aullaron, insultaron y luego lo siguieron a la guerra. Lo siguieron durante toda la mañana enfrentándose a los hombres de Pompeyo en una llanura que se extendía ante ellos, donde empeñaron a fondo a las fuerzas puestas en liza por Roma, hasta echarlas a su campamento para lamerse las heridas. Lo siguieron a mediodía para auxiliar a los hombres de Perperna, que no habían logrado contener el ala de Metelo y se habían batido en retirada frustrando la victoria de Sertorio de la mañana. Lo siguieron por la tarde en una batalla desgastante contra los hombres de Metelo liderados directamente por su general, que se batió como un viejo león, hasta que una lanza le atravesó el muslo izquierdo.

Fue aquel golpe el que cambió la suerte de la batalla. Los hombres de Metelo, al ver a su comandante herido, saltaron hacia delante como fieras salvajes.

—¡Rechazadlos! —aulló Emilio, extenuado, con la voz ronca de quien había gritado todo el día. Oyó el toque de las trompetas que ordenaban retirada y aquellas de los enemigos que tocaban avanzar. El legionario que estaba a su lado se desplomó en el suelo herido por un proyectil. Rufo asestó el enésimo golpe de escudo de la jornada, que se rompió contra otro escudo. Estaba cansado, exhausto, tenía la boca seca y la garganta en llamas. Estaba cubierto de sangre y moretones, no sabía si aquella sangre era la suya y no conseguía entender si los dolores que sentía eran hematomas o heridas. Se inclinó para ayudar a aquellos de las filas de atrás a arrastrar al camarada y recibió un violento golpe en el yelmo que lo estrelló contra el suelo mientras todo giraba a su alrededor.

Un lamento se abrió paso en la oscuridad más profunda disolviendo el rostro de Lavinia. Voces lejanas, el llanto de alguien que se transformaba en alarido desesperado. Olor a cerrado interrumpido por ráfagas de humo denso y cálido. Luego el dolor, punzadas por doquier, en la cabeza, en la garganta, en el rostro, en el costado, en los muslos... Los nudillos de las manos ardían como quemados y las

palmas como si hubieran apretado un haz de zarzas espinosas.

Rufo parpadeó sin ver y comenzó a recordar. Trató inútilmente de levantar la cabeza, pero era como si los músculos del cuello ya no existieran.

—¿Me oyes, Rufo?

El muchacho volvió los ojos hacia Mecenas y lentamente aquella silueta desenfocada tomó forma.

—¿Me oyes, Rufo?

El muchacho asintió antes de que los músculos de su rostro se contrajeran en una mueca de dolor.

—Te has despertado en el peor momento, Rufo, es preciso cauterizar un corte en el antebrazo antes de que pierdas demasiada sangre. Hemos lavado la herida con vinagre, ahora debemos pasar el hierro candente. Valerio, ponle el cuero entre los dientes.

Emilio volvió los ojos al otro lado, donde vio a Valerio completamente manchado de sangre, que le puso delante de los labios un trozo de cinturón. Lo miró, tragó y abrió los labios. Una tercera figura apareció detrás del coloso: era Volsinio, que mantenía clavados los hombros de Rufo a la cama.

—No lo conseguirá —dijo una voz que se impuso a las otras antes de desaparecer de nuevo entre el griterío confuso.

Luego fue el dolor, el dolor del fuego que atenazó el cerebro de Emilio haciéndole apretar los dientes con toda sus fuerzas. Presionaron el hierro candente sobre el corte, mientras Rufo aullaba para sus adentros dejando las señales de los dientes en el cuero. No fue breve, el médico quiso cauterizar bien la herida y la repasó varias veces haciendo chisporrotear el hierro sobre la carne.

—¡Aguanta! Ya está.

El muchacho sintió que el calor se alejaba pero el dolor permanecía, como si miles de agujas incandescentes le estuvieran arponeando el brazo. Le dieron de beber y pusieron un emplasto de arcilla sobre la herida para paliar el dolor. Rufo estaba empapado en sudor, pero sentía frío, un maldito frío que lo atenazaba hasta los huesos.

Mecenas le taponó una herida en la frente, mientras el muchacho volvía a sentirse cada vez menos presente, menos dolorido, menos vivo. Cerró los ojos mientras seguía oyendo las voces. La de Mecenas, Valerio, Volsinio, pero también Ambato, Lavinia, su padre y luego Sertorio. Sertorio, como no lo había oído nunca, parecía doliente, cual si llorase a alguien.

Emilio volvió a abrir los ojos. Ya no tenía a nadie a su alrededor, pero a su derecha había un corrillo de hombres que susurraban entre sí a la luz de los candiles, en el mismo sitio donde había oído decir a alguien: «No lo conseguirá».

Uno de los hombres se volvió, era el tribuno Aufidio y estaba trastornado. A su lado, Sertorio, ceniciento, con el rostro surcado por las lágrimas, que amagó salir de la tienda cuando vio a Emilio. Se inclinó al costado del muchacho, mirando sus

heridas y el emplasto sobre el brazo tembloroso.

—*Centurio*, hoy te he visto, has sido grande. Valiente como es habitual en ti, pero como solo pocos pueden serlo.

Rufo esbozó una mueca que quería ser una sonrisa. La garganta ardiente y el cansancio y el dolor parecían impedirle hablar. Lo hizo con un susurro.

—¿Quién es?

Sertorio bajó la mirada.

—Lucio Hirtuleyo.

A Emilio le dio un vuelco el corazón, el cuistor era una de aquellas personas que no podían morir. Era un hombre forjado en hierro, un hombre avezado al mando, siempre perfecto en su armadura centelleante.

Valerio, Volsinio y otros dos cogieron su cuerpo para llevarlo afuera. Aquella era la tienda de los heridos, se necesitaban las camas para los hombres que curar, era el sitio de los vivos. Los muertos debían ser llevados afuera y quemados, cualquiera que fuese su nombre.

—Lo pondremos junto a su hermano.

Rufo miró confuso al general, que asintió.

—Esta mañana hemos perdido también a Quinto junto con muchos otros de la caballería. Han combatido con grandísimo valor, pero la Fortuna no ha estado de nuestra parte —concluyó, permaneciendo algunos instantes en silencio. Luego puso una mano sobre el hombro de Rufo—. Recupérate, *centurio*, te necesito.

Se alzó y salió de la tienda seguido por su Estado Mayor.

—También este se ha marchado.

Emilio consiguió girar ligeramente la cabeza a su derecha, donde vio a dos *capsarii*, los enfermeros que se ocupaban de las curas urgentes, afanándose en torno al cuerpo inmóvil de un soldado. Uno limpió el instrumental quirúrgico con un paño y se alejó para prestar servicio a otro herido. Al marcharse dejó libre la visual a Rufo, que vio el rostro del soldado. Se quedó petrificado.

—Llama a alguien para sacarlo fuera.

Cneo Quintilio Frauca estaba inmóvil y ceniciento como una estatua antigua, con los ojos desorbitados hacia el techo de la tienda. El cuerpo semidesnudo cubierto piadosamente con unas vestiduras rasgadas e impregnadas de materia purpúrea. El enfermero, que se estaba limpiando las manos de la sangre, lo señaló a dos legionarios.

Emilio trató de llamarlo, pero solo consiguió mover los labios.

Los dos soldados, exhaustos, levantaron al peso el cadáver y el brazo izquierdo colgó, inanimado, de la camilla. El *medicus castrensis* los detuvo un instante, quitó el anillo de oro a Quintilio antes de hacerlo llevar afuera, lo miró y estaba a punto de ponérselo en la escarcela cuando vislumbró que Emilio lo observaba con una lágrima surcándole el rostro.

—¿Lo conocías?

Emilio asintió sin lograr contener el llanto. El médico se acercó, le cogió la mano y le puso el anillo de Frauca.

—Hazlo llegar a alguien de su familia, si la tiene.

Entró otro herido.

—El habitual corte de gladio, lavad la herida con vinagre y pasadme el hierro cauterizador, no puedo coserlos a todos.

—Trata de hacer un buen trabajo, médico.

—Hago lo que puedo, *centurio*, procuraré no dejarte morir, pero tú estate callado y déjame trabajar.

Emilio volvió la cabeza y vio a Ursiano. Como por arte de magia aquella visión le insufló vida. El corazón se puso a latir calentando el cuerpo. El odio hacía grandes cosas.

Se necesitaron un día y una noche para hacer llegar los restos del ejército a Clunia, una ciudadela en los montes celtíberos que en condiciones normales hubiera sido alcanzada en una jornada de marcha. Allí Sertorio se atrincheró y fue cercado por Pompeyo y Metelo, que con el invierno a las puertas no estaban en condiciones de conducir a sus soldados a un largo asedio.

Los dos mantuvieron la posición durante un tiempo, pero a continuación, dado el discreto éxito del reclutamiento obligatorio en la Celtiberia y el regreso a la guerrilla por parte de los lugareños, que puntualmente atacaban los convoyes de los suministros, se retiraron. Metelo regresó a la Galia y Pompeyo pasó el invierno en el territorio de los vacceos, población aliada de Sertorio que habitaba la región a caballo del curso medio del río Durio. Su ejército estaba particularmente agotado y Pompeyo mismo había tenido que echar mano de su enorme patrimonio para mantenerlo. Con las arcas ya vacías escribió estas líneas al Senado de Roma:

¿De qué sirve enumerar las batallas o las expediciones hechas en pleno invierno, las ciudades destruidas o reconquistadas? Valen más los hechos que las palabras: el campamento del enemigo conquistado junto al Sucrona, la batalla en el río Durio, la aniquilación del comandante de los enemigos, Lucio Hirtuleyo, junto con su ejército, son datos que conocéis bien. ¡Pero a cambio de todo esto, agradecidos senadores, me habéis dado la miseria y el hambre! Por tanto, hoy la situación de mi ejército y del de mi enemigo es la misma: a ninguno de los dos le llega la paga, uno y otro, victoriosos, pueden volver a Italia.

Reflexionad sobre esto — os lo advierto y os lo ruego — y no me obliguéis, forzado por la necesidad, a pensar solo en mí mismo. El año pasado la Galia mantuvo al ejército de Metelo con dinero y

viveres, y ahora, en un año malo, se basta a duras penas a sí misma. Yo he agotado no solo mi patrimonio, sino también cualquier crédito. Quedáis vosotros: si no me ayudáis, contra mi voluntad, pero según mis predicciones, el ejército y con él toda la guerra de Hispania pasarán a Italia.

Esta carta fue leída en el Senado a principios del año siguiente. Los cónsules, temiendo ver a los ejércitos de Sertorio atravesando la Galia para descender a Italia, procuraron por todos los medios suministrar dinero y soldados a Pompeyo, si bien el escenario que había pintado Pompeyo era totalmente irreal, considerando la precaria situación del ejército de Quinto Sertorio.

Dos legiones llegaron de Italia llevando todo el dinero que había requerido el joven Pompeyo para la guerra. Ante esta llegada de suministros y medios económicos el nuevo Aníbal no pudo más que responder con una única y posible estrategia: la guerrilla.

Sertorio volvió a ser imprevisible y huidizo para los dos, pero el descontento empezaba a serpentear entre sus tropas. Para reclutar a nuevos soldados el general había concedido privilegios a la nobleza local y a los soldados españoles, creando discrepancias entre los itálicos y sobre todo entre los hombres llegados con Perperna, el cual ahora ya no disponía de la fuerza de un contingente que pudiera actuar de manera autónoma. Los mismos nobles que habían compuesto el Senado de Osca no veían con buenos ojos esta estrategia de Sertorio que favorecía a los lugareños, pero al estar proscritos por Roma no tenían otro sitio al que acudir. De pronto empezaron a entender que estaban a merced de un solo hombre y esto estaba muy alejado de su ideología, que continuaba siendo romana.

El descubrimiento de un nuevo movimiento por parte de Metelo empeoró la situación: una nueva y desleal arma.

—Rufo, te veo finalmente recuperado.

—Estoy de nuevo entre los vivos, general. He tardado bastante tiempo, pero se necesita mucho más para matarme.

Sertorio sonrió al muchacho, que le dio un pequeño pergamino.

—Me lo ha traído uno de los míos: lo ha encontrado pegado en el acceso oeste de la ciudad.

El general cogió el folio y lo miró, ensombreciéndose cada vez más, y luego lo tiró sobre la mesa donde estaba sentado Mecenas, que redactaba las órdenes del día.

—¡Lee!

Mecenas leyó rápidamente el mensaje y abrió desorbitadamente los ojos.

—¿Cien talentos?

—No consiguen capturarme por la fuerza —soltó Sertorio—, así que intentan

comprar mi muerte.

—Cien talentos... —repitió Quinto, mientras todos en la estancia miraban a Sertorio con aire de incomodidad—. Eso equivale a seiscientos mil denarios o dos millones cuatrocientos mil sestercios. Una recompensa cincuenta veces mayor a las que ponen sobre la cabeza de un... proscrito común.

—¡Sé perfectamente cuánto son cien talentos! Una suma exorbitante, incluso para Metelo.

—Y si a esto añadimos también las veinte mil yugadas de terreno citadas dos líneas más abajo, he aquí que cualquier soldado que te mate y lleve la cabeza a Metelo puede pasar de paria a hombre rico en el curso de media jornada.

—¿Veinte mil yugadas?

Todos se volvieron hacia Emilio, que se ruborizó por haber pensado en voz alta.

—En la práctica, la extensión de una ciudad —remarcó Mecenas, hundiendo la hoja en la herida.

Semejante suma podía hacer perder la cabeza a más de una persona, sobre todo en aquel momento. Sertorio pensó en los suyos: obligados a vivir con tan poco y sin grandes expectativas para el futuro.

—Pero no es todo —continuó el veterano—, se remarca también que quien se pase del lado de los romanos será perdonado, incluso sin llevar tu cabeza.

El general, encolerizado, golpeó con el puño la mesa y maldijo a Metelo, Pompeyo y todos aquellos que solo pensaban en traicionarlo.

—¡Quiero saber cómo ha llegado esto aquí!

Emilio imaginó cuántos de los prisioneros capturados durante la campaña podían trabajar en aquel momento para Metelo. Ursiano habría podido ser tranquilamente uno de estos, pero no había pruebas. Se preguntó si era oportuno recalcar este pensamiento al general en semejante momento, pero la llegada de Malio lo hizo desistir.

—Dos hombres —dijo el tribuno al entrar en el despacho de Sertorio a grandes pasos—, dos... excenturiones que estuvieron a las órdenes de Cina y Mario. Llegan desde el Ponto y preguntan por ti.

—¿Desde el Ponto?

—Sí, dicen que son embajadores del rey Mitrídates.

Mecenas dejó de escribir y alzó la mirada hacia Malio. Emilio advirtió de inmediato que aquella llegada había aumentado la atención en la estancia. Amagó para irse cuando Sertorio lo detuvo.

—Quédate aquí, Rufo —dijo haciéndole señas de que ocupara un sitio cerca de los cuatro guardias lusitanos que lo seguían siempre como una sombra—. Oigamos qué quieren.

Los dos entraron después de que Sertorio se hubiera sentado y dispuesto para acogerlos, como era habitual, entre pocos oropeles y mucha autoridad. Vestían de civil, con ropas preciosas, y tenían el aspecto de dos ricos mercaderes: cabello corto

canoso, barba cuidada y maneras afables. Saludaron como militares al general y le ofrecieron una magnífica espada oriental cubierta de piedras preciosas y una coraza de plata que valía una fortuna.

—Soy Livio Fano —empezó el más anciano con voz serena y autorizada—, mi colega es Lucio Mayo. Servimos bajo Valerio Flaco en Asia hace diez consulados y seguimos militando bajo su sucesor, Flavio Fimbria. Después de su muerte y la rendición de nuestras legiones a Sila, preferimos permanecer en Asia antes que volver a Roma con las huestes de los generales silanos. Por tanto, ofrecemos nuestros servicios al ejército de Mitrídates. El rey en persona vino a vernos por sugerencia de los oficiales que advirtieron nuestra destreza en el combate. Nos confió de inmediato el encargo de adiestrar a los soldados y luego a su guardia personal. Con el tiempo nos introdujimos en su corte —continuó, tendiendo un pergamino con el sello real a Sertorio, que no lo tocó. Desconcertado, el hombre miró a los presentes hasta que Mecenas hizo señas a Emilio de que cogiera el pergamino y se lo entregara en la mesa donde estaba sentado.

—Estamos aquí en calidad de emisarios oficiales del rey —continuó el otro, mientras Mecenas rompía el sello y desplegaba el pergamino—, que desea una alianza con el general más hábil de todos los tiempos. Mitrídates te estima mucho, general, y estima mucho a todos aquellos que han combatido y siguen combatiendo contra la dinastía silana.

—¿Qué propone el rey? —preguntó Sertorio.

—Una alianza y una guerra conjunta contra Roma —intervino Mecenas, que empezó a leer el rollo—, y, terminada la guerra, después de tu instalación en el Palatino, la cesión de los territorios conquistados por Sila durante la última campaña asiática.

—¿De qué territorios estamos hablando?

—En la práctica, la posesión de toda Asia, de la cual él se ha retirado como consecuencia del tratado con Sila. Los territorios comprenden la Bitinia, la Plafagonia, la Capadocia, la Galacia...

Sertorio sacudió la cabeza.

—No tengo problemas en conceder las monarquías independientes de la Bitinia y de la Capadocia, esos son simples Estados aliados, pero no cederé una sola provincia romana a un rey asiático.

—Ejem, general —intervino Mecenas—, a cambio el rey nos concede...

—¿Nos concede?

—Treinta mil talentos de plata.

Emilio empalideció.

—Son 18 millones de denarios... 72 millones de sestercios —subrayó Mecenas.

—Y 40 naves de guerra —sentenció Livio Fano.

También la expresión de Sertorio cambió, se hizo menos resuelta.

—Deberé reunir al Senado para deliberar, no es una decisión que pueda tomar

solo.

—Semejantes ofertas —continuó Fano—, no deben ponderarse mucho, son oportunidades que hay que coger al vuelo.

Sertorio le lanzó una de sus severas miradas.

—Si yo vuelvo a Roma como vencedor, el Estado deberá tener una ventaja, no podrá ser privado de las propias provincias. No solo es preciso vencer la guerra, sino vencer con honor. No puedo aceptar la ignominia, ni siquiera para salvar la vida, mejor morir.

Livio Fano inclinó la cabeza como para rendirse a la voluntad de Sertorio. Mecenas intervino para mitigar el momento de silencio.

—El rey nos pide un senador para oficializar, con tu nombre, las actas de liberación de las provincias romanas y eventuales exenciones de los tributos que podrían hacerte adquirir una enorme popularidad en Asia. Pide, además, algunos oficiales y soldados para adiestrar a su ejército. En cuanto aceptemos estas condiciones, las cuarenta naves partirán con la carga de dinero.

El rey del Ponto vio reconocidos solo los derechos sobre la Capadocia y la Bitinia, regiones que estaban fuera de las provincias romanas, y se preguntó qué ordenaría Sertorio una vez sentado en el Palatino si en ese momento, confinado sobre el Océano Atlántico, imponía límites a su reino y amenazaba con la guerra si Mitrídates intentaba invadir Asia. El rechazo a ceder las provincias romanas, aunque pertenecientes a los enemigos que estaba combatiendo, fue la prueba de su espíritu romano.

El general envió luego al rey al proscrito Marco Mario, uno de los nobles que se habían refugiado con él y que era miembro del Senado en Osca. Una vez llegado a Asia, Mario asumió el rol de gobernador en nombre de Sertorio, disponiendo de los oficiales y de las dos centurias que le había confiado.

Las cuarenta naves y la enorme suma llegaron a destino en la primavera siguiente, después de meses de guerrilla. Sertorio, como siempre, utilizó el dinero para reunir a hombres frescos y dispuestos a combatir. Otras tropas locales fueron a engrosar las filas de su ejército, relegando a una minoría a los itálicos que lo habían seguido desde el principio. Sertorio habría comprado Hispania entera, de haber sido necesario, pero no conseguía tener el control total de la situación.

Una a una las ciudades comenzaron a rendirse ante las incursiones y las razias de Pompeyo y Metelo. Solo los lusitanos mantenían su fiel alianza con el general.

—¿Querías hablarme, Mecenas?

El gran viejo alzó la mirada sombría, asintió y acabó de acomodar los papeles sobre el escritorio iluminado por la lámpara de aceite.

—Después de Segontia el general ha planteado algunas demandas a Roma.

Emilio frunció el ceño.

—A Roma...

—Diciéndose dispuesto a deponer las armas y a retirarse a la vida privada si era reclamado en su patria.

La mirada del centurión se hizo incrédula.

—Claramente no ha pedido la amnistía solo para sí, sino para todo su séquito.

—¿Y...?

—Roma ha rechazado la demanda.

Rufo bajó la mirada.

—Estaba claro. El Senado no podía acoger semejante demanda. Nunca habría podido garantizar el perdón de todos los proscritos, habría ido contra la voluntad de Sila, que, incluso difunto, aún está en condiciones de desencadenar otra Guerra Civil en la Urbe. Mientras Sertorio esté aquí, la guerra está aquí, lejos de Roma.

—Estoy convencido de ello —dijo Mecenás—. Si Sertorio deja Hispania está prácticamente perdido. Sus éxitos dependen de los españoles, sobre todo de los lusitanos y yo dudo mucho que estos lo siguieran a Italia. Además, nosotros ya no estamos en condiciones de reemplazar a los itálicos después de las devastadoras pérdidas de Sucrona.

—Pero con la leva...

—La leva nos garantiza hombres de dudosa capacidad. Además, la infantería pesada y la caballería, que exigen largos adiestramientos, dentro de un tiempo ya no podrán contrastar la habilidad de los hombres de Pompeyo y Metelo. Si queremos tener alguna esperanza de salvación debemos combatir como los lusitanos: emboscadas, trampas y celadas. A Roma no se la derrota con esta guerra. Pronto también la caballería de la guardia pasará al mando de Viros.

—Viros... ¿hemos tenido noticias tuyas?

—Está volviendo aquí, después de la victoria de Laurona se ha ocupado de deportar a toda la población y de entregar el botín. Hemos correspondido a la ayuda de los lusitanos, pero ahora tenemos una desesperada necesidad de ellos y ruego a los dioses para que Viros vuelva cuanto antes.

—Los jinetes itálicos no lo verán con buenos ojos. Desde que han muerto los hermanos, Hirtuleyo y el mando ha sido unificado bajo el general Sertorio, las relaciones entre los lusitanos y los otros aliados y los itálicos se han vuelto tensas, por no hablar de los hombres de Perperna.

—Lo sé, Rufo, también hemos tenido quejas de maltratos sobre los españoles por parte de oficiales romanos. Parece que nuestro Hispánico es uno de esos. Los jefes lusitanos han combatido por Sertorio mucho antes de que Perperna llegara aquí y, por tanto, se sienten unos veteranos al lado de ellos y piensan que no les deben nada, ni siquiera el respeto del grado. Sertorio no hace nada para mejorar la situación, es más, deliberadamente trata de aislar a Perperna, al que ya no necesita desde que han llegado las nuevas levadas y el dinero del Ponto. Por eso continúa siendo mucho más generoso con los lugareños que con los itálicos y esto enfurece a los jinetes de su

séquito. Para ellos es intolerable y no solo para los militares.

—¿Te refieres a los senadores de Osca?

Mecenas asintió.

—El Senado de Osca está en ebullición, el hombre que lo ha constituido se ha convertido en una especie de dictador que dispone del dinero de Mitrídates, el principal enemigo de la República. Perperna y los demás proscritos están aquí porque no tienen adónde ir, pero si dependiera de ellos abandonarían con gusto a Sertorio. Están a la merced de un solo hombre y esto nunca le ha gustado a la aristocracia romana, ni siquiera a los desterrados que forzosamente han debido refugiarse aquí y que ahora se sienten guardianes del exilio de Sertorio, que últimamente ya no es él.

—He notado una cierta... relajación.

—¿Relajación? —rebató Mecenas empujando con un gesto de rabia un folio hacia Rufo—. Este es el dinero gastado en los últimos banquetes. Vino y putas, ¿lo habrías imaginado?

—No...

—Pero estás aquí por eso, ojalá nuestros problemas fueran el vino y las bailarinas de Gades. Siéntate.

Rufo examinó a Mecenas, mudo. Nunca le había visto semejante expresión. Debía de ser verdaderamente algo grave.

—Ha habido una deserción.

—Todos los días las hay.

—Pero esta es una deserción en masa de los ilergetes.

Emilio se sintió casi reanimado.

—Sería peor si hubieran sido los romanos.

Mecenas lo observó en silencio, luego sacudió la cabeza.

—No —dijo, lapidario—, muchos jefes ilergetes han combatido con nosotros en los últimos tiempos y han defendido la causa de la escuela y del Senado de Osca.

—Lo sé, muchos de sus hijos están...

—... En Osca.

Los dos dejaron de hablar y se miraron.

—Cayo Emilio Rufo, cogerás el mando de un destacamento e irás a Osca —dijo Mecenas, de una manera formal y totalmente ajena a su comportamiento habitual—, en estos expedientes está la lista de los nombres de los hijos de los responsables de la deserción.

Emilio tragó, mirando los papeles.

—Los desertores no son sencillamente neutrales, se han pasado del lado de Pompeyo. Todos sus hijos deben ser ajusticiados, Rufo.

El muchacho sacudió la cabeza y volvió a poner los papeles sobre la mesa.

—Es una orden.

—Te lo ruego, Quinto, yo no...

—No lo hagas más difícil...

—¿Por qué yo?

—Lo ha pedido el general. Se fía de ti, es un trabajo sucio y, por tanto, ha decidido confiarlo a los lusitanos, tú deberás conducirlos a Osca y controlar que todo suceda de la manera más discreta y rápida posible. Entraréis en la ciudad de noche y detendréis a los muchachos; nada de ejecuciones en la plaza, algo rápido y limpio. Un destacamento al mando de Lucio Fabio Hispánico llegará a la ciudad de Ilerda para mantener el orden.

—¿Hispánico?

—Sí, es el que está más cerca de Osca.

Emilio miró a Mecenas, visiblemente conmovido.

—He venido al ejército para hacer la guerra, ¡no para ajusticiar a chiquillos!

—¡Esta es la guerra, soldado! —espetó Mecenas, saltando en pie—. ¿Qué esperabas? ¿Yelmos de desfile, botines y esclavas? Esta mierda es la guerra, sangre, sudor y hedor de cadáveres, esta mierda es tu vida, tú la has elegido, por tanto, ahora haz lo que se te pide. ¿Has aceptado las condecoraciones? ¿Has aceptado el cimero rojo? ¿Has jurado fidelidad a Quinto Sertorio? Ahora él te da una orden y tú la ejecutarás —aulló, barriendo el escritorio con la mano.

Emilio miró al viejo centurión y luego se inclinó y recogió los papeles, hizo el saludo militar y se volvió para salir.

—Muchacho.

Emilio se dio la vuelta.

—Perdóname. No te he instruido para esto —le dijo, con un hilo de voz.

## ILERGETES

El reflejo de la luz lunar se deslizó sobre los yelmos de la columna de legionarios en aproximación. Las ruedas de los carros chirriaban, siniestras, entre el paso de las *caligae* claveteadas. Llevaban las jaulas que servirían para transportar a los muchachos al lugar de ejecución. Parecían las mismas en las que Emilio había visto a los prisioneros itálicos, años antes, cuando era un muchacho y aún no había conocido el sabor de la sangre y de la guerra.

La cresta de Hispánico apareció por encima de las puntas de los *pila* de los soldados en marcha. Emilio fue a su encuentro con paso decidido y la muerte en el corazón.

—Bienvenido, tribuno.

El oficial detuvo el caballo y miró hacia abajo.

—Cayo Emilio Rufo. Había pedido a Sertorio que mandara a un centurión capacitado para este encargo —dijo, haciendo una pausa—, veo que he sido escuchado.

Emilio entregó la orden a Lucio Fabio, evitando cualquier comentario.

—Estas son las disposiciones del general.

El tribuno entregó el pliego al oficial que lo seguía a pie: Lucilio Ursiano. Los centuriones se enfrentaron durante un momento con una mirada de desafío. Ursiano rompió el sello y levantó la tablilla para tratar de leer el contenido de la orden a la débil luz de la luna.

—Mis disposiciones —dijo Emilio— son llegar a la escuela donde están los rehenes. Detener a todos los que están inscritos en la lista y llevarlos fuera de la ciudad con los carros lo antes posible.

—¿Luego?

Emilio vaciló un momento antes de responder.

—Apenas fuera se podrá proceder.

—¿De qué modo?

—*Ad gladium*.

Hispánico asintió.

—Se ha resuelto hacer algo rápido. ¿Ya has decidido quiénes serán los hombres que se ocuparán del asunto?

—Sí, tengo voluntarios lusitanos.

—Perfecto. Nosotros no nos ensuciaremos las manos. Asegúrate de estar bastante lejos de la ciudad. Apenas vean caer degollado al primero se pondrán a aletear como ocas asustadas.

—Sí, Lucio Fabio —asintió Emilio después de haberse demorado aún un instante.

—Te asigno a Ursiano para conducir los carros y devolverlos terminado el trabajo.

Emilio miró al tribuno y luego al centurión.

—Me ocuparé personalmente de los carros.

—Perdona, centurión —dijo Hispánico, irónicamente—, si me permites, gestionaré yo la cuestión. Sertorio ha querido asignar el encargo a uno de sus hombres de confianza para ejecutar las condenas y yo quiero a uno de los míos para tener la seguridad de que todo se ha realizado según las órdenes recibidas.

Ursiano entregó la tablilla al tribuno.

—Debemos permanecer de guardia hasta que llegue Perperna con los suyos.

—¿Has oído, Rufo? Tú los matas y te vas, yo debo quedarme. Deberé sufrir la ira de esta gente hasta que llegue Perperna con su contingente. Ahora marchaos, moveos, esta historia me ha puesto muy nervioso. Ursiano, haz que los carros salgan de la columna y aguarda a que haya tomado posesión de las puertas antes de dirigirte a la escuela.

—Déjame una decena de hombres, tribuno.

Rufo miró a su odiado colega.

—¿Tienes miedo de una cincuentena de chiquillos, Ursiano?

—No —respondió este clavando las pupilas en los ojos de Emilio—, quiero una escolta personal que me obedezca solo a mí.

Rufo esbozó una sonrisa nerviosa. Cuánto había cambiado del hombre que recordaba. Esa mirada que lo había paralizado, le había destrozado la voluntad, le había consumido el alma y lo había obligado al sometimiento. Ahora ya no constituía motivo de preocupación, al contrario, lo hacía sentir fuerte, casi feroz, superior. Aquellos ojos ahora eran opacos, mientras que los suyos eran tizones ardientes. Emilio era un joven león, Ursiano una vieja hiena.

—Siempre te he considerado un cagón.

—¡Rufo! —intervino Hispánico—, tardo un instante en intercambiaros los roles y, llegado el caso, en hacerte arrestar. Recuérdalo.

—Estate tranquilo, tribuno —rebatió Rufo—, solo tengo ganas de sangre y cuanto más sangre te daré esta noche más contento estará el general y también tú. Estaréis todos contentos.

—Moveos.

Emilio se puso a la cabeza de la columna de los suyos. Aspiró por la nariz y se acercó a Valerio.

—No pierdas de vista a ese hijo de puta.

—Cuenta con ello.

—Volsinio, coge una decena de lusitanos y ponte al final, detrás de los carros.

—Sí, Rufo.

El contingente se puso en marcha siguiendo al destacamento de Hispánico. El tribuno presentó unos documentos a los guardias de la puerta sur de la ciudad. Esta se

abrió de par en par a los recién llegados, engulléndolos. En pocos instantes, el empedrado de las calles internas resonó por el paso de los soldados en marcha. Emilio reconoció, si bien iluminadas débilmente, las calles que había recorrido el día del triunfo de Sertorio. Le pareció revivir el momento, con el sol enfrente y la mirada hacia el infinito, mientras el cielo se pintaba de pétalos blancos y rosas esparcidos por las alas de multitud. Pero esta vez detrás de él no llegaba el vencedor Sertorio en la biga arrastrada por caballos bereberes, sino carros con celdas de hierro para llevarse a los prisioneros. Esta vez los hijos de los nobles ilergetes no recibirían bulas doradas que ponerse al cuello, sino cadenas de hierro pesado.

La escuela apareció, pálida, en la luz opalescente de la luna más allá de la pequeña plaza, la misma donde Mecenas había hecho el discurso para la promoción de Emilio.

Desde aquella noche el recuerdo de aquel lugar ya no sería el mismo.

Emilio levantó la mano y detuvo la columna a unos veinte pasos de un centinela, tieso por el frío, en pose marcial, que los observaba desplegarse delante de él. Seguido por Valerio, el centurión se dirigió hacia el guardia que vigilaba la puerta de la escuela en aquella noche solitaria. Era un muchacho envuelto en su capa, con la única compañía de una linterna que embestía, con su débil luz, la única arma de que disponía: una simple vara. Examinó, confuso, al centurión y al soldado que iba a su lado.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Emilio.

—Lucio Petrosidio, *centurio*.

—Petrosidio —repitió Rufo. El buen acento latino y el nombre le hicieron presagiar que aquel muchacho no estaba en su lista y, por tanto, sobreviviría a aquella noche de sangre. De seguro no podía ser un ilergete—. ¿Formas parte del cuerpo de guardia o asistes a la escuela?

—Me enrolé ayer y me han asignado este servicio.

La mirada del centurión se hizo menos dura frente al jovencísimo recluta en su primera guardia. Quién sabe qué había impulsado a aquel chiquillo a enrolarse en un ejército que se fragmentaba día tras día. Quién sabe qué pensaría de aquel ejército después de lo que vería esa noche.

—Tengo la orden de entrar en este edificio y detener a los estudiantes.

El muchacho palideció, pero se quedó inmóvil en su puesto.

—Me... han dicho que no dejara pasar a nadie, *centurio*. Solo puedo recibir órdenes del comandante de la guardia.

—¿Sabes quién es Quinto Sertorio, muchacho?

Petrosidio tragó.

—Sí, *centurio*.

—Me manda él en persona, debo coger a algunos muchachos y llevármelos conmigo. Déjame pasar.

—No puedo, *centurio*.

La voz de Ursiano irrumpió desde atrás.

—¿Se puede saber qué estáis esperando?

—Cálmate —rebató Rufo, levantando el brazo como para alejar al recién llegado—, el muchacho se atiene a las instrucciones que ha recibido.

—¿Qué haces? ¿Te detienes delante de un jodido *tiro* que no entiende nada? ¡Quítate de ahí, *irrumator*, o te apaleo!

Emilio se volvió de golpe y empujó a Ursiano.

—Pasan los años, pero sigues fanfarroneando con los reclutas —gruñó—. El muchacho se atiene a las instrucciones que ha recibido. Valerio, corre a buscar al comandante de la guardia.

—Tú estás loco, Rufo, tienes en la mano una orden de Sertorio, échasela en la cara.

—El muchacho nunca ha visto una orden oficial, solo conoce a su comandante. No podía imaginar que una decena de hombres armados se le presentarían delante, en el corazón de la noche, pidiendo paso —sentenció Rufo antes de dirigirse nuevamente al guardia, mostrándole su lista—. ¿Conoces a estos?

El joven alzó la linterna y leyó algunos nombres antes de sacudir la cabeza.

—No, pero los nombres parecen celtíberos.

—Ilergetes.

—Sí, ilergetes.

—¿Sabes dónde duermen?

—No, *centurio*.

—No importa. Nos informará tu comandante.

Y el comandante de la guardia llegó, jadeante, increpando a Petrosidio, ordenándole que cediera de inmediato el paso a los hombres que tenía enfrente. Dejó de ladrar cuando fue embestido por la mirada fastidiada de Emilio, que le explicó que el muchacho se había atenido a las consignas. Solo entonces el comandante abrió camino al interior del edificio seguido por Emilio, Valerio y los lusitanos.

El amplio vestíbulo de la escuela fue levemente iluminado por la linterna sostenida por el medroso oficial de servicio, luego la luz se hizo más intensa cuando los hombres fueron conducidos al corredor que llevaba a la salida posterior. Las sombras se deslizaron por las paredes, danzando, antes de ser nuevamente tragadas por la oscuridad de un pequeño jardín donde los pasos resonaron sobre el terreno cubierto de grava finísima.

—Los ilergetes duermen aquí —dijo el comandante de la guardia señalando un acceso.

Emilio empujó con la mano la puerta y las bisagras lloraron en el silencio. Miró atentamente el umbral y la jamba, como si estuviera pidiendo permiso a Jano para entrar. Sabía que su vida sería distinta desde aquella noche. Violaron aquel silencio y aquel sereno sueño, hasta llegar a un dormitorio donde estaban alineadas varias camas. Emilio se odió, sabiendo que era quien en pocas horas los habría conducido

del sueño a la muerte.

—Despiértalos a todos —dijo al comandante de la guardia—, haz que se vistan, se pongan las capas y mándalos al patio. Algunos de ellos serán devueltos a sus padres.

El oficial empezó a despertar a los muchachos de manera expeditiva y Rufo se encaminó al patio con la mirada ausente y una sensación de malestar. Dio orden a los hombres para que regresaran a los carros, a excepción de Valerio, Volsinio, el joven Petrosidio y algún jefe lusitano, luego se volvió a observar las expresiones adormiladas e inquietas de los muchachos, que se alineaban tímidamente contra una de las columnatas del jardín.

Cuando estuvieron pegados el uno al otro, como animales que buscan la salvación en el número, sacó la lista y comenzó a leer los nombres. Uno a uno los muchachos llamados se encaminaron hacia el corredor tras una indicación de Valerio, para dirigirse a la salida. Algunos eran adolescentes, otros, chiquillos.

Con su acento latino, Rufo trabucaba aquellos nombres, pertenecientes a un mundo tan distinto del suyo. Esto suscitaba la hilaridad de los muchachos, que nunca habrían podido imaginar que era la triste cuenta de los condenados a muerte.

La lista era larga y los presentes menguaban cada vez más. Cada nombre leído era seguido por la mirada del centurión, que observaba al muchacho de turno. Cada vez que alzaba la vista Emilio se encontraba con la de un niño particularmente bajo de estatura que le recordaba al pequeño Cneo Segundo.

Cneo Segundo.

Dejó de leer y llamó a un niño.

—¿Conoces a Cneo Segundo Frauca? Es un chiquillo alto como tú, debe de tener tu edad.

El niño lo miró con sus ojos oscuros.

—El Cneo Segundo Frauca que conozco es mucho más alto que yo, dentro de poco recibirá la *toga virilis*.

—La *toga virilis* —repitió a media voz Emilio, dándose cuenta del paso del tiempo. Era como si hubiera vivido más deprisa. En su mente todo estaba inalterado en una dimensión paralela donde las personas queridas habían permanecido inmóviles, suspendidas en un término indefinido, mientras él llevaba otra vida, otro destino y los días habían volado haciéndolo más seguro, más fuerte, un hombre. Cneo Segundo debía de tener ya unos catorce años. Trató de imaginar al niño casi hombre y no consiguió enfocar su imagen, tal como no conseguía imaginar a Lavinia como mujer. Su rostro era el de una jovencita, era el de la última vez en el río, un rostro surcado por las lágrimas. Volvió a mirar al chiquillo—: ¿Y sabes dónde duerme?

—Sí, más allá de aquel pórtico, en las estancias de los itálicos.

Emilio asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Caraunios.

El centurión miró la lista, era el siguiente nombre. Nuevamente observó al niño y entendió que aquel era un signo de los dioses. Desordenó el pelo de Caraunios.

—Entonces, dado que no estás en la lista quiero que vayas a buscar a Frauca —dijo, quitándose el anillo del difunto Cneo Quintilio que llevaba en el dedo—, y quiero que le des esto, él entenderá.

El niño asintió, cogió el anillo con una sonrisa y corrió como el viento. Emilio cruzó la mirada de Valerio, que lo había intuido todo y había dado su cómplice asentimiento.

La macabra convocatoria prosiguió hasta que todos hubieron salido y el jardín quedó vacío, inerte y quieto, siniestro. Emilio plegó la orden, Sertorio no perdonaría a ninguno de los ilergetes.

Cuando Cneo Segundo Frauca llegó a la carrera al patio, junto con Caraunios, todo estaba oscuro. Los soldados se habían marchado y la puerta de la escuela estaba cerrada.

Algunos de los muchachos de más edad habían advertido que aquello no era normal y habían presentado resistencia, sobre todo después de haber visto los carros para el transporte de prisioneros. Ursiano, sin ningún escrúpulo, perdió la paciencia y con gusto los habría hecho subir a patadas de no haber intervenido Emilio, quien consintió que los muchachos se movieran a pie siguiendo a los carros. Rufo, con el corazón en un puño, los miraba mientras el convoy se alejaba de Osca. Los adolescentes charlaban entre ellos y observaban con recelo y creciente ansiedad a la columna de soldados que los escoltaban hacia el sur. No se creían la excusa del regreso forzado a sus tierras por voluntad de sus padres.

Subieron a las jaulas solo después de un largo trecho de camino, cuando empezaron a sentirse cansados.

—¿Tienes la intención de hacernos avanzar mucho más? —preguntó Ursiano, alcanzando a Emilio—. Te recuerdo que yo debo volver atrás con los míos.

Emilio se volvió para mirar el camino recorrido y la ciudad ya había desaparecido en la oscuridad.

—¿Los hago bajar de los carros?

Rufo sacudió la cabeza.

—Digo, ¿no querrás liquidarlos en los carros? No puedo volver a la ciudad con los remolques cubiertos de sangre.

—Cállate, maldito, sé perfectamente lo que debo hacer.

Ursiano dejó escapar una sonrisa sarcástica.

—¿Disfrutas con todo esto, verdad?

—Disfruto de todo aquello que me deja vivo, Rufo.

—Lo sé. Para conservar la vida causarías la desgracia del mundo entero. Disfrutas con la desventura ajena. Eres un pobre hombre.

—Debes estar atento a decir estas cosas, Rufo, esta guerra está a punto de terminar y el azar es dueño de la vida.

Emilio miró a Ursiano tratando de entender qué se ocultaba en los repliegues de aquellas palabras.

—Estoy seguro de que aún encontrarás un modo de apañártelas.

Lucio exhibió una de sus odiosas sonrisas.

—Cuenta con ello, es cuestión de actitud —susurró cerrando los ojos—, y cuando llegue el momento volveré a buscarte.

—No espero otra cosa, Ursiano, actitud o no, no te salvarás —rebatía Rufo, decidido, alzando la mano para detener la columna—. Haced descansar a los caballos —ordenó en voz alta—, que los muchachos desciendan de los carros para estirar las piernas y desayunar.

Ursiano lo examinó y se quedó observando cómo este había organizado la ejecución. Los muchachos bajaron de los carros tranquilizados por aquella pausa inesperada. Murmuraron algo entre ellos antes de ponerse en fila para retirar un trozo de pan. También los lusitanos se pusieron en columna para obtener su ración y cuando Emilio reclamó la atención de los jóvenes para leerles un comunicado, los lusitanos se deslizaron a sus espaldas.

Los muchachos, inmóviles, se volvieron hacia el centurión, dando inconscientemente la espalda a los carniceros. Rufo no consiguió sostener la mirada de aquellos ojos y con la cabeza inclinada sobre el folio comenzó a leer las disposiciones de Sertorio y las motivaciones, debidas a la traición de los ilergetes, que habían llevado a una decisión tan extrema.

Nunca levantó la vista, ni siquiera cuando leyó que el general Sertorio había decretado la condena a muerte de los rehenes. Fue en aquel momento cuando intervinieron los lusitanos, silenciosos y despiadados. Solo pocos se dieron cuenta y aullaron, y aquellos alaridos desgarraron la oscuridad de la noche. Dos se soltaron e intentaron una fuga desesperada que duró pocos pasos. Cuando Emilio bajó el folio todos los muchachos yacían en el suelo. Todo había sido rápido, como había ordenado. En otras circunstancias, se habría podido definir como un trabajo «limpio», pero era una palabra inadecuada para lo que había sucedido aquella noche.

A la traición se había respondido con una despiadada ferocidad y debía ser una admonición para todos aquellos que tuvieran la misma intención.

—Lleva tus jodidos carros donde Hispánico.

Emilio llegó al alojamiento de Mecenas poco antes del ocaso del día siguiente. Entró acalorado, cubierto de polvo e impregnado de un olor a muerte que no se quitaría de encima en toda su vida. Tiró la lista de los rehenes sobre el escritorio y luego se

quedó esperando con los puños en los costados hasta que un sirviente se le acercó.

—Te espera el general. Están festejando el regreso de Viros.

Rufo se encaminó a grandes pasos hacia el pretorio y se detuvo un momento delante de los guardias lusitanos, que lo observaron, sabían perfectamente quién era. El alojamiento del general estaba justo al lado y Emilio miró en esa dirección guiado por la música y el alboroto. Pasó entre dos hileras de guardias, encargados de la vigilancia, que lo hicieron entrar y después de haber atravesado una antecámara el centurión se detuvo y su boca se abrió lentamente. Tres bailarinas completamente desnudas estaban danzando entre los huéspedes, invitados al banquete, con movimientos sensuales que no habrían dejado indiferente a ningún hombre. Algunos flautistas llevaban el ritmo, que era acompañado por los címbalos de las muchachas. Brindis, alaridos y aplausos secundaban los movimientos de las espléndidas mujeres de cabello corvino que se meneaban sinuosas y descalzas entre los huéspedes recostados sobre los triclinios.

Sertorio estaba en el centro de la sala, con una copa de vino en una mano, mirando divertido el espectáculo mientras, detrás de él, una bellísima mujer de piel ambarina recorría su espalda con el toque delicado de sus yemas.

—Rufo.

Emilio se volvió hacia Mecenas, que se alzó a duras penas del triclinio para alcanzarlo.

—Has vuelto.

El centurión miró con rostro grave al viejo mentor.

—Acabo de hacer degollar a cincuenta chiquillos por orden tuya y tú estás aquí, emborrachándote...

Quinto acusó el golpe.

—Yo solo he transmitido la orden, Rufo, y luego... ciertamente estoy aquí bebiendo y beberé tanto como sea necesario para olvidar. Beberé tanto que espero morir ahogado.

—Este no es tu sitio, Mecenas, eres un soldado.

El veterano borboteó una carcajada y abriendo la mano indicó a los presentes, que se divertían.

—Aquí todos son soldados y no hay mejor sitio que este para los hijos de nadie, querido Rufo. Han vivido durante años cara a cara con la muerte, día tras día. Ahora deja que se emborrachen, deja que follen, se lo merecen más que cualquier otro. Y también tú, también tú, Rufo, quítate la coraza y ensúciate de vino y de hembra, tienes demasiada sangre encima.

—Ciertas manchas no se borran, Mecenas.

—Te he recogido cuando estabas muerto —dijo con una sonrisa amarga el viejo soldado—, un chiquillo extraviado, un polluelo que se ha transformado en águila. En todo este largo camino nunca te has concedido nada, has cumplido con tu deber y continuarás haciéndolo, pero escucha a este viejo, antes de que la vida vuelva a ser un

desafío con la muerte, aprovecha el instante. Vive esta velada y confía lo menos posible en el mañana.

—No puedo festejar después de lo que ha sucedido —rebatíó Emilio, seco, volviéndose para ganar la salida, donde encontró la mirada de Sertorio.

—Ve donde él, Rufo, te estaba esperando.

Cogido en la trampa, Emilio no pudo más que complacer la voluntad del nuevo Aníbal, que lo llamaba con el gesto de la mano. Se vio obligado a avanzar abriéndose paso entre las muchachas, que danzaron a su alrededor embistiéndolo de fragancias de perfumes exóticos, mientras él hacía caso omiso de ellas con mal disimulada turbación.

Mientras se aproximaba al general, tuvo algunos recuerdos. Lo volvió a ver montado en su caballo arengando a los suyos, lo volvió a ver en la batalla y en las audiencias, lo volvió a ver con la cierva tan amada como hábilmente usada. Ahora era otro hombre. La mirada de quien había bebido y la lascivia de quien se deja entretener por las hábiles manos de una mujer capaz de hacer perder la cabeza.

—Feliz de verte de nuevo, Cayo Emilio Rufo.

Sin muchos preámbulos, el centurión le tendió la lista.

—Orden ejecutada, general.

Sertorio miró los nombres, se puso de pie y con pasos entorpecidos por el vino alcanzó uno de los braseros. Echó un último vistazo a la lista y la arrojó entre los tizones donde se prendió fuego de inmediato. Se acercó otra vez a Emilio, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Toma asiento —le dijo con la boca pastosa—, elige una mujer y bebe.

—Estoy muy cansado, general.

—Si estás cansado te dejo en manos de Bíbula —replicó, dirigiendo la mano hacia la criatura sensual recostada sobre el triclinio—. Vamos, olvidémonos de este desagradable asunto. ¿Debo ordenártelo?

Emilio apartó la mirada de la mujer y consiguió sostener solo por un instante la de Sertorio antes de rebatir.

—Me has ordenado que los matara, general, pero no puedes ordenarme que los olvide.

Sertorio quitó la mano del hombro de Rufo.

—Sus padres sabían perfectamente qué ocurriría —pontificó en voz alta—. Si no se han lamentado por habernos traicionado, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?

—Habríamos podido sorprenderlos con nuestra grandeza de ánimo, general. Habríamos podido demostrarnos más dignos, habríamos podido demostrarnos más grandes que Metelo, Pompeyo y Roma...

—No se ganan las guerras con gestos de magnanimidad, *centurio* —lo interrumpió Sertorio—, el pueblo entiende la vara y esa es la que hay que usar.

—Las guerras se vencen contra los soldados. Si hubiéramos tomado siempre esta medida nuestras filas no contarían con millares de hombres que nos han combatido

antes de tener una posibilidad de elección entre la prisión y nuestra causa. Ellos sí, dándonos la espalda, podrían cambiar la suerte de esta guerra. Cincuenta chiquillos salvados solo habrían podido jugar a nuestro favor.

—Si hubiéramos perdonado a los ilergetes, ¿cómo habría podido mirar a la cara a los lusitanos que han contraído un juramento hasta la muerte de seguirme?

—Todos te habrían señalado como un gran hombre.

—Los hombres, Rufo —aulló—, solo se mueven por interés o por miedo. También tú estás aquí por uno de estos dos motivos. ¡Honor y respeto se conquistan también con la fuerza y te puedo garantizar que todos los demás aliados no se atreverán nunca más a traicionarnos después de lo que ha sucedido! —concluyó, arrojando al suelo la copa de plata, que rodó con golpes cadenciosos salpicando vino en un triunfo de gotas pardas.

Los músicos pararon de tocar dejando a las bailarinas inmóviles en la seductora postura alcanzada. Todos observaron en silencio a los dos en el centro de la estancia. Sertorio miraba a Rufo como una fiera herida.

—Yo no quisiera a mi lado a hombres que combaten por miedo. Quisiera que estuvieran de mi parte por elección.

—No eres tú quien conduce esta guerra, Rufo, y si no estás de mi parte por libre elección, puedes marcharte.

El centurión no se atrevió a rebatir.

—Ahora, vete, nos estábamos divirtiendo antes de que llegaras tú.

Emilio asintió, saludó al general, volvió la espalda y ganó la salida después de haber echado un vistazo a Mecenas, que lo observaba con infinita tristeza. Pasó entre los guardias. Oyó que Sertorio gritaba algo y la música recomenzó mientras salía al aire tibio del atardecer.

Se encaminó por la Vía Pretoria para alcanzar su alojamiento cuando oyó unos pasos que lo alcanzaban.

—Rufo.

—Viros.

Los dos se estrecharon la mano.

—¿Cómo estás? No te veía desde el asedio de Laurona, todos esperaban tu regreso con ansia.

El lusitano lo miró, orgulloso.

—He venido lo antes posible.

—¿Cómo es la situación en Lusitania?

—En Lusitania, bien, pero en el resto de Hispania... es un desastre. Perdemos terreno por doquier, Rufo, muchos están desertando a favor de Pompeyo.

—Los ilergetes lo han hecho en masa.

—Lo sé —rebatía Viros—, y he oído lo que has hecho.

Emilio permaneció en silencio.

—No debes culparte. Los ilergetes se habrían comportado igual con los lusitanos,

los celtíberos o los romanos. En la guerra hay una sola regla: vence el más fuerte, siempre.

Los dos se quedaron un instante en silencio, se miraron dándose cuenta de que sus posiciones estaban alejadas.

—Te lo agradezco, Viros, ahora vuelve al banquete, lo han preparado en tu honor. El lusitano esbozó una sonrisa.

—Primero quería informarte de algo que ha ocurrido en Laurona —hizo una pausa—, cuando entramos en la ciudad y empezamos a hacer el cómputo de los prisioneros, hubo los habituales excesos de los guerreros en relación a los habitantes. Sabíamos que el general nos había concedido la presa y sabíamos que Laurona debía ser un ejemplo. Se produjeron ejecuciones sumarias, estupro, violencias y saqueos. La ciudad fue sometida a sangre y fuego, pero después de los primeros instantes de eufórica maldad también yo tuve bastante y exigía a algunos de los míos que reinstauraran el orden. Las personas debían ser deportadas, no exterminadas. Di la disposición de parar y amontonar todo aquello que se hubiera encontrado en la ciudad para una equitativa distribución del botín. En poco tiempo la plaza se llenó de todo tipo de objetos y materiales, entre los cuales uno me llamó particularmente la atención. Un carro.

Viros sacudió la cabeza, mesándose la barba.

—Me pregunté cómo ese carro había podido acabar en Laurona.

—¿Por qué?

—Porque era uno de los carros de mi tío Avaros.

Emilio se asombró.

—Era uno de aquellos con que transportábamos las pieles que comerciar con Frauca.

Rufo sacudió la cabeza.

—El Hado hace cosas extrañas.

—Había un arcón dentro. Un arcón que tenía una placa grabada en bronce que he visto a menudo como equipo de los soldados de Roma.

—Estará escrito el nombre del propietario.

—Yo no sé leer, pero he reconocido un símbolo, el mismo que tienes tú en tu equipo.

—¿Un símbolo?

Viros dibujó con el dedo en la palma de la mano una *C* invertida cortada en dos por una línea.

—*Centurio*... es el equipo de un centurión y en la placa estará su nombre.

—Tú eres *centurio*.

Emilio sonrió.

—No soy el único.

—¿Entonces no es de tu propiedad?

—No, no puede ser mío, hasta hace poco tiempo tenía un saco de cuero.

Viros sacudió la cabeza, decepcionado.

—Pensaba que había encontrado algo que habías perdido.

—¿Pero lo tienes aquí?

—Sí, en mi tienda.

—Entonces te mando a Valerio a buscarlo, le echo un vistazo, quizá descubramos a quién pertenece.

El lusitano miró con gravedad a Rufo.

—Si no es tuyo es mío.

—Está bien —dijo Rufo riendo, antes de estrecharle la mano y encaminarse, abatido, hacia su tienda. Saludó con una señal de la cabeza a los muchachos de su centuria y envió a Valerio donde Viros. Cogió la hogaza preparada poco antes por Volsinio y se quedó algunos instantes mirando desaparecer el sol a occidente antes de entrar en la tienda. Desató el *cingulum*, que tintineó de triste alegría, lo colgó del palo de sostén de la estructura junto con el gladio y se dejó caer sobre el banco de campaña.

Apoyó los codos sobre las rodillas, se cogió la cabeza entre las manos y se hundió en el abismo de sus recuerdos. Sombras, rostros y sensaciones que se perseguían dibujando remolinos de emociones y sentimientos. El latido del corazón era lento, pero resonaba como un tambor en su mente. La melancolía volvió profunda su respiración. Una especie de dolor irreal le oprimió el pecho. Era la tristeza, que llegaba para hacerle compañía cada vez que se encontraba solo, ahogándose, como un río que subía hasta la garganta, ante cada pensamiento.

Cerró los ojos y trató de convencerse de que lo mejor que podía hacer, lo único que le quedaba, era aprender a aceptar la situación. Quizá no era cierto que en la vida todo debía tener un sentido.

—*Centurio*.

Los ojos se abrieron de golpe, parpadeando varias veces hacia la luz deslumbrante que contrastaba la imponente silueta de un soldado detenido a la entrada de la tienda.

—He traído el arcón que me has pedido.

## XVI

### HIJOS DE NADIE

Hispania Citerior, Laurona, tercer día de asedio.

Desde hace tres días y tres noches caen sin pausa proyectiles de todo tipo sobre los muros y en el interior de la ciudad. Estamos bloqueados y ahora nadie puede entrar o salir. Alguien medita intentar la fuga durante la noche. Parece que una de las puertas no está bien vigilada, pero los soldados de guardia dicen que es una trampa. Sostienen que Sertorio deja a menudo una vía de escape para inducir a la desertión que resulta, no obstante, fatal.

Druso ha sido enviado con algunos jinetes a buscar a Pompeyo. Cinco de aquellos que habían partido con nosotros de Castra Caecilia los han seguido para intentar forzar el cerco. Los otros han preferido permanecer al abrigo de los muros.

Yo estoy bien. A menudo me detengo a pensar y me pregunto cuál es la utilidad de mi vida. Quisiera morir y poner fin a esta prisión y a mi infeliz existencia. A veces sueño que oigo el fragor de la batalla: la fogosidad de los asaltantes, el trueno de los muros abatidos, el torbellino del polvo y, desde él, veo, como niebla que se disuelve, desenfocadas y lentamente cada vez más definidas, las sombras del ejército de Sertorio victorioso. Estoy libre. Es solo un sueño. Soy consciente de que, ironías de la suerte, cuando uno de estos bastiones ceda a los golpes de los arietes, los soldados que se abrirán paso entre odio, rabia y codicia arrollarán con todo y harán de mí una presa sin preguntarse quién soy.

Me cogerán hasta que me quede sin respiración, hasta que no quede nada de mí, y quizá solo Caronte, si tiene piedad, me esperará pidiéndome una moneda. El horrendo piloto me transportará, entonces, más allá del Aqueronte.

Una estela luminosa ha atravesado el cielo como un meteoro, un fragmento de cielo. Ha estallado el enésimo incendio. Dentro de poco me encontrarán, de rodillas y encorvada sobre este diario, debajo del carro que me ha servido de refugio de esta lluvia de sufrimiento, y se me ordenará que lleve agua con los cubos. Hay que apagar las llamas.

Es mejor que vaya, si muero y si alguna vez tengo una tumba, quisiera que estuviera escrito que soy Lavinia, hija de Cneo Quintilio Frauca y de la noble Arria. Solo eso. Dejaré debajo de este suelo mi

cuerpo, pero llevaré conmigo el amor por Cayo Emilio Rufo. Donde quiera que te encuentres, Cayo, yo estaré contigo.

Emilio se quedó atónito mirando el rollo. Fue más allá y no encontró nada. «Dejaré debajo de este suelo mi cuerpo, pero llevaré conmigo el amor por Cayo Emilio Rufo. Donde quiera que te encuentres, Cayo, yo estaré contigo». Eran las últimas palabras del diario, terminado con la antigua fórmula del rito matrimonial.

Se levantó, confuso, y revolvió en el arcón de Ursiano sin hallar nada más. Recuperó el rollo y lo miró, luego se puso de pie, pasándose las manos sobre el rostro, como para despertarse del torpor. Se frotó los ojos, salió de la tienda y en el exterior fue embestido por un cegador haz de luz. Se protegió con la mano, comprendiendo que había permanecido despierto toda la noche.

Una noche que le había hecho revivir emociones atenuadas por el tiempo, pero nunca del todo desaparecidas. Jamás como en aquel instante Lavinia le había parecido tan presente. Un consuelo en aquel mar tormentoso. Se habituó a la claridad del día y se dirigió, rápido, hacia los cuarteles ocupados por los lusitanos.

—Viros, Viros —llamó entre las barracas. Le indicaron donde encontrarlo y cuando entró lo halló dormido. No estaba solo y en aquel enredo de cuerpos desnudos reconoció a una de las bailarinas de la tarde precedente. Su cabello, inextricable como el de Gorgona, cubría el rostro del hombre.

—¡Viros!

Rufo lo sacudió largamente, mientras seguía llamándolo.

—Viros, tú conoces a Cneo Quintilio Frauca, debes acordarte de él.

El ibérico se levantó y asintió, aún ebrio de mujeres y de vino.

—Su hija Lavinia estaba en Laurona, trata de recordar.

—Sí, lo sé.

Emilio se maravilló.

—¿Lo sabes?

—Sí.

El lusitano se alzó y, desnudo como estaba, alcanzó una cantimplora que estaba sobre la mesa y bebió ávidamente.

—Estaba justo al lado de aquel carro del que te hablé ayer, el que había reconocido —añadió con voz pastosa.

Rufo tragó, mirando al otro.

—¿Estaba viva?

—Sí.

Viros apoyó los puños sobre la mesa, luego se cogió la cabeza entre las manos como si fuera presa de una fuerte hemicránea.

—Llegué tarde, después de los míos...

—¿Qué quiere decir después de los tuyos? ¡Habla!

—No encontré a la hija de Frauca, Rufo, encontré a una víctima que había sufrido

la furia de los vencedores. Sabes mejor que yo qué ocurre después de un asedio, cuando las puertas se abren y los sitiadores se extienden como un río en crecida, embistiéndolo todo y a todos, avanzando con odio y sembrándolo, nada puede resistírsele. Era una máscara de sangre y moratones. Trastornada e inmóvil en el suelo con los ojos desorbitados hacia el cielo.

El rostro de Rufo se convirtió en una mueca de dolor, con los labios que susurraban su nombre.

—Pero he llegado a tiempo para arrancarla de la muerte.

—Está viva... —dijo con un hilo de voz el centurión, guardando para sí cualquier gesto de debilidad.

El lusitano entendió por el comportamiento de Rufo que entre los dos debía de haber habido algo.

—La he llevado lejos, a un lugar donde la guerra ya ha pasado.

—¿Adónde?

—Donde Avaros, la hemos escondido. Las mujeres del rey se han hecho cargo de ella. Cuando partí aún no se había recuperado del todo.

—¿Lo conseguirá, Viros?

—Lo conseguirá, pero si quiere vivir mejor que se olvide de quién ha sido. Allí tendrá la protección de Avaros y algún día, quizá... podrás verla otra vez.

Emilio asintió con la cabeza y se volvió para salir. La luz lo embistió de nuevo. Era un hombre herido, la vida no había sido pródiga con él. Regresó hacia su tienda con la mirada baja.

Entró en su alojamiento y, en la penumbra, se dejó caer de rodillas con las mejillas surcadas por las lágrimas. Buscó en la escarcela las estatuillas de los Lares y de los Penates y permaneció así largamente. La mente desgarrada por los pensamientos, el ánimo torturado por la angustia y apretando las divinidades de sus antepasados. Solo con su pena y un renovado sentimiento: Lavinia estaba viva.

De aquella herida, como de la sangre de Urano tomaron vida las Erinias, brotó una cólera que se transformó en un impotente y rabioso llanto que le quitó las últimas fuerzas. El cansancio lo venció después de dos días de marchas, una noche de masacre y una de revelaciones, arrastrándolo en un sueño profundo y poblado de espectros monstruosos. Fue presa de las pesadillas y se encontró leyendo una larga lista de nombres, pero esta vez no eran chiquillos ilergetes, eran los nombres de las personas que había perdido con el tiempo y mientras leía se daba cuenta de que era su carnicero. Era como si una fuerza maligna lo obligara a pronunciar, un nombre después del otro, su sentencia de muerte. Vio caer en aquella horrible orgía de sangre a sus padres, Ambato, Lanato, la noble Arria, Frauca padre e hijo, pero también a Temistio, Crixo, Decano y los hermanos Hirtuleyo. No conseguía despertarse y no conseguía interrumpir aquella infinita lista de condenados. Leía y era como si no acabaran nunca, en un índice de personas que parecía que aún estaban vivas. Los veía y no quería pronunciar su nombre.

Se encontró sentado en la cama, jadeando y con los ojos abiertos, empapado en sudor. Se había despertado con el último nombre del nefasto rollo entre los labios: Quinto Mecenás.

—*Centurio*.

Valerio lo estaba mirando con aire preocupado.

—He oído gritar y he entrado.

Rufo lo miró, con las estatuillas en las palmas de las manos y la pesadilla que, evanescente, se disolvía en su mente.

—¿Dónde está Mecenás?

Lucas Valerio se quedó sorprendido ante aquella pregunta y no supo responder de inmediato.

—Hoy por la tarde han llegado dos mensajeros a toda prisa. Creo que los ha recibido.

Rufo guardó las estatuillas y se pasó la mano por la frente.

—Debo verlo.

—Es de noche, *centurio*.

Emilio miró a su alrededor, extraviado, vio la lámpara de aceite encendida y la enorme sombra de Valerio proyectada sobre el techo de cuero de la tienda.

—Trata de descansar, mañana todo irá mejor.

—Necesito un poco de aire.

—Claro, es una bella noche estrellada.

Rufo asintió, se levantó presa de un fuerte malestar y salió a la noche cristalina. Cerró los ojos y alzó el rostro a la luna bajo la mirada atenta de Valerio.

—¿Algo te turba, *centurio*?

Emilio dejó escapar una media sonrisa y leyó en los ojos del muchacho toda la admiración que sentía por él.

—También tu *centurio* tiene... un punto débil.

Valerio sacudió la cabeza.

—¿Temes que te golpeen?

—Ya me han golpeado, hace tiempo.

—¿Y la herida no sana?

—Quizá... no la haya curado bien. Habría debido cauterizarla como hacen los médicos. Habría debido dejármela a las espaldas y volver a vivir.

—Nunca es demasiado tarde —rebatía Valerio—. ¿Sabes qué diría el más grande hombre que haya nunca conocido?

—Oigamos.

—Todo lo que necesitas está dentro de ti, encuentra la solución, no el problema.

Oírse sermonear con una de las frases usadas habitualmente en la instrucción arrancó una sonrisa sincera en Emilio.

—¿Estás seguro de que es tan grande el tipo que dice esas cosas?

—Lo es.

—Creo que ese tipo se puede permitir ciertas frases solo porque las puede decir a... gente preparada.

—También eso es verdad.

Emilio asintió y los dos se intercambiaron un apretón de manos que valía mil palabras.

—¿No era el turno de Volsinio esta noche?

Valerio esperó un momento antes de responder.

—Me ha pedido que lo cambiara por el suyo.

—Entiendo... ¿el tribuno Aufidio?

—No lo sé. Lo que sé es que también él está un poco... extraño estos días. Como si tuviera alguna preocupación.

—Mándalo donde ese tipo que te da consejos, tal vez pueda serle útil.

El coloso sonrió.

—Está bien, *centurio*.

Rufo alcanzó el despacho de Mecenas donde, como siempre, había un trajín de sirvientes y esclavos atareados. Con un gesto, el gran viejo los alejó a todos asignándoles un encargo. Los dos se quedaron solos.

—Se te debe de haber dado vuelta el cerebro.

Emilio no respondió.

—Replicar a Quinto Sertorio, ni que fueras un senador de Osca. Ni Mitrídates, el rey del Ponto, se atreve a replicar a Sertorio.

—La orden fue ejecutada, Quinto —rebatía Rufo, molesto—, y con eso nos hemos asegurado como enemigos a los ilergetes mientras tengamos vida.

—¡Eran rehenes! —sentenció Mecenas, airado—. Sirven para eso. Su objetivo era garantizarnos el apoyo de sus padres. Sus padres desertaron y, por tanto, debían pagar.

—Me pregunto por qué desertaron, Mecenas.

—Por miedo.

—¿Y tú... tú desertarías por miedo sabiendo que mandas a tu hijo a la muerte?

Quinto Mecenas calló.

—Sacrificaron a sus hijos para evitar a otros la esclavitud, quizá para ahorrársela a todo un pueblo. Lo que vieron en Laurona les ha bastado. Desde hace tiempo Sertorio ha dejado de ser indulgente. Demasiadas personas condenadas a muerte, demasiadas ciudades saqueadas, hay tierra quemada en torno a nosotros, Mecenas, huele a muerte. Combatir de nuestra parte significa vencer o morir, pero la victoria está cada vez más lejos. Los ilergetes lo han demostrado.

—Al desertar, han hecho la elección equivocada.

—¿Tú desertarías de un ejército vencedor?

Mecenas lo miró con rabia y Emilio respondió con un semblante cargado de

indignación.

—Somos cada vez menos, Mecenas —dijo Rufo con una mueca amarga—, y estamos cada vez más solos. Estamos naufragando en una tempestad y la tempestad somos nosotros y nos hemos convertido en olas que se pierden en las olas, cada vez más grandes y cada vez más amenazantes, que barren y arrastran todo al abismo.

Permanecieron enfrentados, pero lentamente su naturaleza afloró en las miradas. Mecenas alcanzó con paso claudicante el banco de campaña y se sentó pesadamente sacudiendo la cabeza.

—Tú —dijo Emilio—, tú que me encontraste en el suelo sin voluntad y me has tendido la mano, tú que me enseñaste todo lo que hay que saber, no puedes pensar distinto de mí.

Hubo un silencio. El veterano, que nunca más empuñaría una espada, tomó la palabra con la pericia de un maestro.

—Una vez te dije que vencer no es una casualidad, es un modo de afrontar las pruebas del destino, es una actitud. Por desgracia, también lo es perder, y en los últimos tiempos hemos asumido el comportamiento de los perdedores, hemos perdido la medida. Antes éramos clementes, ahora despiadados. Antes éramos fuertes, ahora estamos furiosos.

Rufo rumió aquel pensamiento.

—Todo ha terminado, ¿verdad, Quinto? Nuestra roca no aguantará demasiado, ¿verdad?

—Quizá, pero no está dicha la última palabra, Rufo. Parece que los dioses no se han olvidado del todo de nosotros. Hemos ganado una batalla contra Pompeyo precisamente la semana pasada, la noticia ha llegado hace pocos días.

—¿Una batalla?

—E increíblemente ha sido Perperna quien ha desbaratado un contingente de pompeyanos.

Emilio se quedó atónito.

—¿Perperna?

—Sí, cuesta creerlo, pero el enfrentamiento ha sido tan aplastante que Perperna ha decidido organizar unos juegos en Osca y un gran banquete para celebrar la victoria. Iremos a cerciorarnos de cuanto ha sucedido y veremos si hay prisioneros importantes.

—¿A Osca... y con quién irás?

—Oh, una pequeña delegación. El general, sus asistentes, yo y la guardia lusitana con Viros. Tú es mejor que durante un tiempo estés lejos de Sertorio.

—Precisamente de eso quería hablarte —dijo Rufo, turbado.

—¿De eso?

—Sí... Viros me ha dado una noticia inesperada... una buena noticia.

—¿De qué se trata?

—Lavinia. Lavinia está viva y está en la aldea del rey Avaros.

El estupor se pintó en el rostro del viejo soldado. Esbozó una mueca que podía parecer una media sonrisa.

—Después de todo este tiempo casi me había olvidado de los Frauca.

—Yo, no.

—Me imagino.

—Debo ir a verla, Quinto.

El veterano sacudió la cabeza.

—Ahora no.

—Ahora no —repitió, incrédulo.

—Después de aquello que ha sucedido cuanto menos te hagas notar mejor, también con tus demandas. Esperaremos al momento oportuno, ahora es imposible. No puedo destacar hombres o mandarte a ti solo a Lusitania. La guerra está aquí, Sertorio no...

—No necesito la aprobación de Sertorio, debo ir a verla.

—Tú no te moverás de aquí porque si lo haces serás considerado un desertor, ya me cuesta bastante protegerte para que haya otras complicaciones.

—¿Protegerme?

—Cierto, protegerte. ¿Crees que Hispánico no ha presionado para obtener tu cabeza? Has amenazado de muerte a su centurión y te has permitido objetar sus palabras. ¿Qué crees, que puedes responder a los generales como si fueran tus legionarios?

Rufo sacudió la cabeza.

—He intercedido con Sertorio y él te ha protegido. Siempre te ha considerado un soldado válido, quizá su mejor centurión, pero después de tu desatinado comportamiento en el banquete no desafiaría a la suerte una vez más.

—Debo ir a verla.

—¡No! —gruñó Mecenas saltando en pie y plantando su hocico a un palmo del de Rufo—. Sé razonable, no tires a la basura el trabajo de años. Quédate aquí y déjame trabajar. Volveremos de Osca y habré encontrado el modo de destacarte allí.

—¿Y cómo?

—Eso aún no lo sé, debo pensarlo y... sobre todo, debo aprovechar el momento justo, hablaré de ello también con Viros.

Aquellas palabras tranquilizaron a Rufo.

—Lo hago solo porque me lo dices tú.

—Sí, también yo haré esta locura solo porque me lo pides tú.

Desde la Torre Principal, Valerio observó el sol que surgía al este en el cielo terso. Oyó los poderosos batientes abrirse debajo de él y vio la columna de los jinetes lusitanos saliendo del campamento al trote. Sertorio apareció como una mancha de color en el gris del metal y en el color indefinido que la tierra libera por la mañana; las capas oscuras que lo rodeaban eran como alas de murciélago que desaparecieron en el polvo levantado por la guardia.

Cuando el pataleo de los cascos se alejó, las puertas fueron cerradas con un golpe. El veterano se volvió del lado opuesto de la torre, donde Emilio observaba la nada.

—Nos hemos quedado solos —dijo el coloso.

—No. Son ellos los que se han quedado solos —rebató Rufo, desencadenando la hilaridad de los guardias. El centurión lanzó un último vistazo a la polvareda que se disolvía a lo largo del camino mientras la trompeta elevaba su grito: era el fin de la cuarta vigilia. Se encaminó escaleras abajo para alcanzar a los soldados del turno de día y con ellos hizo la ronda del campamento para dar el relevo a los hombres. El último en desmontar fue Volsinio.

—¿Tienes conjuntivitis, Claudio? ¿O te he olvidado en aquella torre durante demasiados turnos?

Volsinio esbozó una sonrisa.

—¿Algo no va...?

—Va... va todo bien, *centurio*.

—¿Y entonces por qué me evitas? ¿Por qué me respondes sin mirarme a los ojos?

El muchacho levantó la vista, estaba ojeroso, el silencio entre los dos era insuperable.

—Ahora estoy de veras cansado, *centurio*, pero esta tarde quisiera hablarte a solas en tu tienda.

Volsinio se presentó donde Emilio después de la cena. Los dos se saludaron y Claudio se sentó en uno de los bancos de campaña.

—Desde que hemos vuelto de Osca —empezó Rufo, apoyándose en la mesa—, ya no eres el mismo, Claudio. ¿Tiene que ver con lo que ha ocurrido con los rehenes ilergetes?

—No.

—¿Y entonces qué sucede?

Al muchacho le costó sostener la mirada de Emilio.

—¿Tiene que ver... con tu relación con el tribuno Aufidio?

—Tiene que ver con lo que sucederá aquí —dijo Volsinio.

Emilio se puso tenso, cruzó los brazos y le apuntó los ojos encima.

—¿Qué ocurrirá?

—Las cosas están a punto de cambiar.

—Sé más claro, maldición. ¿Qué está por cambiar?

—Una conjura... para destituir al general.

La respiración del centurión se detuvo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho... Malio.

—¿Malio? ¿El hijo del senador Malio?

—Sí.

—¿Y él, él cómo lo sabe?

—No lo sé, pero me ha aconsejado que eligiera bien mis amistades porque las

cosas cambiarán.

—¿Te ha dicho algo más? ¿Ha dado nombres, ha dicho cuándo?

—Perperna, Grecino...

Emilio apretó la mandíbula, dio algunos pasos, nervioso.

—Grecino... no es posible...

—Es lo que ha dicho Aufidio.

—¿Aufidio?

—Sí, la otra noche, le he confiado todo esto.

—¿Y qué ha dicho?

—Lo ha minimizado, ha dicho que Malio es un hombre frívolo y vanidoso, un niño mimado que se da importancia haciendo correr estos rumores.

—Es demasiado gordo para ser una invención, ha dado nombres que le podrían costar la cabeza, a pesar de su rango de senador.

Volsinio asintió.

—Yo pienso lo mismo.

Emilio apoyó los puños sobre la mesa.

—¿Hay otros nombres? ¿Sabes algo más?

—No, *centurio*, es todo lo que sé.

—Sertorio ha ido a Osca con Perperna... —razonó Rufo en voz alta—, están todos. Está Aufidio, Perperna, no sé si está también Grecino, pero está Malio, Tarquicio Prisco... —Luego el centurión sacudió la cabeza como si hubiera llegado a una conclusión—. No puede sucederle nada, Mecenas, Viros y sus lusitanos están con él.

—La guardia del general no puede permanecer acampada fuera de la ciudad.

—Lo sé, Viros —dijo Mecenas—, pero después de lo que ha sucedido con los rehenes ilergetes es mejor que los lusitanos estén tranquilos. Es un momento de fiesta y esta noche se beberá, podría haber desórdenes. El general ha dispuesto esto, no quiere que cualquier disputa entre soldados se transforme en un pretexto.

—El general no puede presentarse solo, deberá tener en su séquito a diez hombres de su guardia.

—¿Dentro de la sala del banquete? No, eso queda descartado. Los nobles romanos lo tomarían como una ofensa. Te digo que estés tranquilo, Viros, pon a una decena de los tuyos fuera, pero con discreción, por favor. ¿Estás armado?

El noble lusitano no respondió.

—¿No querrás ser precisamente tú la chispa que haga estallar el incendio? ¿No querrás presentarte armado al banquete?

Los ojos de Viros se deslizaron sobre el costado, donde la empuñadura de su inseparable *falcata* relucía con el pomo en forma de cabeza de caballo.

—No hemos venido aquí para negociar o combatir, sino para festejar una victoria

—recalcó Quinto, poniendo una mano sobre el hombro del guerrero—. Serénate —le dijo, encaminándose al umbral de la estancia que había sido dispuesta para Sertorio—. Deja aquí esa espada.

Viros llamó con un gesto a un *solduro* de la guardia, se quitó el talabarte con la espada, que le entregó de mala gana, antes de susurrarle cómo distribuir a los hombres. Lo despidió de prisa viendo que Quinto Sertorio llegaba vestido solo con la toga. Sería el huésped de honor, por tanto, le correspondía ser el último en arribar al banquete.

—¿Estamos listos? —preguntó el general.

—Podemos salir a escena —respondió Mecenas.

—Entonces vamos a oír de esa aplastante victoria.

El grupo se encaminó detrás del *nomenclator*, el esclavo que los presentaría a los invitados de la sala del banquete. Atravesaron los suntuosos corredores en estilo romano de la residencia elegida por Perperna para su estancia en Osca.

Viros seguía al grupo con la mirada de un sabueso receloso, examinando todo lo que veía: cada vasija, cada estatua y cada árbol frutal que delimitaban el patio.

En cuanto el grupo llegó a la sala, los músicos entonaron una melodía para llamar la atención de los demás huéspedes. El *nomenclator* pronunció los nombres de los recién llegados, dejando para el final el de Quinto Sertorio, que fue acogido por un aplauso e introducido por una marcha triunfal.

El esclavo señaló los puestos a ocupar, esta vez empezó por el general, que fue acompañado al sitio de honor, un triclinio en el centro de todos los demás comensales. Inmediatamente a su izquierda tomó asiento Lucio Fabio Hispánico y detrás de él Aufidio. Viros estaba en el otro triclinio con Malio y Grecino. Mecenas se dispuso del lado opuesto, entre Tarquicio Prisco y Perperna, el cual propuso un brindis aun antes de que los esclavos trajeran los barreños de agua perfumada para lavarse las manos.

—Bienvenido, Quinto —dijo este—. Brindemos por la Victoria.

Sertorio alzó su copa y bebió. Viros observó el reflejo del vino en el vaso, lo olió y luego lo sorbió con la mirada fija en Mecenas. No era el habitual *mulsum*, al que estaba habituado, el vino endulzado con miel y agua, era mucho más fuerte, era *merum*, vino puro. Bajó el cáliz mientras los músicos entonaban una danza oriental y la estancia era invadida por las bailarinas de Gades que daban vueltas junto con las cintas de colores que tenían atadas a la cintura.

Uno tras otro los sirvientes llenaron las mesas con entremeses que no era fácil ver en Hispania. Los platos ricamente adornados eran una delicia: trufas, huevos, conchas aderezadas con todo tipo de salsa, lentejas, guisantes y calamares, setas de toda clase y ostras y calabazas rellenas, pero antes de cada plato fue servido un aperitivo a base de ajeno. Los vinos, que habían sido solicitados en todas partes de Italia, fueron ofrecidos en gran cantidad: *vinum pucinum*, *trifolinum*, *vesbius*, *vinum mamertinum* y el famoso *falernum*.

Perperna empezó a contar cómo había engañado a Pompeyo y lo ridiculizó, seguido por los relatos de otros invitados que competían por participar en aquel éxito. Se recordaron, entre carcajadas y brindis, las diversas victorias de Sertorio y las humillaciones infligidas en varias ocasiones a todos los hombres escogidos por el Senado de Roma, empezando por la aniquilación de la flota de Cota, la aplastante derrota de Fufidio y los innumerables desafíos lanzados al viejo Metelo, o, por decirlo mejor, a «la Vieja», como lo llamaban los oficiales del general.

El banquete continuó en una exultación de manjares y de libaciones. Los músicos empezaron a tocar una nana que recordaba a Viros su tierra. Brindó, bebió, la música prosiguió fuerte y las bailarinas fueron sustituidas por una danzarina nubia completamente desnuda que capturó las miradas de todos con su piel de ébano.

—¡Obsequio de Pompeyo! —aulló Perperna, visiblemente achispado, mientras todos los comensales alzaban las copas, eufóricos—. Junto al más hermoso caballo que yo haya nunca visto y que mañana regalaré con un millar de prisioneros a nuestro general: Quinto Sertorio.

De nuevo hubo una gran ovación.

—Un caballo lusitano —subrayó Sertorio, enorgulleciendo a Viros, que había bajado la guardia en aquella exaltación de la buena mesa.

No era el único, también sus diez *soldurii*, invitados a permanecer fuera de la sala, habían sido servidos por esclavos y regocijados por bailarinas. Un par de ellos ya había seguido a una procaz sirvienta que había bebido más de lo debido y se había abandonado a miradas lascivas e invitaciones elocuentes.

Fue el turno del segundo plato y con él llegaron mimos y bufones. Viros siguió bebiendo, Grecino, a su lado, le señaló al bufón que imitaba a Metelo y ambos rieron. Un esclavo llenó las copas y continuaron las carcajadas. Sí, era una bella velada como no se veían desde hacía mucho tiempo.

—La Venus negra —preguntó Viros a Malio, sobre el otro lado—. ¿Dónde está la nubia de antes?

El otro se encogió de hombros y alargó el brazo para empapar una albóndiga en el *garum*, la deliciosa salsa que tanto agradaba al ahijado del senador.

—Quiero a la bailarina —dijo el lusitano, alzando la voz, mientras Mecenas charlaba con los ojos enrojecidos por el vino. Viros apuntó las manos al triclinio y se sentó—. La nubia... —farfulló con la lengua entorpecida por el vino.

Malio le puso la mano en el hombro.

—Quédate aquí, la haremos llamar.

El ibérico regurgitó. Trató de levantarse para dar dos pasos, pero el agarre de Malio se hizo más decidido. Viros lo miró y el muchacho sonrió. Con un golpe energético el lusitano se quitó la mano del hombro y se alzó, mientras su estómago se rebelaba ante la mezcla desmedida de comida y vino.

Echó un vistazo en torno mientras el bufón proseguía con su oficio, arrancando risotadas a un público casi totalmente alterado por los excesos. Algunos esclavos

sirvieron aún vasos de vidrio lleno de vino *passum*, de Creta.

De nuevo una mano en el hombro, esta vez de Grecino.

—Ven, Viros, brindemos.

—Debo irme con los míos —respondió este, volviéndose y chocando con algo debajo de la toga del tribuno.

Estaba armado.

Los dos se observaron, el mimo se marchó entre aplausos y los músicos volvieron a tocar. Los ojos de Grecino no tenían signos del abuso de bebida. La mirada era lúcida, la voz, decidida.

Un fragoroso rumor los reclamó. Para coger su vaso Perperna había volcado una de las bandejas que contenían las copas de vidrio, que cayeron haciéndose añicos y provocando una notable confusión. Por doquier había vidrios y vino.

Los esclavos acudieron con prontitud. Hubo un evidente revuelo y, en el desorden, el relámpago de una espada. Los sirvientes aullaron, escapando, algunos resbalaron sobre el vino y acabaron sobre los fragmentos cortantes. Aufidio se echó sobre Sertorio, inmovilizándolo, mientras Hispánico lo golpeaba repetidamente con una *sica*. Viros habría querido avanzar hacia ellos, pero las piernas no le respondieron: el *pugio* de Grecino ya le había dado dos veces en el vientre, mientras a sus espaldas Malio le infligió, con una *falcata*, una herida que lo hizo caer de rodillas.

El lusitano alzó la cabeza con los brazos inermes, colgando a los costados. Malio golpeó de nuevo con violencia en la base del cuello, de donde salió un chorro color rubí. Antes de que la vista se desenfocara en la oscuridad tuvo tiempo de ver el cuerpo de Mecenas en una charca de vino y sangre.

Luego fue el silencio.

Ursiano atravesó el patio donde los legionarios disfrazados de esclavos estaban alineando, entre los árboles frutales, los cuerpos de los guardias lusitanos. Entró con paso decidido en la sala donde reinaba una quietud ideal. Vio a tres hombres arrastrando el cuerpo de Mecenas, que dejaba tras de sí una estela escarlata. Cerca, Viros estaba boca arriba en un charco de sangre.

Una sábana cubría el cadáver de un hombre tendido sobre un triclinio. A poca distancia, un sirviente de mirada aterrorizada ofrecía a Lucio Fabio Hispánico una jofaina de agua perfumada, que se tiñó de rojo en cuanto este introdujo las manos, masajeándolas con cuidado.

—La guardia lusitana ya no existe —anunció Ursiano.

Perperna chupó ruidosamente la quela de una langosta y luego la arrojó sobre el pavimento.

—¿Todos muertos? —preguntó después de haberse acomodado de nuevo en el triclinio.

—Todos, ninguno ha conseguido huir.

—Excelente trabajo, Ursiano —intervino Hispánico, acercándose y secándose las manos en una suave toalla blanquísima—. Bebe algo con nosotros.

En aquel instante el cuerpo de Sertorio fue transportado fuera a pulso por cuatro hombres de la guardia del nuevo amo de Hispania: Perperna Veiento.

—Yo evitaría las purgas demasiado drásticas —dijo Aufidio—. Necesitamos combatientes para enfrentarnos a Pompeyo y esta vez en serio. No olvidemos que todo esto era una farsa y que, en realidad, ese chiquillo nos está poniendo en apuros.

Grecino se sentó en el rincón del triclinio que no estaba sucio con la sangre de Sertorio.

—Estoy de acuerdo con Marco. De seguro, en un primer momento podría haber desórdenes entre las tropas fieles a Sertorio. Muchos querrán desertar o tomar las armas contra nosotros. No deberá haber ejecuciones sumarias, sino solo detenciones momentáneas. Y sobre todo debemos poner a los centuriones de nuestra parte, son ellos los que tienen contacto directo con los hombres. Si atraemos al centurión, tendremos a los ochenta hombres de su centuria.

Aufidio retomó la palabra.

—No olvidemos que los lusitanos desertarán en masa después de la masacre de la guardia de Sertorio.

—Habría sido mejor evitar matarlos, pero no se podía hacer de otro modo, los lusitanos siempre lo habrían apoyado —sostuvo Tarquicio Prisco—. Creo que se replugarán, manteniéndose neutrales.

—Estoy de acuerdo, no creo que apoyen a Pompeyo —remarcó Aufidio.

—Para empezar —dijo Perperna—, soltaremos a todos los rehenes, también los de la escuela. Quien quiera podrá volver a su casa. Esta decisión podría poner a nuestro lado a muchos hispánicos.

—No deberíamos fiarnos de los hispánicos —intervino Malio.

—A propósito de confianza —rebató Aufidio, señalándolo—, yo no tengo ninguna gana de morir por un imbécil como tú que se pone a hablar de conjuras dando nombres de personas a sus amantes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he sabido por uno de tus *amatores* que había un complot para eliminar a Sertorio y me ha costado mucho mantenerlo oculto.

—¿Uno de mis amantes? ¿Quizás ese guapo muchacho del que te has enamorado completamente? ¿Volsinio? Todos saben que estás tan celoso de él que te inventarías lo que fuera para tenerlo contigo.

Otra quela cayó sobre el pavimento. Perperna miró con ojos glaciales a Malio.

—He sabido que uno de los nombres era el mío.

—No, yo no...

También Grecino se hizo oír:

—Y el otro el mío.

El joven tribuno se sintió asediado por las miradas de todos.

—Tu padre, el gran senador, no estaría en absoluto contento de semejante comportamiento, Malio —dijo Perperna—, ahora, yo me pregunto cómo puedo fiarme de ti...

—Yo te garantizo que...

—¿Has dado mi nombre, Malio?

La frente del joven se cubrió de sudor.

—No temas, Perperna, quizás estaba tenso por la conjura, estaba inseguro, pero ahora... —La frase quedó suspendida.

—Francamente no sé qué hacer con un comandante que se pone nervioso si es puesto bajo presión.

—Yo...

—*Centurio* —dijo Perperna, dirigiéndose a Ursiano—, ¿te molestaría ocuparte de la cuestión? Ya ha sido una jornada bastante pesada para nosotros.

Lucilio fue cogido por sorpresa, pero sabía qué hacer y no tuvo dudas. En un instante estuvo sobre Malio que, intentando la fuga, había tropezado con el cuerpo de Viros, aún en el suelo. Sin vacilaciones, el gladio de Ursiano mató al muchacho con un solo golpe en la base del cuello.

El silencio cayó nuevamente en la sala. Todos los presentes se miraron, eran conscientes de que aun teniendo las vestiduras immaculadas tenían las manos manchadas de sangre. Eran mucho más que conjurados, eran mucho más que enemigos de Roma. Eran asesinos.

Hispánico ofreció una copa al nuevo adepto. Ursiano bebió sintiendo el sabor carnoso del vino que le llenó la boca áspera y seca. Lo tragó de un tirón, se limpió los labios con el antebrazo y leyó la inscripción grabada en el cáliz: «Disfruta, mientras estás vivo».

Valerio observó la columna que se aproximaba y se asomó del lado interno del campamento que daba sobre la Vía Principal.

—¡Ya llegan!

Emilio miró hacia arriba, protegiéndose del sol, y dio la orden de alinear a la guardia para dar la bienvenida al comandante, que regresaba al campamento. Mientras se apretaba el barboquejo, percibió a contraluz las enseñas que ondulaban entre el polvo dorado y acto seguido miró hacia la torre.

—Esos no son los lusitanos.

—Creo que es Aufidio, *centurio* —respondió Lucas Valerio.

Rufo se ajustó el talabarte, alzó nerviosamente el hombro y echó un vistazo a Volsinio mientras este contemplaba la columna que llegaba. Era Aufidio, y a sus espaldas había otro cimero aún no identificado. Emilio lo reconoció solo a una veintena de pasos, cuando los primeros jinetes de la escolta ya habían superado el umbral: Lucio Fabio Hispánico.

El centurión saludó la llegada de los tribunos, que respondieron y entraron al paso con sus sementales, seguidos por toda una cohorte. Rufo se encaminó por la Via

Principalis para alcanzar a Marco Aufidio y ver si había disposiciones o noticias frescas de Osca y, naturalmente, preguntar dónde estaba Sertorio.

Llegó al cuartel destinado a los altos oficiales, donde los jinetes desmontaban para dirigirse hacia sus alojamientos.

—*Ave, centurio.*

Rufo se dio la vuelta y vio a Ursiano. Era él quien lo había saludado, y lo había hecho con una sonrisa que no anunciaba nada bueno.

—El tribuno Hispánico te espera en su alojamiento.

En aquel momento Emilio entendió que algo no marchaba. No tenía claro qué era, pero sabía que era así. Debía de haber un motivo importante para convocarlo de inmediato a un coloquio.

—Tengo la orden de escoltarte —continuó provocadoramente Ursiano, que se puso al lado de Rufo con cuatro legionarios—, te abro camino.

Emilio entró en la antecámara de los alojamientos de los oficiales rodeado por los hombres de la escolta y llegó al despacho del tribuno, que estaba vigilado por cuatro soldados de caballería. El tribuno se estaba haciendo quitar la coraza por un sirviente y otro, diligente, mezclaba agua y vinagre.

—He aquí a nuestro Rufo —empezó Hispánico—, veo que nos devuelves el campamento en orden, como lo hemos dejado.

El centurión no rebatió, se limitó a responder formalmente empezando a leer de una tablilla de cera los efectivos presentes, los ausentes y los enfermos, hasta que el tribuno lo interrumpió.

—*Et cetera.* Está bien, Rufo, pasemos al motivo de esta convocatoria urgente —dijo, sentándose cansadamente sobre su silla—. Quinto Sertorio ha llegado a un acuerdo con Roma para negociar una rendición y salvar su vida a cambio de la entrega de los proscritos declarados enemigos de la República. En la práctica, habría entregado a todos los senadores de Osca y a la casi totalidad de los altos oficiales de su séquito, por tanto, todo el Senado ha votado su destitución.

Emilio se quedó de piedra, el rostro inmóvil, el corazón parado.

—El control de todos los hombres que estaban bajo Sertorio pasa, entonces, a Marco Perperna Veiento, que me ha enviado a tomar el mando de esta legión.

Volsinio tenía razón, había un complot y los conjurados eran muchos.

—Sé perfectamente —continuó Hispánico—, que esta ha sido desde siempre la legión fidelísima al exgobernador de Hispania y que, en consecuencia, por este motivo, podría haber desórdenes. Sabe que es mi precisa voluntad evitarlos y hacer de modo que todos acepten de buena gana la voluntad del Senado de Osca, comenzando por los lusitanos acantonados en el sector oriental del campamento.

Aufidio entró en aquel momento en el despacho con dos guardias, Emilio lo miró y lo saludó.

—Queremos saber si colaborarás con nosotros para mantener el orden, Rufo —concluyó Hispánico, tajante.

—¿Puedo preguntar, tribuno —dijo Emilio, mirándolo—, dónde están Quinto Sertorio y su ayudante, Quinto Mecenaz?

Un pesado silencio envolvió la estancia hasta que Aufidio tomó la palabra después de haberse aclarado la voz.

—Rufo, escúchame bien. Sertorio y su séquito de fidelísimos han sido destituidos, todos los hombres que comandaba Sertorio ahora están bajo el mando de Perperna. La cúpula del ejército se ha alineado con el nuevo comandante, pero necesitamos a los centuriones, a aquellos como tú, que están cerca de los soldados. No deben fomentarse insensatas revueltas, podría debilitar al ejército con deserciones o causar pérdidas que darían nueva energía a Pompeyo, que gana amenazadoramente terreno. Ha cambiado el comandante supremo, no el motivo del conflicto. Debemos continuar lo que ha iniciado Sertorio, pero debemos hacerlo mejor que él, porque en los últimos tiempos el general ha dado evidentes signos de desequilibrio. Favorecía a los españoles, olvidando completamente a los itálicos, que han combatido por él y han dado la vida por él desde el inicio de su aventura.

Emilio mantuvo la mirada firme sobre el tribuno, la respiración medida, el corazón enloquecido.

—Ahora el problema son los desórdenes, sobre todo en su cuartel general. Tú puedes incluso no compartir el cambio de la cúpula, pero no te permitiremos que enciendas una revuelta que nos pueda hacer daño. ¿Lo entiendes?

El centurión asintió.

—Por tanto, si te interesan tus muchachos, vuelve donde ellos y háblales de este cambio. Si no lo haces tú, lo haremos nosotros.

Emilio observó a Aufidio, luego a Hispánico.

—Mecenaz no solo ha sido mi centurión, ha sido también un gran amigo. Quiero saber dónde está y quiero saber dónde está mi comandante Sertorio antes de poner mi espada al servicio de otros.

—... Nunca se habría apartado, solo, ni siquiera si se lo hubiéramos implorado, ¿entiendes? Debía ser eliminado.

Emilio no rebatió, se quitó el talabarte y lo puso sobre la mesa con funda y todo.

—Dado que no queréis decirme qué ha sucedido con mi comandante supremo y con su ayudante, no estoy dispuesto a servir bajo vosotros.

—Es suficiente —soltó Hispánico—. Cayo Emilio Rufo, serás trasladado a Osca con efecto inmediato. Dirás a los tuyos que has sido llamado para adiestrar con urgencia a un nuevo contingente de soldados llegado de Numancia o de Clunia o de alguna otra ciudad celtíbera. Parte en este momento y una vez llegado a Osca serás arrestado y desde aquel momento no formarás parte de este ejército, ya no recibirás la paga y todo lo que tienes te será confiscado.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, Rufo? —preguntó nuevamente Aufidio en un último intento.

Emilio asintió.

—Diré a los míos que debo reunirme con Mecenas en Osca para adiestrar a las nuevas levadas. Pero debéis dejarme ir solo, de otro modo no se lo tragarán.

—Podrías contarles cualquier cosa, Rufo —subrayó Hispánico, tenso.

—¿Con qué fin? Las cosas no cambiarán. Tendréis necesidad de hombres para combatir a Pompeyo; hombres que no tendréis nunca. Los lusitanos acampados aquí fuera se disolverán como la nieve al sol en cuanto lo sepan y junto a ellos se marcharán todos los demás desertores en la región. Ninguno de ellos combatirá para Perperna y lo mismo ocurrirá con los celtíberos y con los mauritanos que servían solo al general. Una vez perdidos los hispánicos ya no recibiréis comida, son los lusitanos los que están sosteniendo, con enormes sacrificios, esta campaña que han fuertemente querido. Ellos no han deseado a uno cualquiera de los gobernadores que se han sucedido en estos años, sino a Sertorio. Los graneros se vaciarán en ocho, quizá diez semanas y seréis obligados a devastar las campiñas para encontrar el trigo y esto provocará la pérdida del apoyo de los habitantes, que se unirán a las filas de Pompeyo, el cual hará enviar de las Galias o de Roma lo necesario para continuar esta guerra, él tiene el poder de hacerlo. Habéis matado a Sertorio porque os sentíais subordinados a un solo hombre considerado un déspota. Quizá sea cierto, pero debíais esperar a que intentase vencer esta guerra antes de hacerlo, sin él nunca podréis continuar combatiendo. El vuestro ha sido un movimiento suicida.

—Oye, oye, tenemos entre nosotros a un gran estratega —pontificó irónicamente Hispánico—, ¿tienes algo más que añadir?

—Sí, cuando Pompeyo derrote a Perperna, porque está claro que lo hará, los soldados itálicos serán indultados con un acto de clemencia para poner fin a esta guerra fratricida, mientras que la «cúpula», como la llamáis vosotros, será eliminada.

—¡Ursiano, arréstalo! —ordenó Hispánico.

El viejo enemigo de Rufo se acercó y con evidente satisfacción le indicó la dirección a seguir. Emilio saludó a los dos tribunos y se encaminó hacia la salida, seguido por su verdugo y por los cuatro legionarios. Recorrieron un trecho de la Vía Principal y Emilio se volvió.

—¿Qué ha sido de ellos?

Lucilio Ursiano alzó una ceja.

—¿No te lo imaginas?

—No. Dímelo.

—Te conviene cambiar de tono, Rufo, ya no eres nadie, y si continúas así te reunirás muy pronto con tu Mecenas y tu Sertorio... en los Campos Elíseos.

Emilio miró a Ursiano a los ojos esperando que estuviera mintiendo, aunque en su corazón había tenido ese presentimiento desde el principio. A Sertorio no se lo podía apartar, solamente se lo podía asesinar y para hacerlo era preciso eliminar también a su séquito. Rufo bajó la cabeza.

—¿Cómo ha sucedido?

—No te concierne, Rufo, camina.

—Sabes perfectamente que Mecenas era un hermano para mí.

—¿Por qué debería decirte algo, Rufo? Has dicho varias veces que me matarías, has dicho que solo esperabas el momento oportuno. Por tanto, ahora, ¿por qué debería conmovirme por tus lloriqueos o demostrarme comprensivo y hacerte el favor de contarte lo que ha sucedido? No, no tendré gestos compasivos contigo, me divertiré viendo cómo te hundes en el abismo.

—Por más bajo que pueda caer, Ursiano, nunca llegaré adonde estás tú.

—Te haré morir, Rufo, día tras día. Y cuanto más te aferres a la vida, más me afanaré para sustraértela poco a poco; si prefieres morir, me esforzaré por mantenerte con vida. Prolongaré tu agonía, me implorarás, me suplicarás que te deje morir.

El grupo se detuvo delante de la tienda de Emilio, donde los suyos estaban ocupados ordenando las últimas cosas antes de irse a descansar después de haber finalizado el turno de guardia nocturna.

—¿Todo bien, *centurio*? —preguntó Valerio examinando el séquito de su comandante, mientras el resto de la centuria se acercaba con curiosidad.

—Todo bien, Lucas Valerio, pero por desgracia debo correr de inmediato a Osca. Han llegado nuevas levadas de Numancia y deben ser entrenadas de inmediato. Pompeyo está muy cerca y pronto deberemos dar batalla.

—¿Te trasladan?

—Es algo momentáneo, volveré pronto.

Valerio lo observó. Era evidente que no creía en aquellas palabras. Apuntó los ojos sobre Ursiano.

—¿Y quién comandará la centuria de Rufo?

—Lo sabrás a su debido tiempo, soldado, ahora vuelve a hacer lo que estabas haciendo sin hacer preguntas que no te conciernen. No te pagan por eso.

La mirada de Valerio se hizo amenazante.

—Ayúdame a coger mi equipo —dijo Emilio.

El coloso siguió a su comandante dentro de la tienda, con Ursiano detrás, que se detuvo en el umbral ante las palabras de Rufo.

—Necesito hablar a solas con Lucas Valerio Libo, si no te molesta.

Lucilio Ursiano no pudo por menos de aceptar. Las miradas de unos cincuenta legionarios estaban clavadas en él y la tensión en el aire era palpable. Ante un gesto de Emilio habría podido estallar el fin del mundo.

—¿Quiénes son esos? ¿Son hombres de Perperna?

Emilio se llevó el índice a la boca, haciendo callar a Valerio.

—Cállate y escucha bien —susurró—, Sertorio ha sido destituido, quizás asesinado, no lo sé. Yo... yo iré a Osca y tú debes prometerme que permanecerás aquí y tendrás a los hombres de tu parte. Estaréis unidos y no cometeréis locuras.

—¿Asesinado?

Emilio puso el diario en las manos de Valerio.

—Escóndelo, hazlo por mí.

Valerio miró el cilindro de cuero envuelto en una túnica, luego a su centurión.

—No te dejaré...

—Tú harás lo que te digo —rebatió Emilio, seco, señalándolo—. Si no he vuelto para cuando se produzca el enfrentamiento con Pompeyo y las cosas se ponen feas...

Los dos se miraron.

—Si las cosas se ponen feas prométeme que os rendiréis. Pompeyo concederá la gracia a los soldados.

—Rendirnos...

—Sí, no podremos ganar sin Sertorio, tanto da rendirse.

Ursiano irrumpió en la tienda.

—El tiempo aprieta.

—Acabo de coger mis cosas —dijo Rufo—, Valerio, pásame las túnicas.

—Un momento —dijo Ursiano—, este arcón...

Valerio no entendió, Emilio sintió una llamada.

—Este es mi arcón.

—¿El tuyo?

Ursiano miró a Rufo.

—¿Qué hace mi arcón en tu tienda?

—Tiene el símbolo del centurión, Viros lo encontró en Laurona y me lo entregó creyendo que era mío. He debido forzarlo, pero no he encontrado nada dentro que atestigüe su propiedad, de otro modo, te lo habría dicho.

Ursiano revolvió el contenido del arcón. Apartó con vehemencia la capa, la *falcata* y el equipo de aseo.

—Falta algo, Rufo.

—No sé de qué hablas, Viros me ha entregado ese arcón simplemente porque ha visto el símbolo que distingue al centurión.

—Había un documento en un estuche de piel.

Valerio se puso de costado, en modo de ocultar el objeto en disputa.

—No, yo no lo he visto.

—¡Es imposible!

—No he visto ningún estuche.

—Tú has reventado ese arcón, por tanto, tienes que haber encontrado ese documento.

—¡He dicho que no! Alguien la habrá abierto antes que yo.

—Te arrepentirás de esto, Rufo.

Valerio se acercó, amenazante, a Ursiano, superándolo con su mole. Emilio intervino deteniéndolo por el brazo. Los dos se observaron y Rufo reconoció en la mirada de su legionario la misma de Ambato.

—Está todo bien, Valerio.

—¿Has oído a tu centurión? Está todo bien. Salvo que desde mañana me convierta en tu comandante —dijo Ursiano, intimidante—, en ese caso, no te veo un

gran futuro.

En el rostro del legionario apareció una sonrisa que se transformó en una mueca.

—Tú podrás convertirte en el comandante de esta centuria, pero estate atento, porque los legionarios siempre harán lo que yo les diga que hagan. —La mole del soldado prevaleció sobre la del centurión—: Llévate una cincuentena de guardias si quieres dormir tranquilo o mantente lejos de los Hijos de nadie.

Valerio estaba mirando el techo de la tienda cuando oyó que Volsinio se acercaba a él.

—¿Entonces? —susurró.

El muchacho se arrinconó, como si quisiera ocultarse, cerca de su amigo, hablándole con un hilo de voz:

—El tribuno Aufidio dice que estemos tranquilos. En Osca ha sucedido lo irreparable, una discusión durante el banquete que ha degenerado en tragedia. Sertorio ha sido asesinado.

El rostro de Valerio se contrajo.

—El general... ¿el general ha sido asesinado y nosotros debemos estar tranquilos?

—Valerio, no se puede hacer nada.

—Jodidos bastardos, lo han asesinado. Pero entonces... ¿Mecenas?

Volsinio bajó la mirada.

—No puede ser cierto... Mecenas...

—También Viros y los de la guardia.

Valerio se cogió el rostro entre las manos, no conseguía asimilar lo ocurrido.

—Los acontecimientos ya se han producido —subrayó Claudio—, y nosotros no podemos detenerlos. Han eliminado al comandante y a parte del Estado Mayor, ahora tratan de evitar desórdenes con los legionarios.

—La cúpula... pero si Aufidio está vivo quiere decir que forma parte de la facción que ha eliminado al general. ¿Y los demás? ¿Han muerto todos? ¿Tarquicio Prisco, Grecino? ¿Malio?

—No lo sé, no lo sé, pero todos estaban de acuerdo. Las legiones ya se encuentran bajo el mando de nuevos comandantes. Mañana Hispánico asumirá el liderazgo de nuestra unidad.

El coloso tragó con los labios cerrados.

—Rufo... Rufo no fue a Osca para adiestrar a los reclutas, lo alejaron.

—Aufidio me ha garantizado que pensará en Rufo. No le ocurrirá nada.

—¿Tenemos que fiarnos del que ha acabado con Sertorio y Mecenas? —preguntó Valerio, irónico—, ¿sabes cuánto puede valer para él la vida de Rufo?

—Oye, estamos clavados aquí, aislados. No sabemos dónde está Rufo exactamente, pero... me fío de Aufidio y, además, ¿qué cambia para nosotros?

—¿Qué cambia? Lo que cambia es que si antes estaba dispuesto a combatir por

Sertorio, Mecenas y Rufo, ahora no lo estoy por Perperna, Hispánico y Ursiano.

—Ursiano... mañana asumirá el mando de esta centuria.

Valerio entornó los ojos.

—No. Tomaré yo el mando y Ursiano, entre nosotros, solo encontrará pestilencia.

En una noche Emilio había alcanzado Osca con un escuadrón de la guardia de Hispánico. Eran todos de la Galia Cisalpina, ningún ibérico que pudiera reconocer a Rufo y liberarlo. Lo escoltaron donde el comandante de guardia, que había recibido disposiciones al respecto. Varios centuriones llegaron a las prisiones de Osca aquella noche, Rufo no era una excepción.

La celda se cerró a espaldas de Emilio dejándolo en la oscuridad más absoluta. El centurión se apoyó con la espalda en la pared sucia que miraba a la reja de la puerta. Le habían quitado todo salvo la túnica. Nada de cinturón, armadura o armas. Todo borrado: grado, carrera, años de sacrificios. Se dejó deslizar lentamente a lo largo del muro hasta encontrarse sentado. Puso los brazos cruzados sobre las rodillas. Escuchó alejarse a los guardias e inclinó la cabeza entre los brazos.

—*Centurio*.

Emilio prestó atención y aguzó la mirada para tratar de enfocar a la sombra que le estaba hablando más allá de la reja.

—*Centurio*, soy yo, Lucio Petrosidio, ¿te acuerdas de mí?

—Lucio Petrosidio... —repitió, Rufo, inseguro, antes de recordar—, sí, en la escuela de Osca, aquella noche —dijo con tono distanciado.

—¿Tienes sed, *Centurio*?

Rufo asintió, tenía la boca terriblemente amarga y pastosa, pero la sed parecía ser el último de sus problemas aquella noche. No obstante esperó el regreso del muchacho, que le pasó una mísera taza desportillada. Rufo la tragó con un sorbo y agradeció con un gesto de la cabeza al joven soldado que permaneció observándolo a la cara. Le recordaba algo. No una persona o una sensación, sino que era como si ya hubiera vivido aquel momento.

—¿Te estás preguntando qué hago aquí, verdad, muchacho?

Petrosidio asintió.

—La he hecho gorda, he desobedecido una orden.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque esa orden me obligaba a renegar de un amigo.

—Debe de ser un gran amigo para... hacerte renunciar a la libertad.

—No es solo la libertad, en la que he creído desde que nací. Renuncio a mi vida y no en sentido amplio. ¿Sabes?, creo que no saldré vivo de esta celda.

Petrosidio se acercó algunos pasos.

—¿Ese amigo merece tanto?

—Sí.

—Te lo agradecerá.

Una mueca amarga cayó sobre el rostro del prisionero.

—Ojalá pudiera, está muerto.

—¿Muerto?

—Muerto.

—¿Haces esto... por un muerto?

—Su memoria no está muerta, muchacho. Vive dentro de mí, renegar de él sería como matarlo por segunda vez. Los legionarios no mueren en vano, muchacho, permanecen en las filas, en el puesto asignado, durante la eternidad.

La admiración que aquel muchacho sentía por el centurión no disminuía aunque estaban separados por aquella verja. En aquel momento Emilio entendió y recordó aquellos instantes y tuvo clara también la imagen de Petrosidio.

—¿Primera vigilia?

—Sí.

—Es el mejor turno —dijo Rufo—, aunque ves que todos los demás se van a descansar después de reconfortarse, al menos no eres despertado en el corazón de la noche para salir al frío y mirar la oscuridad en el silencio.

—Sí, la segunda y la tercera vigilia son verdaderamente duras.

Le parecía revivir una parte de su existencia. Aquella mirada era la suya, mientras observaba a Mecenias prisionero, sentado en el suelo con cadenas en las muñecas. Emilio sacudió la cabeza, incrédulo, porque sintió dentro de sí el calor de las palabras del gran viejo y no pudo contener la emoción. En un santiamén tuvo la nítida sensación de que saldría de allí indemne.

Muchos de los itálicos que habían militado bajo Sertorio acogieron con rabia la noticia de su muerte. Hubo deserciones, algunos se unieron a los mauritanos para ir a África, otros huyeron, otros más fueron arrestados, exactamente como Rufo, para evitar males mayores. Se necesitó un lapso para calmar las aguas, un tiempo precioso que Pompeyo y Metelo usaron de la mejor manera, pero al final Perperna se ganó a los resistentes a ponerse de su parte empujándolos de manera muy convincente, con el dinero de Mitrídates.

Fue bastante clemente y para atraerse a una gran parte de los efectivos evitó las ejecuciones sumarias de aquellos que se oponían tenazmente al cambio de mando obtenido mediante el engaño y el asesinato. Esta política, que dejaba margen y flexibilidad, obtuvo algunos frutos y permitió que Emilio y otros como él sobrevivieran en la prisión, fenómeno que en otras circunstancias no habría ocurrido.

La situación, aunque controlada, nunca se estabilizó del todo. El ejército estaba, de hecho, partido en dos y hubo un amplio círculo que se negó a someterse a la voluntad de los nuevos comandantes. Con estos no fue en absoluto blando.

Trató de mantener una línea similar con los españoles, pero su estrategia no se

reveló para nada vencedora. Puso en libertad a todos los muchachos de la escuela de Osca, que se reunieron con sus familias. La mayoría de las ciudades se rindieron en rápida sucesión. Los lusitanos enviaron sus embajadores a Metelo pidiendo el fin de las hostilidades.

En la Citerior un puñado de ciudades resistió con determinación algunos meses, pero luego cedieron, abriendo las puertas a Pompeyo. Entre estas, Calagurris Nasica dio un ejemplo de abnegación total a la causa y los habitantes prefirieron alimentarse de los caídos antes de rendirse y doblegarse al bloqueo impuesto por Pompeyo.

Provincia tras provincia, el territorio conquistado por el nuevo Aníbal se restringió hasta reducirse a una franja comprendida entre el río Ebro y los Pirineos, precisamente donde todo había comenzado. Seguían siendo, Osca e Ilerda, los últimos baluartes fieles a los *populares*, desafiando al mundo que presionaba en torno a ellos como una tenaza.

La última batalla de una guerra comenzada quince años antes por Mario y Sila fue vencida, por ironías de la suerte, con una estratagema de clásico estilo sertoriano, pero esta vez adoptada por Pompeyo. El joven general había aprendido la lección y había jugado con astucia, mandando en avanzadilla a diez cohortes. Perperna picó el anzuelo demostrando su total carencia de conocimiento estratégico y táctico del arte militar del gran general al que había hecho asesinar.

Las diez cohortes fueron atacadas y cuando se retiraron fueron perseguidas. El desastre fue total cuando Hispánico, Aufidio, Prisco y Grecino se encontraron frente a todo el ejército de Pompeyo dispuesto sobre una posición elevada.

—¡Es una trampa, maldición! —gruñó Ursiano, imprecando—, ¡mantened la formación! ¡Mantened la formación! —repitió aullando a voz en cuello para hacerse oír hasta las últimas filas.

Miró a la derecha, a la legión enemiga que descendía de la colina, y al mismo tiempo a la alineación de los hombres de Hispánico, que vacilaban frente a aquella masa compacta aparecida de la nada. Esperó una orden, un correo, un condenado jinete que viniera a decir cómo debían disponerse, pero solo llegó el trueno del enemigo que se acercaba.

Volvió la cabeza al otro lado y a lo lejos vio a más hombres de Pompeyo tomando posición. El cuadro de la situación era horripilante, una gran mordaza estaba a punto de triturarlos y todos eran conscientes de ello, pero igualmente observaban, atónitos, la maniobra enemiga.

—Nos han jodido —dijo con una sonrisa amarga, sacudiendo la cabeza, antes de mirar atrás, hacia el *optio*—. Volsinio, estate listo, llegarán por el flanco derecho. No deben pasar.

Claudio asintió.

—No pasarán —dijo para hacerse oír por el centurión, pero no suficientemente convencido para hacerse oír por los suyos, los cuales contemplaban al enemigo con los rostros sombríos y la certeza de que habían llegado al fin de aquella guerra y

quizá de su existencia.

Habían perseguido, habían buscado el enfrentamiento, habían acosado a las cohortes de Pompeyo y ahora, delante de aquel espectáculo, sintieron toda su impotencia. Estaban cansados, estaban desmotivados, ya no tenían el espíritu para afrontar, de manera ganadora, una batalla campal. Esto era lo que pensaba Valerio. Advertir el propio fin frente al enemigo antes del enfrentamiento era una sensación desarmante.

Las palabras de Rufo afloraron en su mente justo en el momento en que desde las filas enemigas se alzó un estruendo. Si las cosas se ponen feas, prométeme que os rendiréis.

Su mirada fue a Ursiano, poco más adelante. Desde que el centurión había ocupado el puesto de Emilio, Valerio no había hecho más que provocarlo y desafiarlo. Había obedecido sus órdenes, pero con el ánimo de una fiera lista para saltarle al cuello. Lo observaba y en él crecía un convencimiento.

Ursiano no habría dado la vida en aquella batalla y nunca habría combatido hasta el final. Habría ordenado replegarse, habría dado la orden de rendirse. Y eso esperaba Valerio. La orden que lo habría liberado de contener los propios impulsos sin sentimientos de culpa. Un paso atrás y el centurión habría encontrado la espada del coloso.

—¡Volsinio, detenlos! ¡No deben pasar!

En aquel momento, sobre la derecha de la alineación, una ola humana chocó contra las exhaustas filas de la legión de Hispánico.

Los hombres de Pompeyo advirtieron que el momento crucial había llegado y elevaron un grito rabioso antes de aumentar la presión. Hispánico intentó contrastar el avance oponiendo a los veteranos itálicos que afrontaron su destino como viejos leones. Sin embargo, su valor no necesitó mucho para que la carga de los pompeyanos llegara a ser incontenible. Orden tras orden los hombres retrocedieron los unos contra los otros con un efecto que muy pronto se convirtió en aglomeración. Valerio trató de mantener las distancias en torno a sí, pero el prepotente avance había desordenado las filas. Desde su altura conseguía reconocer los yelmos de los legionarios e identificar su posición, pero la confusión era tal que tenía las de ganar sobre todo el resto.

—¡Mantened las distancias! —dijo Ursiano, empezando a empujar a los legionarios más próximos con el gran escudo, mientras los estandartes de las unidades ondeaban y el clamor de la batalla se hacía cada vez más cercano.

Volsinio intentó recuperar el orden, aullando, pero estaban demasiado apiñados y no podrían sostener el combate. Órdenes, gritos, momentos de confusión. Valerio volvió a buscar la posición de Ursiano, que se había desviado a la izquierda, como si quisiera abrir un espacio entre él y lo que habría sucedido poco después. Fue en aquel momento que Lucas Valerio comprendió las intenciones del centurión, que estaba ganando la vía de escape, y para hacerlo sacrificaba a Volsinio y los suyos. Llamó a

Volsinio repetidamente, tratando de superar con la voz el clamor de la batalla y luego se abrió paso entre los hombres para alcanzar a su amigo y sacarlo de allí.

Tropezó contra un muro humano, los legionarios ondularon, alguien aulló que retrocedieran, otros llamaron a retirada. Como por encanto, dejaron de ser una formación de hombres férreos para convertirse en una masa en busca de la fuga y la salvación.

La multitud enloqueció al instante.

—¡Claudio! —aulló Valerio procurando oponerse a los camaradas que daban la espalda al enemigo para buscar su salvación. A pesar de su mole, Valerio debió moverse al compás de aquella fuerza ciega para no ser arrollado, empujado por el ímpetu de aquella manada sin meta que, entre tanto, engullía a quien no mantenía el paso. Arrojado hacia delante chocó con algo, pero la masa lo mantuvo derecho—. ¡Vete, Claudio! —aulló inútilmente, mientras era arrastrado por la crecida que continuó hasta una mancha de arbustos que se transformó en bosque. Allí, los hombres tomaron distintas direcciones y el grupo se hizo menos compacto.

Sin aliento, el legionario se inclinó sobre las rodillas, respirando afanosamente. Un grupo de jinetes pasó casi rozándolo. Entre estos, reconoció al tribuno Hispánico, que se sustraía ignominiosamente de su cargo. Observó de dónde había llegado, mientras a lo lejos la polvareda indicaba el sector donde la batalla aún arreciaba.

—¡Volsinio! —aulló—. ¿Dónde estás, Volsinio?

Nadie respondió, solo hombres en fuga y carros con pertrechos abandonados de prisa. Uno de estos estaba volcado y su carga de trigo esparcida entre la hierba.

Aspiró por la nariz, recuperó el escudo y volvió por donde había venido.

—¡Volsinio!

Superó los cuerpos de aquellos que, aplastados por la multitud, estaban agonizantes o sin vida. El terreno estaba salpicado de yelmos, armas y escudos. Cualquier cosa que pudiera pesar había sido abandonada o perdida.

—Volsinio.

Dos caballos al galope pasaron, lejos.

—¡Volsinio!

Delante de él estaba desplegada una larga línea de escudos con la loba. Pompeyo había roto y estaba avanzando. Dos proyectiles de honda silbaron cerca. Valerio levantó el escudo, instintivamente, y un tercero se estrelló sobre la madera. Miró a su alrededor mientras los pompeyanos avanzaban rematando a los heridos quedados sobre el terreno.

Retrocedió tropezando con un cadáver, pero consiguió mantenerse de pie. Un *glans* le cogió de refilón el yelmo, si las cosas se ponen feas, prométeme que os rendiréis.

Se volvió y empezó a correr abandonando el escudo y mientras corría siguió gritando para sus adentros el nombre de su amigo, hasta que un dolor agudo en la pantorrilla lo hizo caer. Se levantó, apretando los dientes, lanzó lejos el yelmo y

continuó su carrera lo más rápido que pudo. Superó a un herido que se tambaleaba, se dirigió hacia el bosque donde habían huido los otros. Atravesó las matas espinosas arrojándose más allá de las zarzas sin volverse. Se detuvo del otro lado de una mancha de helechos con la túnica rasgada y los miembros desgarrados por las espinas. Cayó al suelo, respirando ávidamente, luego reunió las fuerzas, le faltaba el aire, remontó la colina boscosa para alejarse, no sabía la dirección y tampoco sabía ya el motivo de su fuga.

Vio a otros jinetes, reconoció a algunos de la guardia de Perperna, se escondió a tiempo. Uno de ellos era perseguido por algunos jinetes galos. La batalla ya se había transformado en una caza del hombre. Las vanguardias enemigas a caballo se esparcían entre los fugitivos asestando golpes mortales. Valerio se apoyó en el tronco de un árbol y sintió, clara, la efervescencia de las armas, relinchos de caballos y el alarido animado de algunos jinetes. Se asomó lo suficiente para ver a Perperna rodeado, que ordenaba a los suyos que resistieran. La guardia del general afrontó al arrollador número de los enemigos hasta que Perperna ya no tuvo fuerzas y viéndose perdido arrojó las armas, implorando piedad.

Valerio miró con rabia al hombre que solo había traído desventura y que trataba de salvar la vida sin una sombra de vergüenza por su actuación. En aquel gesto innoble el legionario leyó la inutilidad del sacrificio de todos los hombres caídos en aquel día y en los días precedentes y quizás en toda la guerra.

Sintió que toda su energía escapaba de sus brazos y una sensación de agotamiento y de abandono, cuando el borboteo de un caballo llamó su atención. Uno de los sementales de la guardia de Perperna, sin jinete, estaba a pocos pasos.

Era un don de los dioses. Quizá querían otro destino para aquel muchacho. El legionario alcanzó con paso sosegado al caballo, lo tranquilizó y luego cogió las riendas y lo montó. Golpeó con los talones y lo espoleó por la colina y luego más allá, descendiendo del lado opuesto hasta encontrarse en un pequeño claro donde estaban confluyendo, exhaustos, los salvados del ejército de los *populares* que trataban de volver a su campamento.

Se lanzó al galope hacia el campamento donde el rumor de la rendición de Perperna ya había llegado, dejando a todos atónitos e indecisos sobre su futuro. Alcanzó el cuartel de su centuria, desmontó del caballo y se encaminó a grandes pasos hacia la que había sido la tienda de Rufo. Con un gesto fulminante abrió la cortina de la tienda, haciendo estallar la luz en su interior. Ursiano estaba recogiendo su dinero y sus efectos personales. Se volvió, lanzándole una mirada feroz.

—Por un instante tuve miedo de no verte más, *centurio*.

Los dos se desafiaron con los ojos, Ursiano apretó las mandíbulas.

—Vayámonos de aquí, Valerio Libo.

—Tú no vas a ninguna parte. Tu fuga acaba aquí, junto con tu innoble existencia.

—Déjame pasar, Libo, no te lo repetiré —dijo el oficial desenvainando el gladio.

Valerio cogió, rápido, el banco de campaña y lo lanzó encima del centurión,

golpeándolo en el brazo. Se inclinó y le arrojó encima también el arcón, que se abrió desparramando por doquier su contenido. Ursiano cayó hacia atrás y trató inmediatamente de levantarse, dolorido en el brazo y en una pierna. Cuando se puso de pie chocó con la mirada endemoniada de Valerio, que blandía la letal *falcata* que había sido de Ambato. La había recogido del suelo en medio de la algarabía de objetos salidos del bagaje.

—Te mataré, bastardo —aulló Ursiano, abalanzándose sobre el legionario, que evitó la embestida y respondió con un golpe decidido, esquivado por el contendiente. Los dos se acercaban y se alejaban destruyendo todo lo que se encontraba en la tienda. Sin protecciones y sin escudo sabían que al primer error uno de los dos acabaría muerto y, como gladiadores, se enfrentaban rabiosos y concentrados.

Una finta y un golpe y de nuevo el legionario evitó y respondió, luego los papeles se invirtieron varias veces y los embates se hicieron cada vez más letales, hasta que la hoja de la *falcata*, más pesada y compacta, se impuso sobre la del gladio, que vibró resbalando de la mano del centurión.

Ursiano trató de agacharse para coger su arma, pero en un instante el coloso estuvo encima de él, con una mano lo aferró por la garganta y con la otra hundió la hoja en el vientre.

Con la boca abierta y el hierro saliéndole por la espalda, el centurión se tambaleó, con los ojos desorbitados, aún incrédulo ante lo sucedido.

—Has recogido lo que has sembrado, Ursiano, salúdame a Orco.

La hoja salió y el centurión cayó de rodillas, llenando el terreno de sangre. Miró a su carnicero, se desplomó en el suelo y empezó a sufrir espasmos convulsos.

La guerra entre Mario y Sila había terminado.

Emilio alzó la mirada hacia las bóvedas del techo. Fuera había un gran trasiego. Oía voces confusas, relinchos de caballos. Pasos resonaban en los corredores subterráneos de las prisiones.

Se quedó sentado como siempre, en aquella posición acurrucada con los antebrazos encima de las rodillas que se había convertido en una costumbre. Solo a veces se alzaba y recorría los pocos pasos que le concedían aquellas dieciocho sucias lastras de piedra sobre el pavimento. Las había contado y las conocía una a una. Sabía dónde caminar para evitar los excrementos de los cuales ya ni siquiera sentía el olor.

Estaba sucio, la barba descuidada, los pies desnudos, no tenía más que una vestidura inmundada y sus recuerdos. Esos no habían conseguido quitárselos.

Le seguían llamando la atención los rumores, que eran más frecuentes y frenéticos de lo habitual: carros, cascos, vocerío confuso.

Se levantó y dio algunos pasos hacia la reja para mirar afuera, más allá de su mundo; un confín que casi lo atemorizaba. No sabía qué esperar en el exterior de ese lugar, mientras que aquella celda maloliente se había convertido en una especie de

refugio. No sabía de qué debía huir, quizá de la vergüenza de no haber reaccionado de manera adecuada al destino. Quizá de haberse rendido.

Al captar un eco de pasos se alejó de la verja. Volvió a su rincón y se sentó, como en un ritual, en la postura habitual, con la perspectiva habitual.

—*Centurio*.

—Lucio Petrosidio, hay movimiento fuera. ¿Qué sucede?

El guardia sacudió la cabeza, miró a su alrededor como si no supiera qué decir ni qué hacer.

—Se están marchando, *centurio*, todos.

La mirada de Rufo se hizo atenta. Se puso de pie.

—¿Se marchan?

—Han llegado unos jinetes con la noticia de que Perperna ha perdido una batalla no muy lejos de donde nos encontramos —dijo, incrédulo, señalando a la nada con la mano—. Ha sido capturado. Algunos dicen que se ha entregado voluntariamente a Pompeyo. Apenas llegada la noticia los de la guarnición han decidido escapar. —Se llevó la mano a la sien—: El centurión de guardia que ha tratado de detenerlos ha sido asesinado y la ciudad se ha precipitado en el caos. Todos los habitantes se encaminan hacia la plaza central, quizá los ancianos hablen, quizá los senadores comuniquen...

—Quizá ya hayan escapado, Petrosidio, ellos son los que más arriesgan —lo interrumpió Emilio.

El joven soldado sacudió la cabeza, luego miró a Emilio algunos instantes y al fin sacó las llaves de la celda. Se acercó a la puerta y nerviosamente buscó aquella de la cerradura. La abrió.

Por primera vez la luz se filtró, libre, en la estancia sin las sombras de la verja.

—Vete, *centurio*.

Emilio se quedó inmóvil, como si temiera acercarse al umbral de aquel mundo al que ya no pertenecía. Luego, descalzo, dio un paso, dos, tres y estuvo fuera mirando el corredor que llevaba a la escalera, con la mano firmemente pegada a la verja.

Veía la luz llegando sobre los peldaños, la salida debía de estar más allá de aquella escalinata que él había recorrido de noche y de la cual no recordaba casi nada.

Miró al muchacho, que lo observaba.

—No puedo.

Lucio Petrosidio no tuvo palabras.

—Si salgo de esta celda deberé huir toda la vida. Aunque fuera lejos, más allá de las tierras de la Galia o del otro lado de las Columnas de Hércules sería prisionero para siempre.

—Podrías rehacer tu vida en otros lugares, con otra gente. Tener una mujer, una familia.

—Es verdad, pero encerrado en esta celda, en la oscuridad, he reflexionado sobre cómo he vivido en estos años —Emilio miró el interior oscuro de la prisión—: En

esta miseria he revivido años de marchas compartidas con mis compañeros, de fatigas, de sufrimientos valerosamente soportados juntos, de combates afrontados con corazón firme y esos momentos me han parecido grandiosos. He marchado de nuevo con el águila de las legiones de Sertorio, he visto uno a uno a mis compañeros echarse en la reyerta sin miedo o lamentos. Grandes generales y simples reclutas afrontando el propio destino lado a lado. Algunos de ellos han quedado sobre el terreno, sin vida. Hijos de nadie, despreciados por los enemigos, honrados por los camaradas, olvidados por quien busca una manera cualquiera para seguir viviendo. No puedo creer que la solución sea huir. El sentido del deber me lo impide. ¿Cómo podría borrar todo esto? ¿Cómo podría olvidar sus rostros, lo que han sido y lo que han hecho por mí? La vida es muy poca cosa en relación al honor —dijo entrando en la celda y tirando hacia sí la cancela, manteniéndose con los puños aferrados a ella—: No, muchacho, yo me quedo aquí con todos ellos. Todos juntos, como cuando volvimos de África, sin otra cosa en el corazón que nuestra comunión. Si el Hado ha decidido que sea condenado, entonces que se cumpla mi destino. No podemos cambiar este estado de cosas, pero podemos armarnos de un ánimo grande y digno de un hombre virtuoso para soportar con valor las adversidades de la vida, sin rebelarnos contra la naturaleza de las cosas.

El soldado se quedó atónito, mirando a Emilio, en silencio hizo la ronda de las otras celdas, abriéndolas y dejando libres a los prisioneros.

Cuando los corredores volvieron a estar silenciosos, Petrosidio cogió su lanza y esperó.

—¿Tú no te marchas? —preguntó Emilio.

El recluta sacudió la cabeza.

—Mi sitio está aquí, cerca de un valiente.

Las vanguardias de Pompeyo llegaron a la ciudad al día siguiente y encontraron las puertas abiertas. Ya no tenía sentido continuar combatiendo. Osca se rindió y con ella se extinguió definitivamente la rebelión de Sertorio. La VIII Legión entró en la ciudad escoltando a Cneo Pompeyo Magno, que tomó formalmente posesión de ella. En el séquito del general estaba el ilustre prisionero Perpenna, que entregó toda la correspondencia de Sertorio al vencedor. Entre esta había muchos escritos autógrafos de cónsules y de personalidades influyentes de Roma que habían mantenido cuestionables intercambios epistolares con el general, invitándolo a reunirse con ellos en la Urbe para hacer caer al gobierno y tomar el poder.

El jovencísimo Pompeyo dio pruebas, en aquel trance, de poderse adornar dignamente con el título de «Magnus», conferido por el difunto Sila. Hizo quemar toda la correspondencia de Sertorio sin leer una sola de aquellas misivas ni haber permitido que otros lo hicieran. Además, para evitar que se dieran los nombres de los políticos implicados, con posibles tumultos y repercusiones graves, hizo ajusticiar a

Perperna y a todos los conjurados involucrados en la muerte de Sertorio.

Murieron todos, a excepción de Aufidio, que después de la batalla se echó al monte desapareciendo para siempre de la historia.

Cuando encontraron a Lucio Petrosidio, único legionario que se había quedado de la guarnición establecida en Osca, lo pusieron en la misma celda de Rufo. Los dos compartieron las dieciocho lastras de la celda durante varios días y, a pesar de la situación, ese tiempo fue para Rufo una especie de alivio. La soledad que lo había acompañado en su época de *centurio* se desvaneció cerca de aquel muchacho curioso e inteligente que lo acribillaba a preguntas. Emilio le contó las gestas de los hombres de Sertorio: desde el hielo sufrido en los Pirineos, o la batalla seguida con aprensión desde el puente de la *Morena*, hasta la extraordinaria fuga por mar hacia tierras desconocidas. Habló de África, del caluroso desierto y del desembarco en Hispania. Habló de una muchacha imposible, hija de un rico mercader, llamada Lavinia, tan bella que dejaba sin aliento y que se había enamorado del hombre equivocado.

—¿Y ella, dónde ha terminado?

—Oh —respondió Rufo—, ella vive en una aldea de Lusitania, ha rehecho su vida. Es más libre ahora que cuando era una rica noble romana.

—El destino a veces sigue caminos insólitos.

—Sí.

—¿Y él? ¿El soldado que la amaba?

Rufo miró el rostro de su joven compañero de prisión.

—El veterano llevó con orgullo la cicatriz de aquellos momentos vividos con ella, pero luego... luego desapareció y ya no se supo nada de él.

—No es posible, ese no puede ser el fin de la historia.

—La vida es regulada por el Hado, no por la razón.

Petrosidio miró fijamente a Emilio, mientras este permanecía absorto en el vacío.

—El amor no es una razón, es una locura que los dioses nos conceden vivir.

El otro esbozó una sonrisa.

—Es verdad.

—Pero el destino a veces debe ser afrontado con cara de pocos amigos, tratando de cambiar su curso.

—Hablas así porque eres joven y puro. Es lógico pensar así a tu edad. Un día, cuando menos te lo esperes, te hallarás ante algo más fuerte que cualquier coraza. Algo que te dejará confuso, atónito, impotente, vulnerable, necio... feliz.

Unos pasos resonaron desde el fondo del corredor.

—Vamos, *centurio*.

Rufo asintió.

—Sí, vamos, muchacho.

—Tal vez un día se encuentren —dijo Petrosidio, pensando en la bella historia.

—Tal vez...

Un grupo de soldados encabezados por un tribuno y un centurión musculoso

abrieron la celda.

—¡Fuera! —dijo el tribuno, mirándolos asqueado por el tufo de la prisión.

Les pusieron grilletes. Los hicieron salir de la celda, los condujeron a los corredores y luego por las escaleras hasta la cegadora luz del sol. Rufo no conseguía habituar la mirada al resplandor, pero advirtió su cálido abrazo y trató de saborear al máximo la sensación.

Lentamente logró mirar a su alrededor. Vio por doquier soldados ocupados en acomodar y apilar todo lo que los fugitivos de la guarnición de Osca habían abandonado. Los dos fueron introducidos en un edificio que, a juzgar por las idas y venidas de soldados y oficiales, debía de ser el nuevo cuartel general de los vencedores. Finalmente fueron conducidos hasta Cneo Pompeyo Magno, sumergido en una marea de trámites administrativos.

—Una extraña pareja —empezó este, después de haber firmado algunas órdenes y dictado una carta a un secretario—. Un prisionero y su carcelero que han compartido el mismo destino. Comencemos por el prisionero: ¿quién eres?

—Cayo Emilio Rufo, centurión de la VIII Legión.

—¿Por qué estabas encerrado, Rufo?

—Porque no podía servir a quien había matado a mi comandante.

Pompeyo lo observó, pensativo, luego cogió los papeles que le ofreció el tribuno y los leyó en voz baja antes de repetir el contenido a Rufo.

—Aquí está la solicitud para tu ejecución por parte de... Lucio Fabio Hispánico. El motivo es el ascendiente que tienes sobre tus hombres, podrías llevar a la deserción a causa de tu apego a Quinto Sertorio. Elemento peligroso —concluyó Pompeyo alzando la mirada hacia el prisionero—. ¿Tienes algo que decir en tu descargo?

—No, comandante, es todo cierto. He servido con honor a Sertorio; bajo su mando me he convertido en *optio* y luego en *centurio*. Mi sentido del deber me impedía servir bajo sus asesinos.

La mirada de Pompeyo se hizo intensa, estudió a Rufo con atención.

—¿Ya nos hemos visto nosotros dos?

—Sí, comandante, en el río Sucrona... entonces era *optio*.

El general retrocedió en la memoria a aquel día: en el Sucrona había sido desarzonado y se había salvado gracias a un... *optio*, que lo había perdonado.

—¿Eres tú? ¿Eres tú aquel *optio*?

—Sí, comandante. Yo no podía matar al hombre que Roma había elegido para defender la propia causa, ni siquiera si era mi enemigo.

Pompeyo hizo una señal a uno de los centuriones presentes.

—Quítale los grilletes —dijo antes de ponerse de pie y acercarse a Rufo.

—Lucio Fabio Hispánico ha sido ajusticiado por traición junto con todos aquellos que han tomado parte en la conjura contra Quinto Sertorio. Los asesinos y los traidores deben ser castigados como merecen, Rufo, militen donde militen. Un traidor

es un renegado y basta. Al mismo tiempo, estoy convencido de que los hombres con un profundo sentimiento del deber y un sincero apego a su comandante deben ser premiados.

Rufo, ante aquellas palabras, se sintió honrado.

—Tú eres un ejemplo admirable, Rufo, lo eres para los demás y lo eres para mis ojos. Haberte encontrado en una celda que no estaba cerrada con llave, controlada por un recluta al que habrías podido vencer en un instante, es la expresión de tu lealtad.

Pompeyo Magno puso su mano sobre el hombro de Emilio.

—Por los poderes que me han sido conferidos por el Senado y por el pueblo de Roma, yo te absuelvo de cualquier acusación presentada por Lucio Fabio Hispánico. Y no lo decido porque aquel día en el Sucrona me salvaras la vida, sino porque tu lealtad debe ser premiada.

Rufo inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Tengo la intención de indultar a todos los soldados que se rindan. Crearé algunas unidades destinadas a la Galia Cisalpina y necesito buenos y fieles comandantes para estos hombres y tú serás uno de ellos.

Emilio sintió de repente que aquellos años al lado de Mecenas y Sertorio lo habían favorecido como una herencia, habían dejado una señal para el futuro.

—Me sentiría honrado —rebatía masajeándose las muñecas—, y sería para mí un gran honor tener a mi lado a Lucio Petrosidio, que ha demostrado igual dignidad permaneciendo en el puesto que se le había asignado, mientras todos sus compañeros buscaban una innoble salvación.

—Así sea. Elegirás a los hombres que formarán parte de tu centuria.

—Te lo agradezco... Pompeyo el Grande.

—Sin embargo, aún estoy en deuda contigo. Si hoy puedo pedir a Roma un triunfo lo debo a tu acto de clemencia, por tanto, quiero pagar mi deuda delante de estos testigos. Si tienes un deseo pídelo y si está dentro de mis posibilidades te será concedido.

En un primer momento Rufo pareció no creer en aquellas palabras.

—General —dijo luego, decidido—, te pido un acto de clemencia.

El grupo de mujeres charlaba en el camino de regreso de los campos y de vez en cuando unas risitas se abrían en los labios de las más jóvenes que escuchaban, atrevidas, las conversaciones de las más ancianas. Risas y palabras llegaron traídas por la brisa a un pequeño convoy a lo lejos.

—Vienen del camino que llevaba al viejo campamento abandonado de Castra Caecilia.

—¿Son soldados? —preguntó una chiquilla a la única del grupo con los ojos del color de la primavera.

—No —respondió esta, con un forzado dialecto lusitano—, quizás un mercader,

con un par de esclavos de escolta. Es extraño, un solo carro.

—Hace mucho tiempo que no pasan caravanas de carros por aquí.

—Sí, es verdad.

—Alejémonos, de todos modos. Podrían ser mercaderes de esclavos.

La muchacha de los ojos verdes permaneció quieta sobre el sendero, mientras las demás retrocedían. Estaba atraída por aquella visión que le recordaba el tiempo en que los carros de su padre bordeaban el río, cargados de pieles.

—¡Vámonos!

—Déjame preguntar de dónde vienen.

—Lavinia, sabes que los ancianos no quieren que se sepa que estás aquí. Puede ser peligroso.

—Te lo ruego, no hablaré en latín.

—No, es mejor...

—Te lo ruego.

—He dicho... ¿Adónde vas, Lavinia? Vuelve atrás.

Lavinia siguió su instinto. El primer contacto, después de mucho tiempo, con un mundo del que ya no conocía nada. Quién sabe quién era, quién sabe qué transportaba. Quién sabe adónde iba y si podía ser portador de noticias de aquel mundo que había sido el suyo.

El jinete que guiaba al grupo detuvo el caballo viendo a lo lejos la figura de una mujer que se acercaba. Dijo al esclavo que conducía el carro que se detuviera y luego descendió de la cabalgadura. Estaba aún lejos cuando Lavinia lo vio descender, al acercarse reconoció los rasgos de un joven alto y delgado.

Aflojó el paso hasta caminar, con el corazón estallándole en el pecho. Era un romano, estaba segura, y quiso hablarle de inmediato en latín. Quiso gritar, pero se contuvo. Sintió que su nombre se perdía en el aire y lanzó una mirada a lo lejos al grupo de mujeres que había dejado. Ignoró su llamada, se armó de valor y fue hacia el carro.

A medida que se aproximaba cogió confianza con aquella figura que iba a su encuentro sujetando el caballo por las bridas, identificando sus rasgos, paso a paso. El rostro despejado de un muchacho joven, la boca, los ojos... los ojos de los marsos. Lavinia se detuvo a unos veinte pasos, con las manos sobre la boca abierta.

También el hombre se detuvo, inmovilizado por la explosión de alegría y desconcierto.

—Cneo Segundo.

—Lavinia.

Los dos corrieron a la vez, salvando en un instante la distancia que los separaba, y se mantuvieron estrechados en un abrazo sin fin y unidos por un llanto convulso que no conseguían detener.

—Ya eres un hombre.

—Gracias a los dioses, te he encontrado.

—Debes contármelo todo...

—Sí, te contaré de África, de Sertorio, de la cierva blanca...

—¿África? —preguntó sin dejar de llorar.

—Sí, África, el viaje por mar y luego el desierto...

—Pequeño Cneo, ¿qué ha pasado?

—¿Y tú? Cuenta tú, más bien...

—Yo siempre he estado aquí.

—Ahora ha terminado, Lavinia, volvemos a casa.

—¿A casa?

—Somos libres, Lavinia, libres.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Pompeyo Magno nos ha retirado de las listas de proscritos.

—¿Cómo es posible? ¿Qué ha sucedido? Debes contármelo todo. Dioses del cielo, te perdí cuando eras un niño...

—Te lo diré todo, pero antes ven, corre.

Los dos llegaron al carro teniéndose de la mano y Cneo cogió del arcón un cilindro de cuero.

—El diario...

—Sí, el diario. Alguien ha escrito la última página y me ha dicho que te lo entregara.

Hispania Citerior, Osca.

Mi nombre es Cayo Emilio Rufo. He servido como legionario bajo el mando de la legión del legado Cayo Annio y, como legionario, *optio* y centurión bajo el mando de la *Legio VIII* del general Quinto Sertorio. Continúo sirviendo como centurión en la cuarta cohorte de la *Legio VIII*, reconstituida después de la derrota del general Marco Perperna Veiento, bajo el mando del general Cneo Pompeyo Magno.

Mañana al amanecer abandonaremos el campamento, dejaremos Osca e Hispania. La Galia Cisalpina es nuestro destino y con nuestra partida acabará para siempre esta guerra que dura desde hace diez años, desde que los poderosos decidieron que el mundo ya no estaba bien y nos llamaron a nosotros para cambiarlo. Parto de esta tierra dejando sepultados bajo el árido suelo hispánico a algunos enemigos y muchos amigos, todos ellos enterrados junto con su parte de gloria, ofrecida a un mundo que, al fin y al cabo, no ha cambiado.

Solo queda el tiempo de una noche para dejar una parte de mí en las últimas líneas de este diario que el Hado me ha destinado a través de las misteriosas vías para él conocidas. Ha sido escrito por el hombre que más he odiado y la mujer que más he amado y que sigo

amando. Amor y odio se han enfrentado en mí, disputándose mi ánimo, como las tinieblas y la luz, alimentando sentimientos opuestos y dando vida a una fuerza interior que me ha permitido superar pruebas que de otro modo habría considerado infranqueables.

Este manuscrito se ha convertido en el cofre que ha custodiado, silencioso, esperanzas, ambiciones, sueños y desesperación, mientras en paralelo la vida corría impresa en el polvo con la sangre y el sudor.

Entre estas líneas he revivido momentos que en el pasado me parecieron terribles y que ahora recuerdo casi con añoranza. He sentido el dolor de heridas ya curadas y la excitación de momentos de felicidad que, nunca extinguidos, acompañan con pasión mis recuerdos. He revivido las dificultades con las cuales he afrontado el miedo a la muerte y la facilidad con que, a mi vez, la he infligido. Me he vuelto a ver enfrentándome a hombres que luego encontré a mi lado, prisionero de aquellos por los cuales combatí. He visto, como en un sueño, los rostros de aquellos que formaron parte de esta centella de mi existencia y he entendido que deberíamos pensar en cuál será la vida y en cuánto debe durar y no deberíamos considerar cuánto hemos dado, sino a quién hemos dado y por qué.

Lejos del fervor de los acontecimientos, he entendido que es preciso considerar el fin de las cosas y no el origen. Siempre he pensado en ti, Lavinia, como algo que alcanzar, pero tú siempre has estado conmigo. No eras solo el placer ilusorio de mis pensamientos: estabas dentro de mí. Lo estabas en las gélidas noches de soledad, en los mares desconocidos más allá de las Columnas de Hércules, en los inmensos y encendidos desiertos de África. Eras mía: en el sabor de la sangre, en el furor de la batalla, en la ebriedad de la victoria, en la tristeza de la derrota. Viva, tal como lo estuviste en aquella noche en Castra Caecilia.

Nunca ha sido necesario tenerte al lado para amarte, porque mi amor lo has tenido desde el primer momento en que te vi y lo tendrás para siempre; no era esto lo que te faltaba: yo he luchado para darte aquello que ya no tenías, una vida libre, y para conseguirlo estaba dispuesto a dar la mía.

El Hado ha sido magnánimo y no ha querido cobrarse semejante tributo. Estoy vivo y sirvo al nuevo amo del mundo, el mismo que me ha permitido borrar tu nombre de las listas de proscritos. Ahora eres libre, libre de volver a tu tierra y libre de sonreír a tus días. Los años no han pasado en vano como siempre he pensado, porque ahora sé que no ha habido emoción más grande, sentimiento más noble, deseo más profundo y reconfortante que haber luchado por ti.

Te consagro lo mejor de mí: el corazón. Lo sentirás durante el resto de tus días, cada mañana, al despertar, junto a la libertad.

Confío a las Parcas mi destino, en la esperanza de que un día los hilos de nuestras vidas vuelvan a cruzarse. Hasta entonces llevaré conmigo tu risa y tu llanto, dentro de mí serás el sol y yo el cielo que te envolverá, lo serás para siempre, hasta mi último aliento, aunque nos separaran oscuros océanos.

La última vigilia ha terminado, suenan las trompetas, amor mío, la noche cede su puesto al día.

Podría parecer una mañana normal, como tantas otras, pero no lo es. Hoy el mundo es un sitio mejor, su más maravillosa criatura ha vuelto a la vida.

*Quod fuit, quod est, quod futurum est.*

Por todo aquello que ha sido, por todo aquello que es, por todo aquello que será.

Lavinia se volvió para mirar la aldea que, a lo lejos, desaparecía mientras el carro seguía, lento y ondulante, la evolución accidentada del sendero. El cielo a occidente se estaba adensando de nubes y una ráfaga de viento llegó hasta ella, desordenándole el cabello.

—¿Los echarás en falta? —le preguntó Cneo Segundo a su lado.

—El rey Avaros murió de fiebre el pasado invierno —dijo ella, volviendo a mirar hacia delante—. Con su desaparición los lusitanos han abandonado definitivamente sus sueños de independencia. Muchos de los nobles que han sostenido animosamente a Sertorio han muerto, y con ellos muchos jóvenes guerreros. A los sobrevivientes les han quedado solo los lutos y las miserias de una guerra perdida contra Roma. Y yo —dijo, bajando la mirada—, yo siempre he sido una «romana» para sus ojos, un huésped incómodo, un fastidio. No me han echado solo para no hacer una afrenta a la memoria de Avaros, pero creo que muchos se han alegrado de mi partida. A pesar de todo, los echaré en falta.

—También en la Citerior la guerra ha tenido consecuencias —rebatía Cneo Segundo—. Pompeyo ha dispuesto premios e infligido castigos a las ciudades, según si han tomado más o menos partido por él. Esa provincia ha salido empobrecida, las ciudades de la costa sobreviven gracias a los víveres que llegan por mar desde Roma, pero aquellas del interior están padeciendo hambre.

—Se necesitará tiempo para que las cosas vuelvan a la normalidad —dijo ella mirando por última vez la aldea, ahora desaparecida detrás de las colinas—, si es eso posible.

—Dejaremos atrás todo esto, verás.

Una gota de agua acabó en el pómulo de la muchacha, que alzó los ojos al cielo.

—Dentro de poco lloverá.

—Nosotros vamos hacia el lado opuesto, mira qué hermoso cielo, allá abajo, hacia el mar, hacia casa.

—Casa... —repitió Lavinia con una sonrisa amarga.

—Sí, la Mársica, o Falerii, donde nació nuestra madre. Con la revocación de las listas de proscritos podríamos recuperar las propiedades de los abuelos.

—Qué extraño es llamar casa a un sitio del que solo tengo un vago recuerdo.

—Tienes razón. Sin embargo, mamá nos ha hablado tanto de ella que me parece conocerla, tengo ante los ojos el vestíbulo y la fachada, aunque nunca los he visto.

—También yo tengo esa visión, pero no la asocio con aquella que definiría como casa. La casa no es un lugar físico, la casa es donde tienes el corazón, donde tienes un afecto.

Otra gota.

—Mamá quería mucho la casa de los abuelos, estoy seguro de que, en aquellas estancias, encontraremos la memoria de sus momentos felices.

—No lo sé, Cneo. Yo siento que mamá y papá no están allí, están con nosotros y no nos dejarán nunca, donde quiera que vayamos. Nos protegerán y aconsejarán, nunca estaremos solos.

—Yo... yo no consigo resignarme a la idea de haberlos perdido, Lavinia, mamá no está conmigo, ya no está...

La muchacha apoyó la cabeza en el hombro de su hermano.

—Sé que es duro, Cneo Segundo, pero tú eres muy joven y pronto el dolor de su desaparición te abandonará. Temistio decía siempre que con el tiempo incluso los lutos más dolorosos se atenúan y la tristeza se desvanece, pero esto no quiere decir que su recuerdo nos abandonará, al contrario, se convertirá en un placer recordar el trecho de vida recorrido juntos. Sería muy triste que el recuerdo de nuestros seres queridos durase tanto como el dolor de haberlos perdido.

—¿Cómo haremos, Lavinia? ¿Cómo haremos, sin papá, sin Quintilio?

—También ellos pueden ayudarnos, Cneo, pensemos en lo que han hecho, en las dificultades que han afrontado y tomemos ejemplo.

El muchacho extendió los dedos, mirando el anillo de su hermano mayor.

—Cuando Emilio me lo hizo entregar comprendí que Cneo Quintilio había muerto y, sin embargo, lo apreté a mí como para recibir la fuerza, la energía y el valor de ambos.

La muchacha bajó la mirada algunos instantes.

—Es verdad —dijo Cneo—, los muertos pueden ayudarnos, pero también entre los vivos tenemos un gran ejemplo a seguir, alguien que nos ha demostrado qué es la audacia, la firmeza y el sentimiento.

La mirada de la muchacha se volvió brillante. Cneo Segundo detuvo el carro y la miró.

—Sé que las legiones se dirigían a Lugudunum, más allá de los Pirineos.

Lavinia asintió.

—Entonces mi casa está allí.

Un trueno se perdió a lo lejos donde un trozo de azul se disputaba el cielo entre

las nubes. El muchacho sacudió la cabeza.

—Podría ser un viaje largo y peligroso.

—Atravesaste el desierto cuando eras niño, ¿y tienes miedo de seguir un sendero ahora que eres un hombre?

—Me conducían dos legionarios... Hijos de nadie, sabían marchar incluso harapientos y en ayunas...

—Nos guiarán también ahora, los llevas en el corazón.

—No está claro que encontremos a Emilio.

—No es un buen motivo para no intentarlo.

Cneo Segundo asintió y, después de algunos instantes, cambió de dirección e incitó a los caballos a ponerse en marcha.

Un rayo de sol iluminó el rostro de Lavinia, otra gota cayó sobre su mejilla, no era lluvia, era una lágrima de felicidad.

## NOTAS

La idea de escribir una novela sobre la campaña de Sertorio en Hispania estaba en el cajón desde antes de que comenzara a escribir *Draco, la sombra del emperador*. Los escenarios y la fuerte personalidad de este general lo hacen una de las figuras más controvertidas y discutidas de la historia de Roma. Sertorio es un romano que combate el sistema mismo que lo ha creado y lo hace, inicialmente, como un hombre leal y clemente, que supera en agudeza táctica y estratégica a todos los generales que se envían en su contra. El desgaste de la larga guerra y la incompetencia de sus comandantes, después de la pérdida de los hermanos Hirtuleyo, lo vuelven más cínico y cruel, como el destino que le espera y que transforma a sus hombres de confianza en asesinos.

El imperecedero Theodor Mommsen, en su *Historia de Roma*, habla de él como uno de los más grandes hombres, quizás el más grande, que Roma haya jamás producido. Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, lo pinta con los rasgos vívidos de un hombre extraordinario y magnánimo condenado por un destino cruel e injusto. Estudiándolo y procurando transponerlo en este libro con mi imaginación, me he encontrado frente a un personaje genial y valiente, pero también astuto y oportunista, baste pensar en su utilización de la cierva blanca para simular una intervención divina y ganarse la total fidelidad de los lusitanos. Este episodio no es una conjetura mía, es historia, así como es historia su increíble aventura en África, las despiadadas listas de proscritos de Sila, las batallas navales y las correrías en los mares, el regreso a Hispania con los jinetes mauritanos, a los que se creía caníbales, la fulgurante campaña con los hermanos Hirtuleyo y los veteranos itálicos que acogieron en sus filas a los prisioneros romanos. Es historia también la conjura, sacada a la luz por una confidencia que Malio hizo a un amante, un joven y guapo muchacho que, en cambio, prefería a Aufidio y, por último, es historia el banquete en el cual Sertorio fue asesinado a puñaladas junto con sus secretarios.

Por el contrario, las referencias a las fechas pueden ser consideradas indicativas, puesto que verificados los acontecimientos y los hechos inherentes al período, existen discrepancias sobre cuanto relatan las fuentes. Hipotéticas son también las referencias a las legiones empeñadas en el tablero bélico, porque solo desde las campañas de la Galia de Julio César, en el 58 a. C., comienza una especie de enumeración oficial de las legiones que, en la mayoría de los casos, son las precursoras de aquellas que combatirán por Roma hasta su caída en 476 d. C.

No está claro cuál fue el criterio con el que las legiones, antes del 58 a. C., fueron llamadas y distinguidas, aunque leyendo entre líneas a algunos historiadores, a partir

del 90 a. C., algunas de ellas son identificadas con un número, no añadido a ningún nombre. Dada la escasez de las fuentes, me he tomado la libertad de usar las tres legiones VII, VIII y VIII, que, estando en aquellos años entre la Galia Transalpina y la Cisalpina, podrían haber servido bajo Pompeyo Magno en la campaña contra Sertorio, las mismas que luego, con toda probabilidad, cogió César para emprender su campaña de las Galias.

Contrariamente a cuanto se pueda pensar, Cayo Emilio Rufo llega después de todo esto. La idea de incluirlo nace tras haber sabido por Plutarco y Mommsen que Pompeyo, concluida la guerra, decidió indultar a todos los soldados rasos del ejército derrotado y a algunos mercenarios hispánicos, estableciendo a buena parte de ellos en Lugudunum, en la actual Alta Garona, del otro lado de los Pirineos, y se tiene noticia de unidades aún activas de este tipo en la primera mitad de los años cincuenta a. C., en plena campaña de las Galias de César. El mismo L. Aurunculeio Cota, comandante de la flota de Sila, es con toda probabilidad el oficial que lideraba las cohortes de reclutas en el desastre de Atuatuca, veinte años después.

Precisamente por este detalle he imaginado que un joven legionario del ejército de Sertorio podía ser encuadrado, luego, en las unidades utilizadas por César en la campaña de las Galias. ¿Y quién podía representar mejor que Cayo Emilio Rufo el estereotipo de un soldado puro, heroico, con notable sentido del deber y del honor, que luego se convertiría en el famoso centurión primípilo de *La legión de los inmortales* que todos han amado?

# AGRADECIMIENTOS

*8 de febrero de 2012.*

He tropezado, justo en el momento de escribir estos pensamientos finales, con una anotación trasapelada, que data del 29 de mayo de 2011 como fecha de redacción de las primeras líneas. Esto me ha llevado a reflexionar sobre el hecho de que aquel que puede ser para el lector un agradable paréntesis de algunos días o de algunas semanas, se revela para el escritor un trozo de vida.

La casualidad quiere que en estos veinte meses de elaboración hayan ocurrido muchas cosas que han efectivamente influido sobre mi existencia, y este libro quiere ser un himno para todos aquellos que han debido confrontarse con nuevos escenarios de la propia vida y, no obstante, han seguido adelante, haciendo lo que podían, al máximo de sus capacidades, como nuestro Cayo Emilio Rufo.

Contrariamente a mi último trabajo, *Draco, la sombra del emperador*, que ha salido como un tumultuoso río en crecida, este libro ha brotado gota a gota, y cada línea ha sido arrancada con tenacidad al tiempo. Escribir una novela histórica no significa simplemente transponer las nociones adquiridas con una larga y laboriosa investigación. Es preciso emocionar, tocar el corazón y a veces arañarlo, limitando la propia fantasía a favor del rigor histórico. Es un trabajo largo que exige concentración, pero es también adrenalina de la creación y de la imaginación. Es esfuerzo mental y físico, me gustaría decir que es también método, porque cuanto más se escribe mejor es el resultado, como un atleta que se entrena para expresarse mejor, pero no es este mi caso.

Quiero subrayarlo, yo no estoy casi nunca en excelentes condiciones para escribir, mis trabajos no nacen en la quietud de una galería sobre el mar y no escribo ni siquiera en los momentos en que estoy más lúcido y tranquilo. *Centurio* nace de pocos puñados de minutos robados en los trenes, en las pausas para comer en los bares, en los bancos del parque, en el cansancio de las horas nocturnas robadas al sueño. Lo que habéis leído es lo que he podido hacer, con lo que tenía, y estoy orgulloso de ello, porque Rufo no habría sido tan tenaz en una cómoda galería sobre el mar.

Agradezco, por tanto, a la multitud que me ha rodeado en este trabajo, gente de rostros desconocidos que ha mirado de reojo a los textos preguntándose quién era y qué hacía y también a aquellos que, interrumpiéndome, me lo han preguntado, recibiendo a cambio miradas no siempre cordiales. Agradezco sobre todo a aquellos que, afortunadamente, me han ignorado, e infinitamente a Antonio, Ilze y Aneta del

bar Milly<sup>2</sup>, que me han mimado con los innumerables minicapuchinos que han acompañado a Rufo en este viaje a Hispania.

Agradezco a Marco Lucchetti, siempre dispuesto a ofrecerme su asesoramiento, y a Laura Bertozzi della Zonca, que siempre ha estado a mi lado en estos veinte meses de altibajos, encontrando cada vez la palabra justa que sugerir, en el momento oportuno, tanto para los hechos ocurridos hace dos mil años, como para los más recientes.

# PERSONAJES EN ORDEN DE RELEVANCIA

*(En cursiva los que existieron realmente)*

**Cayo Emilio Rufo:** El protagonista empieza esta historia como *tiro*, un recluta con el sentido del deber de un veterano, y la acaba de *centurio*, un comandante encallecido con el corazón puro de un chiquillo.

**Ambato:** Hispánico, originario de Numancia, en Celtiberia, región de la cual toma el apodo de *Celtiber*. Amigo fraterno de Cayo Emilio Rufo, con el cual comparte la dura vida de recluta.

**Quinto Mecenas:** Mecenas era uno de los secretarios que perdió la vida durante el banquete donde fue asesinado Quinto Sertorio. En el libro aparece como el viejo y sabio centurión de Cayo Emilio Rufo, antes de convertirse en secretario personal de Quinto Sertorio.

**Quinto Sertorio:** Sabino originario de Norcia, huérfano de padre, fue educado por su madre, a la que se mantuvo fuertemente ligado. Obtuvo una discreta fama política en su ciudad, pero fue en el campo militar donde más se distinguió. Combatió por primera vez en la batalla de Arausio contra los cimbrós y los teutones, donde tras perder su caballo y herido en todo el cuerpo logró arrojar al Ródano y atravesarlo a nado llevando la propia armadura. Después de la guerra fue mandado a Hispania como tribuno, donde obtuvo notoriedad y reconocimientos. A su regreso a Roma fue elegido cuestor de la Galia Cisalpina, donde enroló a muchas de las tropas gálicas que luego se distinguieron en la Guerra Social, donde perdió un ojo en combate.

Al final de la guerra Sertorio era célebre y aclamado. Se propuso, por tanto, a las elecciones para el cargo de tribuno de la plebe, que fracasó debido a la fuerte oposición de Sila. Desde aquel momento los dos se convirtieron en implacables adversarios, Sertorio alineado del lado del partido de los *populares*, liderado por Cayo Mario, y Sila del lado de los *optimati*. Cuando Sila tomó definitivamente el poder, Sertorio se encontraba en Hispania con las tropas aún fieles de la Guerra Civil. Allí estableció su baluarte tratando de bloquear los pasos de los Pirineos.

**Lucilio Ursiano:** Centurión veterano, adiestrador y verdugo, al mismo tiempo, de Cayo Emilio Rufo y Ambato.

**Decano:** El veterano de la centuria de Lucilio Ursiano, donde militan como reclutas Cayo Emilio Rufo y Ambato.

Cneo Quintilio Frauca: Mercader originario de la Mársica, que ha hecho su fortuna en Hispania. Activista encubierto del partido de los *populares*, colabora con el general Sertorio. Por eso, será incluido en las listas de proscritos promulgadas por Sila y condenado a muerte.

Arria: Esposa de Cneo Quintilio Frauca, hija de una noble familia en decadencia, sigue el destino de su marido acabando en las listas de proscritos.

Lavinia: Hija de Arria y del mercader Cneo Quintilio Frauca, se convierte en el amor imposible de Emilio.

Cneo Quintilio Frauca: Hijo primogénito de Arria y del mercader Cneo Quintilio Frauca, del cual lleva el nombre, como era común en época romana. Se enrola en el ejército de Sertorio como jinete y precisamente su nombre, encontrado en algunos documentos, hace abrir una indagación, llevando a toda su familia a la inscripción en la lista de proscritos.

Cneo Segundo Frauca: Hijo menor de Arria y del mercader Cneo Quintilio Frauca. Es el personaje que marca el paso del tiempo en el libro.

Temistio: Preceptor griego de los hijos de la familia Frauca, originario de Siracusa, enseña letras y filosofía a Lavinia.

Crixo: Esclavo gálico de la familia Frauca, originario de Tongres, localidad tristemente famosa de *La legión de los inmortales*.

*Cneo Pompeyo Magno*: Aunque jovencísimo, demostró que era uno de los más formidables colaboradores de Sila en la guerra contra Mario. Tuvo un primer triunfo en el 81, por el que fue denominado «Magno» por el mismo Sila. No usó este nombre hasta la guerra sertoriana, a la cual fue enviado en ayuda de Metelo en el 77. Su intervención fue definitiva y lo consagró como uno de los más hábiles generales de su tiempo, procurándole un segundo triunfo, el consulado y una superioridad política que perduró durante los siguientes veinte años.

*Quinto Cecilio Metelo Pío*: Viejo enemigo de Mario, apoyó política y militarmente a Sila, asegurándole la victoria sobre los marianos de Italia. Fue recompensado con el cargo de Pontífice Máximo y el consulado en el 80, al lado del mismo Sila. Mandado a Hispania para enfrentarse a Sertorio, tuvo dificultades para adaptarse a las innovadoras estrategias del nuevo Aníbal, pero en el 76 consiguió destruir al ejército de Hirtuleyo en Itálica. Su intervención fue decisiva en Segontia, donde llegó en ayuda de Pompeyo, obligando a Sertorio a batirse en retirada.

Marco Arrio Lanato: Veterano en el séquito de Mecenas durante la fuga de Hispania.

**Claudio Julio Volsinio:** Legionario en el séquito de Mecenas durante la fuga de Hispania. Una vez alcanzadas las unidades de Sertorio se convierte en amante del tribuno Aufidio y, posteriormente, de Malio, por el cual se entera de la conjura urdida contra Sertorio.

**Cayo Annio:** Pretor de la Hispania Citerior enviado por Lucio Cornelio Sila para volver a ocupar la región. No se sabe nada de él después de la victoria sobre Sertorio.

**Lucio Valerio Flaco:** Pretor de la Hispania Ulterior.

**Avaros, rey lusitano:** Rey de los lusitanos, personifica a uno de los nobles que solicitó la ayuda de Quinto Sertorio para combatir a la Roma de los *ottimati*, que ocupa Hispania.

**Viros:** Jinete lusitano que se convierte en comandante de la guardia de cuerpo española de Sertorio.

**Lucio Hirtuleyo:** El mejor lugarteniente de Sertorio, probablemente con él desde el 83, cuando ocupaba el cargo de cuestor en Hispania. Fue uno de los pocos que tuvo cargos independientes del nuevo Aníbal. Murió con su hermano en la batalla de Segontia.

**Quinto Hirtuleyo:** Hermano de Lucio, no se sabe qué cargo ocupaba en los tiempos de la guerra en Hispania. No sobresalió como su hermano, pero siempre actuó correctamente.

**M. Perperna Veiento:** Exgobernador de Sicilia, proscrito de Sila, se refugia en Cerdeña y en el verano del 77 a. C. llega a Hispania con 53 cohortes (20 000 hombres). Comandante poco brillante en los campos de batalla, lidera la conjura contra Sertorio. Inmediatamente después de haber tomado el mando del ejército, pierde la batalla decisiva y es hecho ajusticiar por Pompeyo, que luego hace quemar toda la correspondencia encontrada, poniendo fin a posibles nuevas persecuciones.

**Cayo Tarquicio Prisco:** Comandante de caballería que realiza la brillante acción contra las legiones de Pompeyo en Laurona. A continuación se convierte en uno de los conjurados del asesinato de Sertorio.

**Octavio Grecino:** Tribuno comandante de las veinte cohortes de la infantería española, en Laurona en el séquito de Sertorio desde el 82. Es uno de los conjurados en el asesinato de Sertorio.

**Malio:** Tribuno del séquito de Sertorio, amante de Claudio Julio Volsinio, al cual confía la conjura contra Sertorio.

**Marco Aufidio:** Tribuno en el séquito de Sertorio, amante de Claudio Julio Volsinio. Es el único de los conjurados que sobrevive a la victoria de Pompeyo.

*Lucio Fabio Hispánico*: Cuestor venido a Hispania en el séquito de Cayo Annio. A continuación fue proscrito y se puso del lado de Sertorio.

*Livio Salinator*: Valiente general de Sertorio, que tuvo en jaque a las legiones de Sila en los pasos de los Pirineos, hasta que fue asesinado a traición por su subordinado Vibio Calpurnio.

*Vibio Calpurnio*: Asesino de Livio Salinator, después de lo cual desaparece de la historia.

*L. Aurunculeio Cota*: Legado de L. Fufidio y comandante de la flota silana. Es con toda probabilidad pariente sino incluso el mismo oficial tristemente conocido en el desastre de Atuatuca narrado en *La legión de los inmortales*.

*L. Fufidio*: Viejo centurión, antiguo amigo de Sila, fue probablemente el primero en tener la idea de publicar las listas de proscritos. Fue uno de los primeros en tratar de detener el avance de Sertorio en Hispania, sufriendo una desastrosa derrota en las riberas del Betis, en las inmediaciones de la actual Sevilla.

*M. Dovicio Calvino*: Procónsul o pretor. Intervino para detener el avance de Sertorio después del regreso de África. Perdió la vida junto al río Anas durante o inmediatamente después del enfrentamiento con el nuevo Aníbal.

*L. Torio Balbo*: Citado por Plutarco entre los generales que trataron de detener a Sertorio después del regreso de África. Probable pariente de Metelo que se enfrentó con valor a su destino encontrando la muerte en la batalla.

*L. Manlio*: Probable pretor o procónsul de la Galia Transalpina. Intervino en Hispania con tres legiones y más de un millar de jinetes. Derrotado por Hirtuleyo en Ilerda.